CARLOS AZORÍN

AMOR CONTRA LAS CUERDAS



SUMA

Carlos Azorín

Amor contra las cuerdas



Para todas las personas
que luchan por el amor.
Seguid así

Un beso tuyo entre tanta ruina es
una colilla más entre barriles de pólvora.

WALLS, «Barriles de pólvora»

Quiero ser tu bote salvavidas.
Quiero hacerte de paracaídas.
Quiero lamer todas tus heridas.
Al final también serán las mías.

BELÉN AGUILERA, «Mutantes»

Nota del autor

En esta novela se describen detalladamente momentos de violencia doméstica y escenas algo violentas que incluyen sangre. Leed bajo vuestra responsabilidad emocional.

Si sufres alguna situación de maltrato, por favor, no dudes en contactar con el 016. Nunca nadie debería pasar por algo así. No es lo normal y tienes gente que te apoya.

1



JACKSON

Antes de que llegue el golpe, sé que su puño va a acabar en mi cara, al igual que anoche sabía que sus labios acabarían comiéndose los míos. Para mi sorpresa, las mismas manos que ayer se aferraban a mis caderas con deseo hoy quieren golpearme.

El primer puñetazo me lo esperaba. Debería haberlo esquivado más rápido, pero he sido incapaz. Solo oigo a la gente en las gradas gritando el nombre de mi oponente.

—¡Kilian! ¡Kilian! ¡Kilian!

¿Cómo coño no lo reconocí cuando me lo dijo en la discoteca? Joder, si su nombre salía en mayúsculas en el cartel del torneo.

Esquivo otro golpe y contraataco por el lado que tiene descubierto.

Sus casi dos metros de altura no me intimidan. Al igual que no me intimidaron ayer cuando clavó sus ojos grises en los míos. Se acercó con chulería. Yo le sonreí sin miedo. Y así de simple, me cogió de la nuca para chocar mis labios contra los suyos.

Cuando consigue acertar el primer golpe, me doy cuenta de que todo está perdido. El público grita cuando acierta a propinarme uno

de los mejores ganchos que me han dado jamás. La mandíbula me late con fuerza.

Aturdido por el impacto, recuerdo cómo ayer deslicé la mano desde su cuello hasta su hombro tatuado, palpando sus músculos con descaro. Esos mismos tatuajes, ahora brillantes por el sudor, anoche parecían cobrar vida bajo la luz de los neones. Y aunque tuviera un cuerpo de infarto, en este mismo momento el deseo que sentí ayer se esfuma como vapor en el aire.

No cabe duda: el muy capullo ansía venganza. Me ha reconocido. Y ahora quiere demostrar que manda él, aunque solo se trate de un combate amistoso. Pero está muy equivocado.

Nada más volver a Las Vegas con mi madre, me informé sobre veladas de boxeo y me apunté a lo primero que vi sin prestarle mucha atención. Un torneo amistoso gratis sin complicaciones y sin muchas reglas. Encima participan boxeadores de renombre. Si gano el combate, podría darme a conocer fácilmente en el mundillo e incluso podría volver a ganar dinero. Necesito currar de nuevo y esta parecía la mejor opción.

¿Qué podría salir mal?

Pues aquí tengo la respuesta. Porque he olvidado que la vida me la tiene jurada desde hace unos meses. Y, cómo no, el regreso a Las Vegas no iba a ser una puta excepción.

Él me fulmina con la mirada a través de los guantes, cubriéndose. Yo le lanzo un puñetazo directo a la cara, pero lo detiene con los brazos.

No tiene sentido que combata contra él. La organización ha sido pésima. ¿Cómo pueden enfrentar a dos personas tan distintas? Todo ha sido un puto malentendido. Uno que solo me perjudica a mí,

porque no medimos ni pesamos lo mismo, y el boxeo, por muy crudo y frío que sea, sigue siendo un deporte con reglas. Muchas reglas.

No pegues en la espalda, no uses las piernas, nunca al cuello…

Mientras me las enseñaba, mi entrenador de Londres me decía constantemente que era muy bueno, que tenía buena técnica y que se notaba que llevaba prácticamente la mitad de la vida boxeando, pero, joder…, mi formación parece ser incomparable a la suya…

Todos los presentes que sepan un mínimo de boxeo estarán enterados de la situación: está siendo un combate injusto. Eso significa una sola cosa y explica la razón por la que me habían admitido tan rápido en el torneo: quieren un espectáculo. Y yo solamente necesito darme a conocer de nuevo en el mundo del boxeo. En Londres todo era mucho más fácil, pero aquí, en Las Vegas, la cumbre de este deporte, es infinitamente más difícil hacerse un hueco. Ganar a una leyenda no parecía tan difícil. Al fin y al cabo, siguen siendo personas. Pero, en el momento en el que esa persona mide casi dos metros y está mazado como un toro, yo dejo de ser un rival para él. Ahora mismo soy una presa, y eso tiene que cambiar.

Kilian me guiña un ojo antes de devolverme el ataque, pero no me dejo distraer. Lo esquivo y vuelvo a contraatacar.

Uno-uno, dos-dos.

Este esquiva los puñetazos como quien esquiva a su perro por su casa.

Monótono. Fácil. Sencillo pero preciso.

La gente grita con cada golpe que él acierta. Está claro de qué parte están. ¿Quieren un espectáculo? Pues lo van a tener.

La vista se me desvía por inercia. ¿Cómo puede alguien tener los abdominales tan marcados?

Un perfecto croché me cruza la cara y se me nubla la vista. Todo me da vueltas, pero consigo volver en mí en menos de dos segundos. Rápidamente, vuelvo a cubrirme la cara con los guantes negros desgastados.

Eso me pasa por distraerme.

Un dolor me atraviesa la cabeza como si de veinte agujas clavadas se tratase. Cómo me ha jodido ese golpe…

Tuerzo el gesto y saco a la bestia que llevo dentro. Me recuerdo por qué estoy aquí y me olvido de que el chico al que estoy pegando es la misma persona que ayer me besaba con fiereza.

Le gano terreno lanzándole puñetazos perfectos que le hubieran partido la cara de no ser porque los esquiva sin ningún tipo de dificultad. Me para el último, cambia de lado ganándome espacio y acierta un gancho directo al estómago que hace que se me corte la respiración.

El ruido de las gradas aumenta con los gritos de admiración hacia Kilian, y me siento pequeño por primera vez en un ring.

Doy un traspié. Mierda. No puedo respirar…

«Jackson, céntrate. Controla la puta ansiedad, que ya no tienes quince años…».

El árbitro se acerca rápidamente y nos separa. Nos da unos segundos de descanso antes de la próxima y última ronda. Llevamos nueve y me siento exhausto.

Me siento en el taburete que un chico de la organización ha colocado en el rincón opuesto. Abro la boca y este me acerca la

botella de agua. En estos momentos echo de menos a Denny, mi entrenador en Londres.

Aquí no he encontrado aún a nadie que quiera entrenarme, por eso es un completo desconocido el que me echa agua por la cabeza para refrescarme.

No me puedo permitir perder el control de la respiración de nuevo.

Mientras bebo, miro al frente. La nuez de Kilian se mueve cuando traga el agua. En su caso, una chica lo atiende. Me fijo en que no lleva la misma ropa de la organización. La rubia, con un vestido negro que le queda como un guante, lo mira con deseo. Se lo folla con la mirada, y, joder, ¿quién se va a resistir ante un chico de dos metros, tatuado hasta las trancas y con un cuerpo esculpido?

Pero lo que me sorprende es lo que hace a continuación: ella le pasa una mano por la nuca y Kilian la comprende al instante. Levanta la mirada y choca sus ojos grises con los míos mientras coge a la rubia y junta sus bocas.

Tienen química, y eso es innegable. Deben de ser pareja.

De pronto, siento un pinchazo en el estómago. Menudo hijo de puta…

No separa la mirada de la mía ni un segundo mientras la besa.

Oigo cómo una chica del público grita y lo confirma:

—¡La pareja del año!

Pongo los ojos en blanco antes de levantarme. Miro hacia el otro lado del ring.

Kilian me devora con la mirada mientras la chica le quita la bata de seda negra de los hombros. Sus fuertes músculos tatuados resplandecen con el reflejo de la luz en el sudor. Me mira como un cazador acecharía a su presa. Con hambre. Con ganas. Con ansia.

Que empiece el espectáculo.

Esa imagen va a ser difícil de olvidar. Pero este combate lo voy a ganar yo. Sea como sea, no le voy a dar el gusto a un puto infiel reprimido.

Me centro al máximo para retomar el control de la respiración. La ansiedad me come por dentro. Me levanto del taburete en cuanto el árbitro hace sonar el silbato. Tuerzo el gesto y me acerco a él en posición.

—¿No tuviste suficiente anoche? —pregunto, retándole con la mirada—. Igual te quedaste con ganas de más…

Le lanzo un golpe directo al estómago que cubre con el codo. Ese es el plan: distraerlo para poder ganarle.

—¿Qué pasó ayer?

Un fuego encendido por la ira empieza a crecer en mi interior. Estoy furioso y quiero partirle la cara.

—¿De verdad quieres que grite lo que hicimos ayer? —susurro.

La sala enmudece cuando le acierto un golpe directo a la nariz en el segundo en que se distrae. Empieza a sangrar al instante. Qué fácil ha sido bajarle la guardia.

—Anda, mira, parece que te acuerdas…

—Cállate —me advierte furioso.

Se limpia la sangre con el guante y escupe al suelo. La mirada de cachondeo que tenía se ensombrece por completo.

—Ya, porque si hablo…, ¿se va todo a la mierda? —Lo amenazo, lanzándole un golpe que para con el guante.

Un pensamiento cruza su rostro, como si ahora tuviera miedo de algo.

«Genial, mi plan está funcionando».

—Jackson… —susurra antes de devolverme el puñetazo con todas sus fuerzas.

No podemos parar de luchar. Lo esquivo pasando por debajo. Pivoto hacia la izquierda.

Ignoro el hecho de que recurra a mi nombre.

—Blake —respondo, reafirmándome con el apellido de mi padre, del cual presumo con orgullo.

No me deja mucho margen; sigue mis movimientos como si fuera mi sombra.

—Te voy a matar… —amenaza en un susurro a la vez que empieza a flaquear.

Aprovecho para lanzarle una tanda de golpes que él intenta bloquear sin mucho éxito.

No existe nada más para mí en este momento. Centro toda la rabia en él.

Lanzo golpes que estoy seguro de que, si no suman puntos, al menos le hacen daño.

No lo miro. Me centro en sus guantes, en cómo se mueve y en cuándo deja de protegerse. Así consigo acertarle un puñetazo directo al abdomen.

Kilian esquiva mi último movimiento. Un poco más y me salgo del cuadrilátero a causa de la energía que estoy empleando. Le he pegado como una puta ametralladora disparando balas sin parar. Y eso ha sido un error. Porque ahora estoy exhausto.

Me mira desde la otra punta del ring. El pecho le sube y le baja debido a la respiración acelerada. No puedo descifrar en qué está pensando en ese momento. Pero ataca. Joder que si ataca.

En cuanto ve el cartel que indica que va a empezar la décima ronda y, por lo tanto, la última, Kilian se transforma en lo que todos esperan: una puta bestia del boxeo.

Pero no me achanto ni por un instante.

Flexiono las rodillas para volver a estabilizarme e intento volver a pegarle, pero desaparece de delante de mí, esquiva mi golpe y empieza a pegarme sin piedad. Tres puñetazos que no logro parar por mucho que bajase el codo para cubrirme el abdomen.

Golpes fijos. Limpios a la par que letales.

Pum. Pum. Pum.

Me acorrala hasta el rincón e intenta darme otro puñetazo.

—¿Tu novia sabe que ayer me comiste la boca? —pregunto al esquivarle.

Lo vuelvo a intentar y lo consigo. Gano espacio en el ring.

El sudor me llena los ojos, que me escuecen.

—Blake… —me advierte, pidiéndome con la mirada que no siga por ahí.

Y el hecho de que me llame por mi apellido me remueve.

Vuelvo a lanzar varios puñetazos. Sigo sumando puntos mientras él intenta defenderse, pero no lo consigue. Voy a ganar; estoy seguro.

El árbitro hace sonar su silbato y da por finalizado el combate justo cuando Kilian iba a lanzarme un gancho.

—¿Ahora es cuando nos comemos la boca? —le pregunto al oído, y su reacción me pilla desprevenido.

Me empuja para separarme y choca su puño contra mi nariz con fuerza.

«Crac».

Me cago en su puta madre. Creo que me acaba de partir el tabique. Hacía tiempo que no me pegaban fuera de un combate…, aunque me lo he ganado a pulso. ¿En qué estaba pensando?

Gruño de dolor mientras el árbitro pita repetidas veces y separa a Kilian de mí como puede. Kilian me mira aterrado por lo que acababa de hacer. Se gira sobre sí mismo para salir de aquí y, por primera vez, veo su espalda. Doy un paso atrás, impresionado por el tatuaje que le cubre toda la piel: una calavera negra hiperrealista. No me puedo imaginar la de dinero y dolor que le habrá costado.

Cuando desaparece de escena con la rubia pisándole los talones, miro al suelo y me doy cuenta de que lo estoy llenando de sangre.

—Mierda… —susurro para mis adentros.

Me quito los guantes rápidamente y los tiro al suelo antes de limpiarme la sangre de la nariz con la muñeca vendada.

El árbitro ni se molesta en llamar a Kilian para anunciar el resultado del combate. Lo deja ir mientras el público abuchea.

—¿Estás bien? —me pregunta, y yo asiento.

No muy convencido, me coge de la muñeca y me levanta el brazo. El público apenas aplaude porque está claro que esperaba que Kilian ganase. Pero, bueno, la victoria es mía y me la he ganado a pulso.

Me da igual que el precio a pagar haya sido una nariz rota, al igual que me la suda por completo haber jugado sucio.

Tendrían que haberme puesto a un contrincante adecuado.

Que se jodan.

2



KILIAN

—¿Seguro que no quieres que vaya contigo? —me pregunta Dawn saliendo del coche.

—Seguro —afirmo, seco.

Ella se echa el bolso de marca al hombro y frunce el ceño. Es la primera vez que la veo con ese bolso. Noto un pinchazo en el corazón. ¿Se lo habrá comprado con el dinero que le da mi padre?

—¿Es que te has propuesto cagarla en todos los ámbitos de tu vida o qué?

Su comentario me deja petrificado. Ahora suena como él.

—Pero ¿de qué vas?

—No sé. Nunca pasamos tiempo juntos, le partes la nariz a ese crío, ya no subes campañas… —Dawn suspira—. Te estás jodiendo la vida. Abre los putos ojos.

—Mi vida ya está jodida desde hace tiempo. Esto es lo último que necesito ahora mismo.

Sabe lo agobiado que estoy. Sabe que necesito centrarme. Sabe todo lo que está pasando en mi cabeza, ¿y aun así me lo reprocha? Es como si no hubiera vivido a mi lado todo lo malo que he pasado

estos años, como si se hubiera olvidado de la mochila que llevo en la espalda.

—Solamente me preocupo por ti…

Me pongo las gafas de sol, exasperado.

—Nos vemos, Dawn —digo maniobrando con el coche. Sé que si me quedo voy a enfadarme más y no quiero decir cosas de las que luego puedo arrepentirme.

—Avísame cuando llegues.

Suspiro y subo la música en cuanto acelero. Le doy al botón para quitar la capota del coche y el viento me da en la cara.

No quiero pensar más en lo sucedido en el ring. Dawn ha estado echándome la bronca todo el camino a su casa y a mí solamente me apetece estar en la mía antes de tener que enfrentarme a ello.

Porque he sido un completo imbécil. ¿Cómo leches se me ocurre pegarle con el combate terminado?

Da igual que fuera un amistoso. Da igual que mi contrincante fuera el mismo chico con el que me lie en la discoteca y que se haya ganado el puñetazo provocándome.

Todo eso da igual. Porque, a diferencia de él, yo tengo una reputación que mantener y esto podría fastidiarme la carrera, incluso la vida. Ya me había avisado mi padre. No me quedaban más oportunidades. El gato se ha quedado sin vidas.

¿Cómo he podido meter la pata así? Que era yo el invitado especial de la velada. Que he cobrado dos mil dólares simplemente por ese mísero combate.

Según Will, la mitad de los espectadores estaban ahí para verme ganar. Una vez llego a casa, empiezo a notar la ansiedad en el pecho mientras cierro la puerta del coche con desgana.

Vivo solo en un chalet en Summerlin, un barrio adinerado de Las Vegas, cerca de la casa de Dawn. Lo único que me ha dejado mi padre a cambio de todo por lo que pasé por su culpa. Como si joderle la vida a un hijo pudiera solucionarse con una casa moderna y gigantesca en la que no podría sentirme más solo.

Otra cosa con la que me premió fue con su desaparición. Yo solo tenía que ceñirme al plan y él no volvería a verme. Seguiría moviendo los hilos desde las sombras sin molestarme.

Pero, cómo no, he tenido que cagarla así por un chico que ni siquiera conozco.

Por suerte, cuando entro en casa, Sombra aparece para recibirme. Sus ladridos y llantos de felicidad al verme me tranquilizan un poco. Ella hace que no me sienta solo y le da razón a mis días. Incluso puede ser que sea lo único que me mantiene cuerdo.

—Ya está, ya está… —trato de calmarla, aunque sé que el pomerania negro va a seguir saltando igualmente le diga lo que le diga.

Entro en el dormitorio mientras noto cómo el móvil me vibra sin cesar en el bolsillo. Dejo la bolsa de deporte de marca en el suelo y me siento en la cama. Sombra se sube a mi lado, eufórica. Empieza a lamerme el antebrazo en el que tengo tatuado un cuervo con tres ojos, símbolo de una de mis sagas favoritas.

La cojo en brazos y la acaricio, más por tranquilizarme a mí que a ella.

No sé qué haría sin Sombra.

Por un momento, deseo poder teletransportarme a una isla desierta con mi perra, infinitos libros y comida. Sería tan feliz…

Pero no. Por desgracia, mi móvil sigue sonando y vibrando hasta que no puedo más y acabo apagándolo. No sin antes ver que tengo varias llamadas perdidas de mi representante y de mi entrenador.

Suspiro y me levanto de la cama. Sombra me mira desde el colchón con la cola inquieta y la lengua fuera.

Agradezco que mi padre me prometiera hace años no volver a escribirme, porque, si no, sé que entre todas las llamadas habría una suya.

Me quito la camiseta de camino al baño, que está comunicado con mi habitación.

Abro el grifo de la ducha y le pido al asistente digital que reproduzca «Born to Die», de Lana del Rey. Necesito este rato para mí. La psicóloga siempre me lo ha recomendado, y la verdad es que desde que me dedico tiempo llevo todo mucho mejor.

La música empieza a sonar. El vapor indica que el agua ya está lo suficientemente caliente, así que me desnudo por completo y entro. En cuanto el agua choca con mi cuerpo, noto un placer indescriptible. Todos mis músculos se relajan.

«A ver, Kilian…, ¿qué es lo peor que puede pasar?».

Al instante me viene mi padre a la cabeza, pero me obligo a bloquear ese pensamiento.

Pienso en Ann, mi representante de redes sociales, gritándome por haber abandonado el gimnasio sin despedirme. Seguramente también me eche en cara que yo era el invitado, que tendría que haberme quedado ahí dando buena imagen. Y yo he hecho todo lo contrario.

Porque pegar a un contrincante fuera de tiempo de lucha es una falta grave, pero para ella haberme marchado es mucho peor. Ann

no se mete en temas de boxeo, para eso ya está Will.

Menos mal que ha sido en un amistoso…

Pero es que, joder, en cuanto lo vi en el ring mi mundo se puso bocabajo. No me gusta reconocerlo, pero me asusté mucho. Porque, a ver, no es lo mismo liarme con un chico en un garito pordiosero donde nadie me reconoce que de pronto este sea mi contrincante y que, encima, tenga ganas de juerga.

Es que literalmente me ha amenazado con destrozarme la vida entera sin saberlo. ¿Qué clase de persona hace eso?

¿Que yo no ayudé y que me lo había ganado a pulso liándome con Dawn delante de sus narices? Pues puede ser, pero no sé… Me daba morbo la situación. Y se me fue de las manos.

En cuanto vi la mirada de celos de Jackson, supe que le había dado demasiado poder.

Y, encima, me ha ganado justo en el combate que todo el mundo esperaba que ganase yo.

Mis fans habían venido a verme ganar a un cualquiera, y sé que los he decepcionado por todos lados…

Suspiro.

Menudo niñato…

No suelo insultar, pero es que lo ha demostrado con creces. ¿Quería ganar? Pues ya está. Ya tiene lo que quería. Y encima el muy tramposo ha jugado sucio. Pero, bueno, no tenía manera de ganarme si yo hubiera estado centrado. Al menos, ha demostrado tener buena técnica física y de manipulación, eso es innegable.

Me río sin creerme aún la situación. Me enjabono el cuerpo con un gel que tengo que promocionar más tarde en un post y me sorprende la cantidad de espuma que hace.

Luego está mi entrenador: Will, a quien sé perfectamente que también he decepcionado.

Pero, bueno, en resumidas cuentas, respecto a Jackson no puedo hacer nada más que esperar que no se vaya de la lengua. Lo demás lo resolveré estos días rápidamente con cualquier tontería que se me ocurra. La gente se olvida muy rápido de estas movidas en las redes. Con que no me la tengan jurada los de la parte de boxeo, me sobra, aunque en el fondo me da miedo. Las personas que siguen los deportes suelen ser algo rencorosas respecto a los errores que cometen los deportistas. Un jugador de fútbol se cambia de equipo y eso le seguirá por el resto de su vida.

Salgo de la ducha oliendo a café, cortesía del nuevo gel, me seco el cuerpo con una toalla y me la enrosco en la cadera. Paso una mano por el espejo para verme.

«En qué lío te has metido, Kilian…».

Tomo aire, lo suelto lentamente y decido hacer lo correcto, o mejor dicho, lo correcto para los demás, ya que no creo que sea muy bueno para mi salud mental.

Enciendo el móvil y dejo que cargue mientras me pongo ropa interior y la parte inferior del pijama.

Plin, plin, plin.

Me siento en la cama y reviso las notificaciones por encima.

Twitter arde. Mi WhatsApp revienta e Instagram ya ni te cuento.

Empiezo por las llamadas. Primero a mi representante, que no tarda ni medio tono en cogérmelo.

—Antes de que me chilles, déjame hablar —le pido mientras abro una ventana.

—¡Como vuelvas a apagar el móvil en plena crisis, te juro que te echo! —grita Ann, agobiada—. Empieza a contarme esa excusa que te has preparado. Más te vale que sea buena, ¡porque si no…!

—Que sí…, que me echas —digo con una sonrisa. Puedo imaginármela perfectamente en su casa dando vueltas de lo agobiada que está—. A ver, sé que lo he hecho mal.

—Bueno, ¡lo primero es reconocerlo!

—No lo entiendes… —le rebato. Porque es cierto.

—¡Pues explícamelo!

A la mierda.

—Nos liamos antes del combate —confieso. Porque a ella nunca le escondo nada.

—¡Serás caradura!

—¿Puedes dejar de gritar? —pregunto, separándome el móvil del oído—. Te cuento.

Y eso es lo que hago, no dejar nada en el tintero. Desde que lo vi bebiendo solo en la barra de la discoteca hasta que acabamos compartiendo el aliento. También le explico por qué me provocó. Y parece que lo entiende perfectamente.

—Madre mía, menuda fantasía homoerótica. Pero tú también lo provocaste liándote con Dawn en su cara. ¿Ella lo sabe? —pregunta divertida.

—No, aún no.

—Por supuesto que no. A ver, no voy a ser yo quien te diga lo que tienes que hacer ni cómo tienes que vivir tu vida, pero teniendo claro cómo es Dawn y el trato que tenéis con tu padre, quizá debes de llevar cuidado.

—Ya… Aunque no irá a más, y menos después de la que se está liando…

Al otro lado, Ann suspira.

—Mira, respecto a eso…, tienes suerte de que se haya hecho viral el puñetazo, porque la campaña con Everlast sigue adelante. Has hecho más números de lo que se esperaba y aun así están contentos con el resultado.

Esta vez soy yo el que suspira, aliviado.

—Pero pegar a un novato fuera de tiempo ha enfadado a muchos y esto te perjudica única y exclusivamente a ti. Puede que la gente ya no te vuelva a tomar como un tío que juega limpio, independientemente de que os hayáis liado.

Pasan unos segundos en los que digiero sus palabras.

—Ya, fue una cagada…, pero…

—Ni pero ni nada. Ahora me escuchas. Te voy a decir lo que tienes que hacer.

Me levanto de la cama para ponerme una sudadera mientras activo el altavoz.

—Dime.

—Sigue con las campañas que tienes como si nada. Pero quiero que subas un tuit pidiendo perdón a la gente y a Jackson por no haberte controlado.

—Imposible —respondo por acto reflejo—. No quiero que se me siga asociando con él.

—Por eso mismo. Hazlo y cierra el asunto de una vez. Baja el orgullo y el ego. No quiero que pierdas seguidores por esta gilipollez.

En parte, tiene razón. No tengo por qué volver a verle nunca más y, si cierro este capítulo ahora, no peligrará mi carrera en un futuro.

—¿Y bien? —vuelve a preguntarme.

—Ahora te mando lo que escriba.

—¿Ves? A veces eres un amor.

—Siempre soy un amor contigo y lo sabes —le recrimino.

Que haya rebajado el tono hace que el nudo que se apretaba cada vez más en mi pecho se desate un poquito. Llevo muy mal que la gente esté enfadada conmigo.

—Llámame ahora, anda —me pide.

—A sus órdenes, comandante —le respondo en broma, y cuelgo con una sonrisa.

Miro hacia la cama y veo a Sombra dormir plácidamente. Suspiro de nuevo. Cuanto me encantaría ser ella ahora mismo.

Me siento a su lado y le acaricio entre las orejas mientras abro Twitter.

Lo primero que leo son titulares como: «Un nuevo luchador vence a Killer sin esforzarse». Se me contrae el corazón al leer mi mote. «Kilian Fierce pierde los estribos fuera de un combate y le parte la nariz a su contrincante». «Kilian baja la guardia por un tal Jackson Blake. ¿Es este su fin?».

Menudos exagerados… No me puedo ni imaginar qué pasaría si se enterasen de que, además de partirle la nariz, también le había comido la boca. Así es siempre el mundo de las redes sociales y, joder, yo en realidad no quiero entrar en él.

Normalmente, cualquier tipo de celebridad acaba obligada a subir cosas, porque así es como se mantiene a la audiencia. Si eres cantante, subes cosas sobre tu música. Si eres escritor, sobre tus novelas. Y, por consiguiente, si eres boxeador, sobre tus combates.

Lo bueno que tiene esto es que cada mes, por subir unos vídeos con tu cara bonita, puedes llegar a ganar una fortuna por diferentes campañas o eventos. Esa es la única razón por la que sigo en el mundillo.

Dawn, quien empezó siendo mi mejor amiga y acabó como mi novia de cara al público, también está metida en este mundo.

Ella es una barba, como suele decirse. Mi padre le paga una millonada para que así siga siendo.

Porque sí, no soy bisexual. No me siento nada atraído por las mujeres. Soy gay y punto, y, en realidad, no tengo ningún problema con ello, pero sí es cierto que aún no he encontrado ni el momento ni las ganas de contarlo. Total, que hago lo que quiera con quien quiera.

Empiezo a escribir un texto simple y directo, como hago siempre, y cuando termino se lo mando a Ann.

Mientras me responde, voy a la cocina a prepararme la merienda: un bol de fruta con yogur y un café con caramelo. Normalmente, Will no me deja tomar azúcar, pero mi café con caramelo no me lo quita nadie. Suficiente tengo con seguir su dieta estricta midiendo hidratos y proteínas constantemente. Llevo haciéndolo años.

De pronto, me vibra el móvil mientras abro el frigorífico y, antes de sacarlo del bolsillo, ya imagino de quién se trata.

—¿Te has caído de un árbol o es que eras gilipollas y yo no lo sabía? —me pregunta Will, mi entrenador, en cuanto descuelgo.

—Buenas tardes a ti también —respondo mientras corto la fruta. Sombra se sienta, me mira y me pide un trozo con la mirada.

—Joder, macho, te dejo solo porque es un amistoso, ¿y vas y la cagas de esa manera?

Ahora me toca escuchar su sermón.

—Perdona, Will, no quería…

—No sé qué coño querías, pero tienes los Locales la semana que viene. Por si lo habías olvidado, me representas. A mí y a mi gimnasio, y nos has dejado por los suelos. Más te vale arreglar lo que has hecho —añade antes de colgar sin dejarme responder.

Lo he decepcionado, me queda claro.

Y eso duele. Sobre todo cuando ha sido el único que creyó en mí desde el principio y no ha dejado nunca de entrenarme. Pero es lo que toca, porque esta vez me lo merezco y mucho.

El nudo en mi pecho vuelve a tensarse. Porque por muy duro, frío y estricto que sea Will, siempre lo he sentido como la figura paterna que mi padre nunca fue.

Así que, en cuanto veo que Ann me da el visto bueno al texto, lo copio en Twitter e Instagram y lo publico.

3



JACKSON

—¿Quién te ha hecho esto?—me pregunta mi madre refiriéndose a la nariz partida. Desganada, saca una bolsa de guisantes del congelador.

—Un chico con el que me lie anoche —le respondo. Cojo la bolsa que me tiende y me la pongo en la nariz con cuidado. Al instante, noto cómo me palpita por el frío.

—¿Y te lo merecías?

—Pues, si te soy sincero, eso creo.

Mi madre pasa a mi lado y vuelve a sentarse en el sofá. Coge el mando y reanuda la serie que estaba viendo. La ansiedad reaparece en mi pecho. Sé que no va a volver a hablarme más.

Siempre igual. Se despierta, se sienta en el sofá y pierde el día entero mirando la pantalla. Con un poco de suerte, coge el portátil y avanza algo de curro. Pasa todo el día en casa desde que mi padre falleció y apenas puede sacar adelante artículos para el periódico.

Sinceramente, tenía la esperanza de que al volver a Las Vegas todo cambiase, pero no. Ni siquiera parece que la medicación le esté

haciendo efecto. Puede que incluso le esté perjudicando. Y parece no darse cuenta de que poco a poco se le está yendo la vida.

Y yo lo intento, ayudarla de todas las maneras posibles, pero siento que la depresión le impide dejarse ayudar. Así que en estos dos meses he aceptado que lo mejor que puedo hacer para apoyarla es hacer las tareas de casa: cocinar y limpiar. Quitarle labores y preocupaciones.

Y, joder…, entiendo su dolor con toda mi alma, pero es una situación que, sumada a todo lo demás, me cuesta manejar.

Intento no ser egoísta, pero a mis veintiún años debería tener de vez en cuando un respiro. Porque, vale, no estudio. En Londres trabajaba ocho horas al día en una obra de mierda. Vivimos allí tres años por un traslado del trabajo de mi padre y, tras su muerte, aguantamos dos meses hasta que decidimos volver a Las Vegas por temas de dinero.

Porque ese era otro gran problema. El dinero de los cojones. Facturas, deudas, medicaciones y más mierdas. Mi padre no nos lo había dejado nada fácil. De hecho, nunca fuimos una familia adinerada; todos los meses sudábamos por llegar a final de mes. Y por eso hemos vuelto. Porque mi madre, que era profesora, tuvo que renunciar al trabajo porque se pasaba todas las clases llorando sin parar. Y sin los ingresos de mi padre, no podíamos seguir pagando el alquiler de Londres. Por lo que, finalmente, volvimos a nuestra casa comprada de Las Vegas y mi madre ha acabado escribiendo artículos para el periódico de su amiga. O por lo menos lo intenta. Mientras tanto, yo busco curro donde sea, aunque lo que de verdad me gusta siempre ha sido el boxeo. Vivo con la fe de llegar algo lejos, por lo menos lo justo para vivir de ello.

Pero la vida es eso, sueños, y los sueños, sueños son.

Me cae una gota de agua en el pecho. La bolsa se está derritiendo. Suspiro mientras la vuelvo a dejar en el congelador y luego saco algo para preparar la cena.

Busco el móvil por la cocina. No está. Pongo los ojos en blanco.

Siempre me despego del móvil como si fuera algo tóxico. Apenas lo uso. Y luego pasa lo que pasa: que no me entero de nada nunca, porque aunque tenga redes he desactivado todas las notificaciones. Odio que me vibre el teléfono y me corte lo que esté haciendo. Lo siento como un perro saltando en tu pierna para llamar la atención aunque tú estés a otras cosas. Y la verdad es que para la ansiedad y la facilidad que tengo para distraerme, no me viene muy bien.

Subo a mi habitación y por fin lo encuentro sobre mi escritorio.

Bajo con él y busco cómo hacer un plato nuevo. Me gusta cocinar, pero me aburre hacer siempre lo mismo. Que si macarrones, que si estofado…

Suspiro otra vez. Mi madre merece algo más que eso.

Pongo un tutorial sobre lo primero que me sale: pollo al limón con alguna que otra especia. Y acto seguido lo empiezo a preparar. Una vez listo en la bandeja, lo meto en el horno.

Me acerco a mi madre y me siento al lado de ella en el sofá.

—Tienes la cena en el horno. Sácalo en veinte minutos, ¿vale?

Ella asiente y yo le doy un beso en la mejilla.

—Voy a salir con Dean y estos. Volveré tarde.

—Vale, cariño. Ten cuidado y avísame cuando llegues, ¿eh?

Esa respuesta hace que me sienta mucho mejor. Suena a quien era antes de que mi padre se fuera.

—Por supuesto —digo antes de levantarme.

Cojo el móvil para poner música y me encuentro con que tengo varias llamadas perdidas de Dean de hace unos minutos. Tenía el móvil en el modo no molestar. Odio hablar por teléfono, pero acabo llamándolo, por si las moscas.

Dean no suele llamarme.

Mientras, subo a mi habitación. Suenan los primeros tonos.

—Tío, mira Twitter —me indica apurado.

—¿Qué?

—¡Que mires Twitter!

—No tengo Twitter —respondo mientras abro el grifo de la ducha para empezar a prepararme para esta noche—. ¿Qué te vas a poner?

—¡No me cambies de tema! Mira lo que te voy a pasar, porque sigues teniendo el Was instalado, ¿no?

—Sí.

Oigo cómo él suspira por el altavoz.

—Gracias a Dios… —dice, nervioso.

—¿Qué cojones te pasa?

Saco del armario unos vaqueros negros, una camiseta de tirantes blanca y unos bóxers.

Me vibra el móvil, y me lo aparto del oído para mirar la pantalla.

—¿Qué coño…?

Leo las barbaridades que están poniendo sobre Kilian y mi corazón empieza a latir más fuerte. Fotos y vídeos del momento exacto en el que me partió la nariz con miles y miles de likes, con comentarios despectivos hacia él y, a su vez, buenos para mí.

—¡Te has vuelto famoso! —grita Dean, animado. Me masajeo la sien.

—Sigo sin entender nada… —confieso mientras me quito la ropa para ducharme—. Ahora te escribo y me cuentas bien. Estoy en nada.

—Genial. ¡Hoy es en casa de Sarah!

—Que sí, peque. Ahora te veo —digo antes de colgar.

Me parece curioso todo el revuelo que ha causado lo del puñetazo. Me descargo Twitter y leo algún que otro titular que me hace negar con la cabeza.

Dudo mucho que esto le joda la carrera a Kilian. Por muy imbécil que haya sido, en realidad ha sido una gilipollez. ¿Cuántos boxeadores se pelean a diario?

Es que ni siquiera creo que sea tan grave, pero me entretengo tanto leyendo comentarios que me apoyan y que dejan a Kilian por los suelos que el espejo del baño se llena de vapor. Apago el móvil y me meto en la ducha.

Me imagino un escenario en el que la gente escucha lo que le dije en el ring. Mis provocaciones. Donde la gente sabe que, en realidad, el culpable soy yo y que me lo merezco. ¿Se liaría muy parda si se enterasen de que le puso los cuernos a su novia conmigo?

Seguramente sí, y más tras todo el revuelo que está teniendo la tontería. Supongo que ese es el precio que pagar por ser famoso. Que, si das un paso en falso, la gravedad de este se multiplica por mil.

Cuando por fin acabo de arreglarme, me pongo la chupa de cuero que me regaló mi padre y salgo de casa. Saco del compartimento de la moto el casco, me lo pongo y me subo en ella.

Vivo a las afueras de Las Vegas, así que dependo principalmente de ella o del transporte público.

Pero me encanta la sensación. Acelerar y notar el viento cálido en el pecho. Porque en Londres tenía que abrigarme hasta las trancas, pero aquí el clima es mucho más agradable.

En unos veinte minutos de trayecto, llego al edificio de Sarah, una de mis primeras follamigas de cuando era un adolescente.

El recuerdo fugaz de cómo follábamos casi a diario en el instituto me hace sonreír.

Tengo ganas de verla de nuevo. Este es el primer momento libre que tengo después de todo.

Aparco la moto malamente en el rellano del edificio antes de llamar a Dean. Me lo coge y me dice que acaba de subir, así que yo hago lo mismo.

Cuando entro al edificio, una serie de recuerdos se proyectan en mi mente. Menuda puta nostalgia. Aquí han pasado tantas cosas…

Llamo al ascensor.

Sarah López siempre ha sido quien hacía las fiestas de clase. Incluso algún que otro cumpleaños mío he celebrado aquí. Creo recordar que fueron mis diecisiete. Ella juntaba a todos sus amigos en su ático situado en el centro de Las Vegas, y nos pegábamos unas fiestas increíbles.

Tras tres años fuera, me pregunto si quedará algo de lo que fuimos. Lo que tengo claro es que a mí me apetece mucho jugar.

—¡Jacky! —grita ella al abrir la puerta, entusiasmada. Su abrazo me pilla desprevenido.

—Había olvidado ese mote tan horrible —le digo sonriente, apartándome.

No me siento a gusto con las muestras de cariño, no desde…

Sarah me coge del brazo y me arrastra hacia la fiesta.

—¡No me creo que estés aquí! Vamos a ponernos al día. ¡YA! —grita por encima de la música.

Pasamos entre una multitud de gente bailando y berreando las canciones que suenan demasiado altas hasta llegar a la cocina.

—¿Y Dean? —pregunto tras escanear la estancia y no encontrarlo por ninguna parte.

—Por ahí estará con Raven.

No puede ser.

—¡¿Raven Race?!

Sarah asiente y saca del frigorífico una botella de alcohol.

—No me lo puedo creer. Ese gilipollas se metía con él en el colegio. ¿Cómo coño…?

—No has visto lo bueno que se ha puesto estos últimos años —me interrumpe—. Sus granos se esfumaron y, puf, Dean cayó bajo sus encantos.

Cojo la copa que me da y le pego un gran sorbo. Lo necesito. Esa información ya la gestionaré más tarde.

Ella se acerca y me coloca su mano libre en el pecho, dándome golpecitos rítmicamente con las uñas. Atrapa mi colgante con la mano como si fuera una araña moviéndose por su telaraña. Yo le paso la mano con la que no sujeto la copa por la cintura y la atraigo más hacia mí. Así es nuestra dinámica, y me alegro de que no haya cambiado nuestra química.

—¿Y ese piercing? —pregunta, refiriéndose al que me hice en la ceja.

—Del año pasado. Me lo hice cuando me partieron la ceja por primera vez.

—¿Sigues con lo de las peleas? —dice llevando su mano al piercing con curiosidad. Lo acaricia con cuidado y juega con él. Solo me siento cómodo con el contacto físico si tiene alguna connotación sexual.

—Aún no he vuelto a las ilegales, pero ya sabes… —le respondo, bajando el tono de voz.

—Ya.

No hace falta que siga hablando. Dean y ella son los únicos que saben de mi situación. Lo han vivido todo a mi lado. Hasta me acompañaron a la primera pelea ilegal con dinero de por medio. Una noche que acabamos queriendo olvidar cuando apenas teníamos diecisiete años. Volvimos a mi casa y fingimos que no había pasado nada. Sarah convenció a mis padres para que nos dejasen quedarnos hasta tarde viendo películas.

Bajo la mano por su espalda y le acaricio la espina dorsal mientras ella la arquea sutilmente.

Me gusta no tener que explicarme. Me gusta no tener que cuestionar si tocarle el culo ahora mismo sobrepasa algún límite. Porque nuestros cuerpos se reconocen y saben perfectamente quiénes somos el uno para el otro. Y aunque Sarah fuera una follamiga, la segunda parte de esa palabra era la base de nuestra relación. Y eso es lo que más me importa, porque ella era quien me curaba las heridas o incluso me maquillaba las más notables para que mis padres no se molestasen demasiado. Ella era quien me ayudaba a evadirme cada vez que me metía entre sus piernas cuando no podía más. Y, joder, la había echado de menos.

Me acabo la copa del tirón y la dejo sobre la mesa donde estoy apoyado.

—¿Tú no tienes nada que contarme? —pregunto atrayéndola hacia mí con las dos manos.

—Pues, ya sabes, lo básico: sigo estudiando moda y tal.

Cuelo la mano derecha por la cinturilla del short azul que lleva y noto cómo se le eriza la piel ante mi tacto.

—¿Y te gusta? —le pregunto al oído. Quiero ver si sigue deseándome de la misma manera en la que lo hacía.

—¿La carrera o que me metas mano? —pregunta dejando la copa en la mesa tras de mí.

—La carrera. Lo segundo lo tengo claro…

Los pantalones ya empiezan a apretarme en la entrepierna.

—¡Ey! —oigo que grita alguien a nuestra espalda—. ¡No te había visto!

Dean aparece sonriendo y Sarah se separa de mí con cuidado para coger de nuevo su copa.

—¿Cómo estás, tío? —le pregunto, dándole la mano. Pero él la ignora y me abraza.

Doy un paso atrás, anhelando tener mi espacio.

—Súper, la verdad. ¿Tú cómo llevas tus cincuenta mil seguidores?

Me quedo helado.

—¡¿Mis cincuenta mil qué?! —pregunto a la vez que saco el móvil del pantalón lo más rápido que soy capaz. Noto cómo el corazón me late con rapidez.

Tiene que ser un error.

El teléfono no me reconoce la cara al instante y, nervioso, tecleo la contraseña.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Sarah, curiosa, y se asoma para ver la pantalla.

Me meto en Instagram.

No me lo puedo creer cuando entro en mi perfil y veo la cifra.

Cincuenta mil seguidores…

Entro en las notificaciones y veo que hay comentarios y menciones en una publicación.

Pongo los ojos en blanco cuando encuentro el motivo.

«@KilianFierce te ha mencionado en un post».

4



KILIAN

—¿Sabes que dicen que ya no estamos juntos? —pregunta Dawn al otro lado de la línea.

Pongo los ojos en blanco, aunque ella no pueda verlo. Ojalá me importase lo más mínimo.

—Y ellos qué saben…

—Pues eso, bebé, que hace mucho que no nos ven juntos fuera de los combates. La gente se está pensando que es puro show.

Intento controlar el sentimiento de repulsión que me da la nueva forma que le ha dado por llamarme.

Apoyo las manos en el lavabo y me miro al espejo. Menudas ojeras tengo…

Hago memoria e intento recordar cuándo fue la última vez que quedé con Dawn. Juraría que no ha pasado tanto tiempo.

—Mándame la noticia, que la lea —le pido, porque sinceramente me huele a gato encerrado.

Ella suspira. Me vibra el móvil en cuestión de segundos.

Leo el artículo.

No me puedo creer lo rápido que ha pasado. Con todas las cosas que tengo en la cabeza últimamente, he olvidado por completo que tengo una puta relación falsa y que, a su vez, hay que alimentarla. No soy capaz ni de mantener en pie mi reputación, como para mantener dos…

—¿Te viene bien comer mañana? —propongo con intención de solucionarlo para no provocar a mi padre.

—Perfecto, rey.

—Pues ya está, solucionado.

Mientras Dawn me cuenta cómo le ha ido en el balneario en el que acaba de estar, suelto a Sombra en el jardín interior, cierro la puerta de casa y me subo al coche.

Hoy empieza todo. De nuevo. Ponerme los guantes. Subirme al ring. Que griten mi nombre. Ganar el combate.

Espero que hoy no haya ningún niñato para distraerme. Porque llevaba una racha de tres años sin perder ni un solo combate, y lo del otro día me sentó como una patada en el estómago. Y el dolor aún no se ha ido. Sigue ahí.

—¿Me has oído?

—¿Qué? —respondo. Y me doy cuenta de que no me he enterado de nada de lo que me ha dicho en el último minuto.

—Kilian, ¿estás bien?

No.

—Agotado y sin ganas de nada, pero no me queda otra.

Arranco el coche y activo el manos libres para seguir hablando.

—Te va a ir bien, ya verás. Aunque, después de esto, a lo mejor te conviene un descanso.

Sí, justo ella va a saber lo que me conviene.

Voy a responder justo cuando me entra una segunda llamada.

—Me llama Ann. Te tengo que dejar —le digo mientras salgo de la urbanización de chalets y conduzco hacia el pabellón en el que empieza el torneo de los Locales.

—¡Suerte!

Cuelgo y le cojo la llamada a Ann.

—¡Buenas, buenas! ¡Hoy empezamos! ¿Tienes ganas?

Sonrío inconscientemente. Su buen rollo se me contagia al instante. Ella es la única a la que puedo considerar una amiga hoy en día.

—Pues no muchas. Tengo un cansancio acumulado…

Últimamente, las pesadillas se están intensificando hasta el punto de apenas dejarme dormir.

—¿Tú sabes que existen los cafés, las bebidas energéticas, los…?

—Cansancio mental, Ann. Me muero de ganas de poder apagar el cerebro por un día.

—Bueno, cariño, te entiendo. Tú solo recuerda que hoy, a la vez que empiezas, acabas una parte. Así que esfuérzate, que después estarás mucho más tranquilo.

—Gracias —respondo un poco más aliviado.

Cuando deja de lado la actitud de jefa, me cae cinco veces mejor.

—Pero tengo que hacer mi trabajo y recordarte alguna que otra cosilla.

A esto me refiero.

—Te odio.

—Lo sé, pero tienes que ganar ese combate. Quiero más campañas, y ya sabes que Venom quiere promocionarte y para eso tienes que ganar.

—Lo haré lo mejor que pueda. Pero, sí, ya sabes que eso está hecho.

Porque el contrincante que me ha tocado no parece muy duro. Will y yo hemos estudiado durante la última semana sus combates, y creo que tengo la victoria más que asegurada. De eso trata el boxeo: de conocer a tu oponente, de saber sus puntos débiles para así hacerte con la victoria. Yo no tengo ningún punto débil. No físicamente. Mi padre se encargó de eso.

—Venga, mucho ánimo. Sé que están siendo unas semanas duras, pero esta es la parte mala.

«¿Y cuál es la parte buena?», siento el impulso de preguntar, pero no lo hago.

—Gracias, estoy llegando ya. Hablamos luego.

—¡Chao!

Salgo del coche y a través de las gafas de sol veo que empieza a acumularse la gente en la entrada del pabellón, por lo que decido ir por la puerta trasera para que ningún fan se acerque. No estoy de humor y lo último que necesito es más estrés.

El segurata me abre la puerta y me guía hacia los vestuarios, aunque sé perfectamente dónde están. Conozco casi todos los gimnasios de Las Vegas como si fueran mi segunda casa.

El olor a sudor me llega al entrar en los vestuarios, y ahí me encuentro a todos los contrincantes. Reconozco varias caras de boxeo y me anima ver que algunos de los que fueron mis rivales vuelven a presentarse. Habré ganado a más de la mitad.

Entre el gentío, encuentro a Will, que viene hacia mí.

—¡Buenas, crack! ¿Listo para ganar? —dice, y me da una palmada en el hombro.

Está de buen humor, no como yo. Cuando me ve encogerme de hombros, salta:

—Venga, macho, ¡si ni siquiera hemos empezado!

Con un resoplido, dejo el macuto con el material en el banquillo y me siento. Lo abro y saco las vendas.

Ese es el problema, que ni siquiera quiero empezar.

—Pues sí que tienes mal perder… —añade como quien no quiere la cosa, y yo lo fulmino con la mirada—. ¿Sabes algo de él?

Alzo la cabeza, asombrado. ¿Me está preguntando por Jackson?

—¿Por qué voy a saber nada de ese tío?

Lo último fue que le pedí disculpas delante de miles de personas, ¡incluso lo seguí! Y el muy capullo ni se ha dignado a responderme.

—Eh, calma —pide Will, advirtiéndome con la mirada.

—¿Qué pasa con él? —insisto. Porque que Will pregunte por una persona en concreto solo puede significar una cosa. En los seis años que lleva Will entrenándome, nadie le ha llamado la atención. Me temo lo peor.

—Pasa que lo del otro día fue una cagada y tengo que ver el modo de solucionarlo.

Me da un pinchazo en el corazón porque la culpa tras estos días no se ha ido.

—¿Y para qué lo quieres?

Will se quita la gorra y se pasa la mano por el pelo, resoplando. Hace calor aquí dentro.

—Me interesa. Daría buena imagen al gimnasio y creo que no tiene representante…

No puedo evitar soltar una carcajada, aunque no me hace ni pizca de gracia. ¿Cómo iba a tener representante alguien como él?

—¿Quieres entrenarlo?

—Tiene potencial. A las pruebas me remito…

Otro pinchazo por la ansiedad. Ya. Ya me ha quedado claro que perdí contra él, joder. ¿Por qué todo el mundo se ha empeñado en recordármelo constantemente justo antes de que salga a competir?

—Pero ¡si no es nadie! —exploto, y se me caen las vendas de la mano. Los luchadores desvían su atención hacia nosotros, curiosos.

—Pues para no ser nadie está ahora en el punto de mira de todo el mundo… gracias a ti —responde cogiéndome del suelo el ovillo de vendas y tirándomelo al pecho.

—¡Gracias a que es gilipollas! —digo bajando el tono de voz, y me levanto exasperado, encarándolo.

Esta es la segunda vez que insulto a Jackson.

—¡Eh! —me advierte apuntándome con el dedo. Sé que lo he cabreado. Los otros luchadores que hay en el gimnasio empiezan a murmurar—. Controla a la bestia.

Me intento tragar la rabia, pero me cuesta. Porque sé perfectamente a lo que se refiere. Mi mente viaja a la pesadilla de hoy. El mote de «La bestia» o «Killer» me seguirá hasta el fin de mis días. Y porque es Will, que si no lo mandaría a pique ahí mismo. ¿Quiere entrenar a otro? Que lo haga, a ver qué pasa.

—Me ganó haciendo trampas.

—Me da lo mismo. Todo acto tiene sus consecuencias, así que hoy ganas y luego buscas al tal Jackson, a ver qué nos dice.

—Pero…

—¡No hay más que hablar! —corta, saliendo del vestuario y dejándome completamente solo entre mis contrincantes y sus entrenadores.

La gente vuelve a sus conversaciones en cuanto la puerta del vestuario se cierra. Joder, el puto pecho me va a estallar…

Estoy solo en esto. Lo he decepcionado y ahora quiere a otro.

¿Por qué cojones se le ha tenido que meter Jackson en la cabeza? Me ha ganado, pero él no sabe que fue porque me distrajo. Porque jugó sucio. Porque me chantajeó.

Guardo en una taquilla mis cosas y la cierro con estrépito.

Paso los siguientes veinte minutos sentado en el banquillo distraído con el móvil porque, a diferencia de los demás, que hablan entre ellos como si fueran colegas de toda la vida, yo no me llevo bien con nadie. De hecho, nunca he intentado *conocer* a nadie. Will siempre me lo ha dicho: «Centra toda tu energía en ti y en tu combate. Crear vínculos con tus contrincantes es como cavar tu propia tumba».

La pierna se me mueve involuntariamente por los nervios. Me tiembla el móvil entre las manos mientras lo guardo en el macuto. Cuando me llaman por megafonía, me levanto y salgo en dirección al ring.

Tengo un nudo en la garganta por la puta ansiedad. Noto cómo me gruñe el estómago y cómo se me nubla la vista mientras la gente corea mi nombre. Nunca me ha gustado esa sensación. Solo tengo ganas de volverme y gritarles que se callen, que me olviden, que no quiero estar aquí. Que no soy lo que ellos creen.

Me tiembla la mano derecha al meterla en el guante negro que me tiende Will al llegar a mi esquina.

—Lo tienes —me dice.

Me quito la bata, salto para calentar varias veces y espero hasta que el árbitro nos presenta. Y cuando suena la campana, da

comienzo la primera ronda.

Fulmino a mi contrincante con la mirada mientras me protejo la cara con los guantes. Su nombre es Louis y me saca un par de dedos de altura, pero eso ya lo sabíamos. Según sus vídeos, no es ni la mitad de ágil que yo. Es algo más lento. Imagino que él también se habrá estudiado mis movimientos, pero a mí no me cabe la menor duda de que va a ser una victoria fácil…, si no me confío.

Me obligo a respirar. Él lanza un golpe que esquivo fácilmente, y le clavo uno en el costado, limpio y preciso.

Las gradas gritan. Mi pecho se encoge.

Dios, necesito soltarlo todo.

Intento golpearle aún más fuerte y él no logra cubrirse, así que acabo acertándole.

El árbitro nos separa y empezamos la segunda ronda. En esta, él logra darme en varias ocasiones, pero en seguida vuelvo a sacarle ventaja. Es fácil, predecible. Mucho peor que Jackson.

«¿Por qué cojones pienso ahora en Jackson?».

Recuerdo la amenaza de Will y la rabia ruge por mis venas.

«¿Ese gilipollas puede quitarme el puesto?».

«Para», me ordeno. Tercera vez que le insulto.

Lanzo un puñetazo directo y mi oponente es tan débil que no logra pararlo y se da con su propio guante en la cara.

No me río, pero, joder, ¿qué leches hago luchando contra este parguela?

«Controla a la bestia». Las palabras de Will me vienen a la cabeza.

Mi contrincante intenta darme con un gancho que yo bloqueo y, con impulso, se lo devuelvo con la mano izquierda. El estruendo suena por todo el pabellón, pero mi ansiedad no cesa.

Doy otro. Y otro. Otro más.

El cuerpo sudoroso de Jackson aparece en mi mente. Pienso en su lengua enredándose con la mía, igual que parecen estar a punto de hacer nuestras carreras…

«Olvídate de Jackson».

¡Pum!

«¿Sabes que dicen que ya no estamos juntos?».

Ojalá poder gritárselo yo mismo.

¡Pum!

«Controla a la bestia».

¡No tengo nada que controlar!

Lanzo un croché.

El impacto me sacude el brazo hasta el hombro. El sonido es seco, apagado, como si el golpe hubiera ocurrido bajo el agua. Durante un segundo, no pasa nada. Mi puño sigue suspendido en el aire y pienso, absurdamente, que quizá no ha sido tan fuerte.

Luego su cabeza se ladea.

Sus ojos se apagan un poco antes de que lo haga su cuerpo. Las piernas le fallan y cae hacia atrás, pesado, torpe, sin intentar protegerse.

Cae.

El mundo se ralentiza.

El público se convierte en un murmullo lejano, irreconocible. Las luces del ring me ciegan. Me cuesta parpadear. Siento el sudor resbalar por mi sien, meterse en el ojo, pero no me atrevo a apartar la mirada. No ahora.

El árbitro corre hacia él.

Sus pasos golpean la lona una y otra vez, marcando un ritmo que no consigo seguir. Se arrodilla a su lado. Le toca el hombro. Le habla.

—¿Estás bien?

Espero.

Contengo la respiración.

Un segundo.

Otro más.

No responde.

«No responde».

El silencio se estira, se vuelve insoportable. Me zumban los oídos. El corazón me golpea demasiado fuerte en el pecho, como si intentara escapar. Siento las manos entumecidas, inútiles. Las piernas me pesan.

No.

Por favor, no.

Y, sin quererlo, mi mente se quiebra y retrocede.

Seis años atrás.

El mismo vacío repentino.

La misma sensación de estar mirando algo que no debería estar pasando.

La misma espera antes de saber si aún queda algo que salvar.

Busco a Will con la mirada, desesperado, necesitándolo más de lo que estoy dispuesto a admitir. Lo encuentro entre la multitud.

Solo veo su espalda.

Se aleja del ring.

Camina despacio, como si no tuviera prisa, como si esto ya no fuera asunto suyo. Niega con la cabeza. Decepción. Cansancio.

Renuncia.

No se gira.

No me busca.

No se queda.

Se marcha.

Me está dejando solo.

El ruido regresa de golpe, como una ola rompiendo contra mí. Las voces, los gritos, las órdenes. Pero ya no consigo sostenerme. El cuerpo cede antes que la mente.

Las rodillas me fallan y caigo al suelo.

No reacciono.

No porque no pueda, sino porque algo dentro de mí se ha apagado con él.

Me ha abandonado.

Entre varios, cogen a mi oponente y lo sacan del ring. Yo los sigo lentamente. La gente empieza a murmurar.

—¡KILLER HA VUELTO! —grita alguien.

«No…».

Mi corazón se parte en dos. Odio ese mote.

Odio ese puto mote porque ellos no lo saben, pero es lo que soy en realidad.

Tumban al chico en una camilla y, aún con los guantes puestos, le hacen un electroshock. Los ojos se me llenan de lágrimas mientras su cuerpo vibra por las descargas.

Se me hacen insufribles los minutos que paso ahí. Veo la escena con el corazón encogido hasta que oigo la gran bocanada de aire que da el chaval y entonces siento que soy yo que el vuelve a respirar.

Suenan tres pitidos que indican que el combate ha terminado.

Él sigue vivo, pero creo…

Creo que mi carrera ya no.

Siete años antes

Tengo diecisiete años y las manos me pesan tanto que parece que llevo dos bloques de hormigón pegados a las muñecas. El frío de los muelles de Las Vegas —ese frío seco que se te mete en los pulmones y te quema al respirar— no es nada comparado con el hielo que siento ahora mismo en la boca del estómago. Es un vacío negro, un abismo que amenaza con devorarme en cualquier momento.

Camino por el callejón trasero del gimnasio de Will. Mis pasos suenan extraños, pesados, como si estuviera aprendiendo a andar de nuevo. No hay nadie. Solo el parpadeo errático de un cartel de neón que zumba sobre mi cabeza, bañando el asfalto de un rojo sangriento que me revuelve las tripas. No quiero mirarme las manos. Sé que están calientes. Sé que están manchadas. Pero lo que no puedo quitarme de encima es el sonido.

Ese puto crujido.

Si cierro los ojos, lo oigo otra vez. Es seco, como una rama de árbol partiéndose. Un sonido limpio, definitivo. Y después, el silencio. Un silencio que se ha tragado el ruido de los coches a lo lejos, el viento y hasta los latidos de mi propio corazón. He visto cómo se quedaba ahí, tirado en el suelo gris, sin moverse. Me he quedado mirando el hilo de sangre que empezaba a serpentear entre las

grietas del cemento hasta que el pánico me ha estallado en las costillas y me ha obligado a correr. He escapado hasta que me han ardido los pulmones, hasta que el sabor a hierro me ha llenado la boca, sin mirar atrás. Mi padre me había abandonado.

Y ahora estoy aquí, frente a la puerta de metal desconchada del gimnasio.

Tardo una eternidad en empujar la puerta. Los dedos no me obedecen, resbalan sobre el pomo. Cuando por fin entro, el olor a sudor rancio, cuero viejo y desinfectante me golpea la cara. Normalmente, este olor me da paz. Es mi casa. Pero hoy me da ganas de vomitar. Todo está a oscuras, excepto por la luz que se filtra por debajo de la puerta del despacho de Will, al fondo de la sala. Los sacos de boxeo cuelgan del techo como cadáveres que esperan su turno, balanceándose apenas con una corriente de aire invisible.

Cruzo el gimnasio. Cada paso sobre la lona suena como un cañonazo en este silencio. Me detengo frente a su puerta. Noto que el temblor me ha empezado en las rodillas y se extiende por todo mi cuerpo.

Doy tres toques flojos. Casi espero que no me oiga. Pero la silla cruje dentro y la puerta se abre.

Will aparece ahí, con su camiseta gris manchada de café y una toalla al hombro. Al principio no dice nada. Me contempla de arriba abajo, con esa mirada suya que parece que me esté leyendo la mente. Sus ojos se detienen en mis nudillos, en el barro de mis vaqueros, en mi cara, que debe de ser un terrorífico poema.

—Kilian… —su voz es ronca, tranquila—. ¿Qué haces aquí a estas horas, chico? ¿Ha pasado algo?

Niego con la cabeza. Abro la boca, pero no sale nada. Solo un jadeo seco. Me apoyo en el marco de la puerta porque siento que el suelo se está inclinando hacia la derecha.

—Entra —me ordena, y su tono cambia. Ya no es curiosidad; es una alerta silenciosa.

Me siento en la silla de madera frente a su escritorio, lleno de papeles y trofeos viejos. Will se sienta frente a mí, pero no habla. Me deja espacio. Sabe que estoy a punto de explotar. Me miro las manos. La sangre se ha secado bajo las uñas y tiene un color oscuro, casi negro.

—Lo he matado, Will —suelto de golpe. Las palabras me salen de la garganta como trozos de cristal que me desgarran al salir—. He…, he matado a alguien.

El silencio que sigue es peor que el del muelle. Veo cómo Will se queda inmóvil. Sus manos, grandes, se cierran sobre la mesa. No se aparta de mí. No llama a la policía. Solo me mira, procesando el peso de lo que acabo de decir.

—Cuéntamelo todo —dice al fin. Su voz es una roca en mitad de mi tormenta—. Desahógate, Kilian. Suéltalo.

Y entonces, las compuertas se rompen.

—Solo era una pelea, una de esas apuestas de mierda en los túneles —empiezo a hablar rápido, atropelladamente. Las palabras se me agolpan en la lengua—. Él era más grande, Will. Mucho más grande. Me ha acorralado y… me he asustado. He visto el odio en sus ojos y solo he querido que parara. Le he pegado. Un solo golpe. En la mandíbula. He puesto toda la rabia de mi padre, todo el asco que me tengo por hacer esto, en ese puto puño. Y he oído el crujido.

Me tapo la cara con las manos, pero no puedo borrar la imagen.

—Se ha caído hacia atrás. Ha golpeado el bordillo con la nuca. El sonido ha sido distinto, entonces. No como un hueso roto, sino algo más definitivo. Me he quedado esperando a que se levantara, Will. Le he gritado que se levantara, que era un idiota, que no podía acabar así. Pero sus ojos estaban…, estaban vacíos. No había nada ahí. Solo yo, reflejado en sus pupilas.

Empiezo a llorar. No es un llanto de película, es un sollozo feo, ronco, que hace que me vibre todo el pecho. Me siento pequeño. Me siento como un monstruo.

—Soy un asesino —grito, y el eco rebota en las paredes del gimnasio y me devuelve mi propia condena—. Mi padre tiene razón. Solo sirvo para destruir cosas. Soy basura, Will. Doy asco…

Will se levanta. No dice que todo va a estar bien, porque ambos sabemos que no es verdad. Rodea el escritorio y se arrodilla frente a mí. Me obliga a bajar las manos de la cara y me agarra por las muñecas con una fuerza que me ancla al presente.

—Mírame, Kilian —me ordena. Sus ojos están a centímetros de los míos. Están llenos de una tristeza infinita, pero también de una protección feroz—. Escúchame bien porque solo lo voy a decir una vez. Ese peso que sientes ahora mismo en el pecho… no vas a cargarlo tú solo. A partir de este segundo, la mitad es mía.

—No puedes… —intento protestar, pero me corta.

—Puedo y lo voy a hacer. No eres un asesino de sangre fría, chico. Eres un crío que ha nacido en un mundo que no nos deja otra opción que luchar. Ha sido un accidente, una tragedia de las que Las Vegas escupe cada noche. Pero yo no voy a dejar que esto te

trague. ¿Me oyes? No te voy a soltar. Tienes mucho talento y potencial. ¡Eres mi mejor luchador!

Me agarra la nuca y me apoya la frente en la mía. Su calor, el olor a tabaco y a sudor de su ropa es lo único que me mantiene unido a la realidad. Siento que sus brazos me rodean, apretándome contra él, dándome el refugio que mi padre biológico nunca me ha dado. En sus brazos no soy un asesino, no soy un activo para ganar dinero ni un estorbo. Soy solo Kilian. Un chico de diecisiete años que acaba de romper su vida en pedazos y que parece que ha encontrado a la única persona en el mundo capaz de ayudarle a recoger los cristales.

—Quédate aquí —susurra contra mi pelo mientras sigo temblando —. Voy a cerrar. Nadie va a entrar. Mañana veremos qué hacer, pero esta noche, aquí, estás a salvo. Mañana negociaré algo con Arthur. Tú… no te preocupes. Me encargaré de que todo vaya bien.

Esa noche, mientras Will me limpia la sangre de los nudillos con una paciencia que me duele más que cualquier golpe, entiendo que mi lealtad hacia él no tiene límites. Mi padre biológico me habría vendido a la policía antes de que el cuerpo de mi contrincante se enfriara, con tal de salvar su reputación. Pero este hombre, en este gimnasio que se cae a trozos, acaba de elegirme a mí por encima de la ley, y con el paso del tiempo me demostrará que hará lo que sea con tal de no verme caer.

Me ha dado un hogar entre mis propias ruinas. Y eso, lo juro por lo que me queda de alma, es algo que nunca voy a olvidar.

5



JACKSON

Me subo en la moto y arranco con la bolsa de deporte a la espalda. He quedado con Dean para entrenar con él, a ver qué tal. Tengo que empezar a moverme. Apuntarme a un gimnasio y recuperar la fuerza de hace unos meses. He pasado la mañana echando currículums y estoy algo cansado mentalmente, pero necesito volver a entrenar y, desde que se lo comenté a Dean, se ha mostrado de lo más interesado en ayudarme con eso.

Cuando llego a la dirección que me ha enviado, lo encuentro fumando en la puerta.

—Buenas —dice, y suelta el humo con una mueca divertida.

—Buenas, tío.

Nos saludamos con la mano y él tira el cigarrillo al suelo.

—¿Preparado?

—Por supuesto —respondo, aunque en realidad tenga la cabeza a tope por toda la presión de tener que encontrar un curro como sea.

Entramos en el gimnasio y veo que está decorado con los colores negro y amarillo. Eso me recuerda a mis guantes de boxeo y sonrío. Dejamos las cosas que no necesitamos en las taquillas.

—¿Aquí hay saco? —le pregunto, y él me mira curioso.

Señala con la barbilla al fondo y sigo la dirección con la mirada. Bingo. Cojo los guantes y salgo con él.

De camino me fijo en el estado de todas las máquinas: nuevas y modernas, de última generación. Limpias y relucientes. De puta madre. Me saco las vendas del bolsillo y empiezo a cubrirme las manos y muñecas con ellas.

—Se me hace raro verte aquí —dice sin mucho reparo.

—Tenía ganas de volver —confieso. Al ver que no va a decir nada más, añado con curiosidad—: Sarah me contó que estás saliendo con Raven…

Dean pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Es solo un lío largo. No somos nada más.

—Bueno, pero cuéntame cómo surgió eso, porque si yo llego a estar aquí, créeme que hubiera hecho lo posible porque no pasase.

Dean se ríe, pero noto que las comisuras de sus labios no se extienden del todo.

—Bueno, pero no estabas —suspira, echándomelo en cara. Sé que para él resultó difícil que me fuera—. Así que… me tuve que juntar con otro gilipollas.

—Eh, eh, no me compares con ese engendro —le advierto—. ¿Cuánto tiempo llevas con él?

Abro y cierro la mano para comprobar que las vendas están bien apretadas y empiezo a calentar.

Dean coge dos mancuernas y se pone a mi lado.

—Pues casi dos años… —confiesa, tímidamente.

Dos. Putos. Años.

—Vamos, desde que me piré.

—No te enfades, anda —me pide mientras empieza a trabajar los bíceps, que están claramente más desarrollados que la última vez que lo vi en persona.

Poco quedaba del Dean delgaducho que recordaba.

—No me enfado, pero me sorprende por razones obvias. Con que sepas dónde te metes…

Él acaba su serie y deja las mancuernas en el suelo.

—Ha cambiado, créeme.

—Ya, eso decía yo cuando estaba con Sylas —le recordé.

Dean me fulmina con la mirada.

—«No lo compares con ese engendro» —dice usando las mismas palabras que yo en tono de burla.

—Son iguales —afirmo mientras me coloco los guantes y suspiro —. No quiero que lo pases mal. Tú solo avísame si necesitas que le parta las piernas.

Dean niega con la cabeza y vuelve a coger las mancuernas para seguir con su serie.

—Tú y tu lado sobreprotector.

—Yo y mi manera de mostrar cariño —le rebato.

Empiezo a pegarle al saco.

Uno-dos. Uno-uno. Dos-dos. Croché. Gancho.

En boxeo, el número uno se usa para referenciar al primer golpe, que se da siempre con la mano no prioritaria, en mi caso, la izquierda. A su vez, el dos se usa para nombrar al contrario.

Así se crean las combinaciones de golpes: intercalando estos cuatro golpes y la intensidad de lanzarlos.

Dean me mira con aprobación mientras descansa entre series. Eso me reconforta. No era consciente de lo mucho que lo echaba de

menos.

Los golpes resuenan por todo el gimnasio. Estoy dándole como nunca. Lanzo golpes potentes, con cabeza, rítmicamente. Cuando noto que me estoy quedando sin respiración, paro.

—Qué intenso… —señala Dean, y yo le sonrío mientras me seco el sudor con una toalla.

Dean coge las mancuernas y vuelve a su entrenamiento.

De reojo, veo que la pantalla de mi móvil no para de parpadear con notificaciones de Instagram. Hace una semana que Kilian subió el comunicado y desde entonces no he parado de ganar seguidores.

Si me llegan a decir que todo esto sucedería porque Kilian me partiese la nariz no me lo habría creído. Porque siempre he pensado que ganar seguidores era bastante más complicado.

Aunque, pensándolo bien, esto me viene de perlas para empezar a dar mis primeros pasos en el deporte. Puede que sea verdad que no hay mal que por bien no venga.

Tras darle varias rondas más al saco, decido unirme al entrenamiento de fuerza de Dean.

La camiseta de tirantes que llevo se me pega al pecho por el sudor.

Me quito los guantes y los dejo en el suelo, junto a las vendas. Tengo la fea manía de no doblarlas cuando me las quito. Odio que se queden compactas con el sudor.

—Veo que sigues a tope con el boxeo —apunta Dean.

—Eso intento…

Cojo las mancuernas que él levanta para entrenar bíceps y lo imito. Cuando veo en el espejo su mirada, me temo que sé lo que va

a decir. Lo conozco demasiado bien. Mis músculos se tensan y destensan mientras muevo los kilos.

Adoro esa sensación.

—Y… ¿vas a seguir con las P. I.? —pregunta con discreción.

No podemos hablar de esto así libremente por si hay algún policía cerca.

—Creo que sí. En casa vamos mal de pasta y de momento no me cogen en ningún lado.

—Joder, Jackson… —bufa Dean.

—Sé que esperabas otra respuesta, pero no ha cambiado mucho la situación desde que me fui. De hecho, ha empeorado después de que mi padre muriera.

Lanzo un beso al cielo. Como cada vez que lo menciono desde que pasó.

—Pero tiene que haber otra solución, ya sabes que eso es peligroso de cojones. Y Sylas…

—Sylas está muerto para mí —lo corto radicalmente—. Me da igual todo lo que tenga que ver con él. Vamos a dejar de nombrarlo…

Sylas. Aquel hijo de puta se metió en mi vida cuando tenía dieciséis para destruirla a su gusto, por si no era ya lo suficientemente dura cuando empecé a trabajar a esa edad; cuando empecé a notar el agotamiento de estudiar y trabajar a la vez; cuando todos mis amigos me dejaron de lado porque apenas podía sacar tiempo para ellos; cuando empecé a descubrir mi sexualidad…

—Jackson…

—Estoy bien —lo vuelvo a cortar.

Otra cosa que se me había olvidado mientras estaba en Londres era que Dean puede leerme como un libro abierto. Tiene la

capacidad de saber exactamente lo que pienso y lo que siento, y parece que eso no ha cambiado con el tiempo. Al igual que no ha cambiado el respeto que nos tenemos el uno al otro. Por eso no insiste.

Me acaricia la espalda dándome a saber que, si lo necesito, él está aquí, y en el fondo sabe de sobra que se lo agradezco.

Tras varias series de bíceps y pecho, Dean vuelve a casa en autobús y yo me vuelvo en moto como siempre, arrepintiéndome al instante de no haberme puesto una sudadera, porque es tarde y, aunque no hace frío, el viento me hiela la piel a través de la camiseta sudada cada vez que acelero.

Cuando llego a casa, saludo a mi madre, que ni siquiera se molesta en responderme.

Saco los tápers del frigorífico y caliento uno en el microondas. Se lo pongo a mi madre en la mesa de enfrente del televisor junto con un vaso de agua y, tras ducharme, me caliento el mío.

Mientras ceno en la cocina, saco el móvil. Porque, por lo que parece, todo ha cambiado. Aunque, si me agobio, lo mando a la mierda y punto.

Entro en Instagram y veo que mi bandeja de entrada está repleta de mensajes de gente desconocida. Automáticamente, le doy la vuelta al móvil.

«Hostia puta», pienso para mis adentros. Esto es algo muy grande. ¿Qué cojones tiene que hacer una persona con tantos seguidores? ¿Esperan algo de mí?

Decido borrar las dos únicas fotos que tenía publicadas y subo una del entreno con Dean.

Nuevo comienzo.

Suspiro mientras me como el pollo con arroz. Busco el perfil de Kilian y no me es muy difícil encontrarlo.

Cuatrocientos setenta mil seguidores…

Joder, el cabrón es bastante más famoso de lo que pensaba, pero, claro, en comparación a los sesenta mil seguidores que he ganado yo en unos días…, tampoco es tanto, ¿no?

Veo que él ya me sigue y pongo los ojos en blanco.

Cuando leí el comunicado que subió mientras estaba en casa de Sarah, sinceramente, me dio igual. Porque aún sigo con la nariz rota. Aún tengo un párpado morado que… Cada vez que me miro al espejo entiendo perfectamente por qué no me han llamado para trabajar en ningún sitio. ¿Quién querría tener en su empresa a un tío como yo? Tatuado hasta las trancas, con piercings más que visibles y, para colmo, con la nariz rota.

Suspiro de nuevo. Estoy perdiendo la esperanza.

Lo odio, pero no me queda más remedio que volver a pelear ilegalmente si quiero conseguir algo de dinero, por lo menos para cubrir este mes.

De pronto, un vídeo de Kilian duchándose y preparándose para ir al gimnasio aparece en la pantalla del móvil.

Sus músculos brillan con la baja exposición de la luz; su calavera vuelve a mirarme a través de la pantalla de mi móvil mientras se enjabona el cuerpo con un…

¿Gel de olor a café?

Me tapo la boca para contener una carcajada.

«¿En serio?».

Busco la descripción del vídeo y confirmo que lo que estoy viendo es un puto anuncio.

Niego con la cabeza por lo surrealista que se me hace la situación.

Me meto en Twitter para ver si encuentro algo más y me quedo helado con lo primero que leo:

«Kilian Fierce: descalificado de la liga por dejar inconsciente a Louis Gómez con un golpe prohibido».

6



KILIAN

Suena la campana de la puerta del gimnasio en cuanto entro. El olor a humanidad y a cuero me golpean en la nariz, como siempre.

Will se cruza de brazos en cuanto me ve entrar.

Tres días han pasado desde lo que ocurrió en los Locales. Desde que Will me dejó solo sin saber cómo actuar delante de cientos de personas. Enfrentándome a mi trauma más recurrente completamente solo.

Ese día salí corriendo de allí. Me dio igual todo lo demás. Solo me importaba que aquel chico, Louis, sobreviviera. No podía permitirme volver a sentirme tan culpable, pero, aun así, me siento igual desde entonces: devastado, asqueado… Odiándome a mí mismo cada vez más.

Me he encerrado en casa estos tres días. Apagué el puto móvil. No quería saber nada de nadie. Absolutamente nada. Me daba completamente igual que me echasen de la agencia, que Ann me despidiera por haberle fallado de la manera más fuerte en la que lo podría haber hecho.

Quería que la ansiedad parase. Solamente quería eso. Y me daba igual todo lo demás.

Pero Will… Will sí me importa. Por eso he tardado tanto en reunir el coraje para venir.

—Me dejaste tirado —le recrimino. Porque no sé qué más decirle después de lo que hizo.

—Y tú tiraste mi trabajo de meses a la basura. —Se gira hacia los alumnos más pequeños y grita—: ¡A los sacos!

—Sabías exactamente cómo me iba a sentar lo que me dijiste. Nadie puede ganar una puta batalla sin estar tranquilo mentalmente.

—¡Tú nunca estás tranquilo mentalmente! Y no se te ocurra echarme la culpa de lo que pasó.

Tiene razón, nunca lo estoy.

—Menos si mi entrenador amenaza con reemplazarme —le gruño.

—¡Quería que salieras con un poco de rabia!

—Pues te salió el tiro por la culata.

—Te salió a ti, ¡a ver si te enteras!

Resoplo por lo bajo.

—¿Quieres un café? —pregunta mientras yo lo sigo por el pabellón, hacia su despacho.

—Que te den.

—Me lo tomaré como un sí.

Pongo los ojos en blanco. Tregua.

Dejamos atrás el barullo de los chavales hablando y golpeando los sacos.

—Siéntate, chiquillo… —me pide, tranquilamente.

Yo le hago caso porque no me queda otra. En unos segundos, escucho el ruido que hace la cafetera y Will cierra la puerta.

—Lo siento —dice de pronto. Alzo la mirada y lo veo apenado—. No tendría que haberme marchado.

Se me encoge el corazón. No tengo respuesta para eso. Por lo menos siento que no soy el único que la ha cagado.

—Me necesitabas y no estuve. Ni antes ni después, y si hubiera hecho las cosas de otra manera…

—Yo tendría que haber sido fuerte mentalmente y no lo fui.

—Nadie lo es cuando tu referente te dice que te va a sustituir y que…

—¿Que dome a la bestia? —termino por él—. Porque está claro que no fui capaz de hacerlo.

La cafetera emite un pitido y Will procede a servir un par de cafés antes de sentarse en frente.

—Kilian…

—Por algo me llaman Killer, ¿no?

—No. —Zanja dando un golpe en la mesa y derramando un poco de los cafés. Me quemo la mano, pero no dejo que él se dé cuenta. De hecho, apenas lo noto.

Miro al frente, pero no a Will. No lo veo a él, porque en realidad no veo nada. Solo veo y reproduzco una y otra vez el maldito accidente de hace años.

Siempre que salgo al ring, me pasa. Vuelve a mi mente el recuerdo y no me abandona hasta que acaba el combate.

Porque cada vez que me subo, temo que vuelva a suceder.

—No fue tu culpa. ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? —dice tras tomar un sorbo del café, y se mancha un poco el bigote. Lo que no dice es quién cree que la tuvo. Ninguno lo mencionamos.

No era consciente de lo mucho que necesitaba oír esas palabras. Me tiembla un poco la mano al llevarme la taza de café a los labios. Ni siquiera le ha echado azúcar…

Suspiro tras tragar. Odio el café caliente y sin azúcar.

—Esa es tu opinión.

Will desvía la mirada y vigila que los chicos sigan con el saco a través de la ventana.

—Dame un segundo —me pide, y sale del despacho.

Les dice a los alumnos que pueden descansar, pero que cuando suene la campana tienen que seguir con los sacos.

Vuelve a entrar y cierra la puerta.

—Kilian…, voy a serte totalmente sincero…

Asiento para incitarle a que siga hablando.

—Tú eras mi principal fuente de ingresos y me aterraba que la cagaras y que pasase justo lo que ha pasado.

Lo sabía. Desde que rechazó seguir trabajando para mi padre, Will ha vivido exclusivamente de su gimnasio y a la vista estaba que dar clases a un puñado de críos no le reportaba más que unos pocos dólares al mes. Si yo caía, él caía conmigo. ¿Cómo había podido olvidarlo con tanta facilidad?

—¿Y ahora qué? —empiezo a preguntar con la voz temblorosa.

—Ahora necesito tu ayuda. He estado pensando… Que tú no vas a competir es un hecho, y tenemos que aferrarnos a ello. Así que para partir de aquí, yo, como entrenador, tengo que buscar a otro luchador.

—Jackson —gruño, y él asiente.

—Él aún no ha competido. La liga del grupo de los de su peso empieza pronto, y si lo convencemos para que luche, puede llegar a

ser la nueva estrella, como lo fuiste tú.

Me imagino a Jackson, el niñato con el que me lie y que ni siquiera ha tenido los huevos de seguirme de vuelta, siendo la nueva estrella del boxeo y se me revuelve el estómago.

Cuarta vez que lo insulto.

—No —me niego.

—No ¿qué? —me pregunta él, confundido.

—Que no, que no puede ser él. Tiene que haber otra persona mejor que él…

—¿Qué coño te pasa con él? Vamos a ser realistas: es fuerte y tiene buena técnica… Y además es lo suficientemente guapo como para que venda entradas.

—No me gusta —le freno.

—Pues resulta que tú no tienes ni voz ni voto en esto.

—¿Y qué papel tendría yo? —le pregunto.

—Tú lo vas a entrenar mientras yo intento que te vuelvan a admitir en la liga —dice justo cuando tomo un sorbo de café que casi le escupo en la cara.

Trago rápido.

—Ni de coña, Will, eh, mírame —le digo haciéndole gestos con las manos—. Que ni se te pase por la cabeza. No quiero a ese chaval cerca de mí otra vez.

—Eh, eh, tranquilo. ¿Me vas a decir qué te pasa con él o vas a seguir evadiendo la pregunta?

—¡Que es un niñato! —grito con la voz temblorosa.

—¡Aquí el único que se está comportando como un niñato eres tú!

Me callo. Pienso unos segundos y vuelvo a mirarlo seriamente.

—A ver si te entiendo… ¿Quieres que convenza a Jackson, que lo entrene y meterlo en la liga de ochenta kilos?

—Así es —asiente con una sonrisa porque sabe que va a conseguir lo que quiere y porque no me queda otra opción.

Durante un segundo, me planteo qué haría si tuviera que buscarme una alternativa al boxeo, pero borro ese pensamiento al momento. Ojalá pudiera, pero mi padre nunca me lo permitiría.

Le doy la mano a Will para sellar el trato.

—Voy a necesitar su dirección.

Luego le pido su ficha a los de la organización. Lo quiero aquí la semana que viene, ¿vale?

—No te prometo nada.

7



JACKSON

¿Qué coño hace en la puerta de mi casa?

Sus ojos grises se cruzan con los míos en cuanto me quito el casco y me bajo de la moto. La tensión que siento me hace dudar de si quiero acercarme o alejarme de él.

¿Cómo ha conseguido mi dirección?

Va vestido con una camiseta de tirantes negra y unos pantalones de chándal de color gris en los que intento no fijarme demasiado.

Me dirijo hacia la puerta y al pasar por su lado lo ignoro, aunque percibo su olor a café. Se me ponen los pelos de punta en cuanto oigo su voz.

—Tenemos que hablar.

Me doy la vuelta lentamente y lo enfrento. ¿Qué cojones?

—No tenemos nada de lo que hablar —lo corto—. No vaya a ser que se te vuelvan a ir las manos.

Suficiente tuve con que me partiera la nariz. Aún me molesta de vez en cuando, por no hablar de que encima he ganado una fama que nunca he querido tener. Y aunque a largo plazo pueda beneficiarme de ella, ha sido totalmente impuesta.

—No voy a hacerte daño —promete tomando distancia.

Suspiro. Apoyo la espalda en la puerta y me cruzo de brazos.

—Escúchame —insiste—. Tengo una propuesta.

—Te doy lo que me dure el cigarrillo. —Y me saco del bolsillo trasero el paquete de tabaco junto con el mechero.

Él abre los ojos como platos. Joder, qué bonitos son, parece un puto husky.

—¿Fumas siendo deportista?

Por respuesta, enciendo el cigarro y le doy una calada que me tranquiliza.

Echo el humo por la boca despacio por si no lo he dejado suficientemente claro.

Kilian resopla y se recompone.

—Por muy poco que me guste, mi entrenador quiere representarte y que entrenes con nosotros.

Me atraganto con el humo.

¿Perdón?

Veo en su mirada que está nervioso y vuelvo a darle una calada al cigarro mientras pienso en una respuesta.

—Estás de mierda hasta el cuello. ¿Por qué coño querría meterme en algo contigo?

Él suspira, resignado.

—¿Tienes ya a alguien que te pueda apuntar a la Liga?

Se acerca un paso. Un metro nos separa y, de pronto, me parece demasiado poco para lo que debería ser.

Que tome distancia, me está poniendo nervioso.

—Eso no es de tu incumbencia.

Porque no, no tengo a nadie y, aunque me pase día y noche buscando un buen gimnasio donde entrenar, no encuentro una mierda.

—Créeme que lo es.

—Te recuerdo que no me conoces de nada…

—Jackson, nos besamos hace nada —gruñe.

Por segunda vez, me deja sin palabras. Tiene más huevos de lo que me pensaba. No esperaba que lo admitiera.

—Como si comerme la boca hiciera que me conocieras al instante —respondo.

Él asiente con ironía.

—Vuelves a demostrarme que eres un niñato.

Tiro el cigarro al suelo, harto de la situación.

—Y tú vuelves a demostrarme que eres un mierdas —digo, y me doy la vuelta, cortando la conversación.

No tengo tiempo para estas gilipolleces.

Saco las llaves del bolsillo cuando le oigo resoplar.

—Joder, espera.

Me agarra de la muñeca antes de que me dé tiempo a meter la llave en la cerradura.

Lo fulmino con la mirada.

—No me toques —le advierto.

Está demasiado cerca. Su olor altera todos mis sentidos y su altura me intimida por un instante.

No voy a bajar la guardia.

Kilian se percata de la fuerza que está ejerciendo en mi muñeca y me hace caso al instante. Da un paso atrás.

—Necesito que por lo menos te lo pienses —me pide, frustrado.

Dejo la llave en la cerradura y lo encaro.

—¿No te dan suficiente dinero recomendando geles? —lo intento provocar.

Una sonrisa asimétrica se dibuja en su rostro.

Mierda. Acabo de revelarle que lo he stalkeado.

—¿Te gusta cómo huele? —responde acercándose lentamente.

—¿Tan desesperado estás que hasta me tiras la caña? —le pongo una mano en el pecho para apartarlo un poco.

Al momento, me doy cuenta de que tocar sus pectorales no ha sido buena idea.

—A lo mejor me están amenazando con matarme si no consigo que te unas —dice sonriendo, sin retirarme la mano de su pecho. Noto cómo este sube y baja con cada respiración y cómo su corazón acelerado me golpea la palma. La retiro al instante.

«Menuda sonrisa tiene el hijo de puta…».

Doy un paso atrás y me alejo de él como puedo. Mi espalda choca con la puerta. Él niega con la cabeza. Alzo un dedo en su dirección.

—¿Si te digo que me lo pienso, me dejarás en paz? Tengo muchas cosas que hacer.

Sus ojos se iluminan y su composición, antes tensa, se relaja.

—Puede ser… —dice, metiéndose las manos en los bolsillos.

Suspiro.

—Pues vamos hablando, Killer —digo dándome la vuelta para por fin abrir la puerta de casa.

Vuelvo a girarme para verlo, pero ahí sigue.

Juraría que su mirada está cinco veces más fría que hace unos segundos.

Me contempla por última vez y aprieta la mandíbula.

—No vuelvas a llamarme así —pide antes de darse la vuelta e irse.

Pongo los ojos en blanco sin entender nada y, antes de entrar en casa, cojo aire. Quiero entrar con buen pie y no transmitirle el mal rollo a mi madre.

—¡Ya estoy en casa! —grito al entrar.

Busco a mi madre, pero no la encuentro en el salón.

De pronto, oigo ruido en la cocina y me sorprendo. Corro hacia allí y me encuentro una imagen que no espero: a mi madre preparando la cena.

—¿Mamá? —pregunto con una sonrisa que no puedo esconder.

Ella se quita un auricular.

—¡No te había oído llegar! —dice, cansada, y se acerca para darme un beso en la mejilla.

La miro extrañado. Está claro que está de buen humor y eso hace que sienta un calor en el pecho que no sabía que necesitaba, pero que me tranquiliza bastante.

—¿Qué has cocinado?

—He hecho lasaña, pero no sé si estará…

—Seguro que está perfecta —la corto mirando hacia el horno—. ¿Cuánto lleva ahí?

—Unos minutos. Ahora la saco. —Me mira la nariz y noto un deje de nerviosismo en su mirada—. Eso está mucho mejor, ¿no?

—Ya está casi curada del todo, sí.

Mi madre asiente.

—Anda que tu padre no tenía nada mejor que enseñarte… —añade melancólica—. Si supieras cuantas veces lo vi igualito a ti, con la nariz rota… —Niega con la cabeza, emocionándose.

Me acerco a ella y la envuelvo en mis brazos.

—Era increíble —afirmo con el corazón encogido. Ella se separa un poco de mí y se limpia las lágrimas—. Tengo cosas que contarte —anuncio para distraerla un poco—. ¿Te apetece hablar un rato?

Ella asiente, y con ese simple gesto sé que está haciendo un esfuerzo por estar bien y escucharme. Hace mucho tiempo que no veía eso de su parte.

Me siento a la mesa del comedor junto a ella, que me escucha atentamente.

Le cuento cómo han ido mis primeros días en Las Vegas.

Todo. Porque mi madre y yo siempre hemos hablado sin tapujos. Ni siquiera tuve la necesidad de salir del armario con ella. Mis padres siempre me habían inculcado que les daba igual todo lo demás mientras yo fuera feliz. Así que la primera vez que estuve con un chico, se lo dije y punto. De lo único de lo que me arrepiento es de que ese chico fuera Sylas. Mis padres sufrieron mucho mientras estaba con él.

Por esa misma razón, le cuento lo de Kilian. Desde el lío en la discoteca hasta su fama y el encuentro que tuvimos en el ring.

Saco el móvil para enseñarle fotos de él mientras le cuento lo que ha pasado con los seguidores y la viralización. Esto último es lo que más le llama la atención.

De pronto, suena el horno, que indica que la cena ya está lista. Mi madre se levanta para sacar la lasaña y la cocina se llena de un olor delicioso.

—Yo creo que deberías darle una oportunidad —dice mientras deja dos platos en la mesa. Yo me levanto y preparo el resto mientras ella pone las servilletas.

—No sé si mi ego me lo permite —confieso mientras dejo la jarra de agua y los vasos—. Sé que puede venirme bien, pero no sé si es buena idea.

—Jackson, independientemente de lo que pasase entre vosotros, es alguien que te puede ayudar, ¿no? —pregunta, cogiendo los cubiertos.

Asiento, porque sé de sobra que tiene razón.

—Pues ya está.

Ella sonríe con cierta tristeza.

—Me alegro de que las cosas te vayan algo mejor aquí.

—Ya, pero sigo sin encontrar trabajo…

—Hijo, ya has hecho suficiente durante estos años. Podría pedir un préstamo. Así te dedicarías a lo que te gusta…

—Ni de coña. Ya encontraré algo. Tú sigue así y no te preocupes por mí.

Me llevo un trozo de lasaña a la boca y, aunque la conversación me agobia un poco, el sabor de esta hace que por fin me sienta como en casa.

—He echado mucho de menos esto —le confieso, y mi madre asiente.

—Poco a poco, volverá todo a la normalidad —me promete, y yo le cojo de la mano mirándola a los ojos.

—Estoy muy orgulloso de ti, mamá.

—Y yo de ti.

Ella se seca otra lágrima de emoción y ambos seguimos cenando tranquilamente. Al acabar, me da las buenas noches y sube al dormitorio mientras yo me quedo recogiendo.

Después de una ducha rápida, me pongo unos bóxers y me tumbo en la cama con el móvil. Empiezo a viajar entre los chats de personas desconocidas que me han escrito por Instagram. Los leo sin gran interés.

Tengo que hablar con Kilian.

Por un instante, me imagino allí, peleando con él. Siguiendo las instrucciones y consejos de su entrenador. Y, oye, no me parece tan mal plan. Como mi madre ha dicho: si es un chico relevante y popular del que puedo sacar beneficio, ¿por qué no aprovecharme?

Me meto en su perfil.

Kilian Fierce.

Hasta su nombre le hace justicia. Duro y feroz.

Veo que ha subido varias historias. Una en el ring, otra en un jacuzzi sin camiseta y con el pelo mojado, y otra en toalla.

En las dos últimas se ve claramente lo trabajado que está su cuerpo.

De pronto, me imagino qué sentiría al tocarlo ahora, después de que todo haya cambiado de manera drástica. Me bajo el bóxer amenaza con crecer una erección, así que me obligo a salir de las historias y acto seguido le sigo de vuelta.

Veo el mensaje en el que me había mencionado en su post pidiéndome disculpas y sonrío.

«¿Cómo se puede ser tan sumamente imbécil?».

Tú.

Acepto, pero con una condición.

Di.

Me debes un favor.

8



KILIAN

El sol me deslumbra cuando me quito las gafas de sol al ver a Ann. El bar está abarrotado de gente y el barullo nos rodea.

—Anda, que ya te vale —dice, no muy contenta, al darme un beso en la mejilla, y luego se sienta.

Me da pena al instante. Aunque Ann sea mi representante, a veces la siento como una hermana para mí. Me arrepiento por haberle fallado de esta manera.

—Buenas.

—Una copa de vino blanco, por favor —le pide a la camarera que acaba de acercarse.

Yo ya tengo mi cerveza, así que le doy un pequeño sorbo.

—Ay… ¿Qué voy a hacer contigo? —pregunta tras mirarme unos segundos.

—Más bien, qué voy a hacer *yo* conmigo.

Mi vida en estas últimas semanas ha cambiado de forma radical. Por fin parece que me he librado de competir. De hecho, durante estos días sin pensar en luchar, me he dado cuenta de lo mucho que me hacía falta esta pausa.

Despertarme, entrenar, comer bien constantemente, memorizar vídeos, llegar a conocer cómo una persona reaccionaría según sus combates anteriores… Competir consume mucho tiempo y energía. Por no hablar de que, a su vez, tengo que mantener viva una comunidad en redes sociales, que esa era otra.

La camarera deja la copa y me mira.

—Invita la casa —me guiña un ojo; yo resoplo mientras ella desaparece contoneando las caderas.

—Por Dios… —dice Ann haciendo una mueca mientras coge la copa de vino y la inspecciona con desagrado—. ¿Cómo estás?

—Mejor —confieso—. Me viene bien parar un poco.

—¿Y no podrías haber avisado antes? Venum nos ha mandado a la mierda.

—Como si eso fuera un problema… —Me encojo de hombros. El dinero nunca es difícil de conseguir. Al fin y al cabo, es lo único que tengo.

—Sabes que llevo meses intentando conseguirte eso, pero, bueno, lo hecho hecho está.

Ann se echa la trenza morena hacia atrás y vuelve a coger la copa.

—¿Qué quieres hacer ahora?

Apoyo la espalda en la silla tras suspirar.

—Pues parece ser que he convencido a Jackson Blake de que venga a entrenar con nosotros… —la informo, y ella abre los ojos como platos.

—¡¿Cómo, cómo, cómo?!

Cojo la cerveza y bebo un sorbo antes de empezar a explicarle todo. Desde por qué Will quiere que Jackson entrene con nosotros

hasta la conversación (si puede llamarse así) que tuve con Jackson anoche.

—O sea, ¿que ahora eres entrenador?

—Eso quiere Will, pero no sé…

Ann entrecierra los ojos.

—¿Cómo que no sabes? ¿Tú sabes lo bien que nos puede venir esto? ¡Jackson tiene buenos números!

Otra más que se quiere subir al carro…

—Bueno, de momento vamos a ver si aguanta mis entrenamientos…

—Yo que tú lo trataba bien. Nos puede beneficiar muchísimo.

—No, si ya. Tengo que hacer que se quede sí o sí. Will lo quiere meter en la liga y demás.

Ann asiente, pensativa.

—Y… ¿sabes algo de tu padre?

Mierda. Noto cómo el corazón empieza a latirme más rápido en el pecho con su mera mención.

Pienso en él. En su forma de desaparecer y aun así seguir presente todos los días de mi vida.

—De momento, no ha aparecido, pero, conociéndolo, lo hará.

Siempre que algo no va como él espera, saca todas sus armas para que así sea.

Desde bien pequeño se ha encargado de que todo vaya como él quiere, de usar a la gente en su beneficio. De usarme a mí como a un títere. Porque eso es lo que llevo siendo años: la marioneta de una persona para quien nada es suficiente. Una persona deleznable. Sin pies ni cabeza. Que es capaz de llevar a su hijo al límite hasta el punto de volverlo loco.

Así es cómo me siento cuando tengo pesadillas y me despierto a mitad de la noche solo, en medio de la oscuridad. Solamente tenía diecisiete años cuando…

Noto un golpe desde atrás y algo me empapa toda la espalda.

Arrastro la silla, sorprendido por el repentino frío.

—¡Perdón! —dice un camarero recogiendo del suelo el botellín de cerveza que se le ha caído encima de mí.

Me miro la ropa y maldigo por lo bajo. Tengo el pantalón encharcado en cerveza por la parte de la entrepierna. Ann se ríe, disfrutando del espectáculo, pero la verdad es que esto es lo último que necesito ahora mismo.

Intento secarme con unas servilletas, pero no consigo nada. Me pongo las gafas para que nadie vea la expresión enfurecida que llevo ahora mismo.

Miro el reloj y veo que ya son las doce de la mañana.

—Me voy a ir, que tengo que cambiarme y no quiero llegar tarde al psicólogo.

—No te preocupes, cariño. Yo ahora me iré de compras un rato, cuando me acabe el vinito.

—Muy bien que haces —digo cuando dejo un billete de veinte dólares en la mesa—. Invito yo esta vez.

—Si sabes algo de tu padre, avisa, que ya sabes…

A Ann siempre le ha acojonado mi padre por motivos más que comprensibles. Entiendo que se quiera preparar.

—Claro —me acerco para despedirme con un beso en la mejilla.

—¡Y trata bien a Jackson!

Pongo los ojos en blanco, aunque ella no lo vea a través de las gafas.

—Que sí…
—Nos vemos pronto, guapo.
—Seguro que sí.

9



JACKSON

Pongo los ojos en blanco cuando veo a Kilian llegar en su Cadillac negro. Tiro el cigarro al suelo y ni siquiera me molesto en pisarlo. Cierra la puerta de su coche y camina hacia mí con chulería. Menos mal que no me va a entrenar él.

—Llegas tarde —le intento provocar.

—No me toques los huevos —responde sin siquiera mirarme.

Entra en el pabellón, supongo que esperando que yo le siga, así que eso hago.

El entorno es más noble de lo que me pensaba. Mucho más. Una madera oscura cubre las paredes del lugar, decoradas con algún que otro póster. Distingo a Kilian en alguno y apenas logro contener la risa. Él entra en un despacho mientras yo me aferro a mi macuto como si fuera un salvavidas.

Ando lento tras él. La tarima cruje bajo mis pies y niego con la cabeza. ¿Así entrena la estrella de boxeo?

Varios niños están pegando a los sacos que están repartidos por la sala. Las cadenas de hierro que los sujetan al techo chirrían al unísono, como si fueran almas en pena cada vez que se balancean.

Me quedo en el vestíbulo sin saber muy bien qué hacer, esperando a que Kilian salga del pequeño despacho en el que se ha metido hace un momento.

La pierna empieza a temblarme por la ansiedad, impaciente. Odio esperar. Me agobia mucho. Mi mente empieza a maquinar preguntas insufribles sin sentido.

Me relajo un poco cuando veo a Kilian asomarse por la puerta.

—Ven, porfa —me pide… ¿con dulzura?

En su mirada veo que ha bajado la barrera de prepotencia que tenía hace unos segundos, y no tardo ni un segundo en saber el motivo.

Estoy aquí porque él me necesita. Porque él me lo ha pedido, incluso casi suplicado…

Me acerco lentamente y me doy cuenta de que otra vez huele a café.

Se me ponen los pelos de punta. ¿Este chico quiere volverme loco?

Entro en el pequeño despacho y me envuelve de nuevo el olor a café, pero esta vez localizo una cafetera en un escritorio al fondo, cosa que me tranquiliza. Porque si el gel ese hace que huela tanto y tan bien, voy a tener que comprármelo.

Kilian apoya un brazo en el escritorio. Por instinto, mis ojos viajan por él y, sin esperarlo, hago contacto visual con su tatuaje. Como si se diera cuenta, retira el brazo y me tiende un papel.

—Necesito que rellenes esto.

Lo cojo y lo leo lentamente mientras lo relleno. Según lo que pone, simplemente es un documento para ver cómo estoy físicamente y para dejar constancia de que he entrenado aquí.

Cuando firmo el papel, me siento como si hubiera firmado un pacto con el diablo.

—Gracias —dice cuando se lo doy. Lo mete en una carpeta amarilla y la guarda en el cajón—. ¿Estás listo? —pregunta al salir del despacho, retándome con una mirada pícara.

Dudo dos segundos en qué responderle, porque no sé si he escuchado bien. Joder, ¿me he quedado embobado mirándolo? El muy cabrón me absorbe de todas las maneras, y verlo como un compañero me va a costar demasiado.

Me pregunto qué coño hago aquí. Porque no quiero que Kilian sea mi compañero y ya está, lo tengo más que claro. Porque si me preguntan qué quiero con él, tengo claro lo primero que se me vendría a la mente.

Niego con la cabeza, como si eso fuera a borrar la imagen de Kilian haciéndome suyo.

—Eh… Sí —logro decir.

Lo sigo en piloto automático por el pabellón.

—Aquí están los vestuarios. Hay una ducha, por si luego quieres…, ya sabes —dice. ¿Acaba de insinuarse? ¿O simplemente mi mente está creándome fantasías?—. Ducharte.

Tuerzo el gesto y sonrío. Yo también sé jugar a ese juego.

Entramos a los vestuarios y dejo mi macuto. Él espera mientras me mira desde la puerta de la entrada con los brazos cruzados.

Me quito la sudadera y, sin querer, la camiseta se me sube con ella. Tras dejarla en el banquillo, pillo a Kilian mirándome el abdomen con descaro. Noto cómo la vergüenza hace que se me tiñan las mejillas de rojo. Alzo la mirada y sus ojos se cruzan con los míos. Él exhala mientras yo me bajo la camiseta de tirantes.

—Ponte las vendas y saca los guantes. Te espero fuera —me ordena antes de cerrar la puerta rápidamente con un portazo.

Está claro que él también nota la puta tensión.

Por segunda vez, hago lo que me pide. Me pongo las vendas negras y cojo los guantes. La puerta chirría cuando la abro.

El ruido del ambiente vuelve a envolvernos.

—Bien —dice Kilian al verme—. ¡Will!

Dirijo la mirada al centro del local y veo cómo un hombre de mediana edad se gira hacia nosotros. Cuando me ve, se le ilumina el rostro.

—Este es mi entrenador —nos presenta Kilian, y él me estrecha la mano.

—¡Encantado, Jackson! —dice con más ánimo de lo normal.

—Igualmente.

—¿Cómo estás? —pregunta cortésmente.

—Bien…

Will frunce el ceño y Kilian sonríe, como si se hubiera percatado de mi incomodidad.

—Bueno, vamos a entrenar —interviene él y Will asiente.

Espera, ¿él y yo?

—Te dejo en buenas manos. ¡Cualquier cosa estoy aquí! —dice antes de volver con los chicos.

—¿Me vas a entrenar tú? —le pregunto, incrédulo, siguiéndole por la pista principal hasta que llegamos al ring.

—Créeme, a mí tampoco me hizo mucha gracia cuando me lo dijo.

Kilian se sube al cuadrilátero con destreza, demostrando que esto es para él como un recreo.

Resoplo por lo bajo. Pongo el pie derecho y me impulso, paso la espalda por debajo de la cinta y…

«Mierda».

El pie izquierdo se me queda pillado en la cinta baja y empiezo a caer. Me preparo para chocar contra el suelo acolchado del ring, pero no llega el impacto. Al revés: noto cómo unos fuertes brazos me rodean rápidamente.

—Joder… —oigo como gruñe Kilian, pero no me suelta. Intento incorporarme, meto por fin el pie izquierdo y, cuando ve que estoy estable, se separa—. No te ibas a librar tan fácilmente de mí… —dice por lo bajo.

—Como si lo hubiera hecho a propósito… —susurro entre dientes y pongo los ojos en blanco.

—Bueno, quiero ver cómo entrenas por tu parte. Tus costumbres, tus ejercicios…

Asiento y le lanzo mis guantes, que coge al instante.

Caliento un poco y empiezo a lanzar golpes no muy fuertes al saco.

Kilian me observa atentamente con ojos felinos mientras gira a mi alrededor. Dudo que se le escape algo.

—Bien —dice tras un momento y me tiende los guantes—. Póntelos…

Mi corazón late desenfrenado por el esfuerzo.

Y solo acabamos de empezar.

Meto las manos en los guantes y él los abrocha. Mi mente viaja al pasado y me pregunto cuándo fue la última vez que alguien que no fuera yo mismo me ató los guantes. Y, la verdad, me avergüenza reconocer cuánto echaba de menos ese pequeño gesto.

—Sigue —indica con firmeza, y hago lo que me dice, ignorando la tensión de hace un segundo.

Ataco al saco como si de una presa se tratase.

Doy golpes fuertes y directos hasta que no puedo más. Crochés, ganchos…

Uno-uno, dos-dos, dos-uno, uno-dos…

El sonido que hace el guante contra el saco es de lo más melódico que he escuchado hoy.

De repente, noto dos manos en la espalda. Aprietan fuerte y hacen que se me estremezca todo el cuerpo.

—Relaja los hombros —oigo que dice con voz grave detrás de mí.

Suspiro y paro el movimiento del saco con el guante firme. Me doy la vuelta y lo encaro. Esto no puede seguir así.

—Vas a tener que dejar de tocarme —le digo alzando mi mirada hacia la suya.

—Es lo que hace un entrenador —se justifica con la mandíbula tensa.

—Me debes un favor, ¿recuerdas? Así que conmigo vas a tener que controlarte…

Doy un paso al frente. Él vuelve a tensar la mandíbula. Sus fríos ojos viajan de mi mirada a mis labios. Mi pecho sube y baja con cada respiración.

—Yo no soy muy de controlarme, Blake.

Escuchar mi apellido de sus labios hace que note un pinchazo en el estómago.

Da un paso hacia mí acortando la distancia que nos separa y, si hace unos días tenerlo a dos metros me parecía poco, ahora…

—Pues uno va a tener que hacerlo por los dos…

Su risa grave me cala en lo más hondo.

—Grábate esto en la cabeza: entre tú y yo no hay ni va a haber nada más que esto. ¿Entendido? —Y posa un dedo en mi pecho—. Y ahora, al saco, *alumno.*

«No se lo cree ni él».

10



KILIAN

No sé cómo he conseguido cumplir mi promesa. Desde que me dijo en el primer entrenamiento que no lo tocase, todo se complicó. Y la cosa empeoró cuando yo mismo le dije que no íbamos a llegar a nada más y que se ciñera a verme como lo que soy: su entrenador.

Pero un entrenador no debería ver a su alumno como yo lo veo a él. Porque cada vez es más difícil ignorar la tensión que hay entre nosotros.

Sí, lo he asumido ya.

Jackson Blake me pone como nadie me ha puesto en la vida.

Su piercing en la ceja brillando con el sudor, su mirada de cazador mientras golpea el saco, cómo las venas se le marcan en los músculos cuando va a finalizar el entreno, su olor corporal…

Me vuelve loco. Completamente loco.

Él no lo pone fácil. Y menos cuando mi trabajo consiste solamente en mirarlo e instruirlo. Mirar cómo pega. Mirar cómo sus músculos se tensan con cada impacto. Mirar la técnica que usa en cada uno de sus movimientos… Así, entreno tras entreno. Y ahora que han

pasado tres semanas desde el primer día, me pregunto si seré capaz de aguantar todo el año.

Sí, *todo* el año.

Porque Will está encantado con él, y finalmente seguimos con el plan. Vamos a llevar a Jackson a la liga de máximo ochenta kilos, que más o menos es lo que él pesa.

En los entrenamientos, se comporta bastante mejor de lo que esperaba. Sigue mis indicaciones sin rechistar y, aunque los primeros días me cuestionaba alguna cosa, poco a poco ha ido abriendo su mente a mis recomendaciones, sobre todo cuando Will le dijo que teníamos pensado apuntarlo a la liga al finalizar la primera semana de entrenamiento.

A partir de ahí, Jackson empezó a dejar de insinuarse, pero esa semana fue un infierno para mí. Sin embargo, estos días he descubierto que no hacen falta palabras para nada. Por lo menos, no con él. Porque su mirada de fuego sabe comunicarme perfectamente todo lo que quiere decirme.

Pero no es suficiente.

Quiero escucharlo de nuevo. Quiero volver a probar esos labios, coger esas caderas…

—¿En qué leches piensas? —me pregunta Dawn, que me coge del brazo antes de pasar a la alfombra roja.

Nos indican que es nuestro turno y posamos delante de las cámaras. Pero no la beso. Ya no. Me limito a quedarme a su lado como si ella fuera un complemento más. Porque en realidad así se siente. Porque por muy conocida que sea en redes, de no ser por el acuerdo que firmó con mi padre para fingir ser mi novia, el mundo entero la habría olvidado tiempo atrás. Yo no tuve ni voz ni voto en

aquel trato. Me limité a ser la marioneta que se esperaba de mí y no hacer preguntas.

Mi padre siempre ha sabido que soy gay. No hizo falta una conversación para salir del armario. Cuando empecé con las peleas y vio que podía sacar beneficio con sus apuestas, decidió encerrar esa parte de mí para evitarnos problemas. Para que encaje en su mundo. Para venderme mejor.

Por eso ahora llevo a una mujer de mi brazo… Como si fuera lo que quiero. Lo que deseo. Y así ha sido desde hace cuatro años.

De pronto, me sorprendo a mí mismo preguntándome cómo sería hacer estas cosas con alguien a quien quisiera de verdad.

Ir al estreno de una película con él, besarlo delante de todas las cámaras, no resistirme si quiero tocarlo cuando estén las luces apagadas…

Suspiro. Supongo que eso es algo que nunca sabré.

—En nada —respondo, y me separo de ella como si su cuerpo me quemase cuando dejamos las cámaras atrás.

Unos azafatos nos guían hacia los periodistas, que aguardan con cámaras, grabadoras y micrófonos en mano, pero yo no me detengo. No quiero remover más las aguas. Hoy es la primera vez que me ven en público desde que me descalificaran de la liga y sé que todos estarán hambrientos por preguntarme. Lo siento, no estoy de humor para ser carne de piraña.

—Llevas raro unas semanas. Me estoy empezando a cansar —me advierte ella mientras yo cojo unas palomitas que nos acaban de dar al entrar a la sala de cine.

Echo un rápido vistazo por las butacas y reconozco las mismas caras de siempre. Los mismos actores, los mismos influencers…

Todos visten sus mejores galas.

Pongo los ojos en blanco.

«Menuda pereza».

—Si tan cansada estás, ahí tienes la puerta —le respondo, y ella me mira con una expresión de sorpresa.

Sé que no esperaba que me rebelase, pero repito: no estoy de humor.

—Pregúntale a tu padre, a ver qué opina.

De repente, me vibra el móvil. Nos sentamos donde nos asignan y me lo saco del bolsillo.

Ignoro el comentario de Dawn por mi salud mental.

Puede ser que esté un poco nervioso.

Se me encoge un poco el corazón al ver la notificación. Sonrío.

Mañana, mi alumno empieza el torneo y parece que ha dejado su ego a un lado para escribirme. Me da cierta ternura.

Todo va a ir bien, vas bien preparado 😉

Veo como Dawn mira de reojo la pantalla y apago el móvil por instinto. Ella se reclina hacia atrás y exhala irritada.

—Amor, desde que conoces a ese crío todo ha ido a peor.

Suspiro antes de responderle.

—Ahora es mi alumno, Dawn.

—Pues deja de mandarle guiñitos.

Me vuelve a vibrar el móvil entre las piernas.

—¿Ahora me vas a decir lo que puedo mandar o no?

—Yo solo te digo lo que es mejor para ti.

Cojo el móvil y veo la notificación.

¿Qué haces? Creo que voy a ir al gimnasio un rato.

Le mando una foto del cine.

Intenta descansar. Mañana vas a necesitar energía.

Entiendo perfectamente cómo se siente. El hecho de imaginármelo en el gimnasio pegándole al saco sin estar yo allí hace que me sienta un poco extraño.

Vas a tener que empezar a asumir que soy un ansioso. No puedo descansar así como así. Ah, y se me olvidaba que eras un influmierder de esos.

Río con su comentario.

¿Cómo que influmierder?

Dawn resopla y las luces empiezan a atenuarse. Debería guardar el móvil, pero solo le doy la vuelta y lo apoyo en mi muslo.

—¡Muy buenas tardes a todos! —dice el presentador del evento—. ¡Bienvenidos al estreno de *Banderas blancas*!

Todo el mundo aplaude efusivamente.

—Os presento la historia de una guerra, de un amor imposible, de un…

Me vibra el móvil de nuevo y pierdo el hilo del presentador. Le doy la vuelta discretamente y le bajo el brillo para no molestar a nadie.

¿En serio te consideras alguien por recomendar geles de ducha?

La gente empieza a aplaudir y vitorear. Alzo la cabeza para ver que los actores y productores principales acaban de subir al escenario para presentar la película; creo que está hasta el autor del libro en el que se basa.

Solamente es una forma fácil de ganar dinero, Blake. Te dejo, que va a empezar la película. Mañana te quiero a tope,

aunque sé que lo vas a hacer genial.

Ya me contarás cómo, no me vendría mal un poco de pasta, aunque, siendo sinceros, prefiero quedarme con la dignidad.

Ahí está su ego otra vez.

Apago el móvil y veo cómo el presentador hace preguntas triviales a los artistas, momento que aprovecho para echar alguna que otra foto para subirla luego.

Me meto un puñado de palomitas en la boca y trato de ignorar las miraditas que me dedica Dawn. Sé perfectamente lo que está pensando y lo que quiere decirme, pero mi mala respuesta de antes la ha dejado sin el valor de rebatirme nada.

Tras terminar esta ronda de preguntas, empieza la película.

Me pongo tenso en cuanto noto cómo una mano se desliza por mi muslo. Miro hacia la derecha, incrédulo. Me incorporo para coger la botella de agua, pero esto no hace que Dawn quite su mano de ahí. Empiezo a mover la pierna, fingiendo un acto reflejo ansioso, pero ella sigue sin pillar la indirecta.

—¿Puedes quitar la mano? —le pregunto susurrando, un tanto irritado.

—Nos están viendo. Compórtate.

Escaneo rápidamente la sala y tenso la mandíbula.

—Nadie nos está mirando. Quita la mano —le pido, notando una incomodidad que hacía mucho tiempo que no sentía.

Ojalá no estuviera ella aquí.

Todo sería mucho más fácil. Tendría amigos de la industria, hablaría con más gente, estaría cómodo ahora mismo…

Incluso podría ser yo mismo si ella nunca hubiera existido. Aunque en realidad no es culpa suya: mi padre hubiera encontrado la manera de ponerme a otra mujer al lado.

Esto tiene que acabar, porque si no…

Le aparto la mano educadamente y noto cómo ella se tensa bajo mis dedos.

—Intenta no extralimitarte.

Dawn me mira con sus ojos marrones abiertos como platos, como si de verdad le estuviera afectando esto. ¿Es que no se da cuenta?

¡La habitación está más que oscura! Nadie nos ve, ni nos vería aunque quisiera.

Ella se agacha y coge su bolso del suelo.

—Me piro —anuncia.

Pero antes de levantarse se pega a mi oído, invadiendo mi espacio vital con su perfume, y me susurra:

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

No me molesto en responderle. Ella cruza la fila de butacas entre disculpas hasta desaparecer.

No voy a caer en su trampa, igual que tampoco voy a dejar que me toque y que abuse así de la situación.

Al principio, todo era divertido. Un beso tonto por aquí, otro por allá delante de cámaras, un abrazo íntimo, una caricia inocente…, pero todo acabó cuando se le subió la fama a la cabeza.

Empezó a utilizarme para ganar más y más seguidores. Y le funcionaba. Pero cuando todo lo que hacíamos juntos se convirtió en eso, la cosa cambió. Porque ya no era un: «Vamos a cenar». Era un: «Vamos a cenar para que vean que estamos juntos y así reposteas mi historia y gano seguidores».

Y ahora…, ahora me cuesta mucho estar cómodo a su lado y más si encima me toca así, sin ningún motivo ni consentimiento.

Suspiro con la intención de relajarme, pero no lo consigo.

Intento centrarme en la película. Hay una escena en la que un militar le enseña a un chico cómo sujetar un arma adecuadamente. Pero… le sujeta por detrás, juntando la espalda de él con su pecho, rodeándolo con los brazos y colocando las manos sobre las suyas.

Las palabras de Jackson me vienen a la mente:

«Vas a tener que dejar de tocarme».

A la mierda.

Me levanto del asiento y salgo rápidamente de la sala. Nadie me obliga a tragarme la película. Y menos cuando ya me han visto aquí y he hecho acto de presencia.

Cojo el coche, aparcado en una calle colindante, y me dirijo al gimnasio. Al llegar, veo que las luces están encendidas.

Sonrío. Mi corazón late un poco más rápido de lo normal.

Abro la puerta con las llaves que me confió Will hace unos meses y me lo encuentro ahí.

Solo ha encendido una luz: la del ring. Todo a su alrededor se difumina en sombras como si fuera un dibujo y lo único bien trazado fuera él.

Me acerco lentamente. Parece que no me ha oído. El sonido de sus golpes retumba por toda la sala. Me detengo a unos metros de

él y me doy el gusto de mirarlo.

El saco se balancea con sus golpes, él aprovecha el movimiento para pivotar y esquivarlo propinándole distintos puñetazos.

Está sudando. Su pecho sube y baja con cada respiración y las venas se le marcan en los hombros y brazos. Veo su abdomen contraerse con los golpes, cada uno más fuerte que el anterior, esforzándose como en los últimos entrenos.

Camino y acorto la distancia que nos separa, aunque lo miro desde abajo del ring.

Cuando se percata de mi presencia, detiene el movimiento del saco con los guantes y frunce el ceño.

—Tú… —dice escaneándome con la mirada. Cuando me ve con el traje que llevo puesto, su expresión se relaja—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que estabas…

—Al saco —le corto.

Porque no quiero hablar con él ahora mismo. No *puedo*. No después de haber estado observándolo como si fuera el último plato de comida en el mundo.

No después de querer ser el único que se lo coma.

—¿Estás bien? —pregunta antes de enfrentarse al saco.

—Ha sido una noche larga —confieso.

—Yo no podría aguantarlo. El aparentar, el glamour, la *falsedad*… —Hace énfasis en esta última palabra al dar el primer golpe.

—Te acostumbras.

—¿Y por eso… —esquiva el saco y le pega un gancho— estás aquí?

Me apoyo en las tiras del ring y lo miro desde abajo.

—Quería asegurarme de que mi luchador favorito no se lesionaba esta noche.

—Ya…, claro —responde sin parar de golpear el saco.

Tras algunos minutos en silencio, se detiene. Con la respiración agitada, abraza al saco para detenerlo y se gira hacia mí.

Se quita los guantes.

—¿Qué…?

—Te toca —me corta.

«¿Se ha vuelto loco?».

—¿Tú has visto cómo voy vestido?

Desde arriba del cuadrilátero se quita los guantes y los deja en el suelo. Se acerca lentamente y se acuclilla, quedando así a la misma altura que yo. Sus mejillas siguen rojas por el esfuerzo cuando desciende su mirada a mi traje. Coge las solapas con ambas manos y noto una corriente que hace que me quiera alejar, pero no lo hago.

Roza con los nudillos la tela de la camisa negra cuando retira con cuidado la chaqueta.

—Que yo sepa, la ropa siempre se puede quitar…

Baja del ring y yo aprovecho para quitarme la chaqueta del todo. Él no pierde un segundo y alza las manos a mi corbata. Doy un paso atrás. Mi espalda baja choca con la pared del ring y me deja acorralado. Su mirada vuelve a comunicarme cosas que no debería.

—No me mires así, Blake —le advierto.

—¿Así cómo? —pregunta mientras deshace el nudo de la corbata con destreza.

El sonido de la tela deslizándose sobre el cuello de la camisa antes de caer al suelo parece una advertencia.

Sin pensárselo dos veces, vuelve a atacar. Esta vez, al botón superior de la camisa. Sus manos no tiemblan. No temen. No se avergüenzan de lo que están haciendo.

—Sé quitarme la ropa solo… —susurro.

Porque su cercanía, su olor corporal, *él* en sí mismo me están volviendo loco y, como no pare, no voy a poder ser responsable de mis actos. El control y yo nunca nos hemos llevado bien, y menos si la sangre está distribuyéndose por otros sitios…

—Dame el gusto —me pide. Y es por su tono de voz, su seguridad pero a la vez la gran delicadeza con la que desabrocha los botones por lo que lo dejo continuar.

Suspiro, inhalando su olor corporal mezclado con mi colonia.

Sus nudillos, envueltos en las vendas que hace unos segundos lo protegían de los golpes, rozan inocentemente mi torso desnudo mientras abren la camisa.

Cuando llega al último botón, alza la mirada y conecta sus ojos con los míos.

Por pura inercia, coloco una mano en su cuello. Mi corazón late a mil ahora mismo. Ignoro todas las advertencias que me dicen que no me acerque más a él.

—¿Vas a besarme? —pregunta.

«No lo sé. ¿Vas a besarle, Kilian?».

—No lo sé.

—¿*Quieres* besarme? —rectifica.

Cojo su mano derecha firmemente y la coloco en mi pecho, ahora desnudo.

Sé, por cómo se ensombrece su mirada, que nota mis latidos golpeando contra la parte libre de sus dedos.

—No lo sé —le gruño—. Yo solo sé que…

No me da tiempo a terminar la frase, porque sus labios ya están sobre los míos.

Su mano sigue entrelazada con la mía sobre el pecho. Con la otra me agarra de la nuca para atraerme hacia él con firmeza, pero a su vez con delicadeza felina.

Una oleada de placer recorre todo mi cuerpo y me esfuerzo al máximo por no hacer ningún ruido de satisfacción. Aún no.

Entreabro un poco los labios con la intención de profundizar el beso, pero Jackson se separa al instante como si yo fuera fuego y él se hubiera quemado.

—Al saco —ordena con firmeza, cambiando nuestros roles por completo.

Sus palabras calan en mí como un vaso de agua fría y lo fulmino con la mirada.

—No vuelvas a hacer eso —le advierto subiéndome al ring, con la intención de que con la distancia se me baje la erección que se marca en mis pantalones de traje, dejándome en evidencia—. Aquí lo que se empieza, se acaba.

Cojo los guantes de boxeo del suelo y me los pongo.

—Por eso. Tenemos que terminar el entreno, *profesor* —dice, juguetón, y yo suspiro—. Por cierto, da el favor por hecho…

Este chico me va a llevar al mismísimo infierno.

11



JACKSON

¿Cómo coño no lo iba a besar? ¡Si me lo estaba pidiendo con los ojos!

Y, joder, yo también lo estaba deseando.

Entrenar con él ha sido… intenso. Y no, el beso de ayer no calmó las aguas como yo pensaba. La tensión no se ha ido. Ahora irradia entre nosotros con una nueva intensidad.

El sol calienta el asfalto de la carretera de Las Vegas sin piedad. Es lo que tiene vivir en mitad de un desierto. Estamos yendo al torneo y estoy nervioso de cojones. Mi pierna se mueve inquieta. Y lo cargado que está el ambiente no ayuda lo más mínimo.

Miro por la ventana, veo pasar las palmeras y sonrío. Lo echaba de menos. Decido centrarme en eso. En el calor, en la brisa, en los turistas paseando en tirantes…

De pronto, Kilian pega un frenazo cuando ve a un chaval correr para cambiar de acera. El coche de atrás pita estruendosamente y me sobresalto.

Lo miro y veo que aprieta la mandíbula y suspira. Su camiseta negra se ajusta a su torso como si estuviera hecha a medida y, al

cambiar de marcha, sus músculos se tensan.

—Pon música —me pide.

Busco con la mirada la radio o una pantalla, pero me encuentro con las rendijas del aire acondicionado.

Vuelvo a mirarlo extrañado, él me mira de reojo a través de sus gafas de sol y su expresión se relaja un poco.

—En la guantera tienes algunas cintas o CD.

Abro el compartimento y sobre mis muslos caen algunas cintas, apiladas a la fuerza ahí dentro hasta ese momento.

Veo títulos de artistas tan variados como Lana del Rey o Eminem.

—¿Taylor Swift? —le pregunto, extrañado, mostrándole una portada de la artista con un vestido morado.

—No lo entenderías —dice él, encogiéndose de hombros—. De hecho, ponlo, me apetece escucharlo.

—No te pega nada escuchar a Taylor Swift —destaco mientras guardo el resto de los casetes en la guantera.

Abro la pequeña caja y veo que incluye varias cintas.

—Tienes que poner la cara A mirando hacia arriba.

Hago lo que me dice, y empieza a sonar una canción, pero no por el principio.

—¿Y eso de que coleccionas cintas?

—Espera, que es justo el puente —dice levantando una mano en mi dirección para que me calle, mucho más animado que hace unos segundos.

—No irás a…

Me ignora y canta sin ningún pudor.

Noto cómo me sonrojo por vergüenza y miro por la ventana. ¿Y esta confianza?

A ver, ayer lo besé, pero es que esto me resulta infinitamente más íntimo que ese beso.

Sigue cantando el puente de la canción, coge aire y, de pronto, percibo su mano en mi muslo. Noto un calor efímero en el estómago antes de que acabe de cantar el verso.

Retira la mano de mi pierna para cambiar de marcha como si fuera un gesto de lo más mundano, y sigue tarareando la letra sin tapujos.

Instintivamente, saco el móvil y le grabo, porque sé de sobra que esto lo voy a querer recordar.

Con la mano izquierda en el volante, detiene el coche en un semáforo en rojo y se gira hacia mí.

—¿Qué?, ¿te gusta Taylor Swift? —pregunta con una ceja enarcada y una expresión de pillo que no puede con ella. Cuando se da cuenta de que le estoy grabando, se ríe, pero no me dice que deje de grabar.

Bajo el móvil.

—Sin duda, tú cantas mejor que ella —afirmo en broma, y él vuelve a reírse.

—¿Verdad? —Alza la mano hacia el panel de control y baja un poco la música—. Llevo coleccionando música desde pequeño. Mi madre siempre lo hacía y, al final, cuando nos dejó, solo me quedó una caja con toda su colección como herencia.

Suspiro. Al final no voy a ser el único con una familia de mierda.

—La siento más cerca escuchando música así.

Subo la música por inercia. No me apetece este tipo de intimidad ahora mismo. No quiero escuchar ni hablar sobre el abandono. No ahora que estoy tan bien.

Empiezan los acordes de una nueva canción.

—Intenta escuchar la letra de esta. Creo que te puede gustar.

—Taylor Swift no es nada mi rollo —confieso.

—¡Venga ya! Seguro que debajo de esos tatuajes hay algo de sensibilidad —me mira de reojo.

Trago saliva.

—Quítate esa imagen de la cabeza —le advierto.

—¿Por qué? Todos tenemos nuestro lado…

—No —lo corto. Yo no.

Porque ese lado mío ya se lo llevaron y por más que intente recuperarlo no va a volver. Está más que muerto y enterrado.

Mi padre, cuando estuve con Sylas, me aconsejaba de la misma manera. La razón era su filosofía de vida, y yo en aquel entonces era todo corazón. Por eso, cuando todo resultó ser cierto y descubrí que mi ex estaba con mucha más gente a la vez que conmigo, todos los consejos de mi padre me vinieron a la mente. «Jackson olvídate de él y ya está». «Si no te aporta, sal de ahí y a otra cosa». Y así empecé a desarrollar esta especie de *alter ego* que solo me permite tener encuentros sexuales y no poner una pasión desmesurada en las cosas que no lo requieren.

—Pues es una pena —dice sin llevarme la contraria, pero su expresión le delata. Quiere añadir algo más, pero no lo hace. Frena y maniobra para meter el coche en la plaza de parking—. Ya hemos llegado.

Empiezo a notar el burbujeo de los nervios en la barriga, pero en realidad tengo bastantes ganas.

—Vamos a hacer una cosa —dice mientras coge una chupa y una gorra negra del asiento de atrás—. Vamos a ir por la puerta de atrás directos al vestuario, ¿vale?

Salgo del coche y cierro la puerta con cuidado.

—¿De verdad crees que no te van a reconocer por llevar unas gafas de sol y una gorra?

Anda como una flecha hacia la parte trasera del edificio, y deja atrás la gran multitud que espera para entrar de forma atropellada. Voy tras él, siguiendo su ritmo.

—Parece coña, pero créeme que esto me ha salvado en más de una ocasión.

Llegamos ante una puerta de hierro un poco oxidada y cutre teniendo en cuenta el evento que se celebra aquí. Kilian saca el teléfono del bolsillo y marca un número.

Aprovecho el momento para sacar un cigarro del macuto, pero, en cuanto me ve las intenciones, me lo quita de las manos y lo tira al suelo antes de pisarlo.

—Ya estamos aquí —dice al teléfono—. Genial.

Se lo guarda de nuevo en el bolsillo y, cuando me mira, frunce el ceño.

—¿Tú de qué vas? ¿En serio ibas a fumar antes de competir?

—Una calada. Estoy nervioso, joder…

—Me la suda que estés nervioso. Vas a dejarlo —afirma, acercándose a mí.

—Kilian, literalmente no puedo.

—Busca una alternativa, Blake, una que no te perjudique la salud…

—Déjame fumarme el…

No me deja terminar la frase porque justo entonces se acerca a mí y me besa. Coloca una mano en el lateral de mi cuello, con delicadeza, y yo cierro los ojos por inercia. Mi espalda toca la pared

de al lado de la entrada. Sus labios viajan por los míos suavemente, con cuidado, como si tuviera miedo de romperme. Le devuelvo el beso, porque aunque no me lo esperaba, mi cuerpo reacciona perfectamente acorde a la situación: le pongo una mano en la cintura y entreabro los labios. Él aprovecha para profundizar el beso y me acaricia la lengua con la suya. De repente, noto una sensación de vértigo en el estómago, pero no me da tiempo a detectarlo porque se separa de mí, dejándome frío y con la sensación de tener las manos vacías.

Me la ha devuelto. Tuerzo el gesto.

—¿Más tranquilo? —pregunta con una sonrisa tímida.

Y aunque todo pensamiento sobre boxeo se ha esfumado de mi mente en cuanto me ha besado, no le voy a dar el gusto de oírlo de mi boca.

Y no tengo que hacerlo, porque justo cuando voy a responderle se abre la puerta metálica. Mis nervios crecen.

—Que empiece el show —le respondo una vez entramos al torneo y la puerta se cierra a nuestras espaldas.

Ya no hay vuelta atrás.

12



KILIAN

—Bueno, chavales, este es Jackson —lo presenta Will al grupo.

Estamos en Asylum, uno de mis bares favoritos, siguiendo la tradición del gimnasio.

Desde que conozco a Will, siempre que alguien entrena en su gimnasio y gana un torneo, la victoria se celebra ahí al día siguiente.

Por supuesto que Jackson ganó a su contrincante. Verlo luchar por primera vez fue una sensación agridulce: lanza golpes fuertes y directos, y además sabe predecir bien los movimientos del contrincante y los esquiva fácilmente. Por ese lado, da gusto verlo luchar. Incluso puedo decir que sentí algo de orgullo. Pero, a su vez, ver cómo le parten la nariz a tu alumno no debe de hacerle gracia a nadie, y yo no contaba con ello. De hecho, sentí ganas de meterme yo en el ring y partirle la cara a ese imbécil. No sé qué generó ese sentimiento, pero quería defenderlo, que no le hicieran daño ni le tocasen un pelo. Mucho menos que lo hicieran sangrar.

Pero el boxeo es así.

Ignoro el pensamiento de que, si no lo hubiera besado, no me sentiría de esta manera.

—Hola… —dice tímidamente al grupo de chicos. Estrecha la mano a todos y se sienta a mi lado.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Tirando.

—¡Oye, Kilian! ¡Yo también quiero que me entrenes! —dice uno de los chicos, cuyo nombre no recuerdo.

Llega el camarero con una bandeja llena de botellines de cerveza y las va dejando enfrente de cada uno de nosotros.

—Dejadlo tranquilo, ya tiene suficiente —interviene Will.

Jackson frunce el ceño a mi lado, coge la cerveza y se la lleva a los labios. Pega un trago largo. Se nota que está incómodo.

—¿Qué tal es como entrenador? —le pregunta un chico que entró en el gimnasio el año pasado, pero que aún no se atreve a competir.

Jackson me mira de reojo antes de responder. Sonríe con cierta maldad.

—La verdad es que es un poco tocapelotas.

Will se ríe.

—¿Perdona? —respondo, riendo—. Eres tú, que me lo pones difícil con tus manías.

—¿Qué manías?

—Eso. Delante de todos: diles qué ha hecho bien y en qué puede mejorar —pide Will.

Jackson me desafía con la mirada mientras bebe de su botellín. Su nuez baja con cada trago.

Mi cuerpo se tensa.

—Lanzas golpes perfectos, directos y fuertes. Esquivas bien, pero luchas desde la ira, y eso no te va a llevar a ningún lado.

Jackson deja de beber cerveza y la deja en la mesa.

—¿Qué más te da de dónde salga la fuerza? Lo importante es que gane *limpiamente*, ¿no?

Me está intentando provocar.

—Es algo en lo que tienes que trabajar —ignoro su comentario—. ¿Vas al psicólogo?

Veo en su expresión que mi pregunta lo pilla totalmente desprevenido.

—¿De qué vas? —pregunta nervioso, e inmediatamente me siento mal. No debería de haberlo preguntado así y menos delante de tanta gente.

—Tienes razón, ya…, ya lo hablaremos.

—No, no, estamos aquí para eso, y la psicología es una parte muy importante del boxeo y del mundo del deporte en general. Cuéntanos, Jackson, ¿de dónde sacas esa ira?

Su mirada se ensombrece por completo. Comienza a mover la pierna inconscientemente. Está de los nervios.

—No te voy a responder —dice secamente.

—Hijo…, quiero que aprendan de…

—No quiere hablar de eso —corto a Will.

—Bueno, perdóname —se disculpa él.

Jackson asiente.

—Deberíais animaros más a competir. Le vendría bien al gimnasio —dice Will para despejar la atención de Jackson.

Miro de reojo a Jackson y veo cómo su pierna se agita involuntariamente bajo la mesa. Seguramente esté deseando largarse de aquí y fumarse algún que otro cigarro a mis espaldas para calmar la ansiedad.

Le pongo una mano en la rodilla para intentar tranquilizarlo, pero él frunce el ceño y me la aparta. Echa para atrás la silla y se levanta.

—Voy al baño.

Un sentimiento de culpabilidad me inunda.

¿Me he pasado de la raya? ¿Me he venido arriba y en realidad no tenemos tanta confianza?

Me llevo el botellín de cerveza a los labios y pego un largo sorbo mientras lo veo dirigirse al baño.

Suspiro, estresado.

—Parece un chico con muchos problemas —observa Will, al darse cuenta de que me he quedado mirándolo.

—Hay algo que no puede dejar ir, pero… es difícil —confieso.

—Estás haciendo un gran trabajo. No te culpes.

—¡Sí! ¡El gancho del final del combate fue increíble! Seguro que se lo has enseñado tú —dice uno de los más pequeños del grupo, y le sonrío.

—Eso es todo suyo —lo apremio aunque no esté—. Yo solo intento que no se pierda en el camino…

Cojo de nuevo la cerveza y miro por la ventana cuando, de pronto, lo distingo fuera.

Frunzo el ceño y veo que Will también se ha dado cuenta de que ha salido.

—Dadme un segundo —les pido a los chicos, y me levanto de la mesa rápidamente antes de que Will tome cartas en el asunto.

Salgo del local y no me creo lo que veo. Acaba de cerrar el compartimento de su moto tras sacar el casco.

—¿Qué leches estás haciendo? —le pregunto en cuanto lo tengo delante.

—Me piro. ¿No lo ves?

«Pero ¿quién se cree?».

—No, no te piras. ¿Qué estás diciendo? ¿Ibas a dejarnos aquí tirados? —le pregunto con el corazón latiéndome a mil por la rabia.

—Will es un mierdas y no conozco a esa gente. Tengo mejores cosas que hacer —me recrimina.

Acorto aún más la distancia que nos separa. Mis muslos están a nada de rozar su moto.

—Ni se te ocurra volver a llamar a Will así. ¿Tú sabes cuánto ha invertido en ti?

—Que invierta menos y me respete más.

Ignoro su comentario y suspiro resignado.

—Además, ¿qué quieres hacer ahora? ¿Irte de fiesta y emborracharte cómo en la noche que te conocí?

Sus ojos marrones parecen negros por la falta de luz.

—Eso no te incumbe —responde secamente.

—Sí que me importa.

Coloco una mano en su moto.

—¿Como entrenador o como algo más? —añade, descolocándome por completo—. Ah, y no toques mi moto.

Quito la mano de ahí como si me hubieran pillado robando algo.

—Me importa como persona que lleva gastando su tiempo y energía más de dos meses en ti —respondo sin tapujos.

Él coge aire y lo suelta lentamente.

—Necesito fumar —me advierte.

—No lo vas a hacer. Y no cambies de tema —le digo entre dientes.

Está empezando a cabrearme.

—Espero que esta vez no me beses sin mi consentimiento…

«¿Cómo tiene tanta cara?».

—Es *exactamente* lo que hiciste *tú* hace dos días —me defiendo.

—No quiero que vuelvas a hacerlo —dice mirándome a los ojos—. Esto no funciona. Me…, me agobia.

Noto cómo la decepción y la desilusión se apoderan de mí.

—Jackson…

—No quiero tener otra cosa más que gestionar.

Me doy la vuelta, exasperado.

—No hay *nada* que tengas que gestionar —intento rebatirle entre dientes, pero sé que no llega a ningún lado—. Mira…, déjalo, no volverá a pasar.

—Gracias —dice con una expresión seria.

Se coloca el casco sin pensárselo dos veces y arranca la moto.

—¿Te vas a ir así sin más? ¿No te vas a despedir? —pregunto, incrédulo.

Veo que suspira porque se le empaña la visera del casco. La levanta para mirarme bien.

—Te recuerdo que no somos amigos, Killer.

Killer.

Finalmente lo consigue. Al oír cómo me llama, me estampo contra la realidad y siento cómo me rompo. Me parto en dos y la culpabilidad y la pena me devoran. Nunca debería haber pasado nada entre nosotros. ¿Cómo he sido tan idiota de pensar que, por haberle entrenado, haberle tendido los guantes, haberle felicitado, me vería distinto a los demás? Me siento gilipollas. Tendría que haberme ceñido al plan. He cruzado el límite. Esta relación no es la que se suponía que debíamos tener. Él es un alumno y yo su entrenador, nada más. Pero no pude contenerme. No pude evitar

besarlo. Lo vi agobiado de cojones, lo vi… en peligro y, sin yo quererlo, salió mi instinto protector con él.

¿Y así me lo devuelve?

Jackson arranca la moto y se pierde por la carretera, dejándome más que confuso, frustrado y solo. Completamente solo. La imagen de Will saliendo del pabellón me cala hondo.

¿Ahora cómo le digo a los demás que los ha dejado tirados?

Voy al coche y decido escribirle un mensaje a Will diciéndole que Jackson se encuentra mal y que lo he tenido que acompañar a casa.

Tras enviarlo, me doy cuenta del ridículo y la poca solidez de la mentira. Porque Will ha visto con sus ojos que él ha venido en su propia moto y cuando no la vea fuera…

Veo una piedra en el suelo y le doy una patada, frustrado.

No le presto atención al golpe que me he dado en el pie. No noto el dolor. El corazón me bombea en la cabeza.

Killer.

—A tomar por culo —maldigo antes de meterme en el coche y arrancar en dirección a casa.

El casete de Taylor empieza a sonar ya por el final y me pregunto qué coño ha pasado para que las cosas hayan cambiado tanto tan rápido. A lo mejor solo lo he visto yo de esa manera. ¿Puede ser que yo haya sido el único en notar la tensión entre nosotros? ¿Que él…? ¿Que él haya estado incómodo todo este tiempo?

Apago la música y el casete cae al suelo.

«No quiero tener otra cosa más que gestionar».

Respiro hondo y me centro en la carretera. Odio conducir enfadado. Odio estar enfadado.

Un coche me adelanta por la izquierda y tenso el agarre del volante. Los nudillos se me ponen en blanco por la fuerza.

Me niego.

Me niego a que todo haya sido un malentendido. Ayer mismo lo tuve sentado a mi lado.

Joder, que la gente aún sigue hablando del vídeo nuestro que subió ayer. Se piensan…, se piensan que somos *amigos.* Que después de que le partiera la nariz, nos reconciliamos y ahora somos colegas.

Cuando ahora ni siquiera me deja tocarle la moto…

Resoplo.

No puedo hacer nada. Solo me queda esperar que no sean muy incómodos los próximos entrenos. Que todo lo que hemos logrado no haya sido en vano.

Pero en realidad sé de sobra que no es eso lo que me preocupa. Lo que me inquieta es no poder controlarme con él. Aunque, si lo pienso bien, ¡fue él quien me besó primero!

Freno en seco cuando veo el semáforo en rojo. Mi corazón late bastante rápido.

«Kilian, te preocupa que todo se vuelva frío».

Suspiro y niego con la cabeza. Las señales de tráfico se quedan atrás mientras el recuerdo de su cara me viene a la mente. Inevitablemente, me siento como si hubiera perdido algo.

«Me…, me agobia».

«No somos amigos, Killer».

Giro el volante y aparco de una en la parcela de mi casa. Abro la puerta del coche, pero veo de refilón la cinta de *Speak Now*. La cojo y la miro.

Por supuesto que no quiere profundizar conmigo. ¿Quién querría? No sé cómo he podido pensar que esto podría llegar a ningún lado.

Soy Killer, al fin y al cabo. Así que si eso quería que fuera, lo seré.

Guardo la cinta en su caja y la dejo en la guantera antes de salir del coche. Como siempre, me acerco al buzón antes de entrar a casa y lo que me encuentro me toca una parte de mí que no esperaba tener que gestionar tan rápido.

Una carta.

Pero no una carta cualquiera. Una carta de mi padre.

> Querido hijo:
>
> Sé de primera mano que has dejado la liga. Me alegro de que hayas tomado la decisión correcta, pero ya sabes lo que toca ahora: vuelves a la calle este mismo sábado. Ya sabes dónde.
>
> Vamos a volver a ganar una pasta con esto, hijo.

Rompo la carta y la tiro al suelo con las manos temblorosas.

Bajo ningún concepto voy a volver a las peleas ilegales. No puedo volver a ese infierno. Yo… no puedo volver adonde me jodí la vida, donde todo es negro…

Después de más de seis años, sigo teniendo pesadillas. Y aunque diga que no…, sé de sobra que mi padre va a hacer de todo por volver a verme ahí.

Entro a casa totalmente abatido. Sombra me recibe, y yo me siento en el suelo con la vista embobada en él. Dejo que mi perra se suba a mi regazo y la abrazo.

Ahí es cuando rompo a llorar.

13



JACKSON

No puedo explicar por qué cojones llevo con un nudo en el estómago desde que gané el puto combate. Sabía que iba a ganar. ¿Por qué me siento así?

Es como si cayera y cayera sin parar en un abismo. Un vértigo desconocido me come y odio sentirme así porque, en realidad, tengo claro que esa sensación no viene del combate. Ni siquiera está relacionada con el boxeo.

Viene porque él me besó.

¿Por qué leches tuvo que tomarse esa libertad?

No es lo mismo que yo le bese *a él* que él me bese *a mí*. Y menos cuando, para mi sorpresa, eso me afecta. Me desestabiliza, y no quiero sentirme así. No *puedo* sentirme así. Tengo muchas cosas en la cabeza y, como le dije, no quiero tener nada más que gestionar.

Suficiente tengo con mi madre, la muerte de mi padre y la parte económica. No quiero volver a abrirme en canal. No quiero bajar la coraza. Porque, como salga mal, me rompo del todo, y ahora mismo mi cordura pende de un hilo. Y de ese hilo pende todo lo demás.

Así que ya está.

Arranco la moto y llego al mirador en el que habíamos quedado Sarah, Dean y yo.

Solíamos venir aquí cuando éramos pequeños. Aquí me di el primer beso con Sarah y también me enfadé con Dean por una tontería que ya no recuerdo.

—¡Por fin! —oigo que dice Sarah al verme llegar.

Me quito el casco, me bajo de la moto y saco las cervezas del compartimento de atrás.

—Buenas —les digo a ambos.

Le doy un beso en la mejilla a Sarah. Dean se limita a darme un apretón de manos, a pesar de ser la persona más cariñosa del mundo. Y lo agradezco, porque sabe que no estoy preparado para que me abrace. No ahora, cuando les he pedido reunirnos aquí. El sol se une con el horizonte y tiñe el cielo con el atardecer.

Dean se apoya en la barandilla.

—¿No deberías estar entrenando con Kilian? —me pregunta.

Me da un pinchazo en el estómago en cuanto oigo su nombre.

—Parece que has dado en la tecla —dice Sarah, y me mira curiosa —. ¿También entrena los sábados?

Saco una birra y la abro con las llaves.

Pego un largo sorbo mientras ambos se quedan mirándome, expectantes.

El alcohol de la cerveza no es suficiente; necesito quitármelo de la cabeza.

—¿Y bien? —pregunta Dean, impaciente, mientras coge otro botellín de la bolsa. Sarah se ha traído su bebida, ya que odia la cerveza.

—Dame un segundo —le pido mientras vuelvo a la moto y saco del compartimento de atrás un paquete de tabaco de reserva que sigue ahí, intacto.

Cojo un cigarrillo con manos temblorosas y el nudo se aprieta un poco más por el sentimiento de culpa. Pero lo necesito. Necesito nicotina si quiero respirar.

—Madre mía… El paquete de reserva. Esto pinta mal —oigo que le susurra Sarah a Dean.

Se me tensan los músculos. «Sí, esto pinta mal». Porque desde que me dijo que dejase de fumar, tiré todos los paquetes de tabaco que tenía.

Me doy la vuelta hacia ellos y me apoyo en la moto. Me pongo el cigarro en la boca e intento encenderlo con el mechero. Giro la piedra una vez. Otra más. Me impaciento. Las manos temblorosas y sudorosas no ayudan nada. Se me resbala el mechero justo cuando sale la llama y, frustrado, le doy una patada. También me quito el cigarro de la boca.

—¡Ni siquiera puedo fumar sin pensar en él! —exploto, hundido y con lágrimas en los ojos—. No se me va de la puta mente. Necesito sacármelo como sea.

Dean hace una mueca de pena y Sarah niega con la cabeza.

—Ven aquí y cuéntanos qué ha pasado —pide Dean, sentado en un banco al lado de ella.

Me acerco a ellos, pero no me siento, porque no puedo estar quieto. Necesito moverme.

—Lo besé el día de antes del combate —suelto sin más. No necesito ningún rodeo, no con ellos.

Dean abre los ojos como platos por la sorpresa y Sarah asiente.

—¿Y dónde está el problema? —pregunta ella antes de beber de su botella de tinto.

—¡Que me besó él al día siguiente! —grito, frustrado.

Sarah mira a Dean y esta se ríe.

—Sigo sin ver el problema.

—Que se le ha ido de las manos y ahora está acojonado porque no sabe cómo gestionarlo —afirma Dean, y sus palabras calan en mí.

No es lo mismo que yo inconscientemente lo sepa a que tu mejor amigo te conozca tan bien que pueda leerte la puta mente a pesar de los años que habéis estado separados.

—Bueno, pero yo no veo ningún problema con que se hayan besado. Es normal, os ponéis y pasáis mucho tiempo juntos. Era cuestión de tiempo, Jacky —dice Sarah.

—No. No tendría que haber pasado nunca. No debería haberme besado… Yo…

—¡Le besaste tu primero, imbécil! —me grita Dean, y casi se me cae la botella al suelo—. Ahora, asume las consecuencias.

No me molesta que me insulte, estamos más que acostumbrados a eso, pero ver a Dean tan directo, tan rudo, me choca.

Suspiro.

—Además, ¿qué es lo peor que te puede pasar? ¿Que te pilles de un tío rico, buenorro y famosísimo? —añade Sarah.

—No me voy a enamorar —corto su pensamiento.

—Jackson, lo de Sylas…

Miro directamente a Dean. El corazón amenaza con salírseme por la boca.

—¡QUE NO LO NOMBRES, JODER! —le grito con rabia.

Lo que veo en su mirada me descoloca porque no es enfado, es tristeza.

Dean deja la cerveza en el suelo antes de levantarse del banco.

—Lo primero, a mí no me grites —dice señalándome con un dedo y penetrándome con la mirada—. Y lo segundo…

Me abraza, pillándome totalmente desprevenido. Sus brazos se aferran a mí.

—¿Q-qué coño haces…?

—Abrázame y cállate.

—Ya sabes que no me gustan los abra… —Dean aprieta el agarre.

Suspiro incómodo, pero es mi mejor amigo. Así que hago la excepción y rodeo su torso con los brazos. Él entierra la cabeza en mi hombro.

—¿Me dejas decirte una cosa? —me pide susurrando—. Siempre he querido decírtelo, pero…

—Di.

Tarda un momento en hablar. Afloja el agarre y se separa un poco de mí.

—Lo que te pasó con Sylas *no* fue tu culpa ni te lo merecías. Y tampoco fue algo por lo que deberías haber pasado…

Suspiro mirándolo a los ojos y asiento, un poco más calmado.

—Perdón por haberte gritado. No…, no la tengo que tomar contigo.

Sarah se levanta y se acerca a nosotros.

—No tienes que tomarla con *nadie*, Jackson.

Pego otro sorbo de la cerveza.

—Lo sé. Pero esto me queda grande. No se me va de la cabeza y no sé qué hacer. Me da miedo verlo y que esto empeore… Ayer le

hablé fatal y en el fondo sé…, sé que le hice daño.

—Te estás pillando —señala Dean, pero lo ignoro con todas mis fuerzas.

—¿Qué le dijiste? —me pregunta Sarah a su vez, cerrando la botella.

El sol ya está escondiéndose. Los mechones rubios de Dean cada vez se ven más oscuros conforme la luz se atenúa a nuestro alrededor.

—Me porté como un imbécil y le dije que no volviera a besarme sin mi consentimiento…

—¡Joder, Jackson! Pero ¿fue sin tu consentimiento?

—¡No!

—Eres imbécil.

—¿Y por qué dices que le has hecho daño? —pregunta Dean.

—¡No lo sé! ¡No lo sé, joder! —exclamo.

Suspiro de nuevo cuando la mirada derrotada de Kilian me vuelve a la mente. El gris de sus ojos es una puta pasada, pero verlo por primera vez en su mirada triste… fue como sentir el frío de Alaska.

—Solo sé que no sé nada… y que veo la hostia y no puedo seguir adelante. No estoy preparado aún.

—Bueno, ya está —dice Sarah dando una palmada—. Yo creo que deberías dejarte llevar. Solamente te ha besado. No te ha pedido matrimonio, así que si te pone, yo fluiría.

—Pero sin ser un mierdas, Jackson. Trátalo bien y habla las cosas con él, que al fin y al cabo es tu entrenador —añade Dean.

Me siento en el banco y saco otra cerveza de la bolsa.

—Lo intentaré —digo, encogiéndome de hombros. Ambos se sientan a mi lado mientras yo abro la cerveza—. Bueno, ¿y vosotros

qué tal?

Dean sonríe y enciende el móvil.

—Ayer Raven y yo hicimos dos años juntos.

Tenso la mandíbula cuando veo la foto que me enseña. Aún no me fio de él.

—Me alegro —consigo decir.

—Sé que no, pero no me importa demasiado.

—A mí también me da mal rollo —añade Sarah.

—Para mal rollo, las peleas ilegales —se defiende Dean, atacándome.

Sarah se queda helada. Yo frunzo el ceño. Tenía que sacar el tema.

—¿Cuándo empiezas? —pregunta ella tras un momento de silencio.

Pego un gran sorbo a la cerveza. Veo la preocupación de ambos en sus ojos.

—Esta noche —respondo muy a mi pesar. Se me había olvidado que eran hoy.

—Madre mía… —susurra Dean—. No había echado nada de menos esto.

—Yo tampoco. ¿No hay ninguna manera…?

—No —digo radicalmente—. Ya está. Es lo que hay… —me levanto del banco y miro la hora.

De nuevo, el corazón me late a mil tras haber recordado que hoy son las putas peleas.

—¿Te vas ya? —pregunta Sarah, y yo asiento.

—Tengo que prepararme.

Dean se levanta.

—Todo va a ir bien —dice, aunque no sé si lo dice por mí o para convencerse a sí mismo.

—Esperemos que sí.

—Ten cuidado y avísanos con cualquier cosa. ¿Sigues compartiéndonos la ubicación del móvil?

—Sí. Pero ni se os ocurra venir. Es peligroso —digo yendo hacia la moto—. Ya os contaré.

Abro el compartimento de esta y saco el casco.

Dean se acerca a mí.

—¿Puedo darte un abrazo? —me pregunta con cuidado. En sus ojos veo el miedo y la preocupación, y se me encoge un poco el corazón.

—Ven aquí, imbécil —digo, y le abrazo yo.

Sé que se sorprende porque tarda un momento en reaccionar y rodearme con los brazos, pero acaba haciéndolo. Respiro y huelo su aroma dulce. Por primera vez en un tiempo, un abrazo no me incomoda. Me separo y vuelvo a mirarlo a sus ojos verdes.

—Abrázame siempre que te dé la gana, ¿vale?

Él da un paso atrás.

—Pensaba que…

—Los tuyos puedo soportarlos.

Sarah se acerca.

—Tú no te vengas muy arriba, no vaya a ser que no te controles —bromeo.

Ella sonríe con un poco de tristeza y se pone de puntillas para darme un beso en la mejilla, apoyando una mano en mi pecho.

—Todo va a ir bien, chicos —les digo antes de ponerme el casco y cerrar la visera.

Al arrancar, me pregunto si esta es la vida que quiero o si es simplemente la que conozco. Pero retiro ese pensamiento. Esta es la vida que tengo ahora y es lo único que puede salvarnos a mi madre y a mí. Y me da completamente igual poner mi vida en riesgo si eso significa avanzar y poder pagar el alquiler.

Dean me dedica una mirada triste, y Sarah se queda absorta en sus pensamientos cuando hago un gesto de despedida.

Arranco la moto y el viento me atrapa.

Y no sé por qué, pero siento que voy directo a la muerte.

14



KILIAN

Los flashes me ciegan. Es como si cayera un rayo frente a mí. Fuerte, amenazador, letal…

Entrecierro los ojos mientras salgo del taxi con la venenosa mano de Dawn bien sujeta a mi brazo, formal, simple y poco pasional. Veo las dos filas de paparazis agrupados tras las vallas de seguridad y me vienen a la cabeza las palabras de Ann:

«Tienes que volver a hacer que te quieran, recuperar la confianza del público, que vuelvan a empatizar contigo».

Suspiro y doy unos pasos al frente. Varios gritan mi nombre, otros el de Dawn. La diferencia es que ella, en cuanto oye que la llaman, corre hacia ellos para contentar a fans o a periodistas.

Normalmente, suelo quedarme aguardando detrás, pero esta vez decido hacer caso a Ann y me acerco a la barandilla del otro lado. Vuelven a bombardearme los flashes e intento sacar una de mis mejores sonrisas, aunque sea lo último que me apetezca ahora mismo. Esto forma parte de mi trabajo y llevo ya muchos años en él como para no haberme acostumbrado aún. Así que tengo que esforzarme hasta que todo vuelva a la normalidad.

—¡Por favor, Kilian! —grita una chica con un micrófono en la mano. Me acerco a ella con una seguridad que disimula mis nervios.

—Buenas noches. ¿Cómo te llamas? —le pregunto cortésmente.

Cada vez que hablo con algún periodista o seguidor me gusta generar una sensación de cercanía preguntándole su nombre.

Ella se sorprende y me sonríe aún más.

—Clara. Señor Fierce, ¿podría hacerle algunas preguntas rápidas? —inquiere mientras una cámara enorme apunta en mi dirección.

—Por supuesto, pero llámame Kilian por favor, ¡que aún no soy un señor!

Además, no quiero que me llamen por su apellido.

—Claro, Kilian. Ahí va la primera: sabemos que le partiste la nariz a Jackson Blake, uno de tus últimos contrincantes en este último mes… —Tenso la mandíbula al escuchar su nombre. Debería de haberlo esperado—. Hace unos días, él subió una historia contigo cantando una canción y se os vio juntos en el torneo local. ¿Qué relación tienes con él? Está claro que os habéis reconciliado…

No tardo ni un momento en pensarme la respuesta porque mi cerebro responde por instinto cuando Clara me pone el micrófono delante de la boca.

—¡Pues lo estoy entrenando! —confieso sonriente—. Tras la descalificación, decidí hacer algo bueno y ayudarlo tras el amistoso.

Ella asiente, satisfecha con la respuesta.

—¿Y cómo está siendo el proceso?

Suspiro, aún sonriente, para que no se note lo mucho que me está costando hablar de él sin recordar lo que me dijo hace unos días.

—¿Sinceramente? Es difícil. Blake es un luchador de diez, pero es una de las personas más cabezotas que he conocido, así que quitarle

manías que tiene dentro del ring está siendo duro, pero verlo luego luchar… —Mi mente viaja al día del combate y en cómo ganó tras nuestro beso, dejando a su contrincante KO.

Algo se remueve dentro de mi pecho y frunzo el ceño.

—¿Todo bien? —pregunta nerviosa la periodista, pero en menos de un segundo vuelvo a recomponerme y le sonrío.

—Sí, perdona. Simplemente eso, que aunque sea difícil, todo tiene sus cosas buenas, y verlo luchar da un gusto indescriptible.

—¡Genial! Eso seguro que se debe a que eres tan buen entrenador como luchador —me regala el oído.

—Sin duda, pero él también está trabajando muy duro. —Inevitablemente, me sale una sonrisa triste.

Llevo sin saber nada de él desde que se piró en su moto. No me ha respondido a ninguno de los mensajes. Ni siquiera al que le escribí para preguntarle cuándo retomaríamos los entrenos y, la verdad…, me irrita bastante.

—Muchas gracias, Clara —le digo para finalizar la conversación.

—¡A ti por ser tan amable! —responde efusiva, y me giro para volver a reunirme con Dawn, que también ha terminado de dar una entrevista. Le pongo una mano en la espalda baja y nos dirigimos a la entrada.

Escaneo la sala con la mirada y mi mundo se derrumba en cuanto distingo una melena rosa chicle.

Ruby.

No. No puede ser…

Las cámaras siguen fotografiándonos sin piedad. Parece ser que seguimos siendo su pareja perfecta.

Miro el reloj. Las ocho y media. El evento está a punto de comenzar, así que decido entrar al local e ignorarla, rezando porque no nos haya visto. Pero en cuanto pasamos por su lado, se da la vuelta para mirarnos. Ahí es cuando me doy cuenta de que, efectivamente, ha venido por mí. O, mejor dicho, por mi padre.

—Cuánto tiempo —dice acercándose. Bajo la mano noto cómo Dawn se tensa a mi lado. Yo miro hacia los lados, buscando cualquier tipo de ayuda, aterrado.

Ella nos hace una seña con la cabeza para que entremos al edificio y no nos oiga nadie. No nos queda más remedio que seguirla. Porque en el juego de mi padre todos somos marionetas, y él es el mejor titiritero que existe.

Ruby forma parte de la mafia que dirige mi padre. Me ha visto crecer y yo he visto de lo que es capaz. Ha sido sicaria, camella, portadora, secuestradora… Nunca le ha dicho que no a nada. Siempre ha servido a mi padre fielmente. Su pelo rosa engaña, es dura de pelar y adora su trabajo y el sentimiento de poder que este le da.

—Ve al grano —le pido. Mi cuerpo amenaza con romperse.

—Vas a luchar esta noche —me informa—. Quiere que luches con esto y te pires —dice sacando del bolso un pasamontañas negro y dorado.

A la velocidad del rayo, me lo guardo en el bolsillo interno de la chaqueta del esmoquin, preocupado porque nadie lo haya visto.

—Si hago esto, ¿me dejará en paz de una vez? —le pregunto.

Ella suspira.

—Tú mejor que nadie sabes cómo funciona. Hazle caso y no lo provoques. No me gustaría tener que joderte la vida, Kilian —

amenaza, haciendo el amago de darse la vuelta e irse, pero se detiene un segundo, señala a Dawn y añade—: Y a ti… como se te ocurra intervenir…, tengo permiso para montar un escándalo si debo, aquí y ahora.

Dawn traga saliva y da un paso atrás, claramente asustada, y a mí se me revuelve el estómago. Me controlo lo justo para no girarme y vomitar aquí en medio mientras veo cómo la melena rosa se zarandea de un lado a otro con cada paso firme que da hacia la salida.

Dawn me aprieta el costado en un intento de consuelo, pero el pecho se me cierra por el terror y me impide respirar.

—¿Estás bien? —pregunta. Aunque oír su voz me quita algo de miedo, me giro hacia ella y la señalo con un dedo acusador.

—T-tú… lo sabías. Sabías que vendría y no me has avisado —le digo con la voz entrecortada, ahogado.

—Ven —dice, y me coge del brazo—. ¡Perdone! ¿Los baños? —oigo que grita a una organizadora mientras me palpitan los oídos por la ansiedad.

Me está dando un ataque. Y por mucho que me esté esforzando…

«No me gustaría tener que joderte la vida».

Ando sin rumbo. Esquivo a gente detrás de Dawn, que me guía de la mano. Abre la puerta del baño femenino con brusquedad y me sienta en los lavabos.

—Mírame —me pide. No. Me *ordena*—. Respira conmigo —dice cuando conecto los ojos con los suyos.

Las lágrimas empiezan a nublarme la vista.

—Tú lo sabías, Dawn. No puedo volver ahí… No puedo…

La puerta se abre de pronto y una chica entra a un cubículo tras fulminarnos con la mirada.

Dawn niega con la cabeza.

—No sabía nada. Yo… ¿Cómo iba a saber que vendría aquí? ¡También me ha amenazado, ¿sabes?! —En cuanto ve que lo que dice no ayuda, relaja el semblante y el tono—. Pero, rey, céntrate en respirar.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! Lo estoy intentando… —le respondo, agobiado.

Odio que en pleno ataque de ansiedad se me diga o aconseje qué tengo que hacer. Soy yo quien la padece, soy quien la tiene que gestionar. Me sé la teoría. Gracias.

Ella saca unos papeles del dispensador y me seca el sudor. Hace el amago de quitarme la chaqueta y, en cuanto nota el bulto del pasamontañas, me mira a los ojos con mirada inquisitiva.

Lo saco un poco para que lo vea y advierto por su expresión que lo reconoce al instante. Da un paso atrás, como si le hubiera dado un golpe en el estómago.

Es el pasamontañas de Killer. La prueba de mi pasado.

—No… —dice con un hilo de voz.

—Sabes que no me queda otra —le respondo susurrando, aún con el corazón golpeándome el pecho. La cabeza empieza a dolerme.

—Kilian… —empieza a intentar decir algo, o incluso consolarme, pero no puede. Nada de lo que diga puede sacarme de esta situación—. Dime que no vas a…

Me bajo del lavabo y, tras guardar el pasamontañas, me abrocho la chaqueta.

—Tengo que irme —le digo—. Y esto… Esta tapadera acaba aquí, Dawn. Espero que lo entiendas.

—¡Espera! —grita a mi espalda mientras salgo del baño y me encuentro con la multitud—. ¡No puedes volver a pasar por eso! Kilian, ¡te va a matar! —grita, preocupada, derrumbando la fachada que ha ido construyendo todos estos años.

Me adelanta y me corta el paso.

—Prométeme que no vas a ir —me pide, como si de verdad estuviera preocupada.

—No puedo —susurro, aunque lo único que quiero hacer es gritar.

Me seco la lágrima que me cae por la mejilla y veo en su mirada que de verdad esto la ha dejado afectada.

—Lo siento muchísimo —dice antes de abrazarme—. Por todo, joder. Lo siento.

La aparto de mí con cuidado, intentando relajarla aunque yo esté a punto de no poder respirar.

—No…, no pasa nada. Hiciste lo que tenías que hacer. Pero no te interpongas. No quiero que te salpique a ti también. Nos vemos, Dawn —digo girándome para dirigirme al parking, donde he dejado el coche.

Ella no responde. Solo asiente. Sabe que voy en serio. Sabe que toda esta fachada ha terminado. Sabe que sus privilegios se acaban y que su carrera va a tomar un giro brusco.

—Te ayudaré si lo necesitas. En cualquier aspecto —le prometo.

—Gracias… —logra susurrar Dawn antes de retirarse las lágrimas que brotan de sus ojos con cuidado de no estropear su maquillaje.

Decido irme antes de que me arrepienta. Veo que se queda fija en el sitio cuando decido echar una última mirada.

Y algo en mí se remueve aún más, por elegirme a mí mismo por primera vez en mi vida.

«No vomites», me digo antes de llegar al coche y ponerme en marcha hacia la boca del lobo, donde todo cambió por completo.

Donde perdí la inocencia.

Donde maté a un chaval a puño limpio.

15



JACKSON

Las luces de neón parpadean iluminando las calles de Las Vegas. Parecen advertirme de que no haga lo que estoy a punto de hacer.

Miro a los lados. Las sombras de los callejones amenazan con comerse el aspecto glamuroso de la ciudad. Porque, en realidad, Las Vegas es eso: una ciudad llena de sombras encubiertas por las luces de neón, los brillos y el dinero.

De lo que nadie te habla es de los vicios. De cómo estos han acabado con la vida de miles de personas y que la policía se esfuerza constantemente por esconder, tratando mal a la gente sin hogar, quitándola de la vista de los turistas a las malas.

Lo sé porque lo he vivido. He visto dónde viven. He paseado por aquellos túneles y, aunque no quiera, aunque sea lo último que me apetece hacer ahora mismo, no me queda otra. Tengo que entrar de nuevo en ellos si quiero ganar algo.

Lo que diferencia esta vez de las demás es que voy completamente solo.

Hace unos años, cuando empecé con las peleas ilegales por culpa de Sylas, él me acompañaba a todo esto. Él me guiaba, me abría

paso entre la podredumbre de la ciudad. Me seguía, y el muy imbécil de mí creía de verdad que me estaba protegiendo, cuando en realidad solo estaba bailando con el diablo.

Suspiro con la intención de tranquilizarme. Mi corazón martillea mi pecho rápidamente cuando salgo del Strip, cerca del Caesars Palace, y me desvío de la calle principal.

Las farolas quedan atrás y el asfalto pasa a ser gravilla que cruje con cada paso firme que doy.

No llevo el móvil encima. No puedo ni poner la linterna ni escuchar música.

Somos el mundo y yo. Y ahora… también los túneles.

Los túneles de Las Vegas, que se consideran el tercer lugar más peligroso de Estados Unidos, se crearon para evitar que la ciudad se inundara con las lluvias. Esto solucionó el problema, pero a su vez se convirtió en hogar de indigentes cuyas vidas habían caído en desgracia por la falta de papeles, la drogadicción o el delito.

La primera vez que me enteré de la existencia de estos túneles, mi vida era muy distinta.

«Y estabas en una relación de maltrato».

Desvío ese pensamiento de inmediato.

Me parece increíble cómo el estar enamorado puede cambiar tu manera de ver el mundo entero. Ver la entrada de esto hace unos años era lo mismo que ver mi salvación, y ahora siento como si me estuviera metiendo en un agujero negro.

Avanzo lentamente, pero mis pasos no vacilan.

Tres túneles se abren ante mí. Sus sombras abrazan la poca luz que queda en la calle principal. Aún me sorprende que esta peligrosa zona esté tan a la vista de todos y tan cerca del lujo.

—¡QUIETO AHÍ!

Una voz femenina me detiene desde el interior de uno de los túneles. Mi cuerpo se tensa al instante. Sé perfectamente que, si ellos no me dejan pasar, no habría forma de hacerlo. Así que me preparo para convencerla.

Levanto las manos a modo de defensa.

—El infierno es el único lugar en el que el diablo no se quema —digo pausadamente. Por muchos años que pasen, nunca olvidaré el código que usó Sylas la primera vez.

Tras unos segundos que me hacen dudar de absolutamente todo, vuelvo a oír la voz rasposa:

—Interesante… Acércate.

Oigo unos pasos que vienen del túnel y que se acercan a mí. Intento disimular mi nerviosismo cuando hago lo que me pide. A unos metros, la mendiga enciende una linterna y me apunta con ella, cegándome por completo.

—Ven conmigo —dice, tras examinarme un momento.

Ando hacia ella cuando veo que gira sobre sí misma y se adentra en el túnel, dándome la espalda.

Me tiembla el cuerpo entero. De pronto, un frío me invade y un hedor a humedad y a basura me golpea como si fuera una pared. La oscuridad me abraza con unos brazos gélidos.

—Víctor, va a entrar un chaval que va a las peleas. No sé si vas drogado, pero tápate si hace falta —advierte—. Víctor es mi marido —me aclara.

—S-soy Jackson —me presento.

—Emily —responde sin muchas ganas—. Hace muchos años que nadie venía por este túnel para las peleas.

—Es el único que conozco.

Ella niega con la cabeza mientras dejamos atrás varios colchones mugrientos y mesas llenas de jeringuillas usadas y cosas podridas.

Los pelos se me ponen de punta y se me revuelve el estómago. Acelero el paso.

Emily suspira y agacho la cabeza porque el techo cada vez es más bajo.

—Sigue recto y en menos de un kilómetro ya deberías escuchar el barullo de gente. Suelen molestarnos mucho —explica al detener su paso.

—Gracias… —consigo decir con un suspiro.

Ella se gira y me deja completamente solo, y tras un momento oigo que añade:

—Puedes pasar por aquí si lo necesitas. Solo vivimos mi familia y yo. Es…, es más seguro que los otros.

Me despido y le doy las gracias al universo por haberme puesto delante a una persona tan amable y no a un asesino. Aunque también estaba la posibilidad de que ella fuera una asesina y que simplemente no tuviera ganas de matarme a mí.

Un escalofrío viaja por todo mi cuerpo, así que para acortar el malestar decido echar a correr, esquivando todo tipo de piedras y utensilios oxidados.

Solo se oyen mis pisadas en el túnel, pero el eco hace que de vez en cuando dude de si estoy solo.

Seguramente no sea el caso.

Elimino ese pensamiento de mi mente y sigo corriendo con la ansiedad devorándome. Quiero ver luz, salir de la oscuridad y no

sentir que en cualquier momento alguien con sed de sangre pueda aparecérseme.

Siento unos nervios parecidos a los que sentí antes del primer torneo y, en el fondo de mi mente, sé que me gustaría poder escribir a Kilian.

Porque me siento culpable.

Sé que no debería de estar haciendo esto. No debería estar aquí ni mucho menos arriesgar mi vida de esta manera. Porque las peleas ilegales no se hacen con guantes. Apenas se hacen con vendas. Son a puño limpio. Puño contra piel. Lo que las hace mucho más letales que cualquier combate de boxeo. Pero, si una ceja rota me da quinientos dólares, habrá valido la pena.

Aunque para eso tengo que ganar.

Aprieto los puños y los siento fuertes, listos para el combate, cuando por fin veo la luz al final del túnel, literalmente.

Mi corazón se salta un latido y de pronto todo lo oscuro se convierte en luz, el silencio en gritos y el miedo en adrenalina.

Y eso en mí es muy peligroso.

Porque, cuando cojo las riendas, las cosas solo pueden ir de una manera, y hoy, ahora mismo, en la ciudad sin reglas, seré yo quien las dicte.

Muchas personas forman un corro alrededor de lo que supongo que es una pelea. En la plaza no parece caber más gente.

Veo a personas en traje, otras con pasamontañas, otras con gafas de sol…, pero no dejo que me intimiden.

«Voy a ganar los combates cueste lo que cueste», me digo antes de entrar en el meollo.

Ya solo me queda esperar a que griten el pseudónimo que les he dado. Y eso sucede bastante antes de lo que esperaba.

Cuatro años antes

El sabor de la sangre en mi boca es lo más real que he sentido en toda mi vida.

Estamos en un callejón, detrás de la licorería donde Sylas suele comprar tabaco. El aire aquí huele a basura mojada, a orina y a ese miedo metálico que se te pega a la piel cuando sabes que las cosas se van a poner feas. Sylas está contra la pared, con su chaqueta de cuero barata rota y un hilo de sangre bajándole por la comisura de los labios. Hay tres tipos frente a él. Son más grandes, huelen a alcohol de garrafón y en su rostro destaca esa mirada vacía de los que no tienen nada que perder y disfrutan rompiendo cosas.

Sylas no se mueve. No grita. Incluso ahora, acorralado y superado en número, mantiene esa barbilla alta, esa elegancia de rey de los suburbios que me vuelve loco. Pero sus manos, escondidas tras la espalda, están temblando. Yo lo veo. Yo siempre lo veo.

—Solo es dinero, ¿sabes? —dice uno de los tipos, el que tiene una cicatriz que le cruza la ceja—. Tu chico nos debe una pasta por lo de la semana pasada. Y si no hay pasta, habrá dientes.

Sylas intenta soltar una de sus risas secas, pero se convierte en una mueca de dolor cuando el tipo de la cicatriz le agarra por la solapa.

—No tengo el dinero ahora —responde Sylas, y su voz, aunque forzada, sigue siendo ese susurro aterciopelado que me hace querer

salvarlo de cualquier cosa—. Pero podemos llegar a un acuerdo.

El tipo levanta el puño. No lo piensa. No hay advertencia.

Y entonces algo dentro de mí hace clic.

Odio luchar fuera de un ring. Odio los conflictos, odio los gritos y odio ver cómo la gente se hace daño sin seguridad. Pero ver ese puño dirigiéndose a la cara de Sylas es como si me inyectaran fuego líquido en las venas. Antes de que pueda procesarlo, me muevo. Mi cuerpo reacciona por instinto, con una velocidad que ni yo mismo sabía que tenía.

Me interpongo entre ellos. Siento el impacto del primer golpe en el hombro, un dolor sordo que me recorre el brazo, pero no me quito. Empujo al tipo de la cicatriz con toda la fuerza de mi desesperación. Se tambalea, sorprendido de que el «chico callado» de Sylas haya saltado al ruedo.

—Déjalo en paz —mi voz suena ronca, extraña para mis propios oídos—. Vete de aquí.

Los tres se ríen. Es un sonido feo.

—Mira qué tierno —dice otro, acercándose—. El perrito tiene colmillos.

Lo que sigue es un caos de sombras y dolor. Recibo un golpe en la mandíbula que me hace ver las estrellas, pero devuelvo el ataque. Demuestro todos los años que llevo entrenando. Golpeo con los nudillos, con los codos, con la rabia de todos los días que he pasado viendo cómo este mundo intenta aplastarnos. Noto cómo mi puño impacta en algo blando —una nariz, quizá—, y el crujido me revuelve el estómago, pero no me detengo.

Me dan una patada en las costillas que me deja sin aire, pero me agarro a uno de ellos y lo estrello contra un contenedor de metal. El

estruendo resuena en el callejón. Están confundidos. No esperaban una resistencia tan salvaje de alguien como yo. Al final, entre mis gritos y la ferocidad con la que los ataco, deciden que no vale la pena seguir por unos pocos dólares. Se van escupiendo insultos, dejándome allí, jadeando, con la ropa sucia y el corazón martilleándome las costillas como si quisiera escapar.

Me giro hacia Sylas. Él se está limpiando la sangre de la boca con el dorso de la mano, mirándome como si me estuviera viendo por primera vez. No hay gratitud en su mirada, al menos no una gratitud pura. Hay algo más. Un cálculo.

—Blake… —dice mi apellido con esa lentitud que siempre me eriza la piel. Se acerca a mí, ignorando su propio dolor, y me toma la cara entre las manos. Sus dedos están fríos, pero su contacto me quema —. No sabía que tenías eso dentro de ti.

Apenas se esfuerza en conocerme. Llevo la mitad de mi vida boxeando y quien dice ser mi novio ni siquiera lo sabe…

—Me han dado un buen golpe —consigo decir, intentando recuperar el aliento. Me duele todo. Siento que me voy a desplomar en cualquier momento.

—Has estado increíble —susurra, y me besa. El beso sabe a sangre y a tabaco, pero es el beso más intenso que me ha dado nunca. Es una recompensa. Me rodea con los brazos y, por un momento, en este callejón de mierda, me siento como un héroe—. Tienes un don, Jackson. Un don que no podemos desperdiciar en un trabajo de camarero de mierda.

Me separo un poco, confundido. El dolor en las costillas empieza a ser insoportable.

«De mierda».

—¿De qué hablas, Sylas? Necesitamos el dinero del restaurante.

Él me sonríe. Es esa sonrisa suya, la que usa para convencerme de que el cielo es verde si él lo dice. Me acaricia el pelo con una ternura que me desarma.

—He estado hablando con unos tipos. Gente que organiza eventos en sótanos, lejos de las miradas de los puritanos. Pagan bien, Jackson. Muy bien. Solo por pelear. Solo por hacer lo que acabas de hacer ahí mismo.

Siento que el frío de los muelles vuelve a entrar en mis pulmones.

—No voy a pelear así, Sylas. No quiero ensuciar de esta manera algo que me encanta. Mi padre me mataría…

—Lo sé, nene, lo sé —dice, volviendo a acercarse a mi oído. Su voz es una caricia seductora, una trampa de terciopelo—. Pero mírame. Mira cómo nos tratan esos matones. Con ese dinero… podríamos salir de Las Vegas. Podríamos ser felices. Solo unas pocas peleas. Tú tienes la fuerza y yo tengo los contactos. Es un trabajo nuevo para nosotros, Blake. Un trabajo que nos va a dar la vida que te mereces fuera de esta ciudad de mierda.

«Pero yo tengo todo aquí…», pienso en decirle. Mi casa, mi familia, mis amigos… No quiero irme. Pero él…, a él Las Vegas lo consume día a día.

Me mira con esos ojos oscuros, llenos de una necesidad que yo confundo con amor. Sé que lo que me está pidiendo es que me venda al diablo, que convierta este miedo que siento en un negocio. Pero él me mira como si fuera su salvador, como si yo fuera la única salida a nuestra miseria. Y yo, que daría la vida porque él dejara de temblar en los callejones, asiento.

—Solo unas pocas veces —susurro con miedo, entregándome a él una vez más.

Sylas sonríe y me besa la frente. Su elegancia vuelve a cubrirlo todo, ocultando la suciedad de la propuesta que me acaba de hacer.

—Ese es mi chico —dice, y me abraza con una fuerza que me hace daño en las costillas—. Mañana empezamos. Te voy a cuidar, Jackson. Te lo prometo.

Mientras caminamos de vuelta a nuestro apartamento húmedo, cojeando y abrazados, me doy cuenta de que el precio de protegerlo ha sido entregarle mi alma. Y lo peor es que, mientras noto su brazo alrededor de mis hombros, siento que volvería a hacerlo mil veces más solo por esa mirada de orgullo que brilla en sus ojos.

He entrado en el infierno por él, y lo más aterrador es que Sylas es quien sostiene la puerta abierta.

A partir de ese día, oscurecí mi vida de una manera de lo más peligrosa.

16



KILIAN

El pasamontañas hace que me cueste respirar. El hedor del túnel me revuelve las tripas junto con los nervios y solo puedo desear que todo acabe pronto, aunque sé de sobra que no lo va a hacer.

Las peleas ilegales siempre funcionan de la misma manera. Combate tras combate, golpe tras golpe, hasta que llega la policía y todos huyen para no ser detenidos. Porque en Las Vegas la policía siempre intenta limpiar la ciudad de este tipo de cosas, pero no lo consigue. Sigue siendo una ciudad gris llena de mierda por recoger.

El corazón me late en el pecho como si fuera una bomba de relojería a punto de estallar.

Pero en realidad no tengo miedo. Miedo no es la palabra. Porque ganar a cualquier idiota no es un reto.

El reto es hacer esto. Volver aquí. Volver al lugar donde todo empezó. A mis pesadillas.

A mi lado oscuro.

Veo el círculo de gente al final del túnel y la bilis me sube por la garganta, pero me la trago. No quiero vomitar. No ahora. Tuerzo el gesto, reúno fuerzas como puedo y me adentro entre la multitud.

Noto cómo todos los demonios que he estado intentando cerrar bajo llave estos años vuelven a salir. Cómo mi pecho se cierra y mi pulso se dispara con cada paso que doy, codeándome con gente que no reconozco.

Me hago hueco y alzo la cabeza para ver la pelea que está teniendo lugar en este momento.

Y no me creo lo que veo.

No me creo que, entre toda la gente que podría haber aquí ahora mismo, esté justamente *él*.

Su pelo castaño se le pega a la frente. El sudor llega a sus ojos cansados, tristes, vacíos.

Me estremezco cuando el puño del contrincante le golpea en la mejilla, y Jackson da varios pasos atrás, aturdido, mientras esta plaga de monos empieza a gritar, animada.

Me llevo una mano al estómago, como si eso fuera a estabilizarme. Pero no. Siento que me mareo. Siento que, si no hago algo, esto podría acabar fatal.

Pero Jackson vuelve en sí muy rápido y, por cómo se tensa su cuerpo, sé exactamente lo que va a pasar a continuación. Este mes observándolo, estudiándolo, ha hecho que conozca a la perfección su manera de luchar. Y el simple gesto que marcan sus hombros solo significa una cosa: va a liberar a la bestia.

Aunque no quiero, sonrío cuando le acierta el primer golpe en el estómago. El oponente se agacha para cubrirse, y Jackson aprovecha para darle otro en la cara. En la nariz.

Una persona motivada de más me golpea por atrás y doy un traspié hacia delante. Miro por encima del hombro y lo fulmino con

los ojos, pero no quiero perderme el combate de Jackson. Quiero estar pendiente por si necesita…

Ignoro el pensamiento al segundo.

«No. No puedes sentirte así».

De pronto, el contrincante de Jackson cae al suelo tras una tanda de golpes y alguien pita tres veces con un silbato. Él no sonríe. Lo fulmina con la mirada mientras sus fosas nasales se abren y se cierran al tiempo que el pecho le sube y baja a gran velocidad. Varias personas que están detrás de él empiezan a darle palmadas en la espalda, y solo me entran ganas de gritarles que paren.

Él, perdido por la adrenalina, no reacciona. De sus nudillos caen gotas de sangre, que manchan un suelo que conoce la violencia más salvaje desde hace años.

De pronto, la gente se aparta a toda prisa para dejar pasar a quien parece ser la que está al mando.

Ruby entra en escena con un buen fajo de billetes en la mano.

Sabía que estaría aquí. Ha movido cielo y tierra para hacerme competir. Verlo exactamente igual que la última vez, en el mismo sitio, como si nada hubiera pasado en estos seis años, me deja muy afectado.

Y aunque apenas pueda respirar, aunque apenas pueda pensar en cualquier cosa y solo quiera desaparecer de la faz de la Tierra, tengo algo muy claro: tengo que sacar a Jackson de aquí YA.

Ruby le pone el fajo de billetes en la mano y, en cuanto él lo coge, hunde los hombros con tristeza. Se gira e intenta desaparecer abriéndose paso entre la gente. Como una bala, voy tras él mientras aparto a los demás a empujones. Mi cuerpo entero se centra en alcanzarle como sea y, en cuanto lo cojo por la muñeca, noto que

algo de aire consigue entrar en mis pulmones y que los músculos se me destensan un poco. Me da igual que Ruby me vea. Me da igual que esto tenga consecuencias.

Él se gira rudamente y levanta un brazo para pegarme, pero le esquivo. Tiro de su muñeca y consigo sacarlo de la multitud.

Jackson se retuerce y aleja de mí el fajo de billetes. En su mirada veo el miedo, pero no me teme a mí, sino a la posibilidad de perder el dinero. Lo suelto por impulso y me alejo dos pasos.

—¿Qué cojones quieres, imbécil? —pregunta, y pasa cojeando por mi lado para entrar de nuevo en el túnel de salida.

No me ha reconocido.

Lo sigo y, en cuanto creo que la oscuridad es la suficiente para que nadie nos vea, lo acorralo y lo empujo contra la pared. Su espalda desnuda choca contra ella. Me arrepiento al instante de haber usado tanta fuerza porque no quiero hacerle daño…

Él se retuerce bajo mi agarre.

—Para, joder… —susurro, y al escuchar mi voz me obedece de inmediato. Lo suelto. Sus ojos brillan cuando me quito el pasamontañas. Su cuerpo se relaja y suspira, apoyándose en la pared, totalmente derrotado—. No quería asustarte, pero… —digo sin saber muy bien qué añadir, pero antes de que acabe la frase se desploma hacia delante. Lo rodeo con los brazos antes de que se caiga—. Jackson… —lo llamo en voz baja.

Consigo que se estabilice, pero tiene la mirada perdida. No me mira. No…, no se sostiene por sí solo.

Deja caer el dinero al suelo, y el agobio amenaza con superarme.

Suspiro para ordenar mis pensamientos. Tengo que darme prisa antes de que alguien nos reconozca. Menos mal que en las ilegales

de los túneles prohíben los móviles. También las hay más lujosas en las que sí permiten que los espectadores graben, a saber para qué fines.

—Mierda… —consigue decir con un hilo de voz mientras intenta agacharse para recoger los billetes.

—Siéntate —le ordeno, pero no lo hace.

Da un traspié y solo consigue poner una mano antes de caerse por completo. Me obligo a cogerlo y lo siento suavemente en el suelo. Él frunce el ceño y cierra los ojos. Aprovecho para juntar los billetes de nuevo y me los meto en los bolsillos del pantalón rápidamente.

—Quién leches te mandaba estar aquí… —digo más para mí que para él.

Jackson levanta una mano antes de balbucear algo que no entiendo, y decido que ya es suficiente. No podemos quedarnos aquí como si nada, y en este estado él no va a poder conducir su moto…

Reconozco lo que le pasa. Lo he visto otras veces, sobre todo en los boxeadores que han recibido un golpe en la cabeza. Ha empleado más energía de la cuenta y su cerebro está aturdido. Por eso no me vuelvo loco.

—A la mierda… —le digo antes de cogerlo con cuidado. Le paso un brazo por debajo del hombro y otro por las rodillas.

—K-Kilian… —me llama con un hilo de voz, intentando levantar el cuello para mirarme—, lo… s-sien…

—Descansa y cállate —lo corto mientras avanzo rápidamente por el túnel con él en brazos.

No es el momento.

Jackson cierra los ojos y apoya la mejilla en mi pecho, totalmente abatido. Veo que… me huele y su gesto se relaja al instante, como si me reconociera. Como si supiera que está a salvo. Que todo ha pasado. Inevitablemente, se me contagia un poco de esa calma. ¿En qué estará pensando?

Se me pone la piel de gallina en cuanto escucho un ruido a mi espalda, así que aprieto el agarre y echo a correr lo que me queda de túnel, esquivando charcos de agua, basura, mesas y colchones.

Varias personas sin techo que estaban descansando me gritan, pero los ignoro. Tras un momento, llego a la salida y el aire nocturno nos golpea. Miro alrededor e intento ubicarme mientras mis ojos se acostumbran a la poca luz que hay. Me acerco al Strip central y me alegro de haber aparcado cerca. Los neones lo iluminan todo y bajo la mirada hacia Jackson. No puedo evitar pensar en lo bien que le sientan las luces de colores en el rostro. Su piercing brilla y sus labios…

Suspiro intentando borrar ese pensamiento antes de volver a mirarlo.

Sigue descansando. Tranquilo, como si solo quisiera dormir. Como si confiase plenamente en mí. Y aunque sé que no debo, me permito disfrutar por un instante de esa sensación de calidez en el pecho antes de dejarlo con cuidado en el asiento del copiloto de mi coche. Entro en el vehículo y nos abrocho los cinturones antes de arrancar.

Ignoro el hecho de que mi padre me va a matar y de que con él todo tiene consecuencias. Porque no puedo dejar a Jackson así. No puedo dejarlo en el coche, darme la vuelta y pelear como si nada. Algo muy dentro de mí necesita saber que él está bien.

Además, no puedo luchar si no estoy tranquilo…

Sería cavar mi propia tumba.

Los neones van quedando atrás hasta que paro en un semáforo justo cuando me doy cuenta de que Jackson está intentando darle al botón para activar la música. Levanta el brazo, pero no logra acertar.

—¿Qué quieres escuchar? —le pregunto. Porque, aunque lograse darle al botón, no hay ninguna cinta puesta.

Suspira y frunce el ceño. Se apoya en la ventanilla y el semáforo se pone en verde justo cuando dice agotado:

—La del otro día estaría bien…

Un calor inunda mi pecho cuando entiendo que se refiere a Taylor Swift, como si el hecho de que le gustase significase algo. Le hago caso, saco la cinta de la guantera y la pongo.

Empiezan a sonar los primeros acordes de una de mis canciones favoritas y se me ponen los pelos de punta.

¿Qué me está pasando? Necesito frenar y enterrar estos sentimientos. Pero es que no lo consigo. Es inevitable. Como si sintiera todo cinco veces más cuando tengo a este idiota a mi lado y no pudiera hacer nada al respecto.

—¿Adónde vamos? —pregunta con la voz un poco más clara.

Noto su mirada clavada en mí y aprieto con más fuerza el volante.

—A mi casa, Jackson —le digo antes de cambiar de marcha y acelerar.

«Mi padre puede esperar», me miento.

17



JACKSON

Soy consciente de que Kilian puede intimidar a mucha gente. Que su altura, su cuerpo, su aura misteriosa y su duro semblante gritan peligro.

Pero todo cambia cuando eres capaz de ver a través de sus ojos grises. Cuando te acercas a él y hueles su aroma a café. Cuando se sonroja después de besarte como si tuviera quince años en vez de veinticinco. El momento en el que asumes que su apariencia es solo un puto complemento a un corazón noble es cuando todo cambia.

Porque me ha pillado luchando en una puta pelea ilegal y aun así no ha dudado en ayudarme.

Ha visto mi fiereza. Mi ira en estado puro. La sangre de mis nudillos empapando las vendas, manchando el suelo gota a gota. Mi mejilla partida. Me ha visto cogiendo el dinero…

El puto dinero sucio que tanto necesito. Porque por mucho que mi madre parezca que va mejorando, seguimos sin poder pagar las deudas que dejó mi padre. Apenas nos da para cubrir lo básico y, por mucho que esté acostumbrado a racionar la gasolina de la moto, cada vez me cuesta más seguir adelante. Este mes lo he cubierto

con lo poco que me han dado al ganar el primer combate del torneo, pero el siguiente…

Joder, necesitaba este dinero como el aire para respirar.

La cabeza me duele como si tuviera mil taladros perforándomela. Aunque el dolor disminuye conforme pasan los minutos. Suspiro y miro por la ventanilla mientras la brisa me seca el sudor de la frente.

Aún tengo el corazón latiendo a mil, la rodilla se mueve rítmicamente en un tic incontrolable, como si me quedase algo de energía en el cuerpo. A su vez, noto cómo se me ha inflamado la mejilla y cómo la sangre de los nudillos empieza a secarse, aún con las vendas puestas.

Me aparto de la ventanilla y desabrocho el velcro de la venda de la mano derecha. Empiezo a retirarla poco a poco, primero la vuelta a la muñeca.

—Para —oigo que me pide Kilian entonces. Su tono de voz es un poco más grave de lo normal. Algo más… apagado—. Ahora te ayudo yo.

No le hago caso. Porque lo último que necesito ahora es esto. El hecho de imaginarlo quitándome las vendas remueve algo en mí. Y no lo voy a permitir.

«No».

Sigo quitándomela, pero cuando llego a la zona de los nudillos veo las estrellas por el dolor. No puedo evitar sisear y paro el movimiento, totalmente abatido. Llamo su atención sin querer. Derrotado, apoyo ambas manos en el regazo.

Cierro los ojos y frunzo el ceño. Me sigue doliendo la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta.

—¿De verdad te importa?

Abro los ojos para enfrentarme a él y veo que arruga la frente al oírme. Suspira antes de responderme cuando cambia de marcha.

—¿Crees que estaría *aquí* si no me importases, Blake? —me pregunta, tranquilo, pero con un tono de voz aún más grave. Al ver que no le respondo, vuelve a hablar, cruzando sus ojos con los míos —. Me gustaría que dejases atrás esa fachada. Por lo menos hoy… No he tenido muy buen día, ¿sabes?

Su expresión llena de cansancio, su mirada gris apagada y la desgana con la que conduce provoca algo en mí. Algo que hace que no quiera volver a escupir veneno por mi boca. Yo mismo me arrepentí hace un rato de cómo le hablé la última vez que lo vi y no, no se lo merece.

Las palabras de Dean y Sarah me vienen a la mente:

«Trátalo bien y habla las cosas con él, que al fin y al cabo es tu entrenador».

Trago saliva.

—Perdón —es lo primero que me sale, y él vuelve a fruncir el ceño como si no esperara esa respuesta.

Maniobra para aparcar el coche y finalmente se detiene.

La tensión crece entre nosotros, sube la intensidad como si de una tetera al fuego se tratase. Me late el corazón a mil por hora, nervioso por todo lo que puede pasar ahora. Por las ganas que tengo de cogerlo y hacerle miles de cosas. Por el puto miedo que eso me da.

Porque Kilian puede intimidar a cualquier otra persona, pero a mí no es eso lo que me aterra: lo que me aterra es acostumbrarme a que él esté. Que venga cuando lo necesite. Que me apoye en él y que de pronto ese apoyo desaparezca, tal y como pasó con Sylas.

Que se convierta en mi todo y ese todo pase a ser un nada.

A volverme dependiente y no tenerle.

No puedo permitírmelo. No.

Kilian se gira hacia mí. Le tiembla un poco la voz antes de hablar.

—Mira…, no quiero incomodarte. Te he traído aquí porque ha sido lo primero que se me ha pasado por la cabeza y no…, no sé qué más hacer —dice agobiado, hablando rápido—. Puedo llevarte a casa si eso es lo que quieres.

No noto ni un atisbo de enfado en su voz. Nada de resentimiento ni decepción por haberme visto en los túneles.

No esperaba que lo único que le preocupara ahora mismo fuera *eso*.

—¿Por qué me incomodarías? No…, no pasa nada —le respondo, esta vez midiendo mis palabras.

—Después de lo que pasó… —empieza a decir, y mi mente ata cabos al instante.

Me vuelve a dar un pinchazo en la cabeza.

«Das asco, Jackson».

—En ningún momento hiciste nada que me incomodase —le dejo claro—. Fui…, fui un imbécil.

Veo que su expresión se relaja un poco. Asiente para sí mismo, como si estuviera deconstruyendo algo en su mente. Suspira y una pequeña sonrisa de alivio aparece en su rostro.

—Entonces… ¿Quieres…, quieres pasar? —pregunta desviando la mirada a sus manos, que se acaricia nervioso—. Puedo ayudarte con las heridas y luego te llevo a casa.

Miro por la ventana y veo que nos rodean varios chalets. La música sigue sonando irónicamente.

—Aparte…, tenemos que hablar de lo de hoy.

—Está bien —le respondo.

No me queda otra. No si no quiero asustar a mi madre y que me bombardee a preguntas. Prefiero ahorrarle el disgusto.

Kilian asiente y el semblante vuelve a ponérsele serio antes de salir del coche. Intento abrir la puerta y lo consigo sin emplear los nudillos. Él me ayuda y termina de abrir la puerta por mí.

—¿Puedes andar? —pregunta tendiéndome una mano. Miro hacia arriba y me fijo en la camiseta de compresión que lleva, negra. Esconde sus tatuajes mientras le remarca los músculos. Tuerzo el gesto ante esa imagen y me muerdo la mejilla interior para evitar soltar una barbaridad.

—Déjame intentarlo —le pido, y él da un paso atrás, retirando la mano para darme espacio.

En cuanto pongo un pie en el asfalto de la carretera, todo me da vueltas.

Suelto un quejido cuando noto un pinchazo en el costado. Le hago un gesto insistente para que me ayude porque parece que mi cuerpo vuelve a notar todas las heridas abiertas a la vez y sé que, si doy un paso más, me caeré al suelo.

Kilian se coloca con cuidado tras de mí y su cercanía me pone los pelos de punta. Se agacha un poco y coloca mi brazo por encima de sus hombros. Con la mano izquierda me estabiliza por la cadera. Mi cuerpo nota ese contacto como si fuera un bálsamo.

Lentamente, avanzamos hacia su casa e ignoro el hecho de que estemos entrando en un chalet enorme. Cuando bajo la mirada, me doy cuenta de que Kilian me ha metido el dinero en los bolsillos.

Con cuidado, Kilian abre la puerta sin soltarme. Como si no le costase nada llevarme prácticamente a su espalda.

Me viene a la mente el recuerdo borroso de él cogiéndome en el túnel sin pensárselo dos veces.

Y antes de que pueda reparar en él, escucho varios ladridos provenientes del interior de la casa y en unos segundos veo una pequeña bola negra correr entre nosotros. Nos salta en las piernas mientras caminamos para llamar nuestra atención.

—Espera, Sombra…, que hoy tenemos un invitado —le dice a la perra, pero esta sigue saltando entre nosotros efusivamente.

Tras subir con cuidado unas escaleras de cristal, llegamos a la planta de arriba y a la que intuyo es la habitación de Kilian. Tiene unas sábanas negras en la cama y un baño propio conectado. Esto es lo único que me da tiempo a ver antes de que me lleve a la cama y me siente en ella con cuidado.

—Voy a por las cosas —me explica antes de desaparecer por la puerta, dejándome solo con su perra en la habitación.

Esta sube a la cama y me olfatea sin parar.

—Hola —le digo. ¿Qué coño debería hacer con ella? Nunca en mi vida he tenido perro ni amigos que tuvieran uno.

Intento acariciarla con cuidado, pero no puedo por lo rápida que es. Se cuela por debajo de mi brazo y se sube a mi regazo. Me lame la barbilla y me arranca una sonrisa. Me limpio la baba.

—¡Oye! —le recrimino, pero ella sigue moviendo la cola, contenta.

Alzo la mirada cuando oigo unos pasos en la puerta. Kilian se acerca a nosotros.

—Parece que le has gustado —dice, y posa a los pies de la cama un cuenco con agua.

Aparta a la perra y la deja en el suelo. Esta se dirige hacia el rincón de la habitación, donde tiene una cama redonda. Da varias vueltas sobre sí misma y se sienta, expectante.

—Es muy bonita —le digo.

—Gracias —responde, y se sienta a mi lado.

Suspiro porque ya sé lo que se viene. Curar y desinfectar heridas en carne viva duele como el diablo.

Kilian me coge con cuidado del antebrazo derecho para examinarlo.

—Dios…, te has destrozado los nudillos… —dice con… ¿preocupación?

—Podrían estar peor después de cuatro combates… —respondo, encogiéndome de hombros.

Su agarre se tensa y abre los ojos como platos.

—¡¿Cuatro combates?! —pregunta alterado—. ¿Te has vuelto loco?

—Necesitaba la pasta —me explico.

Él suaviza el agarre y me desabrocha la venda.

—¿Tan…, tan mal estáis en casa? —me pregunta con un tono de voz más suave.

No le respondo. No quiero su tristeza ni su compasión. Odio dar pena a la gente.

La tensión puede cortarse con un cuchillo cuando reduce la distancia entre nosotros para curarme. No insiste. Deja que la pregunta flote entre nosotros y desaparezca.

—Si te hago más daño de lo normal…, avísame —me pide—. Es lo último que quiero.

Noto un calor en el pecho cuando oigo sus palabras, muy distintas a lo que estaba acostumbrado.

Asiento, anticipándome al dolor que viene a continuación. Pero las manos de Kilian se mueven con mucho cuidado. Se nota que sabe perfectamente el recorrido que va a hacer la venda, por lo que deshace la presión de la tela con una delicadeza indescriptible.

Poco a poco, mi mano va destapándose y sus dedos van tocándome más piel conforme retira la venda, acariciándome inconscientemente y generándome un mínimo placer que lucha con quitarle protagonismo al escozor de las heridas de los nudillos.

Tras acabar con la venda, la deja a un lado antes de suspirar aliviado.

—Además del dinero, ¿había alguna otra razón por la que estuvieras ahí? —me pregunta.

Moja una toalla en el recipiente con agua y la escurre.

—No. En la puta vida iría si no lo necesitase.

Él asiente, satisfecho.

—Bien. Esto va a escocer —me advierte.

«Lo sé».

Vuelve a cogerme la mano desvendada y me preparo mentalmente para el dolor justo antes de notar cómo presiona la toalla contra la herida, quitando la suciedad, la sangre seca y el sudor.

Me muerdo el labio por dentro intentando soportar el escozor que surge en la herida abierta. Incluso me tiembla el brazo entero.

Kilian se detiene tras limpiar la herida al completo. Cuando retira la toalla, me coge la otra mano.

—¿Tú por qué estabas ahí? —le pregunto, y él conecta su mirada ensombrecida con la mía.

Desabrocha la venda sin quitarme los ojos de encima. Aprieta la mandíbula, pero su agarre sigue siendo tan cuidadoso como antes.

Desvía la mirada. Inseguro de si responderme o no. Como si ocultase miles de secretos que nadie sabe. Como si el tener una novia falsa fuera el menor de sus problemas.

Veo cómo se le hincha el pecho tras coger aire.

—Yo tampoco he ido por voluntad propia —confiesa finalmente—. Joder, tengo el corazón a mil —dice, y se ríe nervioso.

—¿A qué te refieres? —le pregunto. Él tuerce el gesto.

—Mira, Jackson…, antes de contarte nada, necesito preguntarte una cosa —dice, y yo asiento. Suelta aire y niega con la cabeza—. ¿Tú…, tú también lo notas?

Mi corazón cada vez martillea más y más fuerte contra mi pecho.

—¿E-el qué exactamente?

Kilian se señala el corazón. Suspira, nervioso.

—Algo. Cualquier mínima cosa me vale —dice pasándose una mano por el pelo antes de añadir—: Porque cada vez que estoy contigo parece que se me va a salir el corazón del pecho.

Sus palabras calan en mí mientras sus movimientos no paran. Vuelve a dejar la venda junto a la otra y coge de nuevo la toalla.

Le tiembla el pulso antes de colocarla en mi mano. Tengo las pulsaciones tan aceleradas por su confesión que el dolor no es comparable con el de antes.

—No sé qué siento —suelto rápidamente, y sus ojos grises intentan leer los míos.

Desvío la mirada. Hago lo primero que se me pasa por la cabeza: con la mano que me ha curado antes, le cojo la muñeca con delicadeza. Él me mira extrañado, pero su expresión se relaja en

cuanto comprende mis intenciones. Dejo su mano en mi pecho para que note mi corazón desbocado. Exactamente lo mismo que él hizo el día de antes de los Locales.

No le digo nada, directamente le enseño lo que provoca en mí.

Mi mirada viaja desde su brazo hasta su hombro, para luego pasar por su cuello tatuado hasta su mandíbula, sus labios, su nariz… Finalmente, se conecta con sus ojos encendidos.

—Déjame besarte, Blake —me pide.

El calor de su mano en mi pecho desnudo viaja por todo mi cuerpo con pequeños relámpagos.

Por inercia, mis labios se entreabren y maldigo a mi propio cuerpo por reaccionar así cuando estoy con él. Bajo su brazo y de pronto siento frío donde estaba su mano.

Él sigue mirándome expectante, con la otra mano sobre la mía, con la toalla de por medio.

Abatido, retiro la mano y termino de limpiarme la herida yo mismo.

—No…, no voy a besarte si no quieres que lo haga —empieza a decir con la voz temblorosa, retirando la mirada. Noto un deje de inseguridad en su voz que hace que sienta un pinchazo en el estómago—. Perdona si he vuelto a…

—Kilian, mírame —le interrumpo, y él lo hace, penetrándome con unos ojos cargados de intensidad—. Estoy deseando besarte desde que te has quitado el pasamontañas. ¿Te queda claro? —le digo, y él traga, sorprendido—. No existe ningún puto momento en el que no te quiera besar.

—Pero…

—Pero siento que tenemos que hablar de todo esto antes de descontrolarnos.

Kilian desvía la mirada de nuevo.

—No es tan fácil, Blake —dice tras un momento.

—Soy más listo de lo que crees. Puedo entenderlo. Pero si no quieres…

—Ya sé que eres listo —gruñe, cortándome. Suspira—. Pero es jodido.

Dudo por un momento. Pero ya no tengo nada que perder.

—Pero ¿por qué?

—Porque todo el que conoce mi historia decide salir de ella.

Desvío la mirada hacia mis manos. Mi pecho se encoge al oír la sensibilidad de su voz.

—Dudo que estés más jodido que yo.

Kilian se pasa una mano por el pelo y un mechón negro le cae sobre la frente. Me contagio de su nerviosismo instantáneamente, porque a lo mejor sí que tengo que asustarme. A lo mejor sí que esconde algo de lo que me tenga que preocupar…

—Aún no me conoces —escupe—. No todo lo que reluce es oro.

Veo que su mirada me recorre los pies y el torso.

—Estás lleno de sangre —observa, evitando el tema. Exhala lentamente—. Mira…, vamos a ducharnos y te lo cuento todo, que estamos mugrientos.

De pronto, me viene a la cabeza el vídeo de él probando el gel, saliendo de la ducha.

—Pero separados —le aclaro.

—Sin duda.

18



KILIAN

Al salir de la ducha, solo me pongo los pantalones de pijama. No sé si es por pereza o porque quiero ver su reacción.

Jackson aparece por la puerta de mi habitación solamente con una toalla rodeándole la cintura.

—Quédate ahí —le digo, y él se detiene. Porque si se acerca un metro más, no voy a poder detenerme. Me acerco al armario y saco unos calzoncillos junto con unos pantalones de chándal.

Se los lanzo y él los coge al vuelo.

No tiene ni un poco de reparo cuando se quita la toalla sin siquiera darse la vuelta. Retiro la vista como si mirarlo fuera algo prohibido. Inevitablemente noto cómo la sangre se me sube a las mejillas.

Me acerco de nuevo al armario y saco una camiseta negra y se la doy.

—¿Y tú qué? —me pregunta, mirándome el torso sin descaro.

Tenso la mandíbula, porque en realidad desearía poder estar con él, en mi cama, desnudos. Pero ahora tenemos otros asuntos que tratar.

—Póntela y siéntate —le ordeno, y él resopla.

Tengo que terminar de desinfectarle las heridas con agua oxigenada, otra razón por la que también quería que se duchase. Porque la mierda que hay en los túneles no es poca.

Él cede y finalmente se pone la camiseta. Cuando me siento en la cama, su mirada felina me recorre todo el torso. Veo cómo se muerde el labio al acercárseme a mí. No duda ni un segundo antes de sentarse lentamente en mi regazo, poniendo una rodilla a cada lado de mí.

—Sabías perfectamente lo que estabas haciendo al no ponerte una camiseta —me dice con una mano en el lateral de mi cuello.

Exhalo torciendo el gesto, advirtiéndole con la mirada.

«Contrólate, Kilian». Me digo, porque aún tenemos que hablar y…

Noto cómo deja un cálido beso en mi hombro y todos mis pensamientos se esfuman.

«Ha vuelto a besarme».

Mis manos, que estaban apoyadas en el colchón, viajan instantáneamente a él, como si necesitase su contacto. Los dedos se enredan en el pelo de su nuca porque no quiero que pare, pero…

Noto cómo me muerde con delicadeza y esa presión provoca un calambre que va directo a mi entrepierna.

Cojo aire y busco por la cama el bote de agua oxigenada junto con algunos algodones. Noto que su cuerpo se tensa encima de mí, porque sabe lo que se viene y que lo que voy a hacer a continuación le va a escocer como nunca, pero es lo correcto.

—No pares —le gruño, claramente excitado.

Que mantenga la mente en otro lado va a ayudarle a no centrarse en el dolor. Qué casualidad que ese otro lado sea yo, y que el cuello

que está mordiendo sea el mío. Gajes del oficio, supongo.

Jackson termina por ceder y deja caer su peso en mi regazo, cruzando las piernas tras mi espalda baja, juntando nuestros cuerpos al completo. Me acaricia la espalda con la mano izquierda, poniéndome los pelos de punta mientras vierto el agua oxigenada en el algodón, detrás de él, abrazándolo en consecuencia.

Ignoro lo que provoca su cercanía en mí cuando dejo el bote a un lado y cojo su mano derecha con cuidado, dejándola entre nosotros. Separándolo unos centímetros de mí.

Presiono con prudencia el algodón en sus nudillos y él sisea por el dolor, clavándome las uñas de la mano izquierda en la espalda, despertando al instante a mi entrepierna.

—Empecé en las peleas ilegales a los dieciséis años —comienzo a explicarle, intentando centrarme en la historia en vez de en sus glúteos rozando mi paquete.

Jackson contrae los músculos cuando me escucha.

—Nunca…, nunca me gustó el boxeo, ¿sabes? Siempre he odiado pelear, pero mi padre descubrió lo bien que se me daba y empezó a usarme para ganar dinero en apuestas. —Dejo el algodón al lado y empiezo a vendarle la herida—. Todo esto fue a más cuando mi madre murió. Mi padre dejó de tener escrúpulos conmigo y empezó a introducirme en el mundo ilegal.

Él me acaricia la espalda con la mano izquierda con cuidado, antes de que yo acabe de atarle la venda en la derecha.

—No hace falta que me cuentes… —dice tendiéndome la mano por curar, a la que mira inseguro.

—No, no hace falta, pero quiero que lo sepas.

Exhala cuando vuelvo a aplicarle los algodones y le presiono la herida.

—El caso es que mi padre empezó a deber dinero a mucha gente muy importante. Cuando vio que conmigo no solo podía cubrir esas deudas, sino que también empezaba a ganar miles y miles de dólares, decidió intentar convertirse en el dueño de las peleas ilegales. Comenzó a codearse con los mafiosos más peligrosos de Las Vegas y con su ayuda desbancaron a quien estaba a la cabeza de las apuestas.

»Se abrió paso gastándose todo el dinero que ganaba conmigo, año tras año. Y, cuando se aburrió, amplió horizontes y se convirtió en un mafioso más. Trafica con armas, drogas y muchas más cosas en las que ni siquiera soy capaz de pensar. Por eso… quiero que lo sepas. Porque es un tío sin alma muy caprichoso. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no hay nada que hacer, y… no me gustaría que te metieras en ese infierno tú también.

Suspiro, porque no está siendo fácil contarle esto. He omitido varios detalles, pero creo que me ha entendido.

Le anudo la otra mano y la dejo caer entre ambos.

—Hace seis años que no nos cruzamos y temía verlo hoy después de tanto tiempo, pero al final…

Jackson coloca una mano en mi mejilla y me doy cuenta de que estoy llorando cuando me seca una lágrima con el pulgar.

—Ya está… —susurra—. No te preocupes. No vamos a volver allí.

Ojalá no volver, pero él no sabe que mi padre me está esperando.

Niego con la cabeza y desvío la mirada, porque hacía siglos que no lloraba delante de alguien, pero Jackson no me da tiempo a sentirme incómodo. Justo en ese momento me alza el mentón con

decisión y me besa, lo que borra a mi padre de mi mente de un soplido.

Recibo sus labios con suavidad, sin embargo, no puedo evitar que me tiemblen las manos al subirlas por su espalda y rodearlo con los brazos, acercándonos lentamente.

Su mano se mueve hacia mi nuca y enreda el inicio de sus dedos en mi pelo, atrayéndome hacia él como si yo fuera su fuente de energía.

En este instante, todo se esfuma de mi cabeza. Desaparecen Dawn, Ann, el boxeo y mi padre. Todo queda olvidado cuando Jackson pasa la lengua lentamente por mi labio inferior, creando una especie de burbuja inquebrantable para ambos, separándonos del mundo.

Esta vez no me cohíbo y gruño de placer cuando me muerde con cuidado el labio inferior.

—¿Te gusta? —pregunta, mirándome con deseo. Tuerzo el gesto.

—¿A ti qué te parece? —le pregunto alzando las caderas para que note mi evidente erección.

—Joder… —maldice, sonrojado.

Se pasa una mano por el pelo antes de volver a besarme sin prisa, lentamente, como si este fuera nuestro primer beso de verdad. Cada caricia de sus labios amenaza con volverme completamente loco.

Toda la tensión acumulada de este mes al verlo entrenar, las miradas que me echaba cada vez que entraba a ducharse al vestuario, las erecciones que sabía que me generaba con cada mínimo gesto…

No sé cuántas veces he pensado en Jackson mientras me masturbaba. Mi cuerpo, sin yo poder evitarlo, lo anhela a él, y

tenerlo aquí entre mis brazos, con su culo presionándome el pantalón, hace que me pregunte si en realidad estoy teniendo un sueño lúcido.

—¿Qué pasa? —me pregunta cuando se separa de mí. Me escanea con la mirada y mis mejillas se estiran en una gran sonrisa.

—Estoy feliz, Blake —confieso—. No sabes cuánto llevo esperando esto.

Jackson se muerde el labio y niega con la cabeza.

—No te he dado permiso para ser romántico —dice, empujándome el pecho. Cedo y me acuesto, apoyándome sobre los codos.

—Ah, ¿no? Entonces ¿qué quieres que sea? —le pregunto cuando él se agacha y acorta de nuevo la distancia entre nosotros.

—Mío —responde sin pensárselo dos veces. Pasa una mano por mi cuello, acariciando mi clavícula sin torpeza. Se me ponen los pelos de punta cuando noto su aliento en mi oreja—. No quiero que nadie más te toque —susurra. Su mano viaja más allá, pasa por mis abdominales y se detiene en el dobladillo de mis pantalones de chándal, ahora apretadísimos. No puedo evitar echar la cabeza hacia atrás—. Quiero que tus orgasmos me pertenezcan y que solo yo sea el culpable de esto —dice al cogerme la erección con firmeza.

Tuerzo el gesto, porque el rabo me palpita en su mano como si lo reconociera de otra vida. Creo que nunca la he tenido tan dura. Pero no voy a quedarme atrás, no voy a darle lo que quiere tan rápido.

Con agilidad, me incorporo, rodeo su cuerpo con los brazos y le doy la vuelta, colocándolo debajo de mí con cuidado. Me apoyo en las manos para acorralarlo.

Sus ojos marrones parecen negros por la luz tenue, y el deseo que veo en ellos hace que mi pecho arda de placer.

—Soy tuyo desde que me besaste en aquel garito hace unos meses —confieso besándole el cuello con desesperación—. Desde que vi tu mirada llena de celos cuando me viste con Dawn en el amistoso. —Le muerdo sin piedad y este suelta un gemido entrecortado—. Desde que te vi entrar en mi puto pabellón, desde que te llevé a la puta victoria, desde que te vi subido en tu moto por primera vez…

Entre frase y frase voy intercambiando besos y mordiscos por todo su cuello.

Se incorpora un poco cuando hago el amago de quitarle la camiseta. Él termina el trabajo, y sentirlo piel con piel hace que mi polla vuelva a latir, impaciente por ser liberada.

—Soy tuyo desde que poco a poco has ido dejando de oler a tabaco. Desde que has dicho que mi música te gusta, desde que me has cogido el rabo sin saber las consecuencias de ello, Blake.

Jackson alza una mano para volver a tocarme, pero no le dejo. Le agarro por las muñecas para inmovilizarlo. Él suspira.

—Déjame tocarte —me pide impaciente, con la voz ronca, arrancándome una sonrisa de satisfacción.

—Mi cama, mis reglas —le susurro antes de besarlo con fiereza.

Gime en mi boca por asombro o por inercia, ya ni siquiera lo distingo. Su lengua me recibe con calidez y noto que el fuego en mi pecho se aviva aún más. No parece disgustarle que yo haya tomado el control, pero lo que está claro es que no se lo esperaba.

Puedo ser muchas cosas en el día a día, pero en la cama…

En la cama soy completamente distinto.

Interrumpo el beso para echarme un poco de saliva en los dedos. Él me mira expectante cuando estos empiezan a estimular su pezón

derecho mientras mi boca hace lo mismo con el izquierdo.

—Joder, Kilian —gruñe, completamente excitado, presionándome con las manos la nuca para que no rompa el contacto.

—Si quieres que esto sea tuyo… —digo, y llevo una de sus manos a mi dura entrepierna—, te lo tienes que ganar.

Le pellizco el pezón y él se retuerce. En consecuencia, me aprieta más el rabo.

Hago una pequeña flexión para observarlo entero, y verlo con las mejillas encendidas y la respiración entrecortada me excita aún más. Mis pantalones le están grandes, así que su erección se marca sin cuidado y deja intuir un gran tamaño que me muero por saborear.

—Tengo unas ganas de probarte… —le susurro, y me tumbo a su lado para cederle el control—. Pero antes quiero que te dejes llevar. ¿No me querías para ti? Pues aquí me tienes, aprovéchalo.

Su mirada recorre mi cuerpo un momento, como si estuviera en un bufé y tuviera que decidir qué comer primero.

—Que sepas que te dejo el control porque es la primera vez… —dice él antes de bajarme los pantalones sin reparo. Mi miembro me choca contra el vientre dentro de los bóxers.

Jackson me mira desde mi cintura. Se coloca entre mis piernas y agarra la erección a través de la tela.

—Joder, sí que mojas —observa, pasando el pulgar por la punta.

Me estremezco de placer al instante. Necesito descargar. Necesito romper esta tensión que nos mantiene así. Anhelo hacerle mil maravillas y aun así me temo que no serán suficientes.

—Culpa tuya… —gruño, y echo la cabeza hacia atrás cuando noto su aliento a través de la tela. Me coge la erección con ambas manos.

Una oleada de placer recorre todo mi cuerpo.

—Qué mono eres —me vacila, poniendo los ojos en blanco. Lo fulmino con la mirada y, con precisión, me baja los bóxers y me libera al completo.

He lubricado tanto que, cuando me agarra la polla, un hilo de precum se me une al vientre.

Veo cómo se muerde el labio con los ojos brillantes. Lo primero que hace es lamer la gota que sale de la punta. Joder. Quiero ver esto todos los putos días de mi vida.

Gime de placer al tragar mi líquido preseminal y, como si una sombra lo hubiera poseído, se mete mi miembro entero en la boca. Sin preliminares ni dudas, me abraza entero y llega hasta la base.

No puedo evitar cogerlo de la nuca para guiarlo. Aunque no necesita ninguna guía, sabe perfectamente que lo que está haciendo me está volviendo loco. Gruño por el gusto.

Tras varias estocadas, saca mi rabo de su boca y empieza a masturbarme.

Solo escuchamos el sonido que hace su mano llena de saliva. Me ha dejado empapado, el muy cabrón.

—Blake… —le advierto.

Llevo días sin correrme y su lengua en mi capullo es poco menos que un éxtasis.

Jackson baja la mano a su entrepierna, la libera rápidamente y empieza a masturbarse. Ignora por completo mi advertencia y me coge los testículos suavemente pero con firmeza, antes de volver a tragarme por completo a un ritmo delicioso.

Su garganta emite un sonido angelical con cada penetración, como si me estuviera dando la bienvenida, como si en realidad siempre hubiera estado destinado a estar ahí. Mientras inserta toda

mi largura en su boca, hace una presión exquisita con la lengua y ahí es cuando sé que lo voy a hacer.

—Tío, m-me… voy a…

Jackson saca mi erección de su boca, pero sigue masturbándome con fuerza.

—Yo también… —dice con ojos vidriosos—. Kilian… —me llama en un gemido.

—Dime…

—Fóllame la garganta… —pide sin reparo, y lo obedezco al instante.

Lo cojo de la nuca y él me recibe cálido, abrazando al completo mi polla a punto de eyacular. Hago lo que me dice mientras él alza una mano hacia mis abdominales y me acaricia sin cuidado, arañándome.

Gruño y muevo las caderas rápidamente. Tras un momento, intento sacar mi miembro de él, pero no me permite hacerlo.

—¡Jackson, mierda! —grito al correrme en su garganta.

Al hacerlo, noto en mi muslo cómo él también lo hace.

Abro los ojos y veo cómo se traga absolutamente todo sin apartar la mirada de mí. Mi rabo late en respuesta y no puedo evitar sonreír.

—Me ha encantado… —le digo.

Doy una palmada a mi lado y él se acerca a mí.

Lo beso delicadamente.

Me da igual que sepa a mí. De hecho, me pone incluso más.

—Que te quede claro que esto acaba de empezar… —susurra al separarse de mí.

Me incorporo en la cama y noto cómo me mareo un poco tras la intensidad del orgasmo.

Voy al baño para coger papel para limpiarnos y, de pronto, noto un gélido abrazo y me estremezco. Me acabo de apartar de él y ya echo de menos su cercanía.

Cuando cojo algo para mí, le lanzo el rollo a él y se limpia rápidamente.

Se sienta dándome la espalda y vuelve a ponerse los pantalones. Frunzo el ceño.

Jackson busca la camiseta y la coge del suelo para ponérsela. Acto seguido, empieza a ponerse los zapatos.

—¿Hay alguna parada de autobús cerca? —me pregunta con un tono de voz algo frío.

Frunzo aún más el ceño.

—¿De qué leches estás hablando?

Se gira hacia mí y me taladra con la mirada.

—No te voy a hacer conducir a estas horas.

Suspiro.

Se quiere ir…

—Quédate —le digo por impulso, pero me arrepiento al instante al ver cómo frunce el ceño—. Nada, déjalo —retiro la oferta, cojo los bóxers del suelo y me los pongo tras apartar la mirada de él.

Noto una presión en el pecho debido a la decepción.

—¿Quieres que me quede? —me pregunta, nervioso.

Y, por primera vez, cuando mis ojos chocan con los suyos, percibo algo que hace que la esperanza florezca en mi pecho, un sentimiento mucho más peligroso que cualquier pelea ilegal.

Porque el dolor de unos nudillos ensangrentados nunca será comparable a la agonía de un corazón que amenaza con romperse.

19



JACKSON

Cuando me compré la moto, nunca pensé que iba a ser tan terapéutica. Lo hice como vía de escape, para sentirme más libre. Para poder ir a cualquier sitio sin depender de un transporte público o de mis padres. Pero cuando me subí por primera vez, supe que se iba a convertir en un nuevo apoyo. Recuerdo que rompí a llorar cuando aceleré por primera vez.

El viento me golpeaba el pecho lleno de ansiedad y la adrenalina rugía en mis venas mientras esquivaba los coches.

Ahí me di cuenta de que debía cambiar aquel casco por otro con una visera opaca.

Quería convertir mi moto en mi lugar seguro, y eso hice. Así que cambié el casco y conducir pasó a ser una nueva forma de desahogo.

Ya nadie me veía llorar al acelerar.

Empecé a hacer rutas por la noche. Así descubrí el mirador donde quedamos Dean, Sarah y yo.

Sin embargo…, por mucho que haya acelerado estos años, nunca he llegado a sentir esta adrenalina. Como si estuviera tirándome de

un avión sin paracaídas al barajar la opción de quedarme junto a él y pasar la noche.

—Blake…, ¿cómo no voy a querer que te quedes? —me pregunta con un hilo de voz, extrañado.

Sus ojos grises me recorren la cara, como si intentaran encontrar en ella una respuesta.

—No estoy acostumbrado a esto —respondo al bajar la mirada. Sombra descansa en su cama en el rincón de la habitación.

Kilian asiente para incitarme a seguir hablando. Se levanta de su lado de la cama y saca unos pantalones de pijama del armario antes de ponérselos.

—Normalmente, tras hacer algo así, siempre esperan que me vaya.

—¿Hay algo que te haya hecho pensar que solo quería acostarme contigo? —me pregunta, pasándome una mano por la espalda.

—No.

El contacto hace que me entren ganas de volver a derretirme en sus brazos. Pero ya ha acabado el orgasmo. El ambiente se ha vuelto más frío.

Él vuelve a asentir, con una media sonrisa.

—Pues quédate. Si quieres, te invito a cenar y ponemos algo en la tele —propone con ternura—. Creo que merecemos algo de calma…

Pasan unos segundos. Suspiro, derrotado por el cansancio.

—Solo porque hoy ha sido un día difícil —accedo.

Me tumbo de nuevo. Lo miro de reojo y el brillo en sus ojos lo delata.

La tensión entre ambos vuelve a ser palpable.

—¿Puedo besarte? —vuelve a preguntarme, y mil mariposas rugen en mi estómago.

Pongo los ojos en blanco y ya lo hago yo por él.

—Entendido —dice sonriendo al separarnos, y cuando veo sus colmillos noto un cosquilleo que va directo a mi entrepierna.

Se tumba a mi lado en el colchón y se pasa las manos por la cara, exasperado.

—¿Qué te pasa? —le respondo, juguetón, ignorando lo que provoca en mí.

—Estoy absurdamente contento —confiesa. Levanta las cejas al unir nuestras miradas y me arranca una sonrisa.

—¿Y eso tiene algo que ver conmigo? —le digo apoyándome en él, como si tuviéramos toda la confianza del mundo.

—Quién sabe.

Se encoge de hombros y me pasa un brazo por debajo del cuello.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunta, acariciándome la espalda.

Solo el hecho de pensar en comer hace que me rujan las tripas.

—Lo que sea me vale.

Kilian va a por su móvil y veo que teclea varias cosas antes de volver a tumbarse conmigo en la cama. Al final, decido quitarme los zapatos y nos ponemos cómodos. Él coge de la mesita de noche un mando y, cuando le da a un botón, en la pared de enfrente aparece una tele que ni siquiera había visto.

—Sí que te ha salido bien lo de la mafia —digo al observar todos sus lujos.

—No bromees con eso, anda —me advierte con la mirada—. Pero sí. Esta es la única parte buena.

Su mano acaricia mi espalda con movimientos dulces.

—¿No…, no te da miedo?

—¿No te da miedo a ti? —me devuelve la pregunta.

—Creo que los dos sabemos defendernos bastante bien —respondo por inercia.

—Ojalá dependiera de nosotros…, pero, bueno, ya te contaré… —desvía el tema. Con el mando empieza a hacer *zapping* y al final acabamos poniendo una película cualquiera antes de que venga la cena.

La vemos en silencio, aunque en realidad sé que ninguno de los dos está prestándole atención tras todo lo sucedido.

No ha sido fácil. Mis nudillos aún me laten bajo las vendas. Luchar fríamente contra desconocidos, recibir golpes y darlos sin piedad es algo a lo que nunca me acostumbraré. Mucho menos cuando todo va unido a los recuerdos grises de Sylas. Aún no me puedo creer que fuera tan ingenuo hace unos años.

Y para Kilian también ha tenido que ser algo duro si de verdad hacía tanto tiempo que no veía a su padre. Y verme a mí ahí…

Suspiro, y él se levanta a coger el pedido. Sombra va tras él.

Sin quererlo, mi mente vuelve a viajar al tema de Sylas. Porque, si ha ido a las peleas de hoy, no lo he visto. Y eso me tranquiliza al igual que me preocupa. Llevo años sin saber de él. Y aunque me haya hecho todo el daño del mundo, pensar en que le haya podido pasar algo me afecta más de lo que debería. Pero, muy en el fondo, una parte retorcida de mí desea que no esté del todo bien después de lo que me hizo. Que en realidad él también tuviera que pasar un duelo al dejarme atrás.

Pero ya está. No voy a volver a verlo porque no voy a volver a los túneles. Tengo que buscar otra puta manera de salir de esta

situación de mierda. Pediré ayuda a quien sea. Cualquier cosa me vale.

Pero ni de coña dejaría que mi madre pidiera un préstamo de mierda.

De pronto, percibo un olor a comida china que hace que me rujan las tripas.

Kilian aparece por la puerta con unas bolsas y saca la comida con cuidado de no derramar nada.

Comemos en silencio. Porque no hay palabras. Ambos estamos luchando en con nuestra mierda y eso está bien porque cuando terminamos de cenar y nos metemos en la cama, todo parece más tranquilo.

Inevitablemente, el nudo que apretaba a más no poder se endurece cuando sus brazos me rodean desde atrás, trayéndome recuerdos nefastos de años pasados.

Y no sé si es su olor corporal, el calor que emana su cuerpo o lo seguro que me siento con él, que de pronto siento que me ahogo. Que el puto mundo ha dejado de girar y que el único que existe soy yo y mi pecho está a punto de explotar.

Mierda… Tengo que alejarme de él. No quiero que estar así me afecte de esta manera. Nada así de íntimo debería provocarme esta sensación.

Joder…, aún no estoy preparado para esto.

Noto en la nuca su aliento profundo. Doy por hecho que está durmiendo, así que, con cuidado, decido hacerlo. Aunque eso implique irme con su ropa. Aunque tenga que irme andando hasta el centro de la ciudad porque los autobuses no pasan a esta hora.

No puedo quedarme aquí. No quiero que mi cerebro asocie algo negativo a Kilian. Despertarlo para que me lleve a casa tampoco es una opción. Si voy a ser un cabrón…, voy a serlo sin molestarlo.

Así que me levanto sigilosamente y me pongo los zapatos antes de bajar las escaleras.

Entonces oigo unas pisadas detrás de mí. Me giro y se me cae el corazón a los pies cuando veo a Sombra mirarme desde arriba de las escaleras. Baja los escalones y se sienta a mi lado, juzgándome con la mirada.

Gruño para mí mismo y paso por su lado, decidido.

Esto es por el bien de los dos.

Tres años antes

Me he pasado toda la noche convencido de que esto iba a cambiarnos. De que, después de hoy, ya no seríamos solo dos tíos compartiendo un colchón de vez en cuando en un piso de mierda, sino algo real.

Acabamos de terminar. Mi respiración todavía es errática y el corazón me late tan fuerte que juraría que Sylas puede oírlo a través de las sábanas. Me siento extrañamente ligero, vulnerable pero feliz, como si le hubiera entregado la última pieza que me quedaba y él la hubiera aceptado. Me giro hacia él en busca de un abrazo, un roce de dedos, cualquier gesto que confirme que estamos en el mismo bando.

Pero Sylas ya se ha levantado.

Se sienta en el borde de la cama y me da la espalda. Ni siquiera se molesta en cubrirse. Estira el brazo hacia la mesita de noche, coge su paquete de tabaco y enciende un cigarrillo con una calma que me hiela la sangre. El humo empieza a flotar en la habitación y lo llena todo con ese olor rancio que tanto odio.

—Sylas… —susurro, y me da vergüenza lo esperanzado que suena su nombre en mis labios. Alargo la mano para tocarle la espalda, pero él se tensa y se aparta antes de que mis dedos lleguen a rozarlo.

—Vístete, Blake —dice.

Su voz es plana. No hay rastro del hombre que hace diez minutos me susurraba que era suyo. Es la voz que usa con los tíos a los que les debe dinero: gélida, distante, profesional.

—¿Qué? —me incorporo, sintiendo cómo el frío de la habitación se me pega a la piel—. Creía que…, que nos quedaríamos un rato. Es tarde, Sylas. Podríamos dormir juntos por una vez.

Él exhala una nube de humo hacia el techo, todavía sin mirarme. Es como si yo ya no estuviera allí. Como si el espacio que ocupo en su cama fuera un error que quiere corregir cuanto antes.

—Tengo cosas que hacer. No quiero a nadie roncando a mi lado ahora mismo. —Suelta una risa corta, sin ninguna gracia—. No te flipes, Jackson. Ha estado bien, pero ya está. Lárgate a tu casa.

El «ha estado bien» me golpea más fuerte que cualquier puñetazo. Me hace sentir pequeño. Desechable. Entiendo de golpe que para él esto ha sido un trámite, una forma de soltar adrenalina antes de seguir con su vida de chusma. Mientras yo me abría por dentro, él solo estaba pasando el rato.

Me visto en silencio, con los dedos torpes y la garganta apretada. Cada prenda que me pongo pesa una tonelada. Él no se mueve del borde de la cama, sigue fumando con la mirada perdida, a la espera de que yo desaparezca.

Cuando llego a la puerta, me detengo un segundo, esperando que se gire y me diga que es broma. Que me quede. Pero solo oigo el sonido del mechero al volver a encenderse.

—Cierra al salir —dice sin mirarme.

Salgo al pasillo húmedo del edificio y la puerta se cierra a mis espaldas con un sonido definitivo. Camino por las calles vacías de vuelta a mi realidad, sintiéndome sucio por haber creído que alguien como él podía quererme.

¿Es esto el amor?

20



KILIAN

Noté perfectamente el momento en el que se levantó de mi cama. Todo se volvió frío al instante en el que se despegó de mi cuerpo.

No iba a detenerle. No tenía sentido hacerlo. Aunque eso no quita que me doliera como mil puñetazos directos al estómago.

Después de haber abierto mi coraza delante de él, de contarle mi historia, de darme a entender que él siente lo mismo que yo…, se fue sin decirme nada. Prefirió irse andando a su casa antes que quedarse a dormir conmigo.

Joder, que, si me lo hubiera dicho, lo habría llevado sin ningún problema porque entiendo que uno se pueda arrepentir, pero dejarme tirado…

«Buah, se va a cagar en el entreno», pienso cuando cierro con enfado la puerta de mi Cadillac.

Han pasado tres días. Tres días y no se ha dignado a mandarme ni un mísero mensaje.

Con un «lo siento» me habría valido. Una mínima explicación, no sé.

Es que creo que me la merezco después de todo. ¡Que le curé las heridas y dejé a mi padre plantado por él! Niñato de los cojones…

Quinta vez que le insulto.

Tuerzo el gesto cuando me dirijo enfurruñado al gimnasio de Will. Abro la puerta y no veo a Jackson por ningún lado. Las ganas de dar hostias se acumulan en mi ser.

No me gusta el boxeo, pero con los años he aprendido que desfogarme en el saco me ayuda bastante a compensarme.

Voy derecho al vestuario. El gimnasio está cada vez más abarrotado de niños, y eso hace que en el fondo de mi ira sienta algo de orgullo hacia Will.

Me quito la chupa de cuero y la guardo en la taquilla, quedándome solo con una camiseta de tirantes negra. Acto seguido, me pongo los guantes y salgo al ring.

Tras saludar a Will sin mucha efusividad, empiezo a pegarle golpes al saco con precisión. Justo cuando noto el impacto del guante, lanzo el otro puño. Y así sucesivamente. Mi ira se apacigua en unos pocos segundos.

Pero en cuanto lo veo entrar por el rabillo del ojo, siento que todo se congela.

Los recuerdos de la última vez que lo vi me atacan como espadas, y la ira que se había empezado a ir vuelve a mí con mucha más fuerza que antes.

—Tú. Sube —le ordeno con decisión. No me va a temblar la voz. No con él.

Ni siquiera ha dejado las cosas en el vestuario, pero su mirada me dice que ha entendido que no estoy de broma, así que deja el macuto en el suelo, coge sus guantes y sube al cuadrilátero.

De pronto, percibo un leve olor a tabaco cuando se acerca a mí.

—¿Has vuelto a fumar? —pregunto lo evidente.

—Antes de entrar —confiesa desviando la mirada, algo incómodo.

—Cien flexiones —le ordeno.

Porque tengo que castigarlo de alguna manera. Tengo que desviar mi atención de él antes de que sea demasiado tarde.

Jackson no vacila y hace lo que le pido. No se me escapa la pequeña mueca que hace al colocar las manos en el suelo del ring. El tatuaje de la llama de fuego que va desde su codo hasta su mano se une con la costra de los nudillos, que amenaza con romperse y, por muy egoísta que suene, en este instante no me preocupa lo más mínimo.

Que se las cure él más tarde. Yo ya me desentiendo.

Me acerco al saco y le pego otra vez con todas mis fuerzas, preso de la ira y de la decepción.

¿Quiere fumar? Que lo haga. ¿Quiere irse? Que se vaya.

Pero que se atenga a las consecuencias. Porque tiene que haberlas. No puedo dejar que este niñato juegue conmigo de esta manera. Simplemente no puedo. Porque, conociéndome, sé de sobra que este tipo de relaciones me pueden hacer mucho daño y no quiero volver a entrar en un patrón así.

No con él. Porque él…

¡Pum!

Pego otro golpe mucho más fuerte y el saco se tambalea con violencia.

Suspiro y, cuando el saco vuelve hacia mí, lo paro con ambas manos.

Veo que Jackson se levanta del suelo.

—Otras veinte. Y luego quiero cuarenta sentadillas —le digo firmemente.

Me sorprende que ni siquiera se moleste en poner los ojos en blanco. Vuelve a colocarse en posición y sigue con el ejercicio sin rechistar.

«Genial».

Cojo una botella de agua del suelo y lo miro mientras lo hace. No le cuesta. Tiene fuerza de sobra.

Poco a poco, las venas de los brazos empiezan a marcársele. Desvío la mirada y empiezo a pensar las opciones que tengo.

Porque no sé qué hacer. ¿Lo pongo a pegarle al saco? ¿Le enseño combinaciones? ¿Analizamos vídeos de sus siguientes contrincantes?

Tiene el siguiente combate del torneo esta misma semana y no sé qué leches hacer. Solo sé que quiero mandarlo a la mierda por no darme lo que quiero que me dé. Y no me puedo permitir eso.

Hay muchas cosas en juego. Mi futuro, el suyo… Nuestros sentimientos, el gimnasio de Will…

¡Pum!

El sonido desgarrador de las cadenas que sujetan el saco perfora mis oídos.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta Jackson a mi espalda. Me giro hacia él y lo encaro.

Ya está sudando un poco y con el pecho agitado. Y me escandaliza lo mucho que me gusta verlo así.

—No —respondo por acto reflejo—. Vamos a la oficina.

Él asiente y baja del ring tras de mí.

—Como no puedes ponerte los guantes, vamos a ver los vídeos de tus oponentes. Doy por hecho que los conoces ya, ¿no?

Él vuelve a asentir justo cuando entramos a la habitación.

Me siento y él se queda de pie. Niego con la cabeza, enfadado, mientras abro el portátil de Will. Me está enervando a más no poder. No voy a decirle que se siente. Que haga lo que le dé la gana. Desisto.

Pongo el primer combate y él apoya las manos en el respaldo de la silla mientras lo ve.

Su siguiente oponente sale en pantalla. Alto y delgado, como la mayoría de los boxeadores. Se mueve sin parar por todo el ring para cansar a su oponente.

Pongo los ojos en blanco, desquiciado.

—Su táctica es agotar al contrario —le digo remarcando lo obvio. Él asiente, con la mandíbula tensa.

Van pasando los combates y dejo que analice la forma de competir de su contrincante.

Tras un momento, vacila antes de sentarse en la silla. Un fuego emana en mi vientre cuando su rodilla roza la mía. Y se queda ahí. Tocándome, como si no lo notara.

Disimuladamente, separo la pierna de la suya mientras le doy Play al siguiente vídeo, pero, tras unos segundos, él abre un poco las piernas y vuelve a unirnos.

Lo miro, pero en su cara no veo ninguna expresión que me indique que sabe lo que está haciendo. Disimula a la perfección. O es que le da completamente igual…

Pasamos una hora entera comentando los vídeos y, cuando suena el pitido que indica el fin del entreno, me doy cuenta de que he sabido controlarme bastante mejor de lo que esperaba.

Y no me refiero sexualmente. Me refiero a mis emociones.

Porque que Jackson se fuera de mi casa me jodió bastante. Pero lo que más me duele es que ni siquiera me haya pedido perdón.

Me da igual que haya sido agradable, haciéndome caso en todo, dando a entender que sabe que ha hecho algo mal. Me da igual que ya me haya tocado mi lado inseguro.

Quiero escuchar una disculpa de su boca, aunque dudo que llegue.

—Eso es todo por hoy —le digo al cerrar el portátil, y me levanto de la silla.

Él agacha la cabeza y suspira, pero no me quedo a escucharle. Me marcho de la oficina y voy directo al vestuario, cojo mi chupa y salgo por la puerta principal.

De repente, me choco con alguien sin querer, pero la sujeto antes de que se caiga.

—¿Estás bien? —le pregunto. Cuando veo que está estable, le suelto los hombros.

Una chica pelirroja con los ojos claros me mira sonrojada.

—Mierda, perdona. Estaba distraída —se disculpa al mirarme. Abre los ojos como platos y, tras unos segundos, rompe a reír—. ¡Coño! ¡Si eres Kilian! Soy Sarah, la mejor amiga de Jackson —dice efusivamente.

—Encantado —le digo, dándole dos besos en las mejillas.

—Justo venía a recogerlo para llevarlo a su fiesta.

—¿Su fiesta? —le pregunto. De pronto, noto una presencia tras de mí.

—Es mi cumpleaños —dice Jackson, pasando por mi lado, saludando a Sarah con desgana—. ¿Vamos?

—Venga —responde Sarah, contenta. Yo me quedo petrificado en el sitio.

No tenía ni idea de que fuera su cumpleaños… Y he estado puteándolo a más no poder. Pero se lo merecía, ¿no?

—Pasadlo bien —digo, acercándome a mi coche.

—¿Es que no vienes? —pregunta Sarah, cogiendo el casco que le da Jackson.

Él la fulmina con la mirada y yo niego con la cabeza.

Sarah pone los ojos en blanco al comprender que no me había invitado.

—Es en su casa a las doce —informa ella antes de subirse en la moto detrás de Jackson.

Él enciende el motor y ambos desaparecen, dejándome con otro torbellino de emociones.

Me subo al coche y empiezo a conducir de camino a casa en silencio. Sin música. Escuchándome a mí mismo.

Porque, joder, que sea su cumpleaños cambia un poco las cosas. O por lo menos a mí me dan ganas de que se me quite el enfado, de hacer una tregua. De ir a comprarle un maldito regalo y celebrarlo con él, porque soy así de tonto.

Pero no puedo. Porque aún no somos nada. No somos amigos, y lo del otro día demuestra que tampoco somos nada más… Lo que nos resume en entrenador y alumno, y no puedo hacer nada para cambiarlo. Mucho menos si encima el cabrón ni siquiera me invita a su fiesta.

Sin embargo, cuando llego a casa y saco el móvil, que vibra insistente en mi bolsillo, todo cambia.

Porque me está llamando.

Su voz suena grave cuando cojo la llamada.

—Si quieres venir, no entras sin disfraz —advierte antes de colgar.

Y nada más abrir la puerta, la vuelvo a cerrar sin ni siquiera poner un pie dentro.

A ver de qué leches me disfrazo yo ahora.

21



JACKSON

No puedo escuchar su voz, por eso le he colgado. El entreno de hoy ha sido una puta tortura. Estaba todo el rato queriendo que la tierra me tragase, y en cuanto he visto a Sarah al salir, todo se ha ido a la mierda. Va a estallar todo: mis miedos, mi pésima manera de gestionar las emociones, la ansiedad…

Una parte de mí desea que me hubiera quedado junto a él. Simplemente para ver qué hubiera sucedido.

Pero ver su mirada, su rabia al verme…, también me ha dolido. Está claro que, sea lo que sea lo que hay entre nosotros, se ha desmoronado. Se ha roto. Y ahora mismo me da igual que sea mi cumpleaños. Nunca ha sido una fecha muy destacada, porque Halloween siempre lo acaparaba todo.

Cualquier fiesta que hubiera no era mía como tal, siempre la hemos juntado con algo de este estilo: una fiesta de disfraces, un botellón en la playa…, pero nunca «la fiesta de Jackson». Y con la excusa de que llevo varios años fuera de Las Vegas, Sarah quería organizarme algo grande.

Yo pongo la casa y ella los invitados. Y parece que se lo ha tomado en serio…, porque invitar a Kilian…

El corazón me martillea en el pecho por la culpabilidad y por los nervios. Quiero que venga, pero…, joder, es que no me lo merezco. Ni siquiera se me ha cruzado el pensamiento de invitarle. Siendo sincero, después de lo que hice, pensaba que se reiría de mí o que me mandaría a la mierda. Pero no. Su expresión se relajó al enterarse. Y eso hace que esté inquieto.

Porque no tengo ni puta idea de si va a venir y estoy de los nervios. Me da un ataque cada vez que alguien llama a la puerta.

Estoy en la cocina mientras la música retumba por toda la casa. El ritmo parece estar advirtiéndome algo. Fuerte. Firme. Sensual…

Su mirada de placer mientras se la comía me viene a la mente. Y gruño cuando tiro con fuerza a la mesa una bolsa de hielos para que se separen y la vuelvo a coger.

Sarah me mira de reojo y se acerca a mí antes de quitarme la bolsa de las manos.

—Queremos tener hielos esta noche, amor.

—Estaba separándolos —le respondo girando sobre mí mismo. Apoyo la espalda baja en la encimera y me cruzo de brazos.

—Estás acojonado —observa Dean.

Esto de ser más transparente que un cristal está empezando a cansarme.

—Solo necesito emborracharme —respondo frunciendo el ceño y abriendo la nevera para prepararme un cubata.

Dean pone los ojos en blanco y me quita la botella de las manos.

—Desembucha.

Suspiro y le vuelvo a quitar la botella. Él cede porque empiezo a contarles lo que pasó. Los dos hacen muecas cuando escuchan el final.

—¡Dios, qué rabia me das! —dice Dean, frustrado—. Dime que por lo menos le has pedido perdón.

Niego con la cabeza y la expresión que pone hace que me sienta aún más culpable.

—Bueno, va, vamos a tomarnos un chupito, que va a hacer falta —propone Sarah alineando pequeños vasos de plástico. Le doy la botella que estaba usando para la copa y ella nos sirve.

Brindamos y no hago ninguna mueca cuando el alcohol me quema por la garganta. Porque siento que lo merezco. Un pequeño castigo que me he ganado por ser tan sumamente subnormal. De hecho…

Cojo de nuevo la botella y me la llevo a los labios. Sarah ni se inmuta cuando me ve tragar el alcohol.

Tras varios segundos bebiendo, con los ojos llorosos por la quemazón, aparto la botella.

—Muy bien, machote. ¿Te sientes mejor ahora? —pregunta Sarah, decepcionada.

—No, ven aquí —le respondo. La cojo del brazo y junto su cuerpo con el mío.

Veo de reojo cómo Dean sale de la cocina y se reúne con Raven en la entrada. Gracias a Dios está él recibiendo a los invitados. Ha venido disfrazado a juego con Dean, así que eso es un punto positivo.

Parece ser que vale para algo después de todo.

Sarah apoya una mano en mi pecho, reclamando mi atención.

—¿Como en los viejos tiempos? —me pregunta con una entonación sensual que hace que se me ponga un poco dura en los pantalones.

Ni siquiera me lo pienso dos veces. La cojo de la nuca con fiereza y le beso la boca entreabierta. Ella me acoge con ganas, nuestros cuerpos se reconocen. Un gemido sale de su boca y va directa a mi entrepierna. La separo para pegarle un trago al cubata y el alcohol aún no llegado a mi estómago cuando ella vuelve a por mí. Su mano viaja por mi torso desnudo, difuminando las manchas de sangre falsa que me ha echado hace media hora.

Se supone que voy disfrazado de zombi, pero la verdad es que no tenía ninguna gana de hacerlo. Sin embargo, Sarah va de ángel caído. Lleva unas gigantescas alas negras en la espalda y un corsé de encaje que le resalta las tetas de una manera espectacular. Suspiro cuando bajo la mano de su nuca a su clavícula. Dibujo el contorno de sus pechos y ella suelta un gemido entrecortado. Rodeo su cuello con la mano y ella me mira con aún más deseo, asintiendo.

Quiere que la domine, ya sabe que no tengo ningún problema con eso.

Se me viene a la mente la pregunta de cómo follará Kilian.

Ese pensamiento me la pone mucho más dura y, si no fuera porque hay gente delante, le subiría el tutú a Sarah y me la follaría aquí en medio contra la encimera.

Ella sigue besándome y, aunque yo le corresponda con ganas, mi mente ya no está con ella.

«Quédate», retumba su voz en mi mente.

La culpabilidad vuelve a mí y muerdo con fuerza a Sarah en el cuello. Ella gime de placer.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero mi mano ya no está en su cuello. Está en su culo, por debajo del tutú. Lleva unas mallas cortas debajo, lo noto a la perfección. Lo blando que es, lo bien puesto que está, cómo me llena la mano entera…

Abro los ojos, extasiado de placer. Mi mundo se paraliza en cuanto lo veo.

Sus ojos grises apagados me fulminan detrás de una máscara de encaje negro. Su cuerpo va enfundado en un traje también negro. La chaqueta da pie a una camisa blanca entreabierta, cubierta de sangre. Sus manos agarran con fuerza una pistola de plástico.

No aparta la mirada de mí. Sarah me mira, preguntándose por qué he dejado de comerle la boca. Hago el amago de volver a besarla, pero veo cómo Kilian se despega de la pared desde la que me miraba apoyado y viene hacia aquí.

—Ha venido —le susurro a Sarah para que me entienda. Noto cómo se tensa sobre mi cuerpo y me empuja el pecho con las manos para separarse.

Veo la decepción en sus ojos cuando los conecta con los míos. Sarah se queda petrificada cuando ve que Kilian me coge de la muñeca y me saca de la habitación.

—¡¿Para eso querías que viniera?! —me grita.

Yo enmudezco.

—No sabía que ibas a venir —espeto.

—Pero ¿cómo no iba a venir? —pregunta, alterado—. ¡Es tu cumpleaños, Jackson!

Me doy cuenta de que la gente empieza a mirarnos y empiezo a sentirme incómodo.

La música, el alcohol y la intensidad con la que me mira hacen que me sienta mareado.

—Vamos a mi habitación —le pido, y él se calla. Me sigue desde la pista de baile, apartando a todo el mundo como si de una bola de demolición se tratase. Está rabioso. Y tiene motivos para estarlo.

Cierro la puerta y él empieza a dar vueltas por ella, intentando organizar sus pensamientos.

—¿Querías que viniera para verte así? —me pregunta con un hilo de voz—. Sabías que me iba a joder. Sabías que ya estaba jodido por lo del otro día y coges y, aun sabiendo que era probable que viniera, decides liarte con tu mejor amiga delante de todo el mundo.

—Necesitaba distraerme —vuelvo a intentar justificarme, aunque sé que no puedo.

Sé que la he cagado cuando él levanta el brazo, frustrado. Y también sé que se contiene de decir todo lo que está pensando.

—Mira, Jackson —dice tras unos segundos—, puedo aguantar ver cómo te pegan en un ring, puedo intentar no matar a cualquier imbécil que te toque más de lo necesario en un combate, ¿me oyes?

Yo asiento.

—Puedo intentar no besarte delante de todo el puto mundo. Puedo lidiar con que me abandones en medio de la noche. —Tuerce el gesto—. Pero esto… Esto no puedo aguantarlo, Blake.

Se me acerca y bajo la vista. Me avergüenza mirarle.

—Sé que no somos nada, pero el otro día… —intenta decir bajando el tono. Se le rompe la voz.

—Lo sé —lo corto—. Y lo siento.

Tuerce el gesto, como si fueran esas palabras las que llevaba esperando escuchar durante todo el día.

Me coge del cuello con delicadeza y yo alzo el mentón.

—¿Qué ha sido de eso de ser solo mío? —me pregunta con la voz ronca.

Le quito la máscara con delicadeza y su mirada me escanea el rostro, como si desease hallar en él la respuesta que no le doy. No encuentra nada.

Gruñe antes de besarme. No es un beso cálido, aunque quema. Sus labios arden en los míos. Me arranca el aliento de cuajo y se lleva consigo todo mi ser.

—Oblígame a que lo sea —le pido, excitado.

Porque quiero pasar todos los putos límites con él, quiero que me haga suyo. Ahora mismo quiero que me folle hasta que se me olvide mi nombre y quiero borrarle esa mirada de tristeza que lleva todo el día. Quiero dejar de decepcionarlo, así que bajo una mano a su entrepierna y gruño de placer cuando la noto bien dura. Quiero complacerle. Siento que se lo debo.

—No te equivoques conmigo —dice él con un tono de voz más grave antes de empujarme.

Caigo en mi cama y no sé si es la mirada de depredador con la que me mira o el alcohol, pero siento que me voy a volver completamente loco.

Se coloca encima de mí como si de una pantera se tratase. Coloca una mano en mi mentón y me besa con ansia.

—Prepárate…, yo tengo algo que ella no tiene —me susurra al oído, y todo mi cuerpo se estremece. Entonces, me coge de las caderas y, con decisión, gira mi cuerpo. Quedo de espaldas a él. Noto cómo me muerde el hombro y cómo emana de él un calor que me pone los pelos de punta. Muerde suavemente mi omoplato,

intercambiando los dientes con la lengua y los labios, haciendo que arquee la espalda, rozándome el culo con su entrepierna más que dura.

—Quieto —ordena, presionándome la espalda baja con el antebrazo, inmovilizándome por completo.

Joder… Estar a su merced me está poniendo a mil.

—Kilian…

—Cállate —me ladra.

Echo la mirada hacia atrás y verlo con el traje ajustado hace que me haga mil preguntas que no tienen respuesta.

Con ambas manos, me rodea la cintura y noto que me desabrocha el cinturón. No tarda ni un segundo en arrancarme los pantalones junto con los bóxers blancos que llevo. Me deja completamente expuesto a él.

Gimo en cuanto hunde su lengua en mí. Mil relámpagos truenan en mi vientre. Noto cómo escupe en mi entrada tras estar un rato comiéndomela como si fuera un puto manjar.

Quiero gritar cuando coge mi erección, que ya está más que lubricada. Empieza a masturbarme mientras se acerca a mi oído y me susurra:

—Cuando alguien te haga sentir la mitad que yo, te dejaré en paz.

Jadeo cuando me lame el lóbulo de la oreja suavemente. Arqueo más la espalda si es posible y noto la enorme erección que esconde bajo los pantalones.

Sin embargo, un repentino frío me inunda cuando noto que se levanta de la cama.

—Ahora vete con Sarah si tienes huevos.

Sonrojado, me giro sobre mí mismo y lo veo recolocándose la erección. Coge una bolsa del suelo.

Entiendo lo que está pasando y asiento.

Es su manera de vengarse.

Me subo los pantalones y me levanto de la cama. Y agradezco a los dioses haberlo hecho, porque, de pronto, se abre la puerta.

Todo el maquillaje de Dean se ha corrido debido a sus lágrimas.

Me incorporo de inmediato.

—Jackson… —me llama aliviado entrando en la estancia. Se sienta en mi cama y, en cuanto me mira, se derrumba—. T-tenías razón, joder…

«Raven».

Tuerzo el gesto.

—¿Dónde está ese hijo de puta?

22



KILIAN

En cuanto Jackson sale de la habitación, todo vuelve a desmoronarse. Sé que lo que acabo de hacer tampoco ha sido muy ético, pero tenía…, quería… reafirmarme de alguna manera. Darle a entender que la química que hay entre él y yo no es solo eso. Que aunque se líe con otras personas, yo voy a seguir haciéndole sentir así. Porque mi cuerpo reacciona al suyo como no lo hace con nadie más.

Y tenía que volver a dejárselo claro.

Pero cuando sale de la habitación, todo en mí vuelve a romperse.

Con el regalo que le he comprado en la mano, lo sigo escaleras abajo. La fiesta sigue exactamente igual: jóvenes bailando entre ellos, besándose, bebiendo…

Jackson se detiene en las escaleras y empieza a escanear la sala en busca de alguien. Tarda varios segundos, pero parece ser que lo encuentra cuando sale corriendo entre la gente como si fuera un torbellino.

Tiene su objetivo claro. Intento detenerlo, pero no lo consigo. Veo quién va a ser la víctima en cuanto uno la dirección de su mirada

con una pareja de chicos.

—¡HIJO DE PUTA! —le grita a uno de ellos antes de separarlos y pegarle un gancho lateral al pelirrojo.

El chico da un traspié hacia atrás y casi se cae.

Abre los ojos como platos en cuanto ve quién le ha dado el puñetazo. Levanta las manos para defenderse, pero Jackson es invencible con su ira. Lo empuja y consigue tirarlo al suelo.

Mi corazón se encoge cuando veo que, tras varios golpes de Jackson, la sangre empieza a manar de la cara del chaval.

Sarah se abre paso en el corro que se ha formado y veo su cara de preocupación.

—¡No! —le grita, y corre a por él, pero la detengo. Pueden hacerle daño.

Cojo a Jackson del torso y lo saco del círculo de gente mientras recibo algún codazo y patada de su parte. Tampoco se corta en insultarme.

—¡Cálmate, joder! —le grito una vez subo las escaleras con él a cuestas.

—¡Le ha puesto los cuernos a mi mejor amigo! —grita mirándome con los ojos llorosos. Sus nudillos vuelven a sangrar.

Contengo las lágrimas. No puede pelear con los nudillos abiertos.

—¡Y qué! ¡¿No ves que no tiene nada que ver contigo?! —exclamo. Entramos en su habitación y Dean ya no está.

Aprieto con fuerza las asas de la bolsa de su regalo.

—No tienes ni idea de lo que nos hacía ese cabrón —se justifica señalándome con un dedo.

No distingo la sangre falsa de la verdadera en él.

—La violencia no soluciona *nada*, Blake.

Él resopla.

—¿Y lo dice la promesa de boxeo? —dice en tono de burla, y sus palabras calan hondo en mí.

Suspiro, derrotado. Veo en sus ojos que sabe perfectamente que ha tocado un punto bastante sensible.

—N-no quería…, mierda, ¡joder!

Veo que empieza a temblar cuando se acerca a mí.

—¿Por qué te esfuerzas tanto conmigo? —dice con los ojos llorosos. La brillante luz de la luna ilumina la estancia. La sangre de los nudillos de Jackson brilla, pero parece negra—. ¿No ves que estoy roto? —me pregunta tocándose el pecho—. No estoy bien. No sé hacer nada bien. No puedo darte lo que quieres.

Doy un paso atrás, porque él se acerca peligrosamente. No puedo tenerlo más cerca ahora.

—¿No *puedes* o no *quieres*? —le pregunto.

Se lo piensa un momento.

—Si te lo tienes que pensar, ya está —le digo, sintiéndome completamente imbécil.

—N-no…

—¿Sabes? He sido tan sumamente idiota que nada más recibir tu llamada he ido corriendo a comprarte un regalo. —Le tiro la bolsa a los pies.

—Kilian…

—Ya me cansa tanta ruina constante —espeto. Y con esas, me doy la vuelta y me largo. Antes de salir de la casa, veo que están ayudando al chaval al que ha pegado Jackson.

Suspiro de alivio al ver que está vivo. Porque ahora cada combate sin protección me hace viajar al accidente. Y eso remueve todo en

mi ser.

Salgo de la casa y, aunque no hace frío, siento que hiela. Abro la puerta de mi coche.

—¡Kilian! —oigo que me grita, pero lo ignoro.

Meto una pierna en el vehículo y él me coge del antebrazo.

—Perdóname —me suplica. Veo que lleva en las manos la nota que iba junto al regalo.

—Entiendes que no puedo estar con alguien que me hace sentir deleznable, ¿no? —le pregunto, y él se queda petrificado.

Da un paso atrás como si estuviera en shock.

—De verdad, no quería… —Una lágrima cae por su rostro. En cuanto se da cuenta, se la seca con rapidez.

—Lo siento, Jackson. —Y, en cuanto lo digo, sé que no debería ser yo quien pida perdón. Porque lo único que estoy haciendo es elegirme a mí. Solo estoy poniendo mi salud mental por delante de él. Es mi alumno por encima de todo. Y si me acerco a él de esta forma y me hace tanto daño, tengo que alejarme sí o sí por mucho que no quiera.

Lo tengo claro. No hay nada que pueda cambiarlo.

—Nos vemos en el torneo —le digo metiéndome en el coche, con el corazón latiéndome despacio, como si no fuera capaz de asumir que estoy cortando de raíz con el chico que me gusta—. Más te vale cuidarte bien los nudillos.

La imagen de mí mismo limpiándole las heridas me viene a la mente y es como un cuchillo clavándose en mis tripas.

Contengo las ganas de llorar.

La sangre falsa hace que todos sus tatuajes brillen a la luz de la luna. Está dolorosamente precioso.

—Cuídate —le digo con un hilo de voz antes de acelerar calle abajo y dejarlo atrás.

No tardo mucho en llorar cuando carga la cinta y suena la música que sé que ahora le pertenece.

Cuando aparco el coche enfrente de casa, me derrumbo como nunca. Dejo que salga todo.

Porque tenía razón. El dolor de unos nudillos ensangrentados no es comparable con el de un corazón roto.

Y me pregunto si él ahora mismo estará sintiendo los dos a la vez.

23



JACKSON

«En este mundo siempre intentarán tenerte contra las cuerdas, pero yo nunca voy a dejar de pelear por tu esquina».

No sé cuántas veces leí eso anoche antes de dormir.

Me ha regalado los guantes de boxeo más bonitos que he visto en mi vida. Y la nota… Joder.

Tengo que parar de cagarla con él.

No puedo seguir así. Sé que liarme con Sarah lo ha destrozado, y verme pelear así… Es que soy un imbécil. Me dejo llevar muy rápido y hay veces…, hay veces que el cabrón de Sylas me viene a la mente. Y no me deja abrirme. No me deja portarme bien. No me deja ser yo.

Y eso me destroza. Y a él también.

Me tiemblan las manos cuando cojo los guantes y los meto en mi macuto.

Estos días, los nudillos han cicatrizado algo, aunque las costras siguen presentes.

Suspiro al ponerme el casco de la moto. Obviamente, Kilian no me ha recogido. Esta mañana temprano me ha mandado la ubicación

exacta del torneo y la hora. Ni un hola.

Y sé que me lo merezco, pero me jode estar así con él. Porque, en realidad, en el fondo sé que me gustaría intentarlo. Pero, a su vez, mis traumas lo anulan todo y cuando la alegría desaparece solo quedan la ira y el miedo. Y él lo sabe. Lo ha vivido. Es normal que no quiera quedarse a mi lado.

Acelero la moto. Tengo cuatro horas de trayecto.

Comparo la sensación de la adrenalina al acelerar con la adrenalina que siento cuando él me lleva en su coche. Cuando me pone a la ridícula de Taylor Swift, a la que ya le estoy cogiendo cariño por su culpa. Cuando me coloca la mano en el muslo mientras conduce. Cuando me venda las heridas o cuando me da placer como nadie.

Comparo todo eso con cómo me siento ahora: frío, vacío, solo…

Me siento como si hubiera perdido mi hogar. Y queriendo. Porque, joder, la he cagado tantas veces que parece que lo he jodido todo a posta. Pero es que… soy un cobarde. Ya está. Y ojalá tener el dinero necesario para ir a terapia y poder solucionar todo. Pero no puedo. La terapia es igual de cara que necesaria y aquí, en Las Vegas, o pagas o te quedas con tus traumas para toda la vida.

Así que acelero.

Acelero por mí. Por llegar antes. Por fumarme un cigarro sin que me vea. Por intentar calmarme antes del torneo. Por ignorar los pensamientos intrusivos que me dicen que lo llame desesperado.

Acelero porque es la única sensación que tengo ahora mismo, y aunque soy consciente de que me puedo matar con la moto, me considero bastante buen conductor. Así que me permito acelerar y esquivo los coches como si de un juego se tratase.

Porque ahora mismo no puedo asumir que Kilian Fierce haya escapado de mis brazos.

Pero lo que sí sé es que voy a luchar por tenerlo de vuelta.

24



KILIAN

Jackson no ha intentado hablar conmigo después de lo que pasó. En cierto sentido lo agradezco, porque llevo deprimido en casa todo el rato. De la cama a la cocina y de la cocina a la cama. Esta mañana me ha costado la vida salir de ella, pero nada que no cure algo de música y una buena ducha. Ahora mismo voy en el coche, en completo silencio. No me permito darle Play a la cinta. Y aunque parezca fácil cambiarla, no lo es. Porque sacarla y guardarla de nuevo en la guantera parece un indicio de que todo ha acabado. Y aunque creo que estoy haciendo lo correcto alejándome de él, también siento que estoy siendo un poco duro.

Sin embargo, aún no lo conozco, o por lo menos no lo suficiente como para saber por qué actúa de esa manera. Me gustaría por lo menos entenderlo. Aprender por qué su mente funciona así.

Tras una hora de trayecto, aparco el coche como siempre, detrás del recinto. Esta vez hay varios guardias de seguridad que me guían hacia la puerta trasera.

Y lo veo. Veo las ojeras que decoran su rostro y un contraste de emociones revolotea por mi cuerpo. Porque una parte de mí se

alegra de que no le haya sido indiferente mi distancia. Pero otra se siente de lo más culpable.

¿Por qué leches puedo dejar que todos sean unos capullos conmigo y yo no puedo serlo con ellos?

—Hola —le digo secamente. Los guardias nos rodean mientras nos guían hacia el interior del estadio. Porque sí, este torneo es bastante más grande que el anterior y, a su vez, más importante.

—Hola.

Que no hayamos entrenado no me preocupa demasiado. Jackson es buen luchador. Lo único que me jode es que tenga los nudillos destrozados por ser un impulsivo.

Anda delante de mí, con un macuto hecho polvo colgándole del hombro.

¿Le habrá gustado el regalo?

Llegamos al vestuario y Jackson se sienta en un banquillo. Yo me pongo enfrente de él sin decirle ni una palabra. Veo cómo abre la bolsa y saca las vendas. Tiene los nudillos bastante mejor que la última vez, pero siguen sin cicatrizar del todo.

—Ponte algo que te los cubra —le digo. Él me mira desde abajo. Cansado, como si tuviera un remolino dentro y no pudiera emplear más energía en lo de fuera.

Cojo unos papeles para secarse las manos del dispensador y hago una especie de rectángulo.

—Cuando te pongas las vendas, entrelázalas con esto en los nudillos para suavizar aún más el impacto.

—Vale.

Suspiro y me siento a su lado.

—Vas a estar bien, y yo voy a estar ahí. Ya has visto los vídeos, así que céntrate en sus debilidades —le aconsejo, y él asiente, no muy convencido.

Pasan unos minutos que parecen horas. Los dos con el móvil, sin hablar. ¿Cómo vamos a hacerlo? Si estar a su lado conteniéndome las lágrimas ya está siendo un reto enorme. No podría entablar una conversación con él aunque quisiera.

Él se pone las vendas y me hace caso en lo que le he dicho. Se coloca el papel con fuerza entre los nudillos. Acto seguido, saca los guantes que le regalé y mi corazón se salta un latido cuando veo que le quedan de maravilla. Tras un largo momento, nos llaman. Jackson alza la cabeza, pero veo sus hombros bajos y me dan ganas de besarle aquí en medio y decirle que todo está bien entre nosotros. Aunque no lo esté y sea solo para que salga tranquilo al combate.

Pero no. Ni una palabra sale de mi boca. Ni un beso le doy. Ni siquiera lo rozo cuando pasa por mi lado y se abre camino entre los demás contrincantes.

Lo sigo y oímos cómo la gente grita su nombre. Hasta para mí es un shock la buena bienvenida que tiene. Él se gira para mirarme y yo asiento, dándole ánimos como puedo después de lo que pasó.

Subimos ambos al ring, y oigo que algunas personas también me llaman. Saludo a la grada y atiendo a mi alumno. Porque eso tenía que haber sido desde el principio. Entreno, torneo, entreno, torneo.

Ni besos ni mierdas.

Lo escaneo con la mirada. Está increíble con la equipación negra y con los nuevos guantes reluciendo en las manos…

Cojo el bucal del bolsillo. Lo saco de la funda y lo mojo con la botella de agua antes. Él abre la boca y se lo pongo.

—Recuerda, no te dejes llevar por la ira.

Asiente de nuevo, porque con el bucal no puede hablar.

El presentador nos pide amablemente a los ayudantes que nos bajemos del ring.

—En la esquina roja: ¡Mario Cooper! —La gente vitorea y, tras un momento, el presentador sigue.

—Y en la esquina azul…: ¡Jackson Blake!

En cuanto el presentador se baja del ring, sube el árbitro y, tras la campana, arranca el combate.

Desde el primer campanazo, Jackson y su oponente se mueven con rapidez, estudiándose mutuamente. El aire en el cuadrilátero es denso, cargado de tensión mientras los dos boxeadores comienzan a medir distancias. Jackson avanza primero, lanzando un jab rápido que el otro apenas esquiva. Su oponente, un tipo robusto con un estilo agresivo, responde con una serie de golpes rápidos que Jackson bloquea con su guardia.

Cada golpe que intercambian resuena en el ring como el eco de un trueno. Jackson esquiva un gancho y contrarresta con un directo al cuerpo, haciéndolo retroceder. Pero algo no está bien. Lo noto en cómo mueve los pies, un ligero desliz en su postura, y en cómo respira más rápido de lo normal. No está sacando su bestia.

La preocupación empieza a asentarse en mi pecho, pero me obligo a mantener la calma. Este no es el momento de dudar.

El primer asalto es reñido. Jackson consigue conectar algunos buenos golpes, pero su oponente no es fácil de derribar. El tipo tiene resistencia y, aunque Jackson lo domina en técnica, está claro que

va a ser una pelea larga. Cuando suena la campana para el final del asalto, ambos regresan a sus esquinas, empapados en sudor y con la mirada fija en la próxima ronda.

Jackson se sienta en el banco mientras el árbitro le habla, dándole instrucciones que sé que conoce de memoria. Me subo al ring y le atiendo rápidamente limpiándole el sudor y proporcionándole agua mientras él escucha al árbitro.

Pero no puedo evitar fijarme en cómo su pecho sube y baja con más fuerza de lo habitual, como si estuviera luchando por mantener el control de la respiración. Sus ojos se encuentran con los míos por un segundo, y trato de decirle sin palabras que estoy aquí y que tiene que seguir adelante.

Me bajo del ring. El segundo asalto empieza y Jackson sale con determinación. Su guardia está alta, sus movimientos más calculados. Lanza una combinación de golpes —un jab, un uppercut seguido de un gancho de izquierda— que su oponente apenas bloquea a tiempo. Pero la respuesta es brutal. El contrincante lanza un gancho de derecha que golpea a Jackson en el costado, justo debajo de las costillas. Veo el dolor atravesar su rostro por un instante antes de que lo enmascare.

El impacto es tan fuerte que me hace contener el aliento. Jackson retrocede e intenta recomponerse, pero el otro boxeador no le da tiempo para recuperarse. Empieza a lanzar una serie de golpes rápidos, presionándolo contra las cuerdas. Jackson bloquea la mayoría, pero algunos logran colarse entre su defensa y conectan con su cuerpo y cabeza.

El sonido de los guantes chocando contra su piel me golpea como una bofetada. Quiero gritarle que se mueva, que salga de allí, pero

sé que no puedo interferir. Esto es algo que debe manejar por su cuenta, aunque verlo sufrir así me está destrozando.

Con un esfuerzo titánico, Jackson consigue salir de las cuerdas y lanza un gancho a las costillas de su oponente que lo hace retroceder. El tipo jadea, claramente dolorido, pero se mantiene en pie. Ambos se miran; el odio y la determinación brillan en sus ojos.

El tercer asalto comienza y la fatiga es evidente en Jackson. Cada movimiento parece costarle el doble de esfuerzo. Su guardia empieza a bajar y, aunque sigue lanzando golpes, su precisión también disminuye. Es como si, con cada segundo, el peso del mundo cayera más sobre sus hombros.

De repente, Jackson intenta un gancho de izquierda, pero su oponente lo esquiva con facilidad y lanza un contragolpe.

Uno de derecha directo a la sien.

El impacto es brutal, y todo parece ralentizarse mientras Jackson se tambalea.

Sus ojos se nublan y, en un instante, su cuerpo colapsa. Cae al suelo con un ruido sordo; la lona vibra bajo su peso.

El árbitro comienza a contar, pero todo lo que oigo es el latido ensordecedor de mi propio corazón. Me lanzo hacia el borde del ring con ganas de cruzar esas cuerdas y llegar hasta él, pero me obligo a quedarme donde estoy.

Los segundos pasan como una eternidad mientras Jackson yace inmóvil.

Fin del combate.

25



JACKSON

Oigo voces que gritan mi nombre y noto un fuerte dolor en la nuca. Me duele la cabeza a más no poder. Abro los párpados, todo me da vueltas.

Me encuentro con los ojos más bonitos que he visto nunca. Su gris se clava en mí con preocupación. Vuelvo a cerrar los míos y frunzo el ceño.

—Joder… —mascullo, intentando levantarme. Tras un impulso, lo consigo. Pero todo sigue dándome vueltas.

—Vámonos de aquí —dice Kilian con urgencia cuando me sostiene por los hombros para estabilizarme. Asiento sin saber muy bien qué ha pasado, pero lo puedo intuir.

Sé que no he dado la talla en el ring. Me bajo de este con los hombros hundidos y, joder, noto un fuerte dolor en el derecho. No puedo evitar hacer una mueca. Si Kilian se percata, no dice nada.

Ambos desaparecemos del estadio a toda prisa. Recogemos las cosas del vestuario y nos subimos a su coche. Ya volveré a por la moto. No tengo fuerzas para conducir.

Cuando me siento, el asiento parece abrazarme. Cierro los ojos; el hombro me palpita de dolor como si tuviera el corazón ahí mismo. Me llevo una mano e intento masajeármelo. En cuanto lo toco, siento como si mil agujas se me clavasen en el mismo punto. Recuesto la cabeza en el asiento y cierro los ojos frunciendo el ceño por el dolor.

Me da la sensación de que estoy viviendo un *déjà vu*, porque me siento exactamente igual que cuando Kilian me sacó de las peleas ilegales. La cosa es que no es un *déjà vu*, porque esto ya lo he vivido. Ya he tenido dos veces a este hombre sentado en el asiento del conductor, enfurruñado y decepcionado. Porque seguro que lo está. Seguro que siente que le he vuelto a fallar y seguro que, para él, esto no es más que otra razón por la que debe mandarme a la mierda.

Lo dejo tirado en medio de la noche, me lío con otra persona delante de sus narices, pierdo lo único que tengo que ganar…

Si nada de lo que tenemos funciona, ¿para qué coño seguimos intentándolo?

Siento cómo una lágrima me cae desde el ojo derecho hasta el muslo. Miro por la ventanilla.

¿Qué cojones estoy haciendo con mi vida?

Antes entrenaba, trabajaba, nos iba mejor en casa… ¿Y ahora qué? Me tiro días enteros mandando currículums y viendo cómo rechazan cada solicitud. Veo todo girar a mi alrededor, pero yo estoy quieto.

No aporto. Hago daño. Y sé que eso no es lo que quiero.

Lo único que me consuela es que mi madre ha mejorado con diferencia. El día de la fiesta de Halloween pudimos hacerla porque

ella se había ido el finde a Bakersfield para dar una conferencia sobre periodismo.

Gracias a Dios, está volviendo a ser quien era y eso me alegra. Pero, por otro lado, me pregunto qué pensaría mi padre de mí.

Mi padre, que me apuntó de pequeño a boxeo y me acompañaba a todos los torneos cuando apenas pesaba cincuenta kilos. ¿Estaría orgulloso de mí? Por supuesto que no.

No dejo de cagarla. No dejo de hacer daño y eso tiene que parar. Pero mi ansiedad y mis mierdas siguen en mi cabeza y, ahora que estoy mal con Kilian, todo se multiplica por mil.

Recuerdo pasar por situaciones parecidas cuando me enfadaba con Sylas. O por lo menos me sentía de la misma manera, porque él me recogía de las peleas. Me llevaba y traía a casa sano y salvo. Pero… no lo decepcionaba. No se preocupaba por mis nudillos. No me curaba las heridas ni me invitaba a cenar. No me besaba con delicadeza. No me acariciaba…

No me apoyaba, ni mucho menos cuando estaba enfadado.

Cuando estaba enfadado…, más me valía no estar con él.

Noto un contacto suave en el muslo. Despego la vista de la ventanilla y lo miro. Es entonces cuando me doy cuenta de que veo borroso, de que estoy sollozando. No me mira de vuelta. Solo me aprieta el muslo con delicadeza.

Esta es su manera de decirme que está aquí conmigo. Pero no dice nada. Aunque mejor, porque no me lo merezco. Solo me haría sentir más culpable.

Pone la música, pero esta vez no suena ningún casete, sino la radio normal.

Suspiro para intentar liberar un poco la tensión acumulada en mi pecho. Él aprieta mi cuádriceps. Detengo el impulso de poner una mano encima de la suya y entrelazar los dedos con los suyos.

Ni siquiera sé cuándo me he quitado los guantes. A lo mejor ni siquiera lo he hecho yo. Los nudillos no me duelen. Me los observo, aunque no veo nada bajo las vendas.

Entonces, noto que el coche se detiene.

—Llamaré a alguien para que traiga tu moto mañana por la mañana —dice poniendo el freno de mano y abriendo la puerta del coche.

Miro alrededor.

—Gracias.

El torneo ha sido en Los Ángeles. No es la primera vez que vengo, pero siempre me sorprende la diferencia de humedad que hay en comparación con Las Vegas. Noto la piel un poco rasposa de más. Salgo del coche y vuelvo a sisear por el dolor del hombro.

Estamos frente a un hotel enorme. Mi mandíbula amenaza con rozar el suelo cuando veo que es uno de cinco estrellas.

—¿A qué esperas? —pregunta Kilian tras coger las bolsas de ambos.

Lo sigo hacia la entrada.

—¿Cómo cojones has pagado todo esto? —le pregunto con un susurro, y él sonríe.

—Como dijiste el otro día…, lo de la mafia tiene una mínima parte buena —me murmura al oído.

Su cercanía me provoca escalofríos y vuelvo a insultarme mentalmente por haber sido tan gilipollas y haberla cagado. Porque

quiero besarle ahora mismo, pero no puedo, y no sé si volveré a poder.

—Hola. La habitación para Kilian Fierce —dice a la chica del mostrador. Esta se muerde el labio coqueta y se enrosca un mechón de pelo en el dedo.

—Por supuesto, señor Fierce. ¿Le acompaño?

La sangre me hierve en las venas.

—Corta el rollo, *ya* —le escupo a ella.

Kilian me mira y enarca una ceja. Veo en sus ojos que, pese a la mierda que estamos pasando, la situación le ha hecho gracia.

La rubia parece reparar en mí por primera vez. Se le cambia la mirada por completo al verme la cara de pocos amigos.

Teclea algo en el ordenador con el ceño fruncido y ni siquiera nos pide la acreditación por no pasar el mal trago.

—Aquí tenéis —dice en un tono completamente distinto.

Cojo las tarjetas y le sonrío falsamente.

—Gracias, señorita… —leo la tarjeta que lleva en un pin de su asquerosamente apretada blusa— Romero.

Noto la presencia de Kilian tras de mí mientras caminamos hacia el ascensor. Solo se oyen nuestros pasos en todo el pasillo.

Llamo al ascensor.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta, mirándome divertido.

—Casi le arranco la cabeza —confieso, y él ríe.

Entramos en el ascensor, y él se cruza de brazos y se apoya en la pared de cristal.

Niega con la cabeza y clava los ojos en mí.

—No hace falta que te lo diga, ¿no? —me dice, y yo niego como él.

Suspiro. Acabo de recibir mi propia medicina.

Suena la campana del ascensor y, al tensarme, noto otra vez el dolor del hombro. Salimos del ascensor y entramos en la habitación en silencio. Lo primero que veo es una cama. Una sola cama…, y mis nervios vuelven a aparecer. ¿El cabrón ha cogido una habitación así a propósito?

El resto del espacio es de un lujo moderno con grandes ventanales que ofrecen una vista panorámica de Los Ángeles. Las paredes están decoradas con cuadros, y los muebles son de diseño minimalista, con líneas limpias y acabados en tonos neutros. En un rincón, hay un área de descanso con un sofá de cuero suave y una mesa de mármol con una bandeja de cortesía que incluye una botella de vino y fruta fresca. El baño es un oasis de mármol con una ducha negra y una bañera profunda, iluminado por una suave luz dorada que resalta los detalles en bronce. Todo el espacio emana una sensación de calma que contrasta con lo rápido que late mi corazón.

—Voy a ducharme —le informo. Ni de coña voy a perder un segundo en un sitio así.

Abro el grifo de la bañera y dejo que empiece a calentarse el agua antes de sentarme en el retrete, completamente agotado. Empiezo a quitarme las vendas y las dejo en el lavabo antes de meterme en la bañera con la esperanza de que el agua caliente me relaje un poco. Pero no lo hace, sigue doliéndome como el diablo.

Después de quedarme un rato intentando relajarme, desisto y salgo de la bañera. Me seco con la toalla.

—Mierda… —siseo cuando intento secarme la espalda y noto un pinchazo en el hombro. Me enrollo la toalla a la cintura y salgo.

Respiro hondo cuando lo veo. Está sin camiseta y en la cama. Lleva unas gafas de pasta negra y sujeta un libro que, en sus manos, parece pequeño.

En cuanto me ve, lo deja en su regazo. Se supone que tengo que dormir a su lado…

—¿No tendrás alguna crema o algo…? Me duele el hombro una puta barbaridad —le digo acercándome a mi bolsa para ponerme el pijama.

—Mira a ver en mi bolsa.

Noto sus ojos clavados en mi espalda mientras me visto. No paso por alto el resoplido que suelta cuando me pongo los pantalones.

Acto seguido, abro su bolsa de marca y, al hacerlo, me sorprende la calidad. Me avergüenzo al instante. La mía de piel sintética está que se cae a pedazos…

Rebusco entre su ropa y abro un neceser, donde por fin encuentro una crema antiinflamatoria.

Suspiro antes de sentarme en el lado contrario de la cama. Kilian continúa leyendo.

La tensión entre ambos después de todo lo que ha pasado está más que presente y amenaza con asfixiarme.

Me echo un poco de crema en la mano izquierda e intento extenderla por el hombro derecho, pero se me encaja como nunca. Siseo por el dolor.

—Trae, anda —dice él dejando el libro aparte.

—Tranquilo. Yo puedo —le respondo. Intento fingir sin éxito que no me duele.

Kilian suspira y se incorpora, dejando ver que no lleva nada más que unos slips negros. Me quita la crema de las manos y me

presiona con cuidado el hombro. El contacto hace que se me erice el cuerpo entero.

—¿Es ahí? —me pregunta.

—Kilian…

—Que si es ahí —insiste, hundiendo el pulgar en mi hombro.

Se me escapa un quejido y él suaviza el agarre. Resopla y, antes de continuar masajeándome, pone una pierna a cada lado de mi cuerpo, sentándose justo detrás de mí.

El calor de sus dos manos en mis hombros me abraza. Vuelve a erizárseme la piel cuando su pulgar hace un poco de presión justo en la contractura.

Ignoro el hecho de que está rodeándome con su cuerpo y de que estoy sentado entre sus piernas.

Porque la culpabilidad y la pena protagonizan este momento y no me dejan disfrutarlo. No debería ser así.

«Es tu culpa. Solo tu culpa».

Detengo su mano al ponerle la mía encima.

—Para —le pido. Porque no puedo soportarlo. Las lágrimas amenazan con acumularse en mis ojos. Por la ansiedad y el miedo. No sé qué piensa de mí. Solo sé que necesito contarle cómo me siento. Por qué me comporto así…

Me giro como puedo y nos sentamos el uno frente al otro.

—Necesito que me escuches.

Kilian me mira a los ojos como suele hacer siempre. Parece meterse en mi alma y leer todo lo que está escrito en ella antes de asentir.

—Llora si tienes que llorar, Blake —me aconseja—. No hace falta que hablemos las cosas ahora.

—Pero quiero hacerlo —le corto, parpadeando para evitar que se me salten las lágrimas. Tomo aire y suspiro.

—Entonces, te escucho.

No quiero hablar sin pensar, así que ordeno las ideas antes de que vuelva a sentarse frente a mí.

—No espero que nada de lo que diga ahora justifique ninguna mierda que haya hecho —le aclaro y él asiente. Yo vuelvo a suspirar, nervioso—. Hacía muchos años que no me sentía así.

—¿Así cómo? —me pregunta, cogiendo mis manos entre las suyas suavemente. Agacho la cabeza, abatido. Mis dedos se entrelazan con los suyos por primera vez y, joder, encajan como una pieza en un puzle.

Se me agita el pecho como si estuviera advirtiéndonos a ambos del huracán de emociones que sucederá a continuación, porque rompo a llorar como nunca lo he hecho.

Él me recibe en sus brazos y no duda antes de acostarnos. Me rodea el cuerpo y dejo que todo salga.

Por mi mente viajan recuerdos como si de diapositivas se tratasen. Navajas ensangrentadas, hostias desprevenidas y amenazas descontroladas.

Todo me golpea como si estuviera asumiéndolo todo *ahora.*

Pero no estoy solo. Su brazo me acaricia la espalda sin miedo ni incomodidad. Me recuerda que está aquí conmigo.

—Ya está… Ya está… —susurra en mi pelo antes de besarlo.

Niego con la cabeza e intento incorporarme. Veo la mancha que he dejado en su camiseta y sollozo por última vez. Me separo un poco de él, porque necesito respirar. Cruzo las piernas y me siento.

—Solo he sentido esto una vez en mi vida —consigo decir sin tartamudear—. Pero lo que creía que era amor acabó convirtiéndose en lo peor que me ha pasado jamás.

»Conocí a mi ex cuando acompañé a Sarah a por hierba. Teníamos dieciséis años. No quería que fuera sola y, al final…, el que corría peligro era yo.

Río por los nervios y me limpio las lágrimas como puedo con la mano.

—Acabé siendo yo quien quedaba con él con la excusa de los porros, pero un día me besó y todo se fue a la mierda. Ni siquiera sabía que me gustaban los chicos, pero él se convirtió en mi mundo y yo no me di cuenta. En ese entonces, yo trabajaba y ayudaba a mis padres. Iba a clase y todo era genial, pero, en cuanto lo conocí, lo acaparó todo.

»Al principio, la situación parecía normal. Yo asumí que era bisexual y a mis padres no les importó, pero, poco a poco, la cosa se fue volviendo oscura. Empezó a hablarme de problemas que tenía con lo de la droga, y, en ese entonces yo no lo sabía, pero él se desahogaba conmigo en la cama. Porque lo que empezó como "probar cosas por experimentar"… se convirtió en sexo violento.

«Prometo que no volveré a hacerte daño».

Veo cómo Kilian tuerce el gesto antes de suspirar.

—Ven aquí —me pide, y le hago caso. Vuelvo a recostarme en su pecho y él me abraza de nuevo.

Noto cómo todo vuelve a ponerse en su lugar poco a poco, porque me siento demasiado bien junto a él. Y creo que es la primera vez que no me obligo a sentirme cómodo con el contacto físico. Surge natural, como si siempre hubiera pertenecido aquí.

—Cuando le das margen a alguien que no tiene límite, todo se va a la mierda, Kilian —le digo.

«Te necesito para respirar. Eres el único que me entiende».

—Me introdujo en las peleas ilegales haciéndome creer que solo valía para eso. Porque, toda la ira que me provocaba la situación, yo la expulsaba allí. Dentro de mi mente, se creó un personaje de lo más oscuro, sin alma. Después de varias barbaridades, me bloqueó de todos lados y, así, desapareció de mi vida. Justo después de enterarme de que nunca me fue fiel. Estuvo follándose a otras personas mientras a mí me maltrataba y, en vez de pedir perdón, me bloqueó.

«No funcionamos. Si fueras más mayor, a lo mejor me entenderías».

—¿Qué tipo de maltrato, Blake? —pregunta Kilian con la mandíbula tensa.

Aprieta el abrazo para hacerme saber que sigue aquí conmigo. No me he dado cuenta de que he vuelto a empezar a llorar.

—Me levantaba la mano sin dudarlo cuando algo no iba como él quería… —admito como puedo—. Fue un año muy duro. Encima coincidió con que me tuve que despedir de mis amigos, porque a mi padre lo destinaron a Londres. Pero, bueno…, siento que al mismo tiempo me ayudó a salir de ese pozo.

«Que te vaya bien, pequeño».

Eso fue lo último que escuché de su boca. Lo sentí como si me mandase a la mierda, porque después de ese mensaje me bloqueó para siempre y, a su vez, me salvó.

Vuelvo a sollozar por última vez. Me seco las lágrimas y lo miro. Veo que él también tiene los ojos llorosos.

—Te pido perdón por haberte tratado así. Pero volver a Las Vegas…, ver los lugares a los que íbamos después de tanto tiempo y descubrir que aún duele… ha sido mucho más duro de lo que creía. Y volver a sentirme así…

Kilian me alza el mentón, pero no me besa hasta que yo asiento.

—Gracias por contarme todo —dice al separarse de mí—. Entiendo que te han hecho daño en el pasado y que eso influya en ti de esta manera. Pero, joder…, no deberías haber pasado por algo así tan joven.

—Lo sé —digo y suspiro—. Pero ahora que todo está sobre la mesa, solo puedo pedirte paciencia.

—¿En qué sentido?

Nos miro a los dos y sonrío.

—Hace unos días ni siquiera era capaz de darle un abrazo a Dean. No toleraba el contacto físico, y mira ahora…

—Y yo abrazándote por la noche… —dice, negando con la cabeza, enfadado consigo mismo—. La próxima vez, me explicas cualquier cosa así, ¿vale?

—Vale, *entrenador* —respondo para quitarle hierro al asunto, y él frunce el ceño.

—No me llames así, idiota.

Le callo con un beso.

—Mira… Entiendo que no quieras empezar algo así con alguien tan complicado, pero… —Ahora quien me calla con un beso es él.

—No quiero empezar algo con *alguien*, quiero empezar algo *contigo.* Eso que te quede claro —dice antes de volver a besarme—. ¿Que tienes tus traumas? Todos los tenemos. Así que, ahora que me has explicado todo, si quieres, empezamos de cero.

Me tiende una mano y yo arqueo las cejas. La sacude, insistente.

—Eres muy tonto, ¿sabes? —digo cogiéndole la mano, y tira de mí. Caigo sobre él y aprisiona mis labios con los suyos.

—Créeme que lo sé —responde con una sonrisa antes de volver a besarme dulcemente—. Blake…, te voy a dar la paciencia que pides, pero esto es cosa de ambos —dice dando a entender que quiere que yo también ponga de mi parte.

El doloroso nudo que lleva apretándome el pecho durante todo el día por fin se deshace al saber que va a darme otra oportunidad, al saber que no lo he perdido.

Tomo aire por primera vez hoy y noto que llorar por Sylas y habérselo contado a Kilian ha hecho que las cosas cambien, por lo menos dentro de mí. Me noto liberado, mucho más ligero que antes.

—Paso a paso —le digo, y él asiente antes de darme un beso en la frente. Sigue acariciándome la espalda.

—Y con comunicación —me pide taladrándome con la mirada—. Se acabó el hacernos daño.

Suspiro.

Y no le digo que lo quiero de milagro.

—Vamos a intentar dormir, que mañana tienes la oportunidad de remontar este torneo —dice con un tono de esperanza que hace que una luz cálida se encienda en mi pecho.

—¿Tú crees? —le pregunto, esperanzado.

—Por supuesto, hombre. Hoy has perdido porque no tenías la mente en el ring, pero mañana vas a ganar como que me llamo Kilian Fierce.

Con una sonrisa, se acurruca a mi lado y yo me recoloco, juntando la espalda a su pecho.

—Y para motivarte un poco, si ganas, mañana tendremos nuestra primera cita —dice antes de besarme la nuca y pasar un brazo por encima de mi cintura.

—¿En plan serio? —le pregunto.

—Si eso es lo que quieres, por supuesto.

Lo medito por un segundo, aunque ambos sabemos la respuesta. Cojo aire y procuro frenar los latidos de mi corazón.

—Vamos a intentarlo —accedo.

Kilian aprieta el agarre de mi cintura y me pega aún más a él.

—¿Estas bien así? —me pregunta con un susurro, refiriéndose a que me está abrazando.

Y sí, por primera vez en muchísimo tiempo, siento que todo tiene sentido.

Asiento y él me besa de nuevo en la espalda.

—Buenas noches, Blake.

Ni siquiera me da tiempo a pensar en nada. El latido de su corazón en mi espalda junto con su olor corporal me hipnotizan y me quedo dormido por primera vez en sus brazos. Hace que me sienta seguro. Como si por fin formase parte de algo. Como si por fin hubiera encontrado mi hogar después de tantos años a la deriva.

26



KILIAN

La tensión se palpa en el ambiente mientras me apoyo en la cuerda del cuadrilátero, y observo cómo Jackson entra al ring. Hay algo en su manera de moverse hoy que me sugiere que este combate no durará mucho. Sus músculos están tensos, como una cuerda a punto de romperse, y su mirada… Esa mirada fría y decidida que he aprendido a reconocer es letal.

El árbitro da la señal y el sonido del contador resuena, pero antes de que la multitud pueda reaccionar, Jackson ya ha dado el primer paso. Es como un depredador acechando a su presa, y su contrincante, un tipo enorme con una cicatriz que le atraviesa la ceja, ni siquiera ve venir el primer golpe. Jackson lanza un jab rápido directo al rostro del otro, que apenas tiene tiempo de levantar los brazos en defensa.

El impacto es brutal; el sonido del golpe resuena en todo el lugar, un crujido seco que me hace apretar los dientes. Jackson no le da tiempo a recuperarse. Se mueve como una máquina, con una precisión escalofriante. Un gancho de izquierda impacta con las costillas del oponente, seguido de inmediato por un derechazo al

mentón. Veo cómo los ojos del otro se desorientan y su cuerpo se tambalea como si estuviera a punto de colapsar.

No hay pausa. Jackson sigue atacando; sus golpes son tan rápidos que es difícil seguirlos. Cada puñetazo tiene la fuerza de una tormenta y la destreza de un artista. El hombre intenta responder, lanzar un golpe desesperado, pero Jackson lo esquiva con una facilidad insultante e inclina su cuerpo hacia un lado para luego devolverle el golpe con un uppercut que lo levanta del suelo.

El tipo cae contra las cuerdas intentando aferrarse a algo, pero Jackson no se detiene. Se lanza hacia él, una ráfaga de golpes hacen que el cuerpo de su oponente se sacuda con violencia. Siento cómo la adrenalina me recorre, es casi como si pudiera sentir cada uno de esos golpes en mi propia piel. Jackson está imparable, como un huracán, y su contrincante está completamente fuera de su liga.

La bestia ha vuelto.

El público grita, pero yo apenas los escucho. Estoy absorto en la brutalidad de la escena, en la manera en la que Jackson controla cada segundo del combate. Es una fuerza de la naturaleza, implacable, invencible. Un último gancho de derecha conecta directamente en la mandíbula del hombre. Lo veo caer, su cuerpo se desploma en la lona con un ruido sordo.

El árbitro se apresura a detener la pelea, pero ya es demasiado tarde. Jackson ha ganado. El otro tipo ni siquiera intenta levantarse; está completamente derrotado, no solo en cuerpo, sino en espíritu. Jackson respira pesadamente. Su pecho sube y baja mientras se da la vuelta y su mirada se encuentra con la mía por un instante. Hay sangre en sus guantes, su expresión es fría, casi imperturbable. A pesar de la brutalidad que acaba de desatar, hay algo en su gesto

que me recuerda por qué está en este ring. No es solo por la victoria, sino por algo más profundo, algo que lo impulsa a seguir luchando sin importar el coste.

La grada estalla cuando el árbitro levanta el brazo de Jackson con firmeza. Se ha hecho con la victoria en menos de un minuto. Los pelos se me ponen de punta en cuanto vuelve la calidez a su mirada. Su pecho agitado por el reciente esfuerzo y los guantes que le regalé brillan por el sudor. La luz de los focos le golpea directamente, haciendo que su piel reluzca y parezca una deidad.

El árbitro baja su brazo, y Jackson le choca el puño deportivamente a su oponente, quien se tambalea después de la brutal paliza. Se acerca al presentador y este le pone una medalla.

Efusivamente, se baja del ring y se acerca a mí. Le tiendo la toalla para secarle el sudor.

—Has estado increíble —le digo removiéndole el pelo, sin importarme ni un poco que esté empapado de sudor.

Jackson asiente y se quita el protector bucal antes de responderme. Me lo tiende y se lo guardo en su funda. Esto es lo que hace un entrenador en los torneos. Asistir a su alumno de esta manera.

Bebe un largo trago de agua.

—Espero que la oferta siga en pie… —dice fulminándome pícaramente con la mirada.

Paso un brazo por su hombro y lo atraigo hacia mí antes de susurrarle al oído para que nadie nos oiga:

—Siempre cumplo mis promesas, Blake.

Andamos hacia el vestuario mientras los flashes nos ciegan. Sigo apretándolo contra mí con el brazo y, por la adrenalina del momento,

le doy un beso en la coronilla.

Porque me apetece y punto.

Jackson pone los ojos en blanco y me aparta de un empujón juguetonamente.

Cuando entramos al vestuario, los contrincantes nos miran extrañados, pero nos da completamente igual.

Le ayudo a deshacerse de los guantes y los guardo en su mochila mientras se quita las vendas.

—Anda, dúchate, que tenemos planes hoy.

—¿Nada más salir? —pregunta extrañado.

—¿En serio creías que iba a desperdiciar un minuto en Los Ángeles *contigo*? —le respondo, bajando un tono la voz.

Jackson, algo sonrojado, me lanza la toalla de sudor a la cara y coge su neceser antes de meterse a la ducha.

Me siento en un banquillo a esperarle con una sonrisa. Suspiro antes de encender el móvil. Menos mal que hay gente alrededor, porque, si no, no saldríamos de esa ducha en toda la tarde.

Sabía que Jackson iba a ganar, así que puede ser que haya organizado alguna que otra cosa.

Me meto en Twitter y veo que las fotos de los paparazis ya están moviéndose con títulos como: «Del odio a la amistad», «¡Kilian Fierce no es tan frío como parece!». Me salgo de la aplicación con el humor por el suelo. ¿Cómo pueden ser tan tontos?

Entro en Instagram y, por mera curiosidad, me meto en el perfil de Jackson. Ya cuenta con ochenta y cinco mil seguidores. Le doy a los tres puntitos de arriba y le envío el perfil a Ann, a ver si puede conseguirle algo de trabajo. Tras responder varios mensajes y ver

algún que otro vídeo, alzo la mirada. Jackson aparece entre la gente con una toalla rodeándole la cintura sin mucho esmero.

Se le marca absolutamente todo. Desvío la mirada por inercia, como si estuviera prohibido mirarlo. Aunque, pensándolo mejor, en los deportes masculinos todos tienen mucho contacto físico, ¿no? Nadie podría leer en mi cara que en realidad es mucho más que mi alumno.

Mantengo el semblante frío cuando vuelvo a levantar la vista. Sigue teniendo el pelo mojado y algunas gotas hacen que su torso reluzca con la tenue luz de los vestuarios. Se acerca a su bolsa y no tiene ninguna vergüenza al quitarse la toalla y exponer su cuerpo desnudo.

Miro alrededor, pero nadie parece prestarle atención.

Suspiro antes de que se ponga los bóxers. Ninguno de los dos dice nada, porque, cuando me mira, tengo claro que sabe perfectamente lo que me está pasando por la cabeza.

Una media sonrisa aparece en su rostro mientras acaba de vestirse.

—Venga, va —le digo cogiendo la bolsa mientras él se ata los cordones.

Jackson se levanta en cuanto acaba.

—¿Adónde vamos? —me pregunta andando a mi lado mientras salimos del estadio.

—Deja que te sorprenda.

Los últimos rayos del sol crepuscular nos golpean de lleno al abrir la puerta.

Jackson se pone una mano en la frente para taparlo y yo me pongo las gafas de sol, aunque sean las ocho y pico de la noche.

—No me gustan las sorpresas —confiesa, cogiéndome el ritmo.

—Pues ve acostumbrándote a alguna de vez en cuando; la incertidumbre le da sabor a la vida —le digo al abrir la puerta de mi coche—. ¿Te has traído abrigo?

Le doy al botón que abre la capota del coche.

—Pero si hace calor… —responde.

Me giro y cojo mi chupa de cuero del asiento de atrás para dársela.

—Más tarde te hará falta.

Sinceramente, esperaba que Jackson se negara, o que por lo menos se quejase un poco, pero no lo hace. Se desliza la chaqueta por los hombros y, cuando veo lo bien que le queda, me dan ganas de quitársela y comérmelo entero aquí mismo.

Maniobro con el coche para salir del aparcamiento del estadio. Jackson aprovecha y abre la guantera. Coge varias cintas y las mira una a una hasta que se decide.

—¿Puedo? —pregunta mostrándome una que hace siglos que no pongo.

«No Guidance», de Chris Brown, empieza a sonar tras un momento en el que la cinta traquetea en el reproductor.

Y empiezo a cantar con una euforia que no me cabe en el cuerpo. No sé si viene del viento dándome en la cara, del sol escondiéndose, de la victoria de Jackson, de que mi chaqueta favorita le quede como un puto guante…

Él no se inmuta cuando voy alternando la mano de la palanca de marchas a su muslo. De hecho, veo como su cabeza se mueve al ritmo de la música y sus labios murmuran la letra.

Y, para ser sincero, esto me parece más que suficiente. Poco a poco se está abriendo y, joder, de lo mal que estábamos hace unos días a esto… Pagaría miles por poder quedarnos en este momento.

—¿Qué vamos a…? —intenta decir cuando aparco el coche.

Lo callo con un beso y él alza las cejas, sorprendido.

—Tira —le digo haciéndole un movimiento con la barbilla para que salga del coche. Vuelvo a presionar el botón para cerrar la capota y salgo tras él.

Voy a la parte de atrás, abro el maletero y saco una mochila. Él se gira hacia mí y frunce el ceño.

—Déjate llevar… —insisto poniéndome a su lado.

Delante de nosotros se extiende la playa de Santa Mónica. El sol comienza a bajar y tiñe todo el cielo de colores preciosos mientras varios turistas andan sin rumbo por el paseo. Algunos *skaters* patinan por el paseo marítimo, y el parque de atracciones le da una luminosidad única a la playa.

—¿Dónde estamos? —pregunta Jackson a mi lado, aún enfundado en mi chupa de cuero.

—¿Nunca has estado en Santa Mónica? —le pregunto, estupefacto.

Él niega con la cabeza.

—Nunca había salido de Las Vegas antes de irnos a Londres.

—Bueno, pero te suena de haberlo visto en alguna peli o algo —repongo.

—El muelle ese con atracciones me suena, sí.

Él saca el móvil del bolsillo y echa una foto.

—Hoy quiero toda tu atención en mí —le digo al quitarle el móvil de la mano. Jackson ni siquiera se opone, simplemente se encoge de

hombros—. Sígueme.

—A sus órdenes, *entrenador* —dice en tono de burla.

Lo fulmino con la mirada. Me jode tener que reprimir el impulso de callarle con un beso debido a la cantidad de gente que tenemos alrededor. Cuando sus ojos se unen con los míos, veo en su brillo que él piensa lo mismo. Se pone a mi lado y empiezo a guiarle hacia el sitio al que tengo pensado ir.

Al andar, nuestras manos se rozan de vez en cuando muy sutilmente. Y con cada roce siento como si un rayo cayese en el centro de mi pecho. Si Jackson se siente igual, lo disimula increíblemente bien. En el siguiente roce, deja de andar. Lo miro y veo cómo suspira.

—¿Estás bien? —le pregunto, preocupado al verle fruncir el ceño.

Da un paso hacia mí, acaparando toda mi atención. Los latidos de mi corazón inundan mis oídos.

—Joder… —dice tras mirarme un instante—. Te juro que o te beso ahora mismo o me da algo.

Un fuego me quema por dentro. Cierro los ojos, no sé si para dejar de ver la intensidad con la que me mira o para volver a frenarme para no besarle y acabar con el sufrimiento de ambos. De pronto, noto un mínimo roce en la mano y abro los ojos. Jackson me acaricia el dorso con los nudillos, ya prácticamente curados, y conecta su mirada con la mía.

—Llévame a un sitio donde pueda besarte —me pide con un tono de voz más grave de lo normal.

Respiro una vez. Dos veces. Incluso tres antes de asumir que no puedo hacerlo ahora mismo.

Le cojo de la muñeca con firmeza y aceleramos el paso hacia uno de los muelles de pesca.

Tras unos minutos andando, llegamos al dichoso muelle y, gracias a Dios, no hay nadie. Me percato de que mi mano sigue cogiendo su muñeca y la suelto. Bajamos una pequeña cuesta de arena y, tras sortear alguna que otra piedra, conseguimos hacernos un hueco debajo del muelle.

—No creo que nadie venga aquí —le digo, y él no hace otra cosa que atraerme hacia su cuerpo y juntar mis labios con los suyos.

La ansiedad en mi vientre explota un segundo antes de calmarse en cuanto mi boca se entreabre y lo deja entrar. Se me cae la mochila al suelo y sufro por un milisegundo por las botellas de vino que hay dentro de ella, pero se me olvida en el instante en el que Jackson atrapa mi labio inferior entre sus dientes. Se me escapa un gruñido de excitación. Se separa de mí con una sonrisa que promete hacerme más de mil y una maravillas.

Con la respiración agitada, Jackson se acerca a la mochila con curiosidad.

—Eh, eh, ni se te ocurra —le digo quitándosela de las manos—. Todo a su debido tiempo.

Abro la mochila y saco de ella un gran mantel para que podamos sentarnos en la arena. Me aseguro de que las botellas están bien. Seguramente la tela haya parado el golpe.

—¿Me ayudas? —le pido, y él coge las otras dos esquinas para ponerlo adecuadamente.

Nos sentamos y suspiro.

—Menos mal que has ganado, si no, tendría que tirar toda esta comida… —digo al sacar dos ensaladas césar, uvas, queso y jamón.

—Tenía una buena motivación —confiesa sin mirarme, como si le diera vergüenza admitirlo.

Pero su comentario hace que una onda de felicidad me recorra el corazón.

—Estoy muy orgulloso de ti, Jackson… —le digo, y él me mira con una sonrisa ladeada.

—Deberías de haberte visto la cara cuando el árbitro me ha levantado el brazo.

—Ah, ¿sí? ¿Qué le pasaba a mi cara? —le pregunto.

—Nada. Hacía mucho tiempo que nadie me miraba así, solo eso —dice sonriendo. Acto seguido, coge una de las ensaladas que hay entre nosotros y empieza a abrirla, como si estuviera inquieto y tuviera que prestarle atención a otra cosa.

Decido hacer lo mismo que él y me preparo la ensalada.

—Era mi padre quien solía mirarme así —dice con un deje triste.

Le acaricio la espalda para mostrarle mi apoyo.

—¿Así cómo…? —le pregunto.

Se toma unos segundos antes de mirarme y responder:

—Como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida —dice como si nada con una media sonrisa.

—Joder… —gruño antes de pillarle desprevenido al besarlo.

—No voy a decir ninguna mierda así en mucho tiempo. No quiero que te acostumbres —dice al separarse de mí. Vuelve a centrar su atención en la ensalada.

—No necesito que me digas cosas bonitas para quedarme a tu lado.

Jackson niega con la cabeza a la vez que sonríe.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—No sé, tío. No me acostumbro aún a… esto —dice señalándonos a ambos.

—No tienes que forzar nada, tú solo déjate llevar. Créeme, yo también estoy nervioso.

Jackson asiente y suspira. Aprovecho el momento y saco el vino de la mochila.

—Mira…, no he podido conseguir copas para brindar, pero sí dos botellas.

Tardo unos segundos en abrir ambas, pero él me ayuda sujetándolas.

—¿En serio? —dice riéndose al tiempo que coge la botella que le tiendo.

—Y tanto que en serio —respondo chocando mi botella con la suya —. ¡Por el ganador del combate!

Jackson pone los ojos en blanco de nuevo.

—Y por nosotros, gilipollas —dice llevándose la botella a los labios.

Tras este momento, Jackson y yo empezamos a cenar en silencio. Noto cómo se come despacio la ensalada. Tras un combate, es normal tener molestias por los golpes. El romper de las olas en la orilla y el sonido de conversaciones triviales del muelle de arriba crean la atmósfera perfecta. Sin embargo, lo que ninguno de los dos decimos es lo que más me aterra.

Cuando terminamos de cenar, los últimos rayos del sol se abren paso entre las rocas del muelle.

Me giro hacia él y nuestras miradas se encuentran; sus ojos marrones parecen negros por la falta de luz y me quedo sin aliento.

—¿En qué piensas? —pregunto. Noto cómo aprieta los dientes.

—¿Qué pasaría si tu padre nos encuentra aquí? —dice nervioso, y siento que mi corazón se me cae a los pies.

Dejo la botella de vino a un lado, enterrando la parte baja de esta en la arena para que no se caiga.

—Es algo que no deja de rondarme la cabeza, pero necesito esto, Jackson. Necesito un segundo de calma.

Él se acerca a mí lentamente, inseguro pero confiado. Siento su respiración acelerarse y sincronizarse con la mía. Sus ojos se cierran y los míos hacen lo mismo mientras nuestros labios se encuentran en un beso suave al principio, explorándonos con algo de nerviosismo por lo que será de nosotros.

Noto un leve sabor a vino tinto que contrasta con el sabor del vino blanco que estaba tomando yo.

Rápidamente, la necesidad de sentirlo más cerca toma el control. El beso se vuelve más profundo, más apasionado. Mis manos encuentran su rostro y acarician suavemente su mandíbula mientras sus brazos me rodean, atrayéndome hacia él con una intensidad que nunca había experimentado. Gruño en sus labios y acerco su rostro al mío con el deseo de estar aún más cerca, como si eso fuera posible.

—Eres bueno haciéndome olvidar mis problemas…

Jackson me coge del brazo y me tira encima de él. Apoyo con cuidado mi torso sobre el suyo, explorando su cuerpo con las manos sin dejar de besarlo.

El mundo a nuestro alrededor desaparece; solo existimos él y yo compartiendo este momento de conexión pura. Sus labios son cálidos y seguros, se mueven con una mezcla perfecta de ternura y

deseo. Siento su corazón latiendo contra mi pecho, su cuerpo firme y fuerte contra el mío.

Nuestros alientos se entrelazan y crean una sinfonía de suspiros. Siento sus manos deslizarse por mi espalda dejando un rastro de fuego donde me toca. La pasión se convierte en una fuerza casi palpable, y me pierdo en la sensación de tenerlo tan cerca, de ser completamente suyo en este instante.

Finalmente, nos separamos, pero nuestras frentes permanecen unidas respirando el mismo aire. Abro los ojos y lo veo sonriendo, una sonrisa que ilumina todo su rostro y que sé que refleja la mía.

—Esta noche voy a hacer que olvides hasta tu propio nombre —me promete, y yo me río—. Me toca a mí tomar el control —dice, y baja una mano desde mi espalda baja hacia mis glúteos.

—Lo que tú quieras. Ya me da igual —confieso, tumbándome a su lado.

Jackson se incorpora apoyándose sobre el codo y me mira alzando una ceja.

—Ah, ¿sí?

Me encojo de hombros.

—Lo preguntas como si la idea de tenerte dentro de mí no me gustase.

—Joder…, pensé que… —Frunce el ceño—. ¿En serio eres versátil? —me pregunta con las mejillas algo encendidas y con una mirada llena de lujuria.

—Por ti yo soy lo que tú quieras —le susurro en los labios.

Jackson sonríe y sus ojos brillan con una luz especial. Nos quedamos en silencio un momento más, disfrutando de un beso de

lo más sensual. Lento, cálido y húmedo. Luego, al separarnos, Jackson añade con una sonrisa traviesa:

—Y pensar que al principio te odiaba…

Me río, recordando nuestros primeros enfrentamientos y la tensión que había entre nosotros.

—Créeme, era mutuo. Pero míranos ahora.

Nos miramos, y hay tanto que no necesita ser dicho… Mi corazón late con fuerza y siento que necesito tenerlo más cerca, tocarlo, sentirlo.

Lentamente, me inclino hacia él y nuestras miradas se encuentran de nuevo. Esta vez, no hay ternura en nuestro beso. Es urgente y apasionado, como si ambos supiéramos que este momento es demasiado precioso para desperdiciarlo. Mis manos se enredan en su cabello, y siento sus dedos firmes en mi cintura atrayéndome más cerca. El beso se vuelve más profundo, más desesperado. Siento el sabor dulce de sus labios mientras mis manos exploran su espalda, rozando cada músculo, cada curva, cada tatuaje. Sus manos hacen lo mismo, y cada toque desata una corriente eléctrica por mi piel, provoca que quiera hacerlo mío, o viceversa, aquí mismo.

La brisa húmeda nos acaricia, en contraste con el calor que emanamos. Y, sin darnos cuenta, la luna ha sustituido al sol y el cielo se ha llenado de pequeñas estrellas.

De pronto, Jackson se separa de mí y se tumba.

—Joder… —dice tapándose la cara con las manos.

—Ey… —digo poniéndole una mano en el hombro—. ¿Estás bien?

Jackson asiente entre temblores y se limpia rápidamente las lágrimas de los ojos algo avergonzado.

Se me encoge el corazón al verlo llorar.

—Abrázame —me suplica, y no dudo un instante en atraerlo a mí.

Jackson se tumba encima de mí y entierra su rostro en mi hombro.

—T-tengo el puto corazón a mil —confiesa tras unos segundos, y es cierto, noto sus pulsaciones chocar contra las mías.

Le acaricio la nunca lentamente.

—Eso es bueno, Jackson…

O eso creo.

Él aprieta un poco más el abrazo y se apoya sobre las manos para mirarme a la cara.

Por inercia, levanto una mano hacia su rostro y le seco las lágrimas.

—Gracias por volver a hacerme sentir así. De verdad que pensaba que…

Le corto con un beso.

—Como me vuelvas a dar las gracias por hacer lo mínimo, te juro que la vamos a tener.

Jackson desvía la mirada, inseguro, pero acaba asintiendo.

—Dicho esto, te escucho —le incito a continuar.

Él suspira y vuelve a apoyar su pecho en el mío.

—Nada… Llevo muchos años pensando que nunca más podría sentirme así con alguien, que, de algún modo u otro, estaba roto, ¿sabes?

Voy a rebatírselo, pero me pone un dedo en los labios.

—Pero tienes razón, si tengo que darte las gracias por algo es por entenderme y quedarte aquí conmigo. Por…, no sé. Por luchar por alguien como yo.

—¿Qué quieres decir con «alguien como yo»? —le pregunto, intentando entenderlo, aunque mi corazón se encoge con cada palabra suya.

—Tú eres fuerte, decidido, mucho más maduro que yo y has pasado por tanto… —Suspira—. A veces siento que soy un completo desastre comparado contigo —responde, su voz apenas un susurro.

Sacudo la cabeza y coloco una mano en su mejilla.

—Vamos a hacer una cosa… Cada vez que te sientas así, me lo dices. Porque si necesitas que te recuerde todos los días lo orgulloso que estoy de ti, lo haré.

Jackson desvía la mirada, pero le cojo del mentón para que me mire a los ojos.

—Tú también eres más que fuerte, maduro, y has pasado por cosas que nadie se merece ni en una vida entera. No te olvides de tu historia, Jackson. Todos se merecen a alguien que luche por ellos.

Sello lo dicho con un breve beso en sus labios.

—Así que vamos a hacer que dure.

—Vale… Perdona por…

—Cállate —le digo con dulzura y lo corto con otro beso—. Y disfruta.

Jackson suspira y deja caer todo su peso sobre mí. Rodeo su torso con los brazos y cuelo las manos por debajo de su camiseta para empezar a acariciarle la espalda.

Pasamos unos instantes así. Solos. Unidos bajo la luz de la luna. La dulce melodía de una guitarra empieza a sonar encima de nosotros y yo aprieto el agarre.

Inconscientemente, mi padre me viene a la mente y hace que se me estremezca todo el cuerpo.

Mierda…

Tenemos que hablar de eso.

Espero unos segundos, o minutos, disfrutando de su olor y su cercanía, hasta que formulo con cuidado las siguientes palabras.

—Jackson… —susurro—, respecto a mi padre…

Noto cómo se tensan sus músculos bajo mis brazos.

—Me da miedo lo que pueda hacerte si descubre esto —le confieso.

Pasan unos segundos antes de que Jackson responda.

—Tendremos que pensar en algo. Pero asumo el riesgo. Lo llevo asumiendo desde que te vi en las peleas ilegales. Somos fuertes, Kilian, algo…, algo podremos hacer.

—No es cuestión de fuerza, por desgracia… —digo antes de suspirar—. Mira…, mi padre es impredecible. Tiene muchos hombres a su cargo, así que tendremos que disimular de momento. No quiero que te vea como una debilidad mía, porque, como te hagan algo, juro que yo…

Esta vez es él quien aprisiona sus labios con los míos. Me atraviesa con la mirada.

—Podemos con esto —me dice firmemente—. *Juntos*, podemos con esto.

Me da un pico y continúa hablando.

—No es un problema que de momento sea un secreto. Tampoco sé cómo se lo tomaría el mundo del deporte, o, mejor dicho, sí lo sé, pero no quiero vivirlo ahora. No aún. Así que, si tengo disimular mis ganas de follarte en cada puto momento del día por nuestra seguridad y por nuestro futuro, créeme que puedo hacerlo. —Toma un sorbo de vino—. Eso sí, si me vas a entrenar cada día, si vamos a

estar juntos constantemente…, vas a tener que regalarme tus noches si por el día no puedes ser mío.

Noto un calor indescriptible en el estómago.

—Hecho —le digo con un beso.

—Por cierto… —dice mirando al cielo—. Ya es de noche. ¿No crees que ya es hora?

Niego con la cabeza, incrédulo por su manera de hacer las cosas.

—Qué poco romántico eres —le rebato con una sonrisa.

Porque acaba de proponerme que lo hagamos. Así, sin escrúpulos ni rodeos.

—Llevo esperando esto meses, Kilian. Me vuelves completamente loco. Perdona si estoy deseando comerte la polla desde hace un buen rato —dice follándome con la mirada. Se muerde el labio antes de acercarse a mi cuello y mordérmelo antes de calmar el pequeño dolor con sus labios, generando una corriente de calor y electricidad que viajan directamente a mi rabo.

—Para… —gruño cuando Jackson se sienta en mis caderas y empieza a frotarse lentamente contra mí mientras sigue dejando besos y mordiscos por el cuello. Él ignora mis súplicas y continúa—. Para si no quieres que te folle aquí en medio, Jackson…

Él gruñe y se levanta poco a poco sin quitarme los ojos de encima.

La imagen de él con mi chupa de cuero rodeándole los hombros, la luz de la luna detrás y sus labios inflamados por tantos besos se me queda grabada a fuego en la mente. Pero no es hasta que me tiende la mano que mi polla se queja dentro de mis pantalones.

—Vamos al puto hotel —no me pide, me ordena.

Y yo no soy nadie para decirle que no. Así que cojo su mano y me levanto de un impulso, y en menos de cinco minutos ya estamos en

el coche volviendo al hotel, con miles de promesas sexuales flotando entre nosotros. Con mi mano en la palanca de marchas y la suya prácticamente en mi entrepierna, rozándome sutilmente la dureza con el pulgar mientras conduzco.

—O paras, o te juro que paro el coche y te follo contra el capó —le gruño por encima de la música.

—A lo mejor es eso lo que quiero… —responde él agarrando la erección con fuerza sobre mis pantalones, que empiezan a molestar bastante porque no queda hueco en ellos por lo dura que la tengo.

Niego con la cabeza.

—Quiero que la primera vez sea bonita, Jackson —le pido, aunque me cuesta una barbaridad no cumplir mi amenaza.

Este gruñe mientras apoya la cabeza en el respaldo y cierra los ojos.

—Joder, me gusta un montón ver cómo tu lado romántico lucha contra el sexual.

Justo veo que el semáforo se pone en rojo y freno.

Aprovecho el momento para cogerle de la nuca y aplastar sus labios con los míos.

—Me sorprende que aún no te hayas dado cuenta de que, contigo, ambos lados son el mismo.

Jackson me muerde el labio inferior. El semáforo se pone en verde.

—Acelera, entrenador, porque esta noche vas a tener que enseñarme cómo te gusta luchar de verdad —dice, pícaro, apretándome el muslo.

—¿Seguro que no lees libros de romántica? —le pregunto intentando controlar la risa.

Él me golpea el hombro con fuerza.

—Ale, ya no te digo nada más —responde cruzándose de brazos.

Le sacudo el pelo con ternura y decido seguirle el rollo.

—Esta noche… te voy a enseñar mucho más que eso, pequeñín.

Y cuando veo que la carretera está despejada, acelero. Piso el pedal y en menos de diez minutos estamos ya en el descampado frente al hotel.

Bajo del coche y, en cuanto miro a la entrada, el mundo se me cae a los pies.

—Jackson, ni se te ocurra bajar —le advierto.

Él duda unos instantes, pero cuando ve a mi padre a través del cristal del coche no duda un instante en salir.

—Y una polla —me rebate—. Hemos dicho que juntos, joder.

Y yo suspiro. La ansiedad empieza a crecer en mí hasta el punto de paralizarme. No puedo permitir que le pase nada. Me pongo delante de él por inercia. Arthur está simplemente apoyado en la columna frente a mi plaza de aparcamiento, con un traje gris impecable y esa calma gélida que siempre precede a un desastre. Al verlo, dejo de ser el hombre que entrena a Jackson para volver a ser el niño de diez años que aprendió que el silencio de su padre era más peligroso que cualquier grito.

—Qué decepción, Kilian —dice sin levantar la voz. Su tono es suave, casi aburrido—. Te he dado todo para que seas el número uno y tú lo tiras a la basura por jugar a los entrenadores con un desconocido. He visto la pelea de hoy. Jackson tiene potencial, pero tú…, tú eres el que me hace ganar dinero. O al menos lo eras. Me ha comentado Ruby lo que pasó.

Señala a Jackson con la barbilla con un desprecio que me revuelve las tripas. El aire se me queda pequeño en los pulmones.

—Vete de aquí… —le advierto. Mis manos tiemblan mientas me las meto en los bolsillos del pantalón.

Hacía seis años que no lo veía, que no lo tenía frente a frente, y ahora… la sensación que él me ha provocado toda la vida vuelve de lleno.

—Desde que te descalificaron y dejaste de pelear, mis cuentas han dejado de cuadrar. —Da un paso hacia el coche, lento, dominante—. No puedo apostar por alguien que se queda en la esquina del ring. Las ligas oficiales te han cerrado las puertas, pero el circuito ilegal sigue teniendo sed de ti. Y yo tengo deudas que cobrar.

—No voy a volver —mi voz suena como un crujido.

Arthur sonríe. Es una mueca fría que no llega a sus ojos. Se acerca un poco más, lo suficiente para que el olor de su carísima colonia invada el ambiente.

—Deberías tener cuidado, Kilian. Te has vuelto un sentimental con ese gimnasio. Es un lugar viejo, lleno de madera seca y recuerdos inútiles. Es casi un milagro que siga en pie. Sería una pena que tenga que recordarte por las malas quién es tu padre de verdad, ¿no crees?

«Will».

El corazón se me para un segundo. Es una frase lanzada al aire, casi casual, pero el tono me eriza el vello de la nuca.

—Mañana, a las dos y media, almorzaremos en el Caesars —continúa, recuperando su postura recta—. Si no te presentas listo para firmar tu regreso, entenderé que ya no te importa lo que le pase a tu *santuario* ni a la gente que vive en él.

Arthur no necesita decir nada más. Se da la vuelta y camina hacia la salida con la seguridad de quien sabe que ya ha ganado. Su coche negro lo recoge en la sombra y desaparece sin hacer ruido.

Me quedo paralizado. El miedo real no te deja moverte, te deja hueco. Saco las manos sudorosas de los bolsillos y veo que están temblando de una forma que no puedo controlar.

Jackson me toca el brazo. Su contacto es lo único que me impide desmoronarme por completo.

—Kilian… —susurra.

Me giro hacia él. Hay una urgencia desesperada, una certeza de que la guerra ha empezado y de que Jackson es lo único que me mantiene cuerdo. Le cojo el rostro con las manos. Mis dedos buscan su piel como si fuera un ancla.

—No voy a dejar que nos destruya —le digo, y mi voz es un hilo de acero—. Me da igual lo que tenga que hacer. Me da igual si tengo que volver a ser el monstruo que él quiere que sea en el ring para que nos deje en paz.

Lo beso. No es un beso romántico, es un pacto de supervivencia. Es amargo, sabe a miedo y a rabia, pero también a una verdad que me quema por dentro: Jackson Blake me ha dado una razón para luchar que no tiene nada que ver con el dinero de mi padre.

Él me hace querer ser mejor, pero, por él, estoy dispuesto a ser el Killer más letal que Las Vegas haya visto jamás. Si Arthur quiere sangre para cobrar sus apuestas, se la voy a dar. Pero no será la nuestra.

—Vamos arriba —le pido, intentando que mis piernas obedezcan —. Tengo que llamar a Will.

Porque Jackson y yo nos merecemos salir de este infierno, y si para eso tengo que volver a las sombras de las que intenté escapar, lo haré. Me llamo Kilian Fierce, y esta vez no voy a pelear por obediencia. Voy a pelear por nosotros. Por todo lo que quiero.

Nueve años antes

Hay un olor que mi mente asocia con la derrota, pero también con el amor más puro que he conocido: una mezcla de antiséptico, sábanas demasiado limpias y el perfume de vainilla que ella insistía en usar, incluso cuando ya casi no tenía fuerzas para levantarse.

Entro en su habitación de puntitas intentando que mis botas no hagan ruido sobre el parqué. La luz del atardecer se filtra por las cortinas y lo baña todo de un dorado triste. Está ahí, hundida entre los cojines, parece más pequeña de lo que recordaba. El cáncer le ha robado el peso y el color, pero, cuando abre los ojos y me ve, en ellos brilla algo que mi padre nunca ha podido tocar.

—Ven aquí, Kilian —susurra. Su voz es un hilo de seda, pero tiene la fuerza de un huracán.

Me siento en el borde de la cama con cuidado de no romperla. Mis manos ya son grandes, nudosas, marcadas por el entrenamiento salvaje al que Arthur me somete cada tarde. Me avergüenzo de ellas frente a su fragilidad.

—He terminado una nueva —dice, señalando la grabadora que tiene sobre la mesita de noche.

Hay una cinta de casete fuera de su caja. Con dedos temblorosos, escribe con un rotulador permanente en la etiqueta: «Para cuando el

ruido sea demasiado fuerte».

—No quiero que escuches a tu padre, Kilian —me dice, buscándome la mano. Sus dedos están fríos, pero su agarre es firme —. Él cree que te está enseñando a ser un hombre, pero solo te está enseñando a ser un muro. Y los muros terminan por agrietarse.

Me acaricia los nudillos heridos uno a uno, con una devoción que me parte el alma. Sé que le duele verme así, sé que odia en lo que Arthur me está convirtiendo, pero también sé que se está quedando sin tiempo para luchar por mí.

—Mamá, no hables de él. Descansa.

—No —niega ella, y una chispa de rebeldía cruza sus ojos—. Escúchame. Cuando sientas que te pierdes, cuando creas que solo eres lo que él dice que eres…, pon estas cintas. La música no miente, Kilian. Te recordará que tienes un ritmo propio, que no le perteneces a nadie más que a ti mismo.

Tose, un sonido seco que me encoge el estómago, pero no me suelta. Me obliga a mirarla.

—Prométeme una cosa —dice, y sus ojos se llenan de una urgencia dolorosa—. Prométeme que, cuando encuentres a alguien que haga que tu corazón suene más fuerte que el ruido de los golpes, no te alejarás por miedo. Prométeme que dejarás que esa persona vea al niño que escucha música conmigo, no al monstruo que tu padre intenta crear.

Lloro. No como un boxeador, no como un Fierce. Lloro como el niño que tiene miedo de quedarse a oscuras. Ella me atrae hacia su pecho y me abraza, y por un momento el olor a enfermedad desaparece y deja lugar al calor de su amor incondicional.

—Te quiero, Kilian. Pase lo que pase, recuerda que ya eres un campeón. No por los trofeos de tu padre, sino porque tu corazón todavía sabe sentir.

Cierro los ojos en el presente y todavía siento el roce de su mano en mi pelo. Ella se fue semanas después, pero me dejó esas cintas. Y ahora, mientras miro a Jackson a través de la penumbra de la habitación, entiendo que él es la melodía que ella me pidió que no dejara escapar. Es el momento de cumplir mi promesa.

27



JACKSON

El silencio que inunda el aparcamiento es mucho más violento que cualquier ruido.

Me quedo mirando fijamente el cartel de salida. La mandíbula me late al ritmo del corazón y entrelazo los dedos con tanta fuerza que los nudillos han perdido todo el color. A mi lado, Kilian no se mueve. Sus manos temblorosas buscan en su cartera las llaves de nuestra habitación del hotel. Al mirarme, sus ojos grises, que frente a su padre eran dos trozos de hielo, se suavizan con una urgencia que me corta la respiración.

—Tenemos que subir —dice al fin, separándose apenas unos centímetros—. Cogemos las cosas y nos largamos de Los Ángeles. Ahora mismo.

Subimos a la habitación del hotel en una especie de trance. El ascensor parece ir más lento que nunca, y cada planta que dejamos atrás es un recordatorio de que el tiempo se nos está acabando. Al entrar, el caos se apodera de nosotros de una forma metódica.

Kilian saca las maletas de debajo de la cama mientras yo empiezo a vaciar los cajones con movimientos torpes. Él no deja de vigilarme.

Cada vez que nos cruzamos, me roza el brazo o me busca la nuca. Es como si necesitara un contacto constante para no perder los nervios.

Entonces, se aleja hacia la pequeña terraza. Necesita hacer la llamada que lleva postergando desde que salimos del parking.

Yo me quedo junto a la maleta, doblando una de sus sudaderas, pero el silencio de la noche es tan absoluto que su voz se filtra por el cristal con una nitidez que duele.

—¿Will? Sí, soy yo… —dice con la voz entrecortada—. Necesito que me escuches… Mi padre… ha aparecido. —Me quedo paralizado con la ropa entre las manos—. No sé cómo, pero nos ha encontrado. —La voz de Kilian sube de tono, cargada de una rabia impotente—. Dice que como ya no puede apostar por mí en el circuito legal, quiere que vuelva a las sombras mañana mismo. Ha amenazado con hacerte algo, Will. No ha sido directo, pero lo conozco. Sabe que eres lo único que me queda parecido a una familia de verdad.

Hay una pausa. Me acerco un poco más a la puerta de cristal, conteniendo el aliento.

—¡No me hables de la policía! —estalla Kilian—. Sabes que él no deja huellas. Escucha…, voy a ir a esa comida mañana en el Caesars. ¿Cómo quieres que me relaje? No. Voy a hacer lo que pida porque no tengo otra opción.

Kilian empieza a caminar de un lado a otro de la terraza. Sus pasos son pesados, rítmicos.

—Lo hago por ti, Will. Pero también… por Jackson.

Mi corazón se salta un latido. Kilian deja de hablar para escuchar a Will.

—No es solo eso… Es… Tienes que prometerme que, independientemente de lo que te diga, no vas a desaparecer. —Su voz se quiebra por primera vez. De pronto, a través del cristal, veo cómo abre los ojos como platos.

—Joder, ¿desde cuándo lo intuías? Sí, es eso… Lo quiero tanto que no puedo ni pensar. No es solo el chico al que entreno. Es… la primera persona que me ha hecho sentir que no tengo que ser un monstruo para que alguien me acepte. No voy a dejar que mi padre le ponga una mano encima. Ni a él ni a ti. Prefiero volver a cualquier agujero infecto antes que os pase algo. Mantente a salvo, Will. Te quiero.

Kilian cuelga. Se queda fuera, apoyado en la barandilla mirando las luces de la ciudad.

Yo me quedo ahí, de pie, sintiendo cómo ese «te quiero» se hinca en mi pecho como algo nuevo y aterrador.

Inevitablemente, mi mente me viaja hacia tiempos remotos. Hacia los días grises de mi adolescencia.

En esos recuerdos, Sylas también dice que me quiere.

Lo dice después de haberme dejado la cara marcada en un entrenamiento. Lo dice después de haberme echado de su casa a patadas porque necesita su espacio tras haberme usado. Para Sylas, el amor es una transacción. Es una correa corta. Sus «te quiero» son la forma de recodarme que soy su propiedad, su activo, su perro de presa. Él usa el amor para que yo acepte el dolor como algo normal, para que le dé las gracias por sus migajas de afecto.

Pero Kilian…

Kilian acaba de usar esa palabra para explicar por qué está dispuesto a sacrificarse. Para él, el amor no es una jaula, es un

escudo.

Me doy cuenta de que llevo toda la vida con la guardia alta, esperando que el golpe venga disfrazado de cariño. Y resulta que Kilian es el único que ha bajado las manos frente a mí. Me quiere y, por eso, quiere que yo esté a salvo, incluso si eso significa que él tiene que volver a estar contra las cuerdas.

Kilian entra de nuevo en la habitación. Me ve ahí, quieto, y sabe que lo he oído todo. Se acerca, me quita la ropa de las manos y me rodea con los brazos, hundiendo su rostro en mi cuello.

—Vámonos, Jackson Blake —susurra—. Tenemos cuatro horas de carretera por delante.

El viaje hacia Las Vegas es un descenso lento hacia la oscuridad.

Las cuatro horas por la Interestatal 15 se me antojan una eternidad. Kilian conduce con una mano firme en el volante y la otra aferrada a la mía sobre la palanca de cambios. Sus dedos se entrelazan con los míos con una fuerza constante. Como si temiera que, si me suelta un solo segundo, el desierto pudiera tragarme.

No hablamos. No hace falta. El silencio entre nosotros es la calma tensa de dos soldados que se dirigen a una emboscada. Observo su perfil bajo la luz tenue del cuadro de mandos y me pregunto cómo hemos llegado a este punto de no retorno.

Alcanzamos la ciudad cuando el sol empieza a asomar, tiñendo el cielo de un violeta sucio sobre el neón del Strip. Las Vegas nos recibe con su falsa promesa de oro, pero para nosotros solo es el escenario de un juicio final. Ambos llegamos a la conclusión de que no es buena idea volver a donde estaríamos normalmente. En su

casa no estaríamos seguros, y en la mía me arriesgaría a poner a mi madre en peligro, por lo que nos registramos en un motel discreto, lejos del lujo del Caesars Palace. Necesitamos un rincón donde escondernos antes de que el reloj marque las dos y media.

En la habitación, el aire acondicionado zumba de forma irritante. Nos tumbamos en la cama con la ropa puesta, demasiado agotados para movernos. Kilian me abraza por la espalda, pegando su pecho a mi columna. Finalmente se rinde al cansancio, aunque su sueño no es una tregua.

Tiene que ir a esa comida solo. Tendría que enfrentarse al diablo para salvarnos a Will y a mí.

Y mientras me abraza con esa fuerza desesperada, entiendo que yo ya no tengo miedo de las sombras de mi pasado. Ahora sé que el amor de Kilian no es lo que me quita el aire, sino lo que me ayuda a seguir respirando. Y, por desgracia, finalmente entiendo cuánto peligro alberga eso.

28



KILIAN

No quiero salir de la cama. No. No puedo. No me siento con fuerzas.

Tengo una nube tronando pensamientos dentro de mi cabeza mientras Jackson me acaricia la nuca.

—Tenemos que salir ya… —oigo que me susurra, pero mi mente está en otro lado.

«Tu padre quiere verte».

Es un hecho. Mucho ha tardado en aparecer y demasiado ha esperado.

Siempre he evitado retar a mi padre. Me acojona saber de lo que es capaz. En especial porque tengo claro que puede hacer absolutamente cualquier cosa cuando quiere algo. Chantaje emocional sobre todo. Y por una vez que estoy feliz…, siento que todo se va a ir a traste.

Suspiro intentando coger fuerzas.

—¿Vas a ir bien en la moto? —le pregunto con la voz ronca, aún con mi cuerpo encima del suyo. Le he pagado una cantidad indecente de dinero a la recepción del hotel de Los Ángeles para que

la trajeran, pero me arrepiento. Ojalá seguir unos últimos minutos con él antes del caos.

La luz del cálido sol de Las Vegas atraviesa el ventanal del motel.

—Sí, no te preocupes…

Ojalá quedarme aquí todo el puto día.

Me incorporo un poco sobre los brazos y le beso suavemente.

—Vamos —le digo en contra de mi voluntad, quitándome de encima.

Él gruñe mientras se despereza antes de salir de la cama.

Todo sucede en silencio.

Oigo cómo cierra su bolsa de deporte. Cómo deja los zapatos en el suelo. Cómo se echa desodorante. Y no es incómodo. Me da paz saber que no estoy solo por primera vez en mi vida.

Me pongo una camisa de manga corta.

—Voy a acompañarte —dice por lo bajo.

Me giro hacia él mientras me la abotono.

—Pillo otra mesa o espero fuera. Lo que sea, pero voy a estar ahí por si acaso —continúa sin ningún tipo de duda.

Asiento despacio con la cabeza, sin creérmelo.

—Genial, Blake. Pero prefiero que te quedes fuera o en el parque de en frente. No quiero que te vea, no vaya a ser que se le vaya la cabeza…

—Gracias —dice levantándose y colocándome correctamente el cuello de la camisa.

—¿Por dejar que me cuides? —le pregunto mientras apoyo las manos en su cintura.

—Por lo que sea —responde juntando sus labios con los míos.

Al principio se tocan suavemente, como si ambos estuviéramos tanteando las aguas. La suavidad de su boca contra la mía contrasta con todo lo que él representa: fuerza, resistencia, lucha. Pero en este momento todo eso se desvanece y solo somos dos personas compartiendo un momento de vulnerabilidad.

Cuando presiono más fuerte, la calidez de su boca me envuelve y un fuego comienza a arder en mi pecho. Siento su mano en la nuca, tirando con delicadeza de mí hacia él, como si tuviera miedo de que me apartara. Mis dedos se hunden en su pelo como si fuera un ancla en esta tormenta de emociones. Su sabor es una combinación perfecta de determinación y dulzura que me deja sin aliento. Como si fuera un baile con un ritmo sin palabras, un lenguaje propio que solo nosotros entendemos. El mundo a nuestro alrededor se desvanece y solo queda el calor de nuestros cuerpos y la necesidad palpable de más. Siento el latido de su corazón contra mi pecho y sé que él siente el mío también, cada pulso sincronizado en una danza perfecta. Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos respirando con dificultad. Nuestras frentes se tocan mientras intentamos recuperar el aliento. Mis labios hormiguean por el contacto, y un deseo ardiente se enciende en mí.

Estoy seguro de que el hecho de que venga me calma más que me enerva. Tenerlo a él allí, aunque sea para verlo al salir, me relaja. Él no me quita la mirada de encima y la tensión aún no resuelta amenaza con matarme.

—Déjame llevar tu chupa —me pide con un susurro.

—Hecho —le respondo tendiéndosela y echando un último vistazo a la habitación, asegurándome de que no nos dejamos nada atrás.

Jackson se enfunda la chupa y se mira en el espejo con una sonrisa. Y en ese momento sé que esa chaqueta siempre le pertenecerá a él.

Mi corazón se salta un latido antes de coger la llave de la habitación y echarme la bolsa al hombro. Abro la puerta y le doy un azote en el culo a Jackson al salir.

—Venga, va, que sea lo que Dios quiera —digo mientras recorremos el pasillo.

El camino hacia el coche se me hace eterno. Sonrío al ver que el botones ha dejado su moto al lado de mi coche después de haberle pagado una cantidad enorme de dinero.

Cojo a Jackson por las solapas de la chaqueta y lo atraigo hacia mí. Él me abraza y hunde su cabeza en mi hombro.

—Necesito que pilles fuerza de donde sea —me pide—. Va a estar todo bien…

—Tranquilo… Solamente estoy pensando en las ganas que tengo de que todo acabe.

—Pronto —me asegura—. Y si tengo que hacer que termine a la fuerza, créeme que lo haré.

—Nos hemos juntado las personas más cabezotas del planeta, ¿eh? —digo removiéndole el pelo.

—Puede ser —responde tras reírse. Su expresión se tensa en unos segundos—. Acabemos con esto.

Jackson se separa de mí y saca la llave de su moto del pantalón.

—Te sigo —me dice mientras coge el casco del compartimento y se monta.

—Perfecto —respondo subiéndome al coche y colocándome las gafas de sol.

Veo cómo me guiña un ojo antes de ponerse el casco y sonrío.

Menudo idiota me he buscado…

Arranco y comienzo el trayecto, el cual se me pasa sorprendentemente rápido.

Al llegar, aparco frente al lujoso Caesars Palace y, por un momento, me siento pequeño e insignificante. Las enormes columnas de mármol y las luces doradas que iluminan la entrada me recuerdan lo lejos que estoy de la vida normal que deseo. Miro a Jackson, que frena a mi lado con una expresión seria y protectora a través del cristal del casco de la moto. Sabe cuánto odio esto, pero también sabe que no puedo evitarlo.

—¿Seguro que quieres entrar solo? —me pregunta tras quitarse el casco.

—Sí, es mejor así. No quiero que te vea y se enfade más de lo que ya lo estará. —Intento sonreír, pero el gesto no llega a mis ojos.

Jackson asiente, aunque no parece convencido.

—Te espero en ese banco. Si necesitas algo, llámame —dice bajando de la moto y dirigiéndose al parque.

Salgo del coche y camino hacia las enormes puertas sintiendo la mirada de Jackson clavada en mi espalda. El portero me reconoce al instante y me abre sin decir ni una palabra. El interior del Palace es aún más opulento: enormes candelabros, alfombras rojas y paredes decoradas con obras de arte que valen más de lo que podré ganar en toda mi vida.

Llego al comedor privado. Aún no hay señal de mi padre. El móvil me vibra en el bolsillo.

Lo saco y veo que he llegado siete minutos antes de la hora. En la parte baja de la pantalla, aparece un mensaje de Jackson.

¿Puedo fumar?

¿Me estás pidiendo permiso?

Sí.

¿Hace cuanto que no fumas?

Desde que me dijiste que lo dejara.

Joder. Pues no, no recaigas por esto. Prometo no tardar mucho.

👍

Guardo el móvil en el bolsillo.

Las cúpulas doradas y el mármol reluciente del Caesars Palace me producen náuseas. Todo este lujo me recuerda a la cárcel de cristal en la que me crie: un lugar donde la comida siempre está a la temperatura perfecta, pero el aire está envenenado.

Camino por el pasillo hacia el reservado del restaurante. Llevo la espalda recta y las manos metidas en los bolsillos, ocultando el temblor que me recorre los dedos. Entro en el reservado. Arthur ya está allí. Sentado frente a una mesa impecable, corta un filete con una precisión que me hiela la sangre. No levanta la vista cuando me ve.

—Llegas un minuto tarde, Kilian —dice con esa voz gélida que me hace apretar la mandíbula hasta que me duelen los dientes.

—Déjate de mierdas, Arthur. Di lo que quieres y acabemos con esto.

Él deja los cubiertos sobre el mantel blanco con una lentitud exasperante. Por fin me mira. Sus ojos grises son un espejo de los míos, pero sin rastro de humanidad. Saca una carpeta de cuero de su maletín y la desliza sobre la mesa hacia mí.

—Es el contrato para tu regreso —explica, como si estuviéramos hablando de una inversión en bolsa—. Seis peleas en el circuito clandestino de Las Vegas. Tú vuelves al ring, yo recupero mi dinero y limpio tu nombre en las ligas legales cuando pase el ruido. Una solución elegante para todos.

Abro la carpeta. Mis ojos escanean las páginas llenas de lenguaje legal y cifras con demasiados ceros. Estoy dispuesto a hacerlo. Estoy dispuesto a que me rompan la cara y a romper las de otros con tal de que deje a Will en paz y se olvide de nosotros. Pero entonces llego a la tercera página.

Cláusula de Gestión y Propiedad de Terceros.

Me quedo helado. Leo las líneas una, dos, tres veces, esperando haber entendido mal. Pero mi padre no comete errores.

—¿Qué cojones es esto? —Mi voz sale como un rugido contenido.

Arthur ni siquiera parpadea. Toma un sorbo de vino tinto y me observa por encima del borde de la copa.

—Jackson Blake tiene talento, Kilian. Pero tú eres… impredecible. El contrato estipula que, como garantía de tu cumplimiento, la gestión y el contrato de entrenamiento de Blake pasan a ser propiedad de Fierce Enterprises.

—Ni te atrevas —suelto, sintiendo cómo la sangre me ruge en los oídos.

—Si tú no peleas, o si decides que no te apetece ganar, Jackson Blake pasará a mi circuito ilegal. Yo decidiré cuándo, dónde y contra quién se sube al ring. Básicamente, su carrera me pertenece. Es un seguro de vida, Kilian. Nada personal.

El mundo se detiene. La rabia me nubla la vista convirtiendo el comedor de lujo en un campo de batalla. No solo quiere que yo vuelva a ser su perro de presa; quiere que le entregue a Jackson en bandeja de plata. Quiere poseerlo, usarlo como moneda de cambio, convertirlo en otro juguete roto de su imperio.

—No voy a firmar esta mierda. —Cierro la carpeta con un golpe que hace vibrar las copas de cristal—. Nunca.

—Piénsalo bien, Kilian. —Arthur se inclina hacia delante, su mirada se vuelve afilada—. Si no firmas, todo lo que pase será culpa tuya. Y, créeme, Jackson Blake será mucho más fácil de localizar de lo que piensas.

Me levanto de la silla tan rápido que esta cae hacia atrás y golpea el suelo con un estruendo que hace que los camareros se detengan en la entrada. Me apoyo en la mesa invadiendo su espacio mientras noto cómo Killer toma el control absoluto de mis nervios.

—Escúchame bien, Arthur —escupo su nombre como si fuera veneno—. Puedes quedarte con tu dinero y con tus apuestas. Pero si vuelves a poner el nombre de Jackson Blake en uno de tus contratos, si te acercas a él o si intentas controlarlo, te juro que lo último que verás será mi cara antes de que te mande al puto infierno.

—Te arrepentirás de esto antes de que anochezca —dice él, que vuelve a coger los cubiertos con una calma aterradora.

—Pruébame.

Me doy la vuelta y salgo del reservado a zancadas. El aire acondicionado del Caesars ya no me parece frío; me quema. Camino por el casino ignorando las luces, el ruido de las máquinas tragaperras y a los turistas que se apartan al ver mi cara. Mi mente va a mil por hora. He rechazado el trato. He declarado la guerra. Cruzo las puertas automáticas y el calor asfixiante de Las Vegas me golpea, pero no es nada comparado con la furia que llevo dentro. Atravieso la calle a toda prisa y esquivo los coches hasta que llego al parque.

Allí está él.

Jackson está sentado en un banco, bajo la sombra de un árbol raquítico, jugando con los dedos. Se ve tan pequeño frente a la inmensidad de los hoteles, tan ajeno a la suciedad que mi padre acaba de intentar volcar sobre él. En cuanto me ve, se pone de pie

de un salto. Su mirada busca la mía, analizando cada centímetro de mi rostro.

—¿Joder, ya? ¿Qué ha pasado? —pregunta, acercándose a toda prisa.

Le agarro por los hombros. Mis manos tiemblan de rabia y de una necesidad animal de protegerlo.

—Nos vamos, Jackson. Ahora mismo.

—¿Has firmado? ¿Qué te ha dicho?

—Ha intentado comprarte —suelto, y la voz me sale rota—. Ha intentado meterte en el contrato como si fueras de su propiedad.

Jackson palidece. Sus ojos se abren como platos, reflejando el mismo miedo que yo sentí hace un momento. Lo atraigo hacia mí abrazándolo con una fuerza que probablemente le duela, pero necesito sentir que sigue aquí, que no es un activo en una carpeta de cuero.

—Tienes que ir a casa —le digo al oído—. Arthur no va a parar, y el hecho de que no haya venido a por mí… significa que ha empezado la guerra. Necesito que estés a salvo.

Jackson, nervioso, me da un pequeño beso en los labios y asiente.

—Tienes que prometerme una cosa —me pide angustiado mientras lo acompaño hacia su moto y asiento—. Debes tenerme al tanto de todo.

—Cuenta con ello —le digo con determinación. Él se sube a la moto tras despedirse de mí.

No miro atrás, pero noto los ojos de mi padre clavados en mi nuca desde alguna ventana del hotel. He rechazado el contrato, pero lo conozco. Sé que el silencio de Arthur no es una rendición, es la mecha de algo mucho peor.

Arranco el coche y salgo de allí derrapando. Mientras nos alejamos del Strip, un presentimiento me oprime el pecho. Arthur ha perdido su inversión y, en su mundo, cuando no puedes ganar dinero con algo, prefieres verlo morir.

29



JACKSON

Al entrar en mi casa, el aire me recibe con su familiar aroma a madera y lavanda, cortesía del ambientador que mi madre ha comprado desde que recuerdo. La luz de la cocina está encendida, lo que significa que ella está despierta. La encuentro sentada a la mesa, con una taza de té entre las manos y la mirada en el ordenador. Su rostro se ilumina cuando me ve.

—Hola, mamá —digo, intentando sonreír, aunque el cansancio me pesa. Ella se levanta y me abraza. Mis músculos se destensan con su contacto y le devuelvo el abrazo.

—¿Cómo te ha ido en el torneo? —me pregunta con una sonrisa tierna, se sienta de nuevo en la silla y cierra el portátil—. Cuéntame.

Joder, está mucho mejor.

Me siento frente a ella y dejo escapar un suspiro. No sé por dónde empezar. La pelea, Kilian, su padre… Todo parece demasiado.

—Digamos que ha sido un finde largo —respondo finalmente, cogiendo el café que me tiende—. La primera pelea la perdí porque no era un buen día, pero en la segunda reventé al contrincante. Pero, bueno, eso no es lo que me raya, la verdad.

Ella se inclina hacia delante.

—¿Qué pasa, hijo? Es Kilian, ¿no?

Asiento lentamente. Ella siempre ha tenido un sexto sentido para estas cosas.

—Sí. Justo cuando todo empezaba a tener una base, su padre amenaza con jodernos la vida. Quiere controlar a Kilian como si fuera una puta marioneta solo para ganar algo de dinero.

Digo «algo» por no alarmarla. Ella me observa en silencio durante un momento, como si estuviera sopesando cada palabra.

—Jackson, sabes que siempre he querido lo mejor para ti. Y, por lo que parece, Kilian te hace bien, pero también sé lo que es vivir con miedo, con la sombra de alguien controlando tu vida. No…, no quiero que os pase eso…

Siento un nudo en la garganta. Mi madre ha pasado por mucho, y sus palabras siempre llevan el peso de la experiencia. Mi abuelo no le dejaba ver a mi padre cuando eran jóvenes, y al final ella acabó revelándose con tal de ver al chico al que amaba.

—Sé que tengo que ayudarlo, mamá. Pero no sé cómo. Me ha dicho que me quiere y… ni siquiera supe qué responder. Nunca nadie me lo había dicho de verdad antes. No así…, y…

Ella aprieta mi mano con una mirada llena de comprensión.

—Jackson…, el amor es complicado, especialmente cuando llevas tanto dolor dentro. Pero debes ser honesto con él y contigo mismo. No puedes cargar con todo esto solo.

Miro hacia otro lado para tratar de mantener la compostura. Pero las lágrimas amenazan con salir.

—Es difícil. Quiero protegerlo, pero también tengo mi propia mierda y a veces siento que no soy suficiente, que no puedo ser el

hombre que necesita.

Mi madre se levanta y rodea la mesa para abrazarme de nuevo. Su abrazo es cálido y reconfortante, y, por un momento, me permito desmoronarme.

—Eres mucho más fuerte de lo que crees, hijo. Y el hecho de que te preocupes tanto por Kilian ya dice mucho. Ambos tenéis vuestras luchas, pero juntos podéis encontrar la manera de superarlas. No te rindas.

Me aferro a ella, sintiendo que sus palabras me dan la fuerza que necesito.

—¿Él sabe tu historia? —me pregunta, y yo asiento mientras me seco—. ¿Y te entiende?

—Claro, mamá —digo con la voz entrecortada.

—Pues ya está, amor… Deja que fluya todo y no te anticipes, que no sabes si va a pasar nada aún.

Cojo aire y aprieto un poco el abrazo.

—Joder, gracias…

Ella se aparta ligeramente y me mira a los ojos.

—Sé que he estado unos meses perdida, pero siempre estaré aquí para ti, Jackson. Y estoy segura de que encontrarás la manera de ayudar a Kilian. Nos merecemos ser felices de una vez.

—Y que lo digas… —le respondo, y apoyo la espalda baja en la encimera de la cocina. Como puedo, logro dar un sorbo al café.

Mi madre vuelve a sentarse y abre el ordenador.

—Bueno…, pues yo tengo una buena noticia —dice girando el portátil hacia mí.

Hay un correo electrónico abierto.

—Han vuelto a aceptarme en el instituto —anuncia, y mi mirada viaja, incrédula, de la pantalla del ordenador a ella.

—Cómo me alegro, joder —digo apartando el ordenador y abrazándola.

—Madre mía, ¿qué te han hecho que ahora abrazas tanto? —pregunta riéndose.

—Cállate —le pido riéndome con ella.

Porque ni yo mismo lo sé. ¿Significará que las heridas están empezando a cerrarse?

El sol de la mañana siguiente me golpea en la cara cuando me quito el casco de la moto. Me paso la mano por el pelo para peinarme y me bajo. El mirador sigue exactamente igual que siempre. Pero con el calor que hace no sé por qué se me ha ocurrido quedar con ellos aquí. Dean y Sarah me esperan sentados en el banco de madera.

—Siempre llegando tarde, Jacky —dice Sarah acercándose para darme dos besos.

—Buenas, buenas —saluda Dean antes de darme un corto abrazo.

—¿Qué tal estáis? —les pregunto.

Dean se encoge de hombros.

—Ahí voy.

—Pues yo de puta madre —dice Sarah.

—A ti no te acaban de poner los cuernos —responde él, y ella le pasa un brazo por los hombros.

—Por la simple razón de que no me relaciono con hombres.

Enarco una ceja.

—Al menos no sentimentalmente —rectifica.

—¿Y tú? —pregunta Dean recolocándose la gorra hacia atrás—. El otro día, Kilian y tú disteis un buen espectáculo.

—Está claro que Halloween no fue mi día… Pero… tengo algo más importante que contaros —digo pasándome una mano por el pelo.

Suspiro y les cuento prácticamente todo. Desde el dinero que he empezado a ganar por el boxeo hasta lo de Kilian. Me intento concentrar en la historia mientras Sarah pega chillidos y Dean hace expresiones muy graciosas.

—Vamos, que básicamente fuiste listo y te quedaste con un tío rico de dos metros que está como el pan —resume Sarah, y pongo los ojos en blanco.

—Lo importante es su padre, Sarah —señala Dean—. ¿Qué tenéis pensado hacer?

—Anda que menudas piezas te tocan… —dice Sarah cuando, de pronto, noto cómo me vibra el móvil en el bolsillo antes de poder responder a Dean.

Lo saco y veo el nombre de Kilian en la pantalla.

—Dadme un segundo —les pido girándome y cogiendo la llamada.

—¿Estás bien? —le pregunto en cuanto descuelgo.

—Will está en el hospital —dice, agobiado, como si estuviera a punto de llorar.

Todo se detiene.

Escucho su respiración rápida y entrecortada a través del altavoz. No sé qué responderle.

—Ha habido una explosión en el pabellón mientras había gente dentro y…, y creo que…

—¿Dónde estás? —le corto.

Oigo que coge aire dos veces.

—Llegando al pabellón.

—Voy para allá. Espérame.

Cuelgo la llamada y me giro hacia mis amigos, que me piden una explicación con la mirada.

Me guardo el móvil en el bolsillo y ordeno mis pensamientos antes de hablar:

—Kilian me necesita.

30



KILIAN

Cuando salgo del coche, no creo lo que veo. Dos camiones de bomberos aparcados en frente del pabellón. Agua, humo y fuego batallando entre ellos para ver quién es más fuerte. Aunque está claro quién ha ganado. El fuego se lo ha llevado todo…

Un nudo me aprieta el corazón cuando avanzo un paso. Luego otro. Un policía me para y me dice que no puedo estar ahí, que la calle está cortada, pero no lo escucho. Ni siquiera me percato de que ya no ando hacia el gimnasio, sino que el policía me está apartando de allí.

—P-perdone —logro decir mientras sigo mirando el caos desde lejos.

Mi mirada se distorsiona. Y cuando ya no veo nada es cuando me percato de que estoy llorando.

Poco a poco, dejo que todo salga. Mi cuerpo tiembla. Me sacude el miedo. Me domina la ansiedad cuando, sin darme cuenta, me siento en el suelo y me abrazo las piernas.

Soy consciente de lo tonto que he sido. Ahora Will…

«Todo lo que va a pasar es culpa tuya».

En unos segundos, oigo el rugido del motor de una moto y mi cuerpo se tensa aún más. Pero levanto la mirada y, cuando veo que es él, todo cambia.

Consigo coger aire profundamente.

Se acerca a mí sin siquiera quitarse el casco. Me escanea con la mirada antes de arrodillarse para estar a mi altura. Me pone una mano en el hombro y sus ojos marrones se clavan en los míos.

—Ya estoy aquí… —me susurra.

Y lo escucho. Joder que si lo escucho.

¿Hace cuanto que no tengo a alguien que de verdad esté? Ann es mi representante. Will es mi entrenador. Dawn me quiere por mi fama. Mi padre, por la pasta.

Pongo la mano sobre la suya y me levanto con las pocas fuerzas que tengo.

—G-gracias por venir —consigo decirle, y él se quita el casco.

—¿Cómo no iba a venir, imbécil? —pregunta abrazándome fuerte. Espera varios segundos antes de separarse de mí.

—¿Sabes qué? —le pregunto, porque eso me ha recordado a una cosa del pasado.

—Dime —dice Jackson con el rostro algo aliviado tras ver que he dejado de llorar.

—Una vez me prometí que nunca iba a ser yo quien rompiera los abrazos que me diesen.

Jackson sonríe de lado y, con discreción, me acaricia la palma de la mano.

—Nunca sabemos cuándo puede ser el último, ¿sabes? —continúo.

—Eso es muy bonito.

—Triste, más bien —le rebato.

—No. Porque eso significa que entonces puedo tener abrazos infinitos —dice él y, tras darse cuenta de lo que ha dicho, desvía la mirada y se pasa una mano por el pelo.

—¿Acabas de…?

—Cállate —dice advirtiéndome con la mirada, pero cuando vuelve a mirarme, suaviza la expresión—. ¿Cómo estás?

Niego con la cabeza.

—En shock —confieso—. Literalmente he pasado más horas aquí que en mi propia casa… Tengo miles de recuerdos de este lugar junto a Will, y verlo destruido… He hablado con él antes de llamarte a ti y no podía creérmelo.

Tras lo que pasó en las peleas ilegales, este lugar me dio la luz que necesitaba en aquel momento. Me hacía sentir tan bien que prefería pasar los días allí con Will que solo en mi casa. El proceso de adoptar a Sombra me ayudó a despegarme un poco de aquel pabellón, tras acudir allí durante dos años prácticamente todos los días.

Pero que ahora haya desaparecido…

Jackson me abraza y yo le paso una mano por la espalda para acercarlo a mí.

—¿Quieres que vayamos a verlo? —me pregunta.

—¿Con lo mal que te cae?

—Está en el hospital, joder… Y es muy especial para ti.

Mi cerebro ata cabos y me pregunto por qué leches estoy aquí y no en el hospital.

—Tienes razón —digo secamente—. Vente en mi coche, que te quiero conmigo. Luego…, luego volvemos a por la moto.

—Vale —responde guardando el casco. Cuando subimos al coche, me pregunta con cuidado—: ¿Crees que ha sido él?

Aprieto la mandíbula antes de asentir.

—Por supuesto. Aunque el pabellón estaba en malas condiciones, puede que digan que ha explotado una caldera o algo así. Mi padre no es tonto, así que hasta que los bomberos no acaben con el fuego, no se podrá investigar la causa…

Jackson suspira.

—Menuda mierda…

Arranco el coche y me dirijo hacia el hospital.

—Pues sí, menuda mierda…

Tras unos minutos conduciendo en silencio, esta vez es Jackson quien pone su mano en la mía, sobre la palanca de cambios. Agradezco el contacto y le acaricio la palma con el pulgar. Cambio de marcha con su mano debajo de la mía.

Finalmente, llegamos al hospital.

—Perdone, ¿sabe en qué habitación está William Blake? —le pregunto al recepcionista, y este nos dice el número.

El hospital huele a desinfectante y miedo. Cada paso que damos parece retumbar en el silencio. Jackson anda a mi lado; soy consciente de que su presencia es lo único que me mantiene en pie ahora mismo. Mi padre ha llevado esto demasiado lejos. El gimnasio, mi segundo hogar, reducido a cenizas. Y William atrapado en el fuego… Todo por mi culpa.

Llegamos a la puerta de la habitación y me detengo. Tomo aire antes de entrar. Jackson me mira con preocupación.

—Te espero aquí —dice, decidido, y yo asiento.

Inspiro con la intención de calmar el pulso, pero no lo consigo. Abro la puerta lentamente y veo a William en la cama, cubierto de vendajes. Su rostro está pálido, pero sus ojos se iluminan cuando me ve.

—Hola… —dice con una voz débil pero firme.

Me acerco a la cama con un nudo en la garganta. No puedo abrazarlo porque está lleno de vendajes.

—Mierda, William… —digo acercándome a él—. Esto…, esto es culpa mía —murmuro. Apenas soy capaz de mirarlo a los ojos.

William niega con la cabeza.

—No, Kilian. Esto no es culpa tuya. Tu padre es responsable de sus propias acciones. Es consciente de lo que hace.

—Necesito saber que estás bien… ¿Qué ha pasado?—le pregunto preocupado.

William sonríe débilmente.

—Voy a estarlo. Tengo algunas quemaduras, pero nada que no pueda superar. Y respecto al incendio, tuve suerte de que no fue de golpe. Me dio tiempo a sacar a todos los chavales de ahí. Solo que antes de salir me tropecé y me quemé la parte delantera del cuerpo. Pero está bien, Kilian, no son quemaduras graves.

Mi ansiedad se dispara cuando me siento en la silla, al lado de su camilla. Si tuviera conectado el aparato que mide las pulsaciones que tiene Will, estaría pitando demasiado rápido.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto, sintiendo cómo crece la desesperación dentro de mí.

Él suspira. Mira al techo por un momento antes de devolver su atención hacia mí.

—No te voy a pedir que lo hagas, Kilian. Pero tú estás más que capacitado para dar las clases. Si encuentras un gimnasio donde hacerlo, y solo si quieres, podrías darlas tú… —propone antes de toser.

Por los niños haría lo que fuera. No puedo dejar que la comunidad del gimnasio de Will muera. Nunca. Puede ser que esa hora que tienen de boxeo al día sea su salvación, como lo fue para mí. Asiento y aprieto la mandíbula con determinación. El corazón amenaza con emocionarme.

—Méteme en el grupo de padres y lo organizo yo, William. No voy a dejar que mi padre afecte a más gente.

—Gracias, hijo —dice con la voz carrasposa—. Te veo pronto, ¿vale?

No puedo irme aún, no sin antes pedirle consejo.

—Espera… Esta mañana hablé con él. Me dijo que tenía que volver a las ilegales y dejar a Jackson bajo a su nombre o sino…, pues haría cosas como estas… Y, joder, no tengo ni idea de qué hacer, Will, me siento literalmente igual que el primer día que te conocí.

Will suspira.

—Menudo sádico de mierda… Vale, vamos por partes, Kilian, primero tienes que poner a Jackson a salvo y luego a ti mismo. Tú sabes a qué y a quién te enfrentas, pero él…

—Tienes razón.

—Luego tenemos que hacer un plan, pero no es el momento —dice entre toses—. Déjame descansar. Se me ocurrirá algo estos días.

—Por supuesto. Por favor, mejórate —le pido, apretándole la mano suavemente.

—Y vosotros cuidaos. No soy yo quien está ahí fuera. Y ya sabemos de qué es capaz tu padre.

—Eso intentaremos…

—Saluda a Jackson de mi parte. El combate que ganó fue una pasada.

—Se lo diré —le digo, orgulloso por Jackson—. Descansa, Will.

Él asiente y salgo de la habitación mientras mi mente gira en un torbellino de emociones. Jackson y yo tenemos que encontrar un nuevo lugar para entrenar. A él y a los niños. Pero, más que eso, tenemos que enfrentarnos a mi padre y a todo lo que representa. Y sé que no puedo hacerlo solo. Miro a Jackson y siento una mezcla entre cariño, gratitud y valentía.

—¿Cómo está? —pregunta Jackson algo nervioso.

—Ha tenido días mejores, pero te manda saludos.

Jackson asiente.

—Tenemos que encontrar un nuevo gimnasio pronto —digo, con una firmeza que no sabía que tenía—. No podemos dejar que mi padre nos destruya.

—Por supuesto.

—Déjame hacer un par de llamadas y vamos a por tu moto, ¿vale? —le digo con un amago de sonrisa.

Seguro que alguien puede ayudarme. Al fin y al cabo, soy Kilian, tanto para lo malo como para lo bueno, ¿no?

31



JACKSON

En menos de una semana, Kilian ha conseguido otro gimnasio. Y casualmente ese gimnasio es el mismo, ni más ni menos, donde luchamos por primera vez el día después de comernos la boca en un garito.

El sol del atardecer se cuela a través de las ventanas e ilumina el espacio con una luz dorada. Justo cuando llego, Kilian está terminando de entrenar a un grupo de niños, mostrándoles los movimientos básicos y corrigiendo su postura con paciencia. Verle así me enternece. Yo nunca podría darle clase a nadie, ni mucho menos a un niño. No tengo ni un poco de paciencia. Tampoco la quiero.

Empiezo a vendarme los nudillos, que ya están más que curados, mientras él acaba con los pequeños. Los niños lo miran con admiración, siguiendo cada una de sus instrucciones sin rechistar. La alarma del contador de asaltos suena y da por finalizado el entrenamiento.

—¡Buen trabajo, chicos! —dice Kilian, aplaudiendo—. Eso es todo por hoy. Recordad practicar en casa y nos vemos la próxima

semana.

Los chavales se despiden con entusiasmo, chocándole el puño antes de ir al vestuario para recoger sus cosas e irse. Kilian se toma un momento para limpiarse el sudor de la frente. Su mirada se encuentra con la mía. Hay una chispa de desafío y afecto en sus ojos.

—¿Listo para el entrenamiento? —me pregunta, acercándose.

Asiento y noto cómo mi corazón se empieza a acelerar.

—Vamos con el calentamiento —dice con voz firme.

—Estas en el papel hoy, ¿eh? —le vacilo.

—Simplemente estoy inspirado.

Empiezo con una serie de estiramientos, siguiendo sus indicaciones, mientras él ajusta mi postura de vez en cuando. Sus manos son firmes pero suaves, y cada toque envía un calambre por mi cuerpo. Luego pasamos a los saltos de cuerda siguiendo un ritmo rápido y constante, sincronizado cada salto con mi respiración.

—Ahora, al saco —ordena Kilian, que me guía hacia el pesado saco colgado en el centro del ring—. Quiero que trabajes en tus combinaciones. Jab, cross, gancho. Repite.

Comienzo a golpearlo y cada impacto resuena en el espacio vacío. Kilian camina a mi alrededor mientras analiza cada movimiento. Cuando nota un error, no duda en corregirme.

—¡Más rápido, va! Pon más fuerza en ese gancho. Imagina que es tu oponente —me insta; su cercanía intensifica la presión y me pone más nervioso.

El sudor comienza a caer por mi frente mientras mis músculos se tensan por el esfuerzo. Pero no es solo el ejercicio lo que me

desafía; es su puta cercanía, su presencia envolviéndome hace que quiera esforzarme aún más.

Después de varios minutos intensos, Kilian me detiene y se coloca frente a mí. Sus ojos se clavan en los míos, y veo la determinación en su mirada.

—Ahora, quiero que practiquemos defensa —dice, adoptando una postura de guardia—. Intenta darme.

Sus ojos grises como el hielo me taladran tras las manos tatuadas.

Lanzo un golpe, que él bloquea con facilidad. Sus movimientos son más rápidos y precisos que los míos. Cada vez que me acerco, sus manos me desvían y su cuerpo me esquiva con una gracia letal. La tensión entre nosotros es palpable y cada contacto va cargado de electricidad.

—Céntrate… —me advierte con la voz baja y ronca.

Siento el calor de su cuerpo cada vez que nos rozamos, la rivalidad y el deseo arden dentro de mí. Trato de concentrarme, pero su cercanía me desarma. Mi mente y mi corazón luchan por mantener el control.

—Estás distraído —insiste Kilian, deteniéndose y acercándose aún más—. ¿Qué pasa?

Su proximidad me envuelve, su aliento cálido me roza la piel. Trato de mantener la compostura, pero es difícil cuando todo lo que quiero es acortar la distancia entre nosotros.

—Me pones nervioso, joder —admito, mis palabras salen más rudas de lo que pretendía.

Kilian sonríe, una sonrisa que dice más de lo que cualquier palabra podría expresar. Se retira un poco, pero sus ojos nunca dejan de mirarme.

—Bueno, eso es parte del entrenamiento —dice con un tono más suave—. Tienes que aprender a mantener la concentración bajo presión.

Asiento, tomo aire profundamente y me preparo para continuar.

Le pego más fuerte esta vez, pero vuelve a esquivarme con facilidad. Ahora le esquivo yo y consigo asestarle un golpe en el abdomen. De repente, Kilian se mueve hacia delante y su cuerpo choca con el mío, llevándome contra la pared del gimnasio. Su respiración es pesada. Su rostro está tan cerca del mío que puedo apreciar cada detalle de sus ojos grises. No sé si es el calor del momento o la intensidad de su mirada, pero me siento completamente vulnerable y expuesto.

—¿Qué pasa, Blake? —susurra, con sus labios casi rozando los míos—. ¿Te rindes?

La provocación en su voz es inconfundible.

Respiro su aliento por lo cerca que está.

No quiero rendirme, no ante él. Siento una oleada de determinación y algo más, algo que arde en mi interior. Sin pensar, recorto la distancia que hay entre nosotros y le lamo los labios entreabiertos.

Kilian gruñe y acerca aún más, si es posible, sus labios a los míos.

—Ríndete —me pide con la voz más que ronca.

—Nunca —digo antes de forcejear, y él emplea más fuerza para inmovilizarme contra la pared.

Un quejido se me escapa y la mirada de Kilian se ensombrece por completo.

Espera un segundo.

Dos.

Tuerce el gesto.

Tres.

Y me besa.

Pero logro esquivar sus labios. Paso la cabeza por debajo de su hombro y, con el brazo firme, logro presionarle la espalda para dejarle aprisionado cara a la pared.

—Yo no me rindo, Kilian —digo, mirándolo a los ojos—. Nunca me rindo.

Noto cómo le empieza a costar respirar bajo mi brazo, y lo suelto.

Nos separamos, ambos respiramos con dificultad, pero con una nueva comprensión entre nosotros. Esto no es solo boxeo, no es un simple entrenamiento. Es algo mucho más profundo, algo que compartimos y que define nuestra relación.

—O dejas de mirarme así, o te follo ahora mismo, Blake —dice sin tapujo alguno.

No le quito la mirada de encima mientras ando lentamente alrededor del saco de boxeo.

—¿No querías que la primera vez fuera romántica? —le respondo, tanteando el terreno.

¿Quiere follarme aquí? Que lo haga. A ver si se atreve.

—¿No te parece romántico hacerlo donde luchamos por primera vez? —pregunta.

Se me escapa una pequeña sonrisa.

Ahí está mi Kilian. Veo perfectamente cómo está luchando su lado sexual con el romántico.

Me acerco a él de nuevo y apoyo las manos en las tiras de tela del ring, acorralándolo de nuevo contra las cuerdas.

—Tiene su punto, sí —admito.

—Sigues mirándome así… —me advierte.

Lo que ha empezado en broma empieza a ponerse serio.

—Blake… —susurra—, ¿de verdad te apetece? —pregunta con cuidado, suavizando la mirada.

Y me pregunto qué coño he hecho yo para merecer que alguien me mire así.

Quito las manos de la banda de tela lentamente y se las tiendo.

Mis movimientos son precisos y cuidadosos. Él cambia su mirada de mis ojos a mis manos vendadas, y entiende perfectamente lo que le pido.

La tensión puede cortarse con un cuchillo cuando acuna una de mis manos entre las suyas. Y me transmite su calor. Me acaricia desde la punta de los dedos hasta el antebrazo, poniéndome la piel de gallina.

Me desabrocha el velcro de la venda y, con paciencia, la desenrolla. Cuando quita los entrelazados de los dedos, deja caer mi mano lentamente antes de cogerme la otra y hacer exactamente lo mismo.

Mi pantalón de deporte no esconde lo mucho que quiero que este hombre me haga suyo.

Cuando ambas vendas están a punto de caerse, Kilian coge lo que aún queda de ambas en mis muñecas y tira de ellas con fuerza para luego lanzarlas al suelo, lo que emite un sonido similar al de un látigo.

Todo mi cuerpo se estremece.

Un quejido sale de mi boca y él tuerce el gesto.

Sus labios enrojecidos se curvan en una sonrisa maliciosa.

Da un paso hacia mí y, por instinto, yo retrocedo.

Sin apartar su mirada de la mía, él asiente, como si estuviera seguro de lo que está haciendo.

Da otro paso más y yo vuelvo a retroceder.

Otra vez.

Y otra.

Cuando, de pronto, mi espalda baja roza con algo que no sé qué es hasta que oigo el sonido de las cadenas.

El saco.

Cuando Kilian ve que me he dado cuenta de que me ha acorralado aquí a propósito, sonríe con picardía antes de cogerme por la nuca. La otra mano la usa para sujetar fuertemente las cadenas del saco e inmovilizarlo por completo.

—Que empiece el combate —susurra antes de acercar su rostro al mío con cautela y juntar nuestros labios.

Sus labios húmedos caen sobre los míos con una caricia de lo más sensual. Entreabro los míos tras su cálido contacto, pero no sube la intensidad del beso. Todo lo contrario: deja mi boca a un lado para sembrar besos suaves por mi rostro y provocar en mí un placer que nunca antes había experimentado. Me besa la mejilla, la mandíbula, el cuello…

—Joder… —gimo y cierro los ojos, echando la cabeza hacia atrás.

Mi abdomen se contrae cuando coge el dobladillo de mi camiseta y me acaricia la piel con los nudillos.

De repente siento a Kilian por todos lados. Él deja de agarrar el saco para cogerme a mí al pasar un brazo por mi espalda baja. El saco de boxeo empieza a perder su estabilidad. Las cadenas tintinean.

—¿Confías en mí? —me pregunta mirándome a los ojos.

Yo asiento, porque está claro que lo hago.

—Déjate caer —me pide.

Poco a poco, voy dejando el peso de mi torso a su merced, y con sus fuertes brazos consigue acostarme sobre el suelo semiacolchado del ring.

Arqueo la espalda con impaciencia en busca de su contacto, pero no tarda en llegar.

Kilian se acuesta sobre mí y apoya su peso en una semiflexión para luego detenerse a mirarme por un momento. Alzo las manos hacia él y le acaricio los brazos y la espalda.

—¿Por qué leches no me estás besando? —le pregunto. Mis labios me hormiguean. Me piden más de él.

—¿Te he dicho alguna vez lo precioso que estás debajo de mí? —pregunta esbozando una provocadora sonrisa.

Sabe perfectamente cómo reacciono a estas cosas.

Sin poder evitarlo, desvío la mirada y él ríe.

—Y más cuando te sonrojas —destaca.

Flexiona los brazos y deposita un pequeño beso en mi boca.

—Tenemos que hablar de esto, nene. Tú te hiciste las pruebas para los campeonatos, ¿cierto? —pregunta con suavidad.

—¿De las ITS? —le respondo.

—Sí.

—Claro, y todo perfecto.

Él asiente.

—Yo no he estado con nadie desde que te conocí —confiesa—. Así que…

—Así que… ¿qué?

—Que puedes estar tranquilo conmigo —dice besándome el cuello.

Vuelve a erizárseme la piel y subo una mano hasta su nuca, incitándole a que siga.

—Ya lo estaba… —logro decir.

—En todos los sentidos… —susurra pegándome un pequeño mordisco.

—Joder…

Kilian cuela una mano bajo mi camiseta y me palpa lentamente los abdominales.

—Puedo… —empieza a preguntar cogiéndome la parte baja de la prenda—. ¿Puedo quitártela?

Pongo los ojos en blanco.

—Eres asquerosamente perfecto —le susurro incorporándome lo justo para quitarme la camiseta.

Porque en el fondo, aunque me muera por estar haciéndolo ya con él, este tipo de gestos me llenan el puto corazón. Nadie se toma el consentimiento en serio, y que él lo haga hace que quiera…

Hace que quiera muchas cosas de él.

Cuando me mira el cuerpo desde arriba, suspira en mis labios.

—Guíame, Jackson. Enséñame qué es lo que te gusta —me pide antes de besarme, y se me escapa un gruñido. Porque noto unos pinchazos en el pecho que no puedo controlar.

Dejo atrás los besos pequeños y saco poco a poco mi lado salvaje cuando inserto mi lengua en su boca. Él me recibe con ganas y hace lo mismo que yo: besarme como si fuéramos la única fuente de oxígeno del otro.

Le muerdo el labio inferior y él vuelve a suspirar, impacientándose.

Por esa razón, le empujo la nuca hacia abajo y echo la cabeza hacia atrás.

Él aprovecha para quitarse la camiseta rápidamente y me lame del cuello hasta los labios, atrapando mi lengua en su boca de nuevo.

Agarro con firmeza el pelo corto de su nuca entre los dedos y él me mira con la mirada ensombrecida.

—Pídelo.

—Baja —respondo, y él sonríe.

No despega su mirada de la mía mientras va depositando besos por mi clavícula. Conforme llega a mis pectorales, se lame los dedos de la mano derecha y, cuando me muerde el pezón izquierdo y me pellizca el derecho, consigue que se me propaguen ondas de placer por todo el cuerpo, directas a mi erección, que palpita con cada mordisco suyo.

—Baja… —vuelvo a pedirle.

Estoy empezando a perder la paciencia. Quizá nunca la tuve. No con él.

Kilian desciende hasta la cintura del pantalón de chándal y me besa debajo del ombligo. Pasa la lengua por en medio de mis abdominales y gime antes de morderme en el costado.

Vuelve a mis labios con un sabor salado que proviene de mí.

Mi rabo vuelve a palpitar y choca con su entrepierna, la cual también está más que dura. Le muerdo el labio inferior.

—Baja, joder… —le pido al borde del colapso, y él me hace caso.

Veo la gran calavera tatuada que le cubre toda la espalda cuando desciende y me agarra la polla a través de la fina tela del pantalón. La acaricia y la aprieta a partes iguales, y consigue arrancarme varios gemidos antes de cumplir mis deseos y bajar el puto pantalón de una vez.

Mi polla me golpea el estómago con fuerza por lo dura que está. Él no pierde un segundo. Se escupe en la mano y me moja el rabo por completo, lubricándolo perfectamente, generando una deliciosa sensibilidad en la punta que hace que me retuerza en sus brazos.

Pero me oprime en la cintura con los antebrazos para que no me mueva.

Me mira desde detrás de la polla. Y sus ojos grises, sus facciones masculinas con mi rabo a menos de cinco centímetros de su boca, es algo que no voy a olvidar, no cuando esta vez deja caer saliva en mi miembro directamente desde su boca, ensalivándolo aún más mientras me masturba con ambas manos.

—Kilian, v-va… —jadeo.

—Déjame disfrutarte, joder —me pide antes de meterse mi polla en la boca.

Y no sé quién de los dos gime primero. Pero ambos lo hacemos.

La calidez de su boca me rodea toda la erección, que palpita dentro de su garganta, pero él no se atraganta y se la mete entera hasta la base.

Hago el amago de arquear la espalda, pero él me detiene poniéndome un brazo en el abdomen e inmovilizándome por completo.

La excitación se mezcla con una frustración que a su vez se convierte en un placer indescriptible.

Es oficial, Kilian Fierce la chupa como un puto Dios.

Como me ha pedido, guío sus movimientos con la mano para enseñarle cómo me gusta exactamente. Lento y profundo. Notando cómo se inserta cada centímetro en su garganta.

Cuando la saca al completo, respira exhausto y varios hilos de saliva siguen uniendo mi rabo y su boca, como si nunca tuvieran que haberse separado.

Tuerzo el gesto y hago el amago de incorporarme, pero no me lo permite.

—Aún no he terminado, Blake —dice advirtiéndome con la mirada.

Coge mis muslos y apoya mis rodillas en mi abdomen, dejándole vía libre para hacer justo lo que hace.

Empieza dando besos pequeños en mi entrada.

—Joder… —oigo que dice antes de emplear su lengua en mí.

Cada movimiento suyo arranca un jadeo del fondo de mi garganta.

Nunca nadie me había comido con tanta dedicación. Nunca antes…

Nunca antes me habían demostrado que me querían en el sexo.

Porque si alguien me preguntase si se puede hacer el amor y follar a la vez, tengo claro que nosotros estamos a punto de hacerlo.

Solo se oyen nuestros gemidos en todo el gimnasio mientras yo le cojo por la nuca para presionar sus labios contra mí y que llegue aún más profundo.

Me folla con la lengua, abriéndose paso en mi interior, lubricando y abriendo la zona a la vez.

Preparándome para él.

Kilian se separa para coger aire y me contempla. Su mirada tiene un brillo sensual mezclado con un deje de felicidad que se me contagia en forma de sonrisa.

—Bésame —le pido. Él se incorpora y cumple mi petición con un beso cálido, lento y profundo. Nuestras lenguas bailan mientras me

percato, cuando me roza la pierna, de que su polla sigue dentro de sus pantalones.

Él también se da cuenta y se los quita al instante. Yo hago lo mismo, pero me dejo los calcetines.

—Bueno… —susurra Kilian volviendo a acostarse sobre mí. Noto toda su dureza rozando la mía—. ¿Estás listo para que te haga el amor? —pregunta acariciándome la mejilla.

Y con esa simple pregunta noto cómo las heridas se cierran un poquito más. Porque cuando alguien que no ha conocido nunca el amor y el respeto se da con ellos de bruces, su vida da un giro de ciento ochenta grados. Siento que he encontrado la respuesta que mi yo de dieciséis años se hacía mientras que Sylas lo maltrataba.

¿Es esto lo que se siente cuando te quieren de verdad?

Tomo aire y me concentro en Kilian. Y me emociono.

Porque está claro que yo también lo quiero con todo mi puto corazón.

Y no se lo digo de milagro.

32



KILIAN

Sinceramente, creo que nunca había pensado tanto en qué y cómo hago las cosas durante el sexo. Pero necesitaba que Jackson lo disfrutase. Que este instante, aparte de ser nuestro, sea más suyo. Mi cuerpo me pide darle placer, quiero complacerlo como nadie lo ha hecho. Y yo disfruto igual de esto. Disfruto como nadie y lo sé porque cuando me he quitado los pantalones y los bóxers, tenía el rabo cubierto de precum. Lo sigo teniendo.

—¿Estás listo para que te haga el amor? —le pregunto acariciándole la mejilla.

Porque eso es lo que quiero hacerle. Quiero demostrarle lo que siento por él con mi cuerpo. Quiero acariciarle, besarle, morderle, follarle…, pero para arrancarle suspiros. Para conectar con él como nunca. Para hacerlo mío de una puñetera vez.

Veo que su mirada se humedece un poco mientras sonríe y todo el mundo desaparece.

Solo existe él ahora mismo.

—Estoy más que listo… —dice tras pasarse una mano por los ojos y secarse unas pequeñas lágrimas de emoción.

—No estarás llorando por mí… —le pregunto indirectamente, y él ríe con una mezcla de risa y sollozo—. Pequeño… —susurro abrazándole.

Jackson me abraza y entierra la cabeza en mi hombro, dejando salir el llanto que estaba conteniendo.

Espero un momento para separarlo de mí y mirarlo a los ojos. Mis labios besan su mejilla con suavidad y saboreo la salinidad en mi lengua.

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo, Jackson —susurro mientras mis manos recorren su rostro con ternura—. Estoy aquí contigo, siempre…

Esas palabras parecen tocar algo dentro de él, porque asiente, sonriendo, aunque sus ojos siguen llenos de lágrimas por la emoción. Me atrae hacia él y junta sus labios hinchados con los míos en un beso de lo más suave, como si estuviéramos sellando un pacto.

Se toma un momento antes de separarlos.

—Nunca me habían hecho sentir así, joder —explica temblando debajo de mí, con la voz rota—. Y supongo…, supongo que esta es mi manera de gestionarlo.

Mi corazón se rompe un poco al escuchar eso. Lo acaricio con delicadeza; mi cuerpo cubre el suyo, como si quisiera protegerlo de todo el dolor que ha soportado.

—¿Quieres que paremos? —le propongo, y él frunce el ceño inmediatamente.

—¿Qué ha sido eso de «hacerme el amor»? —pregunta burlándose, y noto cómo las mejillas se me tiñen de rojo.

«Cabrón…».

Ahí está el Jackson de siempre. Me acaricia la espalda mientras se ríe. Siento cómo nuestros cuerpos responden a la cercanía mutua, al calor de mi piel contra la suya.

—Quiero que me hagas tuyo —dice, al fin decidido—. Quiero sentirte de una puta vez…

Mi corazón late con fuerza al escuchar eso. Asiento y le beso por última vez antes de posicionarme entre sus piernas. Él se relaja y apoya por completo la cabeza en el suelo antes de separar los muslos lentamente.

—Voy a ser suave —le prometo—. Si en algún momento necesitas que pare, me lo dices —le pido, y él se muerde el labio cuando me escupo en la mano para lubricar de nuevo su entrada. La noto caliente, expectante a mi tacto y suave como la puta seda—. Dame un segundo —indico. Porque necesito volver a probarlo. Vuelvo a hacer lo mismo que antes para tenerlo accesible, y esta vez no lo tanteo. Ahora lo devoro con todas las ganas. Su sabor es él al completo y necesitaba probarlo de nuevo antes de dar pie a todo lo demás.

Jackson cierra los ojos y jadea prácticamente al mismo ritmo que mi lengua se hunde en él, y sé que ese sonido va a llevarme al mismísimo cielo.

Tras un momento asegurándome de que su entrada está más que lubricada y lista para el tamaño de mi pene, escupo sobre este y distribuyo la saliva por toda la largura.

Cuando lo alineo con su entrada, Jackson apoya los pies en mis pectorales, pero, con mi altura, me percato de que tiene que encorvarse demasiado. Tanto que sería incomodo.

—Dame un segundo —le pido cuando me separo de él para coger uno de los guantes que él había dejado en el lado del ring. Me mira confuso, pero, cuando lo coloco debajo de su espalda baja y me pongo donde estaba antes, lo comprende; ahora está más alto.

—Avísame con cualquier cosa —insisto antes de presionar mi erección contra su entrada. Me encorvo hacia él, porque necesito besarlo. Necesito tocarlo por todos lados a la vez y mis manos no dan abasto.

Gimo cuando la punta de mi miembro entra en él y noto su calidez y lo cerrado que está. Jackson me clava las uñas en la espalda cuando, despacio, sigo hundiéndome en él.

—Joder… —gime con su frente pegada a la mía—. Menuda puta pasada… —susurra antes de besarme, justo cuando mi pene le ha entrado por completo.

Noto cómo se cierra sobre mí con el ritmo de sus palpitaciones, adaptándose a mi grosor.

—Y tanto… —jadeo del placer.

Él cierra los ojos.

El corazón me va a mil.

—¿Bien? —le pregunto para asegurarme. Él asiente y empiezo a penetrarle lentamente.

Su calidez me vuelve completamente loco. Se me ponen los pelos de punta cuando noto que le entra perfectamente, como si estuviera hecho para mí.

Él tuerce el gesto cuando, con una embestida, se la meto al completo.

—Sigue así… —me pide, y cumplo su petición.

Lo penetro rítmicamente. Profundo y lento. Tengo el rabo tan duro que noto a la perfección todos y cada uno de los centímetros por los que me voy abriendo paso en su interior.

Jackson alza las caderas y baja las manos a mis glúteos, llevando el ritmo a uno más rápido.

Le junto las piernas y le follo como me pide.

A los gemidos de antes ahora se le añade el sonido de su piel contra la mía.

Echo la cabeza hacia atrás de puro placer y me controlo para no correrme ya dentro de él.

—Jackson… —susurro, y él me penetra con la mirada. No la aparta de la mía.

Sus jadeos me demuestran lo mucho que le está gustando y su manera de clavarme las uñas en la espalda hace que mi rabo palpite de placer dentro de él.

—Quiero que te corras dentro de mí —me pide sin ningún tapujo, y yo gruño de placer.

—Cállate… —le pido, porque empiezo a notar el hormigueo previo al orgasmo.

—Quiero que me llenes de ti —continúa—. Necesito que me hagas tuyo, Kilian…

—Jackson, joder… —gimo entre dientes, y le follo mucho más rápido que antes, arrancándole esta vez gritos de placer.

Él empieza a masturbarse rápidamente, al ritmo de mis embestidas, mientras me besa con una pasión indescriptible.

Junta su frente con la mía, y nos clavamos las miradas mientras yo me hundo en él.

—Te quiero —se me escapa cuando le acaricio la mejilla, al borde del orgasmo.

—Y yo.

Esas palabras me llevan al puto límite.

—Me corro —le aviso.

—Y yo —vuelve a responder cerrando los ojos por el placer, y veo cómo el semen le salpica todo el torso y le llega incluso a la barbilla.

Mientras él se corre, yo noto sus contracciones y finalmente eyaculo en su interior.

Mi cuerpo tiembla tras la intensidad del orgasmo, y escondo la cabeza en su hombro. Deposito un beso en él y le muerdo suavemente. Noto lo rápido que le late el corazón, igual que siento toda la humedad cuando salgo de él con cuidado.

Jackson suspira y cierra los ojos.

—Menuda puta barbaridad… —susurra.

Ambos nos damos un momento para recuperar la respiración.

Me acuesto a su lado y le acaricio la palma de la mano.

—¿Puede ser que me hayas dicho que me quieres? —le pregunto con la voz entrecortada, tanto por los nervios como por el orgasmo.

Jackson me mira y frunce el ceño.

—¿Eso he hecho? —pregunta vacilón.

—Eso me ha parecido oír…

Jackson se sube encima de mí y me besa el hombro, descendiendo por todo el torso.

—No te acostumbres… —dice dándome dos toquecitos en la mejilla—. Bueno…, ¿me follas otra vez? —me pregunta cogiéndome la polla por detrás de él y rozándola con su entrada.

No tardo ni dos segundos en ponerme duro.

—No voy a dejar de follarte hasta que me lo vuelvas a decir —le advierto.

—A ver cuánto aguantas… —me reta y, de pronto, sin saliva ni nada, se sienta encima de mi rabo, dando a entender que hoy ninguno de los dos va a dormir.

—Ahora me toca a mí tomar el control —dice moviendo las caderas.

Este chico me va a volver completamente loco…

33



JACKSON

Ya no puedo ver el ring de la misma manera. Me doy cuenta al entrar en el pabellón para recoger a Kilian. Las duchas de los vestuarios, las taquillas y hasta el banco de madera hacen que se me venga a la mente cómo follamos a lo bestia. Apenas dormimos. Apenas nos tomamos tiempo para descansar entre orgasmos, pero eso es algo con lo que yo contaba. La tensión que había entre nosotros ya lo vaticinaba. Ambos necesitábamos justo eso: apagar la mente aunque fuera por unas horas. Desconectar del boxeo. De su padre. De nuestras vidas. Y centrarnos en nosotros. En la puta química que tenemos y en lo bien que nos hacemos sentir mutuamente.

Soy consciente de que ayer le dije que lo quiero. No literal, solo dije «y yo», pero lo dije.

En ese momento, no estaba pensando en lo que decía, pero, joder, lo sentí. Lo tengo claro. Y ser capaz de contárselo dadas las circunstancias me quita un peso de encima.

Kilian me guiña un ojo nada más verme aparecer y me arranca una sonrisa. Ya son las siete y no le quedan más entrenamientos

que dar. Justo suena la alarma del contador de asaltos y se me encoge el pecho. Ha terminado el entreno. Ya es todo mío.

¿Estoy nervioso? Puede ser.

Ayer, o mejor dicho esta mañana, antes de irnos cada uno a su casa, acordamos tener otra cita hoy. Y él lo ha dejado todo en mi mano. Joder…, qué difícil me resulta organizar algo. O por lo menos algo para él. Porque no sé qué cojones puede gustarle ni qué no. Y aunque puedo hacerme una idea, puede ser que me dé algo de miedo no cumplir con sus expectativas.

Me paso una mano por el pelo y suspiro cuando se echa la bolsa de deporte al hombro antes de acercarse a mí.

—Tenemos que solucionar esto de que no pueda besarte al verte —dice como saludo.

—Hola a ti también —respondo sonriéndole. Él me pasa un brazo por los hombros y nos dirigimos hacia la salida.

—Hola —me susurra al oído.

Qué difícil se nos va a hacer dejar de follar cada vez que nos veamos. Lo sé porque noto cómo se me endurece en el pantalón con el mísero contacto de su brazo en mis hombros.

—Entonces… ¿qué quieres hacer? —pregunta, curioso.

—No tengas las expectativas muy altas, eh.

—Sabes que me da igual lo que hagamos, ¿no? —pregunta—. A mí con estar contigo me sobra.

—Deja la bolsa en tu coche —le pido. Me obligo a ignorar su comentario por nuestro bien. Poco a poco me estoy acostumbrando a lo pasteloso que Kilian puede llegar a ser. O a lo mucho que me gusta que lo sea.

—¿Y eso? —pregunta, acercándose al vehículo y haciendo lo que le pido.

—Tengo algo para ti —respondo cuando abro el compartimento de la moto. El pulso me va a mil por hora.

Saco el paquete y Kilian abre los ojos como platos.

—¡No puede ser! —alza la voz—. Me estás vacilando.

Se lo tiendo y él raja el papel que cubre el regalo.

El casco negro reluce en sus manos. Su nombre, grabado en mate, resalta con la tenue luz de las farolas.

—Tío, qué pasada… —dice admirándolo—. ¿Cuándo has comprado esto?

—Esta mañana —respondo encogiéndome de hombros, y él me abraza. Su calidez me envuelve y yo lo estrecho con fuerza.

—Gracias.

—Por nada.

Hace unos meses, nunca me habría imaginado regalando algo. Mucho menos un casco de más de cien dólares. Pero desde que empecé a ganar dinero con el boxeo y que mi madre está mejor, he ahorrado una cantidad considerable de pasta con los torneos y promociones de marcas que me ha conseguido Ann, la representante de Kilian.

Y, para ser sinceros, el sentimiento que me genera verlo tan entusiasmado por un simple casco me indica que ha merecido totalmente la pena cada dólar invertido.

Kilian no rompe el abrazo. Como me dijo ayer, nunca suele hacerlo. Así que disfruto de su cercanía unos segundos más y lo hago yo.

—Hoy vamos en mi moto —le ordeno.

Él sonríe y da unos pequeños botes de camino a esta como un niño pequeño.

—De no dejar que la toque a regalarme un casco para que me suba, ¿eh? —dice enarcando una ceja.

—Puede ser que te lo hayas ganado.

—Uy, qué fácil ha sido…

—Bueno, te has portado bien.

—Puedo portarme mucho mejor… —dice antes de guiñarme un ojo de nuevo y probarse su nuevo casco.

Y, joder…, le queda espectacular.

Cuando se sube la visera, sus ojos grises contrastan con el negro del casco. Sigue sonriendo y su expresión es preciosa. Aunque tenga unos rasgos duros, su mirada transmite una calidez demasiado tierna.

—¿Qué? —pregunta alzando la barbilla—. ¿Te gusta cómo me queda?

—Me acostumbraré. Espero… —le respondo subiéndome a la moto, ignorando de nuevo lo que provoca en mí—. ¿Tienes hambre?

—¿Después de entrenar? Siempre.

Kilian se sube detrás y, cuando noto sus piernas alrededor de las mías, siento un escalofrío.

—¿Adónde me llevas? —pregunta con curiosidad.

Pero no le respondo. Suficiente tengo con controlarme cuando pasa sus fuertes antebrazos por mi cintura para sujetarse.

—Bueno… —dice apretando el agarre—. Tienes suerte de que a mí sí que me gusten las sorpresas.

Su entusiasmo me pone incluso más nervioso de lo que ya estaba. Si supiera que lo llevo a uno de los sitios más cutres de Las Vegas…

Cuando giro el manillar hacia delante y Kilian oye el rugido del motor, aprieta un poco más su agarre.

Intento controlar la respiración.

Nos merecemos este momento.

Los torneos de la liga están por terminar y, antes de que empecemos con el intensivo de entrenos, merecemos este instante de paz.

Mañana tenemos toda la tarde de entrenos y pasado prácticamente igual. Este finde es el penúltimo torneo.

Suspiro y arranco la moto.

Kilian apenas se mueve, por lo que me es bastante fácil mantener el equilibrio y conducir tranquilamente. Sin embargo, este aprovecha un semáforo para sacar el móvil y echar alguna que otra foto.

La verdad es que el paseo lleno de neones está a tope de ambiente. Las Vegas nunca duerme. Incluso oigo algo de música a través del casco cuando paramos en los semáforos. Aún me sorprende la cantidad de casinos que hay en la ciudad y el lujo que rodea todo. Los rascacielos amenazan con hacerme sentir pequeño, pero es justo al contrario, me hacen sentir adrenalina. Dejamos atrás varias calles y nos incorporamos a la autopista.

Finalmente, llegamos a mi barrio y aparco la moto enfrente de una gasolinera.

Y no, no lo he traído aquí.

El restaurante está en la otra acera.

—¿Y esto? —pregunta Kilian al quitarse el casco, mirando a su alrededor.

Le cojo el casco y lo guardo junto al mío en el compartimento.

—Mi padre venía a este restaurante desde que era joven —le explico señalando la otra acera.

El cartel de neón del Tommy's ilumina el rostro de Kilian.

—Hacía tiempo que no me pasaba y, como está a las afueras, lejos de multitudes, creo que podremos estar seguros. Y, joder…, es que vas a flipar con las pizzas que hacen.

Él sonríe y se deja llevar dando a entender que le parece una buena idea.

Me sigue hacia el interior de la pizzería. El olor a masa recién horneada nos golpea y se me hace la boca agua al instante.

—Qué bien huele… —susurra a mi espalda, y me posa una mano en ella, incitándome a entrar.

—¡Pero bueno! —grita la camarera al verme.

Hacía años que no la veía.

—¿Cómo estás? —me pregunta tras dejar un trapo en una mesa para abrazarme.

Esto de no incomodarme con el contacto hace que me sienta algo orgulloso de mí y del progreso que estoy haciendo.

—Bueno, ni tan mal, la verdad —confieso, y ella sonríe.

—Ya veo, ya… —dice dirigiendo su mirada a Kilian. Alza una ceja, escaneándolo.

Si no supiera que es lesbiana de los pies a la cabeza, seguramente me pondría algo celoso.

—Yo soy Kilian. —Alza una mano para saludarla. Ella la estrecha y le sonríe de una manera encantadora.

—Me gusta la pareja que hacéis —nos susurra.

Siento cómo me sonrojo al instante.

—No somos…

—Todavía —me corrige Kilian al momento en un susurro.

—Dale tiempo —le aconseja como si yo no estuviera delante.

Él se ríe y asiente.

—Creo que le voy pillando el truco. ¿Has visto qué rojo se pone?

—Joder… —digo desviando la mirada y cogiendo aire—, ¿dónde nos sentamos?

—Donde quieras. Este sitio es tu casa, ya lo sabes.

El local no tiene muchas mesas y algunas están ocupadas. Me alegro de que aún tenga clientela después de tantos años. Ni me imagino lo difícil que es no morir a la sombra de las grandes franquicias que te ofrecen lo mismo o más por un precio más bajo.

Veo una mesa en el fondo y me encamino hacia ella.

Nos pone un mantel de papel enfrente de cada uno y, como ya sé perfectamente qué vamos a pedir, nos toma nota.

—Te gusta la pizza, ¿no? —le pregunto, dándolo por hecho.

—Mucho, pero creo que no he probado una desde que conocí a Will —confiesa—. Era muy estricto con la dieta. Y como empecé a sentirme mejor, al final dejé de comer cosas así. La última vez que lo hice fue contigo, cuando pedimos sushi.

Suspiro.

—Con que eres de esos… —digo sonriendo, porque le pega demasiado—. Eso es muy aburrido por tu parte.

—Me voy a meter veinte trozos de pizza entre pecho y espalda, Blake. Siempre puedo hacer excepciones…

—Buena respuesta.

Llegan los refrescos y pego un sorbo de mi Coca-Cola.

—¿Sabes? Nunca me has dicho cómo empezó todo —dice Kilian—. ¿Por qué el boxeo?

—Buena pregunta.

Me hace gracia que Kilian sepa cosas tan concretas sobre mí y que luego desconozca hechos tan simples como este. Es algo que hace que me dé cuenta del largo terreno que nos falta por explorar el uno del otro. Conocemos lo importante. Ahora solo falta tamizar…

«Sin prisa», me digo.

Me entusiasma la incertidumbre de no saber aún qué me depara este chico.

Ya no es ansiedad.

Ahora son ganas.

—Mi padre también luchaba, pero con amigos y tal. Un día me llevó con ellos y me volví adicto al boxeo. A la serotonina que te genera ganar un combate difícil, la incertidumbre de no saber cómo va actuar tu oponente; todo lo que envuelve al boxeo empezó a llamarme la atención y, tras ese día, le pedí a mi padre que me apuntase.

—Pura vocación, entonces —señala, girando los hielos de su bebida con la pajita. Mirándolos melancólico.

—Sí. Llevo desde los seis años dando puñetazos…

—Eso explica muchas cosas… —dice él. Toma un largo sorbo de su refresco y suspira—. Me sorprende lo parecidas que fueron nuestras vidas y cómo estas nos han hecho daño por lados completamente distintos.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—Tu padre te metió en el mundillo. El mío también. Tú lo disfrutabas, yo lo odiaba. Mi padre me daba hostias si no luchaba, mientras que el tuyo te apoyaba. Son vidas parecidas pero a la vez no lo son, ¿sabes?

Sí, lo sé. Asiento.

—Tú peleaste en las peleas ilegales por él y yo por mi ex —hago otra comparativa.

Kilian suspira de nuevo.

—A ver, vamos a jugar a ese juego para conocernos mejor.

—Qué tenemos, ¿quince años? —le pregunto sonriente.

—Si las cosas se hicieran siempre como cuando teníamos esa edad, el mundo sería un lugar mejor.

—¿Qué harías si tuvieras quince?

Kilian dirige la mirada a mis labios y se le escapa una sonrisa pícara.

—¿Ahora mismo? —me pregunta muy seriamente—. Te besaría. Porque, no sé por qué, pero te brillan los ojos como nunca, Blake.

Kilian me acaricia discretamente la mano que tengo encima de la mesa.

—De hecho… —susurra antes de inclinarse hacia mí mientras me devora con la mirada.

¿En público? ¿Delante de todos?

El corazón me late más rápido y empiezo a formular miles de preguntas y a imaginar las posibles consecuencias de ser tan imprudentes.

Me aprieta la mano y entrelaza sus dedos con los míos. El calor de su piel viaja por todo mi brazo y me da un pinchazo en el corazón.

Un engranaje parece que empieza a girar dentro de mí.

—Mi padre y Will ya saben que estamos más o menos juntos. Y, bueno…, creo que si lo hacemos público la mejor manera de hacerlo sería con normalidad, ¿no? —me pregunta—. Aunque podemos esperar todo el tiempo que quieras, quería que supieras que me

muero por cogerte de la mano por la calle y besarte cada vez que me dé la gana.

Finjo que me sorprende que Will ya lo sepa, porque él no sabe que escuché la llamada. Luego sopeso varias opciones antes de responder.

—Está claro que yo también quiero hacer todo ese tipo de cosas sin preocuparme, Kilian… Pero me da miedo que en el ámbito del boxeo se líe parda, porque se va a liar, y ahora que estamos tan cerca de la final… No quiero tirarlo todo por la borda.

Kilian asiente y me sonríe.

—Dicho queda. ¿Y si lo decimos en la final? —propone.

Un rayo de esperanza me abraza.

—Si quedo en el podio, podríamos decirlo, sí —le digo para no ponérselo tan fácil. Sé que le gustan los retos.

—Voy a hacer que llegues a ese podio como que me llamo Kilian Fierce —asegura—. Prepárate para los entrenos más duros de tu vida.

—¿Más duro aún? —le pregunto con doble sentido y él sonríe.

—Todo lo que aguantes…

Pongo los ojos en blanco justo cuando llega Camila con las dos pizzas que he pedido.

Cuando Kilian se mete una porción en la boca, sus ojos se abren como platos y sus hombros se destensan.

—Madre mía…

Al ver que le ha gustado, me quedo mucho más tranquilo. No exagero si digo que nos las comemos en completo silencio en menos de diez minutos.

—Qué ricas estaban, Dios… —dice Kilian acariciándose la tripa y estirándose en la silla.

Y en este preciso momento, me doy cuenta de que sí. De que aunque me falte mucho por descubrir de él, es esta monotonía la que quiero en mi vida.

No necesito estar con miles de personas.

No necesito «explorar» más.

Solo necesito tranquilidad y alguien con quien compartir mis logros y mis fallos.

Y aunque, si me lo hubieran preguntado hace unos meses habría dicho lo contrario, Kilian Fierce me vuelve loco y ya no puedo hacer nada al respecto.

34



KILIAN

La coleta de Ann se mueve grácilmente con cada paso que da hacia mí.

Se acerca con una sonrisa que le ocupa toda la cara y, cuando llega a mí, me saluda con dos besos.

—¡Madre mía! ¡Parece que no te veo desde hace años! —dice mirándome de arriba abajo—. Te veo genial, rey.

—Tú también estás estupenda —le devuelvo el cumplido, sonriente.

Unas gafas de sol con forma alargada le decoran la cara.

—¿Un vinito? —le pregunto cogiéndola del brazo.

—Sabes que no puedo decir que no a eso… —afirma, y ambos andamos hacia una terraza.

Yo sigo aún con ropa de deporte porque acabo de salir de entrenar a Jackson.

—Sé perfectamente lo que me vas a contar, así que dispara, ¡que estoy impaciente! —dice con un chillido agudo.

—¿Tan predecible soy? —le pregunto.

—La gente no tiene ni idea, pero para los que te conocemos… es fácil. ¿La historia que subiste ayer en su moto? Amor…, grita romance a los cuatro vientos.

Me pongo rojo al instante y niego con la cabeza, desviando la mirada.

—¡Ay, madre mía! ¡Que te has enamorado! —dice emocionada, juntando las manos—. Necesito que me lo cuentes todo.

El camarero llega y, mientras nos sirve las copas de vino, empiezo a contarle los acontecimientos. Que nos liamos por primera vez en la discoteca, sin conocernos. Que la segunda vez fue cuando ya le entrenaba, después de un estreno de mierda con Dawn. Que la tercera fue antes de entrar en el primer torneo con intención de que mis labios se convirtieran en su fuente de nicotina…

Las peleas ilegales. La fiesta de Halloween. Su cumpleaños. Los guantes que le regalé…

Todo. Se lo cuento todo. Porque necesito contárselo a alguien y sé que Ann me va a apoyar en esto.

—¿Y cuándo lo vais a hacer público? —me pregunta. La sonrisa de su cara no ha desaparecido en ningún momento de la conversación.

—Pues… no tengo ni idea. Se supone que cuando Jackson acabe con la liga. El mundo del deporte es una mierda con estos temas, y a él le da miedo tirar todo por la borda solo por esto…

Ann se lleva la copa a los labios y se acaba el vino.

Levanta la mano y pide otra.

—A ver…, no hay mal que por bien no venga. Él está consiguiendo campañas y promociones buenas por ser quien es. Pero acaba de empezar. ¿Tú sabes cómo lo petarían unos referentes LGBT como Jackson y tú? ¡Y más con esta historia! La gente está deseando

creer que esto es posible. Vosotros podríais empezar a ser la luz al final del túnel para muchos.

Medito las palabras de Ann por un momento.

—Si aceptamos…, hacerlo público, digo, lo haríamos desde la normalidad. Ni comunicados ni nada. Quiero que se nos vea, que se nos descubra como podrían descubrir a una pareja heterosexual cualquiera.

Ann asiente.

—Lo mejor es eso, sí. En temas de marketing…, a ver, está claro que muchas marcas van a rechazaros, pero también da por sentado que muchas otras os van a abrir los brazos de par en par. No te preocupes por el trabajo, no creo que suceda nada. En temas de boxeo…, creo que los dos podréis apañároslas. Aparte, tú nunca quisiste formar parte de ese mundo.

Y cuánta razón tiene.

Que alguien se atreva a decirnos algo.

Cuando Jackson se vuelve una fiera en el ring, acojona hasta al más grande, y yo…, yo, si quiero, parto huesos con mirarlos.

Me encojo de hombros.

—Ya hablaré con Jackson sobre todo esto. Aún no hemos sellado ni cerrado nada. Estamos fluyendo. El hecho de que no puedan vernos también tiene su punto, ¿sabes?

Ann ríe y asiente.

—Ya me imagino… Pero, bueno, ¿tú estás feliz? —me pregunta.

—¿Yo? Es verlo y que desaparezca toda mi mierda. Lo único que me preocupa es mi padre, que se le ha metido entre ceja y ceja que pelee de vuelta en las ilegales. Hasta ha provocado el incendio del pabellón de Will.

Ann abre los ojos como platos.

—No jodas… —dice cogiendo su copa con más fuerza—. Te juro que, como os haga algo, corto cabezas…

Yo suspiro.

—Es todo tan jodido… —empiezo a explicarle—. Me molesta porque no quería meter a Jackson en esto, pero después de tantos años sin la presencia de mi padre por aquí, había olvidado que tiene ojos por todos lados, así que ya no hay forma de mantenerlo al margen.

—Lo sabe todo, ¿no? —me pregunta.

—Sí, por desgracia sí. Hasta lo conoce.

Ann mira a nuestro alrededor, claramente inquieta, como si tuviéramos a miles de personas observándonos. O a varios matones escondidos acechándonos. Con mi padre cerca nunca se sabe.

—¿Qué crees que es lo máximo que está dispuesto hacer para tenerte de vuelta? —pregunta con un susurro.

Antes de dormir, se me viene esa pregunta a la cabeza, pero siempre la evito. Porque no soy capaz de imaginarme un mal final para Jackson y para mí. No cuando justo acabamos de empezar a construir algo.

Suspiro de nuevo y mi pierna derecha empieza a moverse sola por la ansiedad. También me cuesta un poco más respirar.

—Todo —respondo sin duda—. Está claro que está dispuesto a todo, Ann. Y muy en el fondo sé que estoy disociando. Hago como si no existiese porque estoy acojonado por lo que pueda venir. Me convenzo a mí mismo de que el incendio ha sido por culpa del estado del pabellón y no por mi padre —confieso—. Pero no puedo mirar a otro lado. No puedo… Ni por mí ni por él.

Ann me coge una mano por encima de la mesa y me acaricia la piel con sus uñas recién hechas.

—Rey…, mírame —me pide, y lo hago—. Eres uno de los boxeadores más grandes de Las Vegas, y Jackson está en camino de serlo. No te olvides de eso. Sois mucho más de lo que creéis.

—Gracias, pero…

—Nada de peros, Kilian. En cuanto pase algo, me avisas. Tengo muchos colegas policías y, joder…, debéis ponerle solución más pronto que tarde. No tenéis que dar pie a que esto crezca todavía más.

—Es complicado. No creo que la policía pueda hacer mucho al respecto —digo. Desvío el tema porque si no lo hago…—. Pero gracias. Te avisaré si pasa algo.

—Vamos a salir de aquí, ¿vale? —dice besándome la mano. Me deja una pequeña mancha roja de pintalabios—. Y si empezáis a salir, creedme que vais a ser superpopulares entre los gais y las chicas. Ya me encargaré yo de ello.

No sé cómo lo hace, pero Ann siempre es capaz de arrancarme una sonrisa cuando me siento deleznable.

—Gracias… —le digo dándole un apretón.

—¡Por nada, hombre! —responde con un gesto de la mano, restándole importancia—. Dicho esto, ¿cuándo me lo vas a presentar? Que mucho «encuéntrale promociones…», pero no me llevo la parte divertida…

Se me escapa una carcajada y varias de las mesas de alrededor nos miran curiosos. Bajo la voz y sigo riéndome por lo bajo.

—Tenía que contarte lo que había pasado antes de nada. Aparte, que solo follamos, Ann.

—A ver…, estás pillado hasta las trancas. No hace falta ponerle etiquetas a nada, pero tu caso es obvio.

—No es tan obvio —me defiendo.

—No para tus seguidores heteritos, pero algún gay que te siga por tu físico seguramente lo haya pensado ya.

—Anda que…

—Es una realidad. ¿Quieres otra? —dice señalando su copa de vino, otra vez vacía.

Yo asiento y, al final, acabamos bebiendo mucho más de lo que esperaba.

—Hay una cosa que me reconcome por dentro —le confieso—. Necesito un consejo, Ann. Y necesito que seas sincera —suelto, dejando la copa sobre la mesa con un golpe seco—. Hay algo que Jackson no sabe. Algo que solo sabéis Will y tú.

Ann se pone tensa. Sabe perfectamente de qué estoy hablando. La atmósfera en la terraza cambia y se vuelve pesada, asfixiante.

—Lo de Killer —dice ella, en un susurro, inclinándose hacia delante para prestarme mayor atención.

—No sabe que es real —asiento, sintiendo cómo el aire se me escapa de los pulmones—. Él cree que es marketing, una marca para vender más entradas o intimidar a los rivales. Pero no sabe lo que pasó en aquel ring ilegal hace cinco años…

Me paso las manos por el pelo, hundiendo los dedos en el cráneo como si pudiera arrancar el recuerdo.

—Jackson viene de un pozo de violencia pura, Ann. Me dio a entender que ha pasado por cosas muy feas y aun así me mira como si yo fuera lo más limpio que ha tocado nunca. ¿Cómo se supone que le tengo que decir que el hombre que lo abraza por las noches

es un asesino? Tengo pánico de que, en cuanto se lo diga, vea a Sylas reflejado en mí, y no quiero ser otro monstruo en su vida. No quiero que me tenga miedo.

Ann guarda silencio un momento, dándole un trago largo a su vino. Luego deja la copa y se inclina hacia mí, atrapando mi mirada con esa firmeza que la hace tan buena en lo suyo.

—Escúchame, Kilian. Su ex seguramente disfrutaba con el dolor. Tú llevas cinco años muriéndote por dentro por un accidente que provocó tu padre. Esa es la puta diferencia —dice con voz cortante —. Pero tienes razón en una cosa: si no se lo cuentas tú, puede que tu padre lo haga. Y, si lo hace, lo hará para destrozaros.

—Lo sé. Pero no sé cómo hacerlo sin romperlo.

—Busca un momento bonito —me dice Ann, suavizando el tono—. Un momento en el que Jackson se sienta seguro, donde el mundo esté en calma. No se lo sueltes como una confesión de culpabilidad en mitad de una crisis. Hazlo con calma. Explícale que Jackson Blake es el motivo por el que quieres ser alguien distinto a Killer.

—¿Y si me deja? —la pregunta sale de mi boca antes de que pueda frenarla. Es el miedo más puro que he sentido jamás.

—Si Jackson es el chico que me has descrito, no se irá. Le dolerá, claro. Le recordará cosas feas. Pero tiene que saberlo sí o sí, Kilian. No puedes construir nada real con él si Jackson Blake está enamorado de una mentira.

Ann pone una mano sobre la mía y aprieta con fuerza.

—Díselo tú. Antes de que el pasado os alcance. Haz que entienda que ese nombre murió en aquel ring y que el hombre que tiene delante ahora es el que está dispuesto a ponerse contra las cuerdas por él.

Me quedo mirando el fondo de la copa, procesando sus palabras. Ann tiene razón, pero el peso en mi pecho es insoportable. Sé que tengo que hacerlo, pero el miedo a que el brillo de los ojos de Jackson se apague al descubrir quién soy realmente… es algo para lo que ningún entrenamiento me ha preparado.

Suspiro antes de beberme el último trago de la copa de vino y Ann procede a pagar. Tiene la manía de pagar siempre ella. Nos despedimos con un fuerte abrazo y acordamos que la avisaré si mi padre hace algo o si quiero llevar a cabo algún plan. Aunque espero que no vuelva a hacerlo, o que, si lo hace, no sea tan pronto. Porque, si sigue presionándome, estaré obligado a volver a las peleas ilegales. Y no sé en quién me convertiría si acabo luchando de nuevo allí.

Voy algo contento por las copas de vino que me he tomado cuando me subo al coche.

Con el corazón en la boca, no tardo mucho en llamar a Jackson antes de arrancar. Él responde al instante.

—Oye, estoy de camino a casa. ¿Qué haces? —le pregunto. Oigo algo de barullo de fondo.

—Estoy con Dean y Sarah, que han organizado una fiesta y tal, ¿estás bien? —me pregunta, y sonrío.

Creo que, después de estos meses, el concepto de «bien» se ha ido perdiendo. Bien estaba antes, ahora… simplemente estoy.

—Pensando en ti y en lo que me apetece dormir contigo. ¿Te vienes o qué? —le pregunto, juguetón.

—Dame un segundo —me pide. Ni siquiera silencia el micrófono y escucho perfectamente cómo sus amigos no dudan y acceden a que venga a pasar la noche conmigo—. Vale, voy para allá.

—Perfecto. Te quiero mucho, lo sabes, ¿no?

—Joder, cállate —me pide, avergonzado—. Como te pongas así no voy, ¿eh? —me advierte. Pero oigo cómo se despide de sus amigos y sonrío.

—Te quiero aquí acostado en la cama…, tumbado bocabajo, desnudo…, todo para mí.

—Dame diez minutos —me pide, impaciente, y cuelga.

Hoy se acaban los secretos. Jackson tiene que conocerme al cien por cien si quiero tener algo sincero con él.

Sigo nervioso cuando llego a casa y recibo a Sombra.

Lo que quiero a este ser no es normal. La cojo y la tiro en mi cama, y empieza a corretear por ella, ladrando mientras gira sobre sí misma. La atrapo y empieza a lamerme la cara.

Me pego una ducha rápida y decido no ponerme nada más que una toalla.

Porque me encantará ver su reacción.

Enciendo varias velas y justo suena el timbre de casa.

Abro la puerta y Jackson se lanza a mis labios como si fuera la última vez que los fuera a besar.

Y me aterra pensar que lo que le voy a contar va a acabar con esto para siempre.

35



JACKSON

Sus labios saben a vino. Los míos a cerveza barata. Ambos estamos a tono. Y se nota. Se nota en cómo me acuna la cara en sus manos para besarme. Se nota en la lentitud del movimiento de nuestras lenguas al entrelazarse. Se nota en el cariño de mis dedos acariciándole la espalda y en el bulto que se marca en la toalla que rodea la cintura de Kilian.

—Pasa —me ordena. Entro en su casa y Sombra me recibe con el mismo ánimo de siempre. La acaricio y, cuando alzo la mirada, pillo a Kilian sonriéndome.

—Le gustas mucho —observa.

—Creo que al dueño le gusto más…

Él se acerca a mí y me besa la frente.

—Mucho más —susurra antes de juntar sus labios con los míos.

No sé si es por la cerveza que he estado tomando antes o por sus labios, pero no siento nada más que su boca. Su sabor acapara todo y, cuando deja de besarme, me siento mareado, como si fuese una droga.

—Voy…, voy a ponerme algo —informa.

No le digo que no, porque sé que, si no se pone algo en este mismo instante, empezaremos a follar aquí y ahora. Y a mí siempre me ha gustado eso de jugar un poco al principio.

Cuando entro en su habitación, veo que la luz de las velas ilumina tenuemente la estancia. Encima de las sábanas negras hay dos botes, y yo niego con la cabeza.

¿Qué trama?

—Había pensado… —empieza a decir desde su vestidor, como si me hubiera leído la mente— que podría darte un masaje…

—Ah, ¿sí? ¿Y eso? —le pregunto quitándome la camiseta cuando veo que él solo se ha puesto unos bóxers azul marino.

—Porque tengo ganas de tocarte… Y porque quiero que mi luchador estrella vaya sin contracturas al último torneo antes de la final.

Se me viene a la mente el recuerdo de cuando me lesioné y él me hizo un masaje con la pomada antiinflamatoria. Sentir sus manos masajeándome la espalda fue increíble. Kilian se me acerca y me pasa una mano por la espalda baja, lo que me pone los pelos de punta.

—¿Qué te parece? —me pregunta.

—Una muy buena idea… —respondo quitándome el pantalón. Lo dejo caer.

Solo se oye el sonido de la tela cuando me lo quito de los pies y nuestras respiraciones. Nada más. Como siempre: él y yo.

—Túmbate… —me pide con un susurro, devorándome con la mirada.

Hago lo que me pide y me acuesto bocabajo, a su merced.

Noto cómo se sienta en mi espalda baja con cuidado. Oigo cuando abre el bote de aceite y deja caer una línea de líquido por mi columna vertebral. Inconscientemente, arqueo la espalda y noto su respiración un poco más profunda. Sus fuertes manos extienden todo el aceite y, en ese momento, me dejo llevar por el gusto. Noto sus manos por todos lados. Los hombros, la espalda, el cuello…

Gimo cuando presiona una contractura.

—Nunca había tenido tanto tiempo para fijarme en tus tatuajes.

—¿Te gustan?

—Mucho. El dragón este… —dice pasándome la mano por mi columna vertebral, siguiendo las curvas de la cola del dragón— es mi favorito. ¿Qué significa?

Recuerdo perfectamente que me lo hice antes de entrar a trabajar en la obra en Londres.

—Fuerza, valentía y unión. Ese, el corazón de espinas y la llama del brazo son los únicos que tienen significado. Los demás son por estética.

—Son bonitos —dice, y no pregunta por el significado del corazón, seguramente porque lo intuye. Sigue presionando puntos específicos de mi espalda con mucha precisión. Empieza a conocer dónde tengo las contracturas y ejerce presión en ellas. El dolor lucha contra el placer y se me ponen los pelos de punta del gusto.

—Me gusta cómo tu cuerpo reacciona ante mí… —me susurra al oído—. Cuéntame qué significa la llama…

A mí también me gusta, y mucho.

Ahora, en vez de apretar, me acaricia la espalda con las yemas de los dedos con suavidad, lo que me provoca escalofríos.

—Amor. Leí en un libro que el fuego quema y calienta a partes iguales. Solo tienes que saber cómo acercarte a él. Y decidí tatuármelo para recordarme eso a diario. Pero luego en la práctica ya sabes… —Kilian se ríe sobre mí.

—Me ha gustado, Blake.

—¿Y tus tatuajes? —le pregunto con curiosidad—. ¿Qué significan?

Sus dedos se detienen abruptamente en mi espalda, como si la pregunta le hubiera tomado por sorpresa.

—Todos tienen significado… ¿Cuál te gusta más?

No dudo ni por un segundo.

—La calavera.

Noto cómo Kilian se tensa encima de mí.

—La dichosa calavera…

Suspira profundamente antes de seguir hablando, como si le costase decir lo que está a punto de contarme.

—Me la hice como forma de castigo. Hice algo hace unos años y fue mi manera de recordármelo. Hoy en día me sigue atormentando de vez en cuando y por eso las pesadillas y tal… —Su voz tiembla mientras se sincera. Noto un deje de duda, como si se estuviera debatiendo sobre si es buena o mala idea contármelo.

—¿Tan grave fue? —le pregunto, y él se baja de mi espalda.

Me doy la vuelta y nos miramos a los ojos.

—Tan grave como para ganarme el apodo de Killer, Jackson.

Mi mundo se detiene.

¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—Por eso odio que me llamen así. Porque nadie sabe de dónde viene ese mote realmente y lo que provoca en mí cada vez que lo

escucho. Era un crío cuando pasó y cambió mi vida de tal forma que…

Dejo de escucharlo. Me empiezan a pitar los oídos.

Kilian acaba de confesarme que ha matado a una persona.

Noto cómo mi pecho empieza a cerrarse con una rapidez vertiginosa. Él deja de hablar. Me mira con la mandíbula tensa. Sus ojos grises están llenos de arrepentimiento cuando arranca su mirada de la mía y mira el suelo.

Cojo aire, o lo intento. Mis pies se mueven solos. Voy y vuelvo por la habitación mientras intento organizar mis ideas o por lo menos entender qué cojones significa esta nube de mierda que me cubre la cabeza. Imágenes de Kilian dando de hostias a un chaval a puño limpio, con fuerza, hasta acabar con su vida, hacen que se me revuelva el estómago.

«Joder, joder, joder. ¡Joder!».

Me deslizo por la pared hasta quedar sentado en el frío suelo de su habitación. Inevitablemente, me siento demasiado expuesto y busco mi ropa con las manos temblorosas.

Kilian no habla, se queda helado, pero cuando ve que cojo el pantalón que traía hace el amago de acercarse a mí con cuidado.

Por pura inercia, me alejo de él y solo soy consciente de lo que estoy haciendo cuando veo el dolor en sus ojos grises, que parecen negros ahora.

—Blake… —susurra con la voz rota.

—No.

Niego con la cabeza. Mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas.

Cojo la camiseta y me la pongo con prisas. Necesito salir de aquí.

—Joder, ¡Jackson! —alza la voz y me encojo un poco.

—¿Cómo cojones se te ocurre soltarme esto así? —exploto— ¿Estás bien de la cabeza?

—Pensé que…

—¿Que qué, Kilian? ¿Que me daría igual que hayas matado a alguien? Joder, estoy en la mierda, pero no soy tan gilipollas, ¿sabes?

El corazón se me encoge mientras Kilian se pasa una mano por el pelo.

—Tenía que contártelo…

Cojo aire antes de explotar.

—Y has tenido que esperar a que estemos de puta madre para hacerlo, ¿no?

Él no responde.

Mi paciencia se empieza a acabar. Niego con la cabeza.

—No sé cómo querías que reaccionara —me sincero—. Sabes perfectamente de dónde vengo y esto… Esto lo cambia todo, joder.

Sylas me viene a la cabeza y frunzo el ceño cerrando los ojos con todas mis fuerzas, intentando sacarlo de mi mente como pueda.

—Por eso quería…

—Me voy —lo corto.

No puedo escucharlo más.

Él agacha la cabeza, rindiéndose.

Cojo mis cosas de su mesilla de noche y me las meto en el bolsillo apresuradamente. Me doy la vuelta y desaparezco de su habitación dando un portazo. Ni siquiera miro atrás, y él tampoco intenta seguirme.

Dijimos que no más secretos, y míranos, como si este no fuera uno que lo cambiase todo.

Salgo de su casa y me subo a la moto tan rápido como puedo.

Mi ex me daba palizas de muerte y ahora el chico que me gusta es un puto asesino.

De puta madre, Jackson. Así te va.

36



KILIAN

Estoy sentado en la silla de la psicóloga, mirando la pared blanca. Hacía tiempo que no venía, pero lo necesito. Ahora más que nunca.

Silvia me mira, pero no me presiona. Por eso me gusta tanto: porque me ayuda a desenredar mi cabeza y a entenderme mejor.

Paso las manos por mis vaqueros y siento el sudor en las palmas. Lo sé, sé que tengo que hablar de ello, pero no quiero, no… puedo. Pero tengo que hacerlo.

—Kilian, ¿quieres hablar de nuevo de lo que pasó esa noche? —me pregunta con esa voz tranquila que me pone más nervioso aún.

Asiento, pero no sé por dónde empezar. Mi garganta está seca y el corazón me late como si quisiera salírseme del pecho.

Cierro los ojos y ahí estoy de nuevo: en la pelea, con el calor de las luces sobre mí, el olor del sudor, con la adrenalina inundando mis venas.

Era solo un adolescente como yo, apenas un poco mayor. ¿Qué tendría?, ¿diecinueve?, ¿veinte años? Ambos nos mirábamos con miedo disfrazado de furia. El público nos rodeaba clamando sangre, espectáculo, como si fuéramos dos animales en una arena. No había

escapatoria. Era pelear o decepcionar a mi padre y perder mi vida, así de simple. Y yo…, yo solo quería que todo acabara y volver a casa.

—Lo veo todavía —le digo finalmente a la terapeuta, abriendo los ojos. El recuerdo está tan fresco como si hubiese pasado ayer—. Veo sus ojos, el miedo, el… vacío de cuando todo terminó.

Ella me hace una señal con la cabeza y me anima a continuar. Me quedo en silencio un momento, como si las palabras se negaran a salir.

—Todo pasó demasiado rápido. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Estaba en piloto automático. Él lanzó un puñetazo, yo lo esquivé y luego… lo golpeé. Una, dos, tres veces. Y la última vez… —mi voz se rompe y trago saliva—, lo tiré al suelo y se desnucó. Hubo un crujido. Ese sonido… me persigue en mis pesadillas cada noche.

Me inclino hacia delante, apoyo los codos en las rodillas y trato de no perderme en el recuerdo.

«No fue solo un accidente, Kilian. Sabías lo que hacías», dice mi voz interior, pero la terapeuta solo escucha.

—¿Qué pasó después? —pregunta ella, suavemente, incitándome a seguir hablando.

—Silencio. —Eso fue lo peor—. Todo se quedó en silencio. Los gritos se callaron de repente. Él no se levantó. Yo solo… —aprieto los puños y las uñas se me clavan en las palmas— me quedé allí, de pie, mirándolo. Su sangre… Había sangre, pero era más el sonido…, el silencio, como si todo se hubiera apagado de golpe. Ni siquiera pude correr. Me quedé paralizado mirando su cuerpo, sabiendo que lo había hecho yo. Que fui yo quien había terminado con su vida.

Empieza a dolerme la cabeza. Silvia me da un momento mientras intento soportar el peso del recuerdo.

—¿Cómo te sientes ahora cuando piensas en eso? —pregunta ella, llevándome de vuelta al presente.

¿Que cómo me siento? No sé cómo describirlo. Parte de mí se siente como una mierda. Otra parte… está entumecida. Pero sobre todo siento que me define. Ese momento cambió quién soy. Cambió todo. Me hizo lo que soy hoy.

—Siento… que no puedo escapar de eso —le digo finalmente—. De las hostias que me daba mi padre cada vez que me escondía en casa con tal de no luchar. De todo lo que vi. No…, no sé. Después de que mi madre falleciera, fue como si me hubiera ido con ella. Siento que no importa lo que haga, que mi pasado siempre va a formar parte de mí. —Cojo aire—. Y lo peor es que ahora Jackson lo sabe. Se lo dije y lo vi tan asustado… Me miró con miedo, con duda. Y tal vez no pueda soportar estar con alguien que ha vivido y hecho lo que yo hice.

Silvia asiente sin juzgarme, como siempre.

—Tal vez no puedas cambiar lo que pasó, Kilian —dice ella—. Pero está en tus manos cambiar el ahora.

Asiento, aunque no estoy seguro de que eso sea posible.

—Eso es lo que más miedo me da —le digo—. Que no importa cuánto quiera ser mejor; siempre seré esa persona que cometió un error tan grande que no tiene vuelta atrás.

Mi voz se apaga y me doy cuenta de que todo esto no es solo sobre lo que pasó. Es sobre cómo me afecta ahora. Es sobre los ojos marrones de Jackson con ese matiz de terror. Sobre el miedo de que

nunca me acepte, sobre el miedo repentino que me da solo pensar en perderlo.

Y eso…, eso es lo que más me acojona.

Perderlo.

Mis piernas suben y bajan incontrolables, el ritmo marcado por la ansiedad que me consume por dentro. No quiero estar aquí, no quiero hablar más, quiero volver con Jackson y que me diga que todo está bien. Pero no. Eso no va a pasar.

Cierro los ojos e intento regular la respiración, pero lo único que logro es que las imágenes vuelvan con más fuerza, mezclando la pelea de hace años con la discusión de ayer.

«¿Que qué, Kilian? ¿Que me daría igual que hayas matado a alguien? Joder, estoy en la mierda pero no soy tan gilipollas, ¿sabes?».

Cojo aire y lo suelto por la boca lentamente.

—No sé qué hacer con Jackson —confieso, y ella asiente.

—¿Quieres reconducir la conversación por ahí?

Aprieto la mandíbula y junto las manos, buscando un mínimo de apoyo.

—Es lo que necesito.

Silvia termina de escribir una frase y cierra el boli con un clic que me pone aún más nervioso.

Trago saliva. Mi garganta está seca y áspera, pero consigo hablar.

—No…, no se lo tomó bien. Él también tiene un pasado duro y…, en fin…, no tendría que habérselo contado así.

Silvia asiente de nuevo.

—Vale, entonces ¿ahora te sientes culpable por habérselo contado?

—No…, no lo sé. En cierta parte me siento algo liberado por haberlo hecho, pero a su vez, todo ha vuelto. La culpa por lo que pasó, el miedo que me cogieron mis amigos, mi padre sacándome del instituto, cómo poco a poco me quedé solo… —Trago saliva. Las piernas me tiemblan desenfrenadamente—. Me da miedo volver a quedarme solo. Me acojona perderle a él…

Ella escribe y escribe, y yo intento no romper a llorar. Silvia coge un folio y dibuja dos círculos grandes, uno dentro de otro.

—Mira, Kilian…, este círculo —indica señalando con el boli el que está en el interior— representa todo lo que está en tu mano: tus decisiones, tu culpa, cómo haces las cosas…

Va anotando estas cosas dentro del círculo.

—Y en este están las del resto. Estaba en tu mano contarle esto a Jackson. Pero su reacción no tiene que ver contigo. Tú solo puedes controlar lo que sale de ti y cómo gestionas lo que sale de los demás.

—Pero… —le digo torciendo el gesto.

—Escúchame, por favor. Tú has hecho lo correcto. Ahora hace falta tiempo para que todo se airee y tome una nueva perspectiva. Especialmente porque Jackson tiene que digerir lo que le has contado.

Dejo que sus palabras me calen hondo.

Tiempo. El maldito tiempo…

Pero sí, puede que tenga razón y sea eso lo que necesitamos. Pero con los torneos y la liga…

Ella guarda silencio un momento. Siento que lo peor está por salir.

—Dices que no hay manera de arreglarlo, pero lo que te preocupa más ahora es cómo esto afectará a tu relación con Jackson. ¿Por qué

crees que reaccionó así? —me pregunta. Aunque en su tono no hay juicio, me hace sentir expuesto.

—Porque soy peligroso. —Esas palabras me queman al salir, pero lo hacen solas—. Maté a alguien, y, aunque fue hace años eso no cambia el hecho de que soy capaz de hacerlo, ¿no? ¿Cómo podría Jackson querer estar conmigo sabiendo eso?

»Sé que no me va a perdonar —continúo con la voz temblando—. No debería hacerlo. Y duele. Porque con Jackson…, por primera vez en mi vida…, sentí que alguien me veía como Kilian y no como Killer, ¿sabes? Y ahora todo se ha ido a la mierda.

La terapeuta se inclina un poco hacia mí, sus ojos llenos de una empatía que no siento que merezco.

—Kilian, todos cometemos errores, algunos más grandes que otros. Pero lo importante es cómo lidias con ellos. Jackson necesita tiempo para procesar lo que le has dicho, y tú también necesitas tiempo para procesar cómo te sientes al respecto.

—No sé si el tiempo será suficiente —insisto. Mi mirada se clava en el suelo—. Lo vi en su cara. Lo asusté. Soy lo último que quiere en una relación. La violencia. La muerte…

Silvia me detiene.

—¿Tú le has demostrado que eres eso? —me pregunta con calma y suavidad.

Niego con la cabeza al instante, porque siempre me he esforzado en mostrarle lo mejor de mí. En hacerle sentir bien.

Y por eso cada segundo que pasa sin una llamada, sin un mensaje, me destruye más. Estoy intentando darle espacio, pero la espera es insoportable.

Ella suspira.

—Kilian, no tienes que tener todas las respuestas ahora mismo. —Su voz me llega como un eco—. Lo más importante es que te des permiso para sentir, para enfrentarte a este dolor y encontrar una forma de sanar.

Sanar parece imposible cuando todo lo que quiero es volver atrás, pero no puedo. Ya está hecho.

Me recuesto en la silla, exhausto, y cierro los ojos. Y el vacío de su ausencia… es peor que cualquier golpe que haya dado en ese maldito ring.

Me doy cuenta de que Jackson es todo lo que necesito. Porque si decide que no puede estar conmigo, no sé si podré con eso y con mi padre a la vez…

37



JACKSON

Hace una semana que no veo a Kilian.

No me ha mandado ningún mensaje y yo a él tampoco. Porque no puedo. Me bloqueo. No sé qué coño hacer porque, por muy a gusto que esté a su lado, que haya matado a alguien me ha trastocado toda la imagen que me había hecho de él. Simplemente porque yo no podría. Me imagino en una pelea de cualquier tipo y no. Sé que siempre podría detenerme. Que pararía antes de quitarle la vida a alguien. O por lo menos eso es lo que quiero pensar. Porque no podría vivir con el peso de una vida a mi espalda. Simplemente no podría.

Recuerdo todas las veces que me he peleado.

En Londres, después de abandonar Las Vegas por el curro de mi padre y el abandono de Sylas, solía meterme en muchas peleas durante el último año del instituto.

He partido narices. He roto huesos, pero nunca he llegado a ese extremo.

¿Qué cojones tiene que pasarte para ser capaz de quitar una vida? ¿A qué tipo de presión tienes que estar sometido como para que esa

sea tu última opción?

Suspiro.

Estamos a viernes por la tarde y aún me tiemblan las manos cuando cojo el teléfono por miedo a encontrarme un mensaje que me trastoque más aún, pero nunca llega, y en parte lo agradezco.

Lo desbloqueo y veo que Dean me ha mandado una foto dándose un pico con Sarah. Sin esperarlo, un calor inunda mi pecho y decido llamarlos.

—¡Jacky! —oigo que grita Sarah por el altavoz tras dos tonos—. ¿Qué leches haces que no estás aquí?

—Nadie me avisó —respondo simplemente.

—Cabrón, lo hemos puesto por el grupo esta mañana. Si lo leyeras de vez en cuando, a lo mejor no te perderías nuestras maravillosas veladas. —La voz de Dean suena más contenta de lo habitual, seguro que han estado bebiendo.

Y sí, típico de mí no leer el grupo.

—No me hables de veladas, que me recuerdas al boxeo —gruño por lo bajo.

—¿Ves? Ya sabía yo que le pasaba algo —le dice Dean a Sarah—. Vente, anda, y te emborrachas un poco. ¿Cuánto hace que no te pillas un buen pedo? Tanto boxeo y tanta disciplina te están achicharrando el cerebro.

—Y la fama —añade Sarah.

—Y su novio.

—No es mi novio —corto de inmediato.

—Anda… ¿Problemas en el paraíso? —suelta Dean.

—¿Dónde estáis? —le corto evitando la pregunta.

—En mi casa —responde Dean.

Cojo aire y suspiro. En ese segundo de silencio, oigo unos gritos de celebración a través del altavoz.

—¿Hay mucha gente?

—Solo un par de amigos de la universidad.

A saber lo que son «un par de amigos».

—Voy.

—¡Genial! —dice Sarah.

—Pero con una condición.

—¿Cuál? —pregunta Dean.

—No quiero oír nada sobre Kilian esta noche.

Oigo que Dean se ríe.

—Vale, sí. Problemas en el paraíso.

Creo que hace más de tres años que no voy a la casa de Dean. Siempre íbamos a la de Sarah porque sus padres solían irse de viaje de negocios. Los padres de Dean se mataban a trabajar y cuando estaban en casa era única y exclusivamente para descansar. Aun así, cuando Dean, Sarah y yo hacíamos pellas en el instituto, recuerdo que nos pirábamos a su casa en el primer bus y nos hinchábamos a desayunar cualquier dulce que su madre hubiera preparado el día anterior. Si la madre de Dean se dio cuenta, nunca dijo nada y siguió haciendo dulces para nosotros. Y, en cierta manera, echo muchísimo de menos esos días.

Aparco la moto en el jardín y oigo la música desde fuera.

Voy vestido prácticamente como siempre. Una camiseta de tirantes negra se pega a mi torso junto a unos *jogger* grises. No hay

nada más cómodo que eso. Odio llevar vaqueros con la humedad que hay en Las Vegas.

Guardo el casco en el compartimento de la moto y se me encoge el corazón al ver el de Kilian al lado.

Ignoro la debilidad que eso me genera porque, si no, acabaré llamándolo.

Sé que sería fácil volver a sus brazos.

Recuerdo la sensación de besarlo y me estremezco, porque Kilian no besa, Kilian te hace suyo. Sus brazos viajan por todo tu cuerpo mientras lo hace y te recuerda que te necesita a su lado, que quiere más de ti. Y, joder…

Tuerzo el gesto al bajar el compartimento de golpe para intentar deshacerme del recuerdo del tatuaje de su calavera.

Suspiro antes de llamar al timbre de la casa de Dean, que es parecida a la mía. Un dúplex familiar típico de las afueras de Las Vegas con su pequeña parcela en el exterior.

La música se oye a través de la puerta, pero cuando esta se abre me sorprende su alto volumen. Dean aparece sonriente y con las mejillas encendidas. Su pelo rubio algo desaliñado.

—Te vas a quedar sordo —lo saludo.

Él se acerca a mí y me abraza rápidamente. Su aliento huele a cerveza.

—¡Es una fiesta! La música no puede estar baja…

Oigo el barullo de la gente y estoy seguro de que ese ruido no lo pueden generar *un par* de amigos de la universidad.

—Conque un par de amigos, ¿eh?

—Shhh, no nos amargues nada más llegar.

—¡Jaaackyyy! —grita Sarah asomándose por la puerta y rodeándome los hombros con los brazos.

—Hey… —susurro en su pelo—, ¿tú también vas borracha?

—Un poco solo. No nos lo tengas en cuenta.

—Nah, eso es bien.

—Pasa, anda —dice Dean tirándome del brazo hacia dentro—, tienes que ponerte a nuestro nivel.

El calor de la fiesta me abruma, pero se me pasa rápido cuando Dean me lleva a la cocina y prácticamente me obliga a beberme un cubata del tirón. El calor del alcohol bajando por mi garganta me quema y me embriaga a la vez mientras la gente que se encuentra aquí empieza a animarme para que me lo acabe.

Cuando me lo termino y dejo el vaso con fuerza en la encimera, todos gritan.

No reconozco a ninguno de los amigos de Dean, pero no me importa. No tengo gran interés.

Sarah me mira con una sonrisa y yo se la devuelvo.

—¿Otro?

Nunca he asentido tan rápido.

Sarah me echa los hielos en el vaso mientras Dean sirve el alcohol. Ignoro el hecho de que el cabrón me lo haya cargado bastante antes de llevármelo a los labios.

Cierro los ojos al tragar el primer sorbo y se me vienen a la mente unos ojos grises.

Sus ojos grises.

Sus putos y maravillosos ojos grises que tan loco me vuelven.

Me atraganto y empiezo a toser.

Dean se ríe cuando dejo el vaso y cojo aire.

«Tenemos un torneo el lunes. No puedes hacer esto», me dice la voz de mi conciencia.

—Vamos a bailar —les pido.

A Dean no se le pasa por alto que no cojo de nuevo el cubata cuando me dirijo al salón.

Ambos dudan en seguirme, seguramente porque saben que no soy nada de bailar, pero no parece importarles este pequeño cambio.

Hago un pequeño hueco entre la gente e intento dejarme llevar con mis amigos.

Sarah me pasa los brazos por los hombros y Dean me coge de las caderas, bailando al ritmo de la música. No es nada sexual. Simplemente nos divertimos. Pero la diversión no dura tanto cuando en la siguiente canción reconozco al segundo la voz de la cantante.

—La puta Taylor Swift… —gruño antes de salir de la casa de Dean abruptamente para no explotar delante de ellos.

Frustrado, le doy una patada a una piedra del porche de Dean, que sale volando y cae en el jardín.

Respiro e intento controlar el nudo que se tensa en mi pecho.

Me acuclillo en busca de aire e inevitablemente, al escuchar la voz de la cantante, los recuerdos que compartí con Kilian me inundan.

Su sonrisa de felicidad mientras cantaba sus letras en su descapotable, sin ningún pudor, delante de mí. Su manía de ponerme la mano en el muslo mientras conducía…

Aprieto la mandíbula. Está claro que la rubia siempre me recordará a él.

Controlo la respiración y me pongo de pie lentamente. Otra vez he conseguido no llamarlo. Pero la pregunta es, ¿por qué no lo hago?

Si lo echo de menos, si quiero verlo, si quiero que me folle, ¿por qué cojones no se lo digo?

«Ha matado a alguien», me dice mi subconsciente.

Una gota de sudor me recorre la frente. Recuerdos de Sylas alzándome la mano me vienen a la cabeza.

Puñetazos, palizas, patadas…

«Kilian no es Sylas», me intento recordar.

«Kilian no es Sylas, Kilian no es Sylas, ¡JODER!».

Me doy cuenta de que he gritado esto cuando una chica desconocida se asusta y se aleja de mí abruptamente. Su grupo de amigos la sigue. Doy un paso atrás, angustiado, mientras veo que, detrás de ese grupo de gente, otro abandona la casa, y así sucesivamente.

¿Qué está pasando?

Cojo aire e intento ordenar mis pensamientos antes de pasarme una mano por el pelo y entrar de nuevo en la casa de Dean, ahora vacía y sin música.

—¿Que…? —digo con un hilo de voz.

El nudo de mi pecho ya está de lo más apretado.

«No llores, Jackson, joder. Tú no eras así», me digo, aunque en realidad sí. Siempre lo he sido.

—Voy borracho, Jackson, pero no tanto como para no darme cuenta de que estás en la mierda —me dice Dean mientras abre las ventanas para airear la casa.

Sarah empieza a recoger los vasos de plástico rojos.

Y yo me siento culpable por haberles jodido la fiesta.

Me dejo caer en su sofá de cuero marrón y me cubro la cara con las manos, apoyando los codos en las rodillas.

Respiro varias veces entre temblores antes de notar una cálida mano que me acaricia en la espalda. Cuando esta se retira, me destapo la cara y me encuentro con los ojos verdes de Sarah.

—Déjanos ayudarte —me pide suavemente. Mantengo su mirada unos segundos y asiento sin saber muy bien qué estoy haciendo. ¿Qué les voy a contar? ¿Que el chico que me gusta ha matado a alguien?

Miro alrededor y la casa de Dean ha vuelto a su estado habitual en pocos minutos. Ahora es mucho más acogedora.

Dean se sienta en el sofá de enfrente y entrelaza los dedos cuando se inclina hacia delante.

—¿Qué ha pasado, tío? —pregunta algo nervioso, como si leyera en mis ojos que no es ninguna gilipollez.

Niego con la cabeza, frustrado. ¿Qué cojones les digo?

—Es que no sé si… Joder, es que es difícil.

—Tranquilo —dice Sarah—. Tómate tu tiempo.

Trago saliva y ordeno mis pensamientos como puedo.

—Hace una semana que no hablo con Kilian —confieso.

Dean frunce el ceño.

—Pero si estabais de puta madre hace nada, ¿no? Fuiste a su casa y tal el finde pasado.

—Me contó algo que lo ha cambiado todo. Y ahora no sé qué hacer, porque, joder, lo echo de menos y dentro de nada tenemos un torneo, pero es que no lo puedo evitar y luego…

—Eh, eh, respira —me advierte Sarah—. Vamos por partes. Te contó algo, vale. ¿Algo que hizo él? ¿Algo que pasó…?

Asiento.

—Algo que hizo él.

—Vale. Y esa es la razón por la que lleváis todo este tiempo sin hablar, ¿no?

Asiento.

—¿Os…, os acordáis de lo que me hacía Sylas? —les pregunto, y la mirada de Dean se ensombrece al completo. Se levanta del asiento.

—Como Kilian te haya…

—No, no —lo tranquilizo al instante—. No me ha puesto una mano encima.

Oigo que Sarah suspira, aliviada.

—Pero lo que me contó ha hecho que recuerde mucho cómo me hacía sentir Sylas y, tío, me da miedo que ese patrón se repita con él.

Pasan unos segundos en silencio hasta que Dean explota.

—Pero ¿qué cojones te contó para que te recuerde a eso? ¿Le pegaba a su ex, o qué? Es que no lo entiendo, Jackson…

—No, no. ¡Joder! Si Kilian es…

«Bueno».

La palabra cala hondo en mí. Kilian es bueno. Eso es lo que me ha demostrado todos estos meses.

—A ver… Sabéis que lo llaman Killer, ¿no? —empiezo a contarles.

Sarah abre los ojos como platos y Dean asiente, aun con el ceño fruncido.

—En una pelea ilegal acabó con la vida de un chico.

Pasa un segundo. Dos. Tres. Cuatro…

—Pero… sería un accidente —añade Sarah—. Según lo que nos has contado, ahí no hay ningún control ni regla, ¿no?

—No. Ni arbitro. Y el único que puede controlar algo ahí dentro es su padre.

Dean coge aire y pregunta con cuidado:

—¿Crees que su padre lo obligó a matar a alguien?

—No…, no sé nada de lo que pasó. Me fui nada más me lo contó.

—Típico de ti —dice Dean, y yo frunzo el ceño.

—Joder, Jackson. Que entiendo la reacción, pero… Tienes que dejar que te cuente la historia —interviene Sarah—. No puedes sacar conclusiones precipitadas cuando ni siquiera lo has escuchado.

—Pero, Sarah, que ha matado a alguien…

—Ha matado a alguien en una circunstancia en la que tú mismo has estado. ¿Tú no hubieras matado a nadie en las peleas ilegales si te hubieran obligado a hacerlo?

No respondo. Porque todos sabemos la respuesta. Esos túneles te cambian de por vida, pero no sé… Antes me veo dejando que me maten que matando a alguien.

—Es que, Jackson, entiendo que te remueva mierdas del pasado, pero me parece algo hipócrita que justo tú, que sabes perfectamente cómo funciona ese mundo, lo juzgues así.

—Pero ¿cómo quieres que reaccione? Tuve que irme…

Sarah suspira.

—Según lo que nos cuentas, parece que se ha portado bien contigo y que no parece nada tóxico, o, por lo menos, no por su parte. —Me juzga con la mirada.

—Qué cabrona eres —le dice Dean.

—Simplemente soy sincera. Habla con él, Jackson. Deja que el pobre se explique al menos y ahí decides.

—¿Te ha hablado estos días?

—No.

—Normal. Tienes que escribirle tú. Estará esperándote y seguramente se esté culpando por todo. Yo que tú… haría eso.

Y ese es el empujón que necesitaba. Saco el móvil del bolsillo.

El reloj da las once y media de la noche.

—¿Y qué cojones le digo ahora? —les pregunto, nervioso.

—Un «hola» estaría bien, ¿no crees?

Asiento. Me tiemblan las manos. Veo borrosas las letras.

—Joder, toma.

Le paso el móvil a Sarah y ella escribe.

—Se ha conectado —indica—. ¡Está escribiendo!

—¡¿Ya?!

Dean se levanta del sillón y se asoma a la pantalla. Yo hago lo mismo.

—«¿Estás bien?» —lee Dean en voz alta.

—Dile que ahí vamos.

Las ganas de verlo se disparan dentro de mí.

—Y pregúntale dónde está.

Sarah asiente.

Pasan unos segundos que parecen minutos mientras el corazón me late rápidamente.

—«Pabellón».

—Me voy —les anuncio.

—Bien que haces —dice Sarah cuando le cojo el móvil y le doy un beso en la mejilla.

—Luego nos cuentas —dice Dean estrechándome la mano.

—Gracias —les digo antes de salir y cerrar la puerta con prisa.

Tengo que llegar antes de que se vaya.

A esta hora, las únicas luces que alumbran la calle son las de las farolas; sin embargo, una tenue luz proveniente del gimnasio ilumina algo la acera.

Sigue aquí.

Me quito el casco con rapidez, pero ni siquiera gasto tiempo en guardarlo. Entro en el pabellón con él en la mano.

Solo se oyen los golpes y las cadenas del saco al moverse.

Mi pecho se encoge cuando lo veo.

Todo lo que le rodea me afecta: la rudeza que desprende, la rabia, la fuerza con la que golpea el saco…

Se oye su respiración, sus quejidos por el esfuerzo que está haciendo, y me fijo en sus abdominales, que brillan sudorosos bajo su fuerte pecho tatuado.

Trago saliva y dejo el casco en el suelo.

Doy un paso, pero me paro cuando deja de golpear el saco y lo abraza para detenerlo. Veo que deja escapar un sollozo.

Y entonces ahí se da cuenta de mi presencia.

Su mirada llena de tristeza adquiere un brillo de inquietud y de miedo, pero de pronto se convierte en esperanza, como si hubiera estado esperándome todo este tiempo.

—Pensé que te habías ido para siempre, ¿sabes? —dice con la voz ronca por el esfuerzo.

Niego con la cabeza lentamente.

—No. Yo… necesitaba tiempo…

—Lo sé. Y estaba dispuesto a esperar, pero… tenía miedo de que nunca volvieras.

Doy un paso hacia él con inseguridad.

—¿Cómo estás? —pregunta con la voz suave. Quiere acercarse a mí, y yo le dejo.

—No lo sé —confieso—. He estado mejor…

Él suspira y asiente.

Abandona el saco y baja del ring con facilidad.

—Necesito que me digas por qué has venido —dice acercándose a mí—. Porque necesito… —Su nuez tiembla con nerviosismo cuando traga saliva—. Joder…, no sé qué puedo hacer para conseguir tu perdón.

Su mirada se llena de frustración.

—No…, no tienes que hacer nada.

Mis pies se aferran al suelo. No se mueven, pero él avanza rápidamente hacia mí. No retrocedo.

—Respóndeme a una cosa —dice con voz temblorosa, aunque intenta disimularlo. Su calor me inunda por completo y su olor me embriaga. No dejamos de mirarnos a los ojos—. ¿Me tienes miedo? —pregunta finalmente con un hilo de voz.

Sus ojos escanean mi cara en busca de una respuesta.

Una que sale de inmediato de mi boca.

—No.

Ansioso por tocarlo, mis manos viajan a su pecho, que sube y baja sin parar. Noto su calidez y su pulso rápido bajo mis palmas.

Él suspira, aliviado.

—Háblame —me pide.

Cojo aire y me tomo un momento antes de explicar todo lo que ha ido rondando por mi cabeza esta semana.

—Cuando me contaste lo que pasó, me acojoné. Ya sabes que mi ex me daba palizas y, sin querer, relacioné aquello contigo. Kilian…,

no podía quedarme ahí. No puedo volver a algo así.

—En la vida te haría daño —me corta—. Tienes que saberlo.

—Lo sé, pero necesito que entiendas de dónde venía mi miedo cuando me viste así en tu casa. Tú nunca me has hecho nada, nunca me has hecho dudar, pero relacioné lo que dijiste con el pasado y…, joder… No supe cómo reaccionar.

Él asiente.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —pregunto con la voz suave.

Kilian despega su mirada de la mía por un segundo.

—Porque no quería que me vieras como un monstruo. No quería perderte… —Su voz se rompe con esas últimas palabras, y eso me golpea más fuerte que cualquier otra cosa. Porque nunca lo he visto como a un monstruo. Paso las manos por sus hombros, acercándome a él, dudando, pero algo en mi interior me empuja a hacerlo—. Como tú dijiste, te lo conté cuando mejor estábamos porque pensé que sería mejor hacerlo ahí y no sin unos cimientos porque, si no, estaba seguro de que huirías, Blake.

Pasan unos segundos mientras nos miramos a los ojos.

—No soy perfecto, Kilian. Sé que estoy muy lejos de serlo —susurro con un nudo en la garganta—. Y lo que hiciste… me duele. Pero también veo a un hombre que ha luchado contra todo eso, que ha intentado ser mejor, que ha cargado con ese peso todo este tiempo y que sobre todo… me ha demostrado que puedo confiar en él.

Kilian no responde, pero su mirada se suaviza, casi agradecido por mis palabras.

—No te tengo miedo y, joder, pondría la mano en el fuego por ti. Por eso… quiero saber cómo pasó.

Noto cómo sus músculos se destensan un poco y me coloca las manos en la espalda baja para acercarme a él.

—Creo que te lo puedes imaginar… Mi padre me obligó a ganar aquella pelea. Si no lo hacía, me prometió que me destrozaría la vida. Había una gran cantidad de dinero apostada por mí y, si no ganaba, mi padre perdía una cifra bastante alta. Encima coincidió con que le debía muchísimo dinero a sus superiores. Así que en realidad… puse todo mi empeño. Porque eso acabaría con todo. Con las deudas y con toda la mierda de mi familia. El contrincante era de mi edad, unos diecinueve años, pero era enorme. Sin embargo, la batalla acabó cuando le di un puñetazo en la cara, cayó hacia atrás y se desnucó…

Noto el temblor de sus manos. Ya no me está mirando, sino que mira detrás de mí, como si estuviera viendo su pasado.

—¿Sabes el sonido que hace un cuello al partirse, Blake? —Su pregunta me horroriza—. Aún oigo en mis pesadillas el crujido que hizo —me confiesa—. Tras varios años de terapia, lo llevo cada vez mejor, pero después de eso mi padre decidió joderme la vida de todas formas. —Coge aire—. Me hizo creer que era un monstruo, y todo el dinero que ganó no lo usó para pagar las deudas. Por eso me costó tanto decírtelo… Nunca había hablado de esto con nadie, Blake, y por mucho que la gente lo intuya, nadie sabe la verdad tras ese mote.

No contengo el impulso y lo abrazo.

Él se sorprende y vacila antes de devolvérmelo, como si no creyera que esto esté pasando de verdad. Yo tampoco me lo creo en cierta parte.

—Lo siento… —susurro enterrando la cara en su pecho. Él me presiona la nuca y me recorre un placer indescriptible por todo el cuerpo—. No quería hacerte sentir así. Yo…

—Ey…, tranquilo. Da igual… Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido —susurra en mi nuca—. Lo importante es que estás aquí ahora y que lo hemos hablado.

—Vale… —digo notando cómo el nudo de mi pecho se desvanece.

—Mírame —me pide soltando un poco el abrazo para cogerme la barbilla con delicadeza y alinear su mirada con la mía.

Sus ojos grises brillan un poco, y, joder, menuda preciosidad.

—Nunca en la vida te haría daño —me promete con la voz ronca —. Mis manos no están para dañarte. Están para acariciarte, para hacerte sentir, para que te estremezcas… —Su mano baja de mi barbilla a mi cuello. Me acaricia la espalda y me atrae hacia él de nuevo—. Para hacerte gemir mi nombre… —dice rozando sutilmente mi glúteo—. ¿Puedo? —me pregunta antes de mirarme los labios.

Y se me seca la boca.

—Claro que puedes —susurro antes de juntar sus labios con los míos en un suave beso.

Es como si respirara por primera vez en toda la semana.

Nuestros cuerpos se reconocen, se saludan y se reciben. Su mano me sujeta firme por la nuca, se aferra a mí. No quiere soltarme mientras me besa.

Nos separamos por falta de aliento.

—Por favor, déjame llevarte a casa —me pide.

—¿Y eso?

—Déjame enseñarte cuánto te he echado de menos…

38



KILIAN

No tardamos en llegar. Pero Jackson no quería dejar su moto, así que al final fuimos cada uno por su lado. Y el ansia por volver a tocarlo me está matando.

Nada más llegar, me acerco a él y lo acorralo contra la puerta antes de entrar. Sus labios me reciben con ganas, sin dudas y sin miedo. Y, cuando nos separamos, me cuesta abrir la puerta más de lo normal. Me tiemblan las manos. ¿Tan nervioso estoy?

Sombra nos recibe saludándonos a los dos, pero cuando ve que no tiene mucho que hacer, vuelve de nuevo a su cama.

—Hoy te toca a ti —le digo subiendo las escaleras hacia mi habitación.

—Ah, ¿sí?

Él se muerde el labio inferior. Y me da una palmada en el culo mientras subimos con prisa como dos adolescentes.

Cuando llegamos a mi habitación, Jackson se quita todo menos los bóxers, algo abultados. No quiere perder ni un segundo, lo veo en la ferocidad de su mirada. Así que yo hago lo mismo.

—Acuéstate —me pide, y yo le hago caso, exponiendo mi calavera ante sus ojos. De pronto, noto un vértigo indescriptible en el pecho, pero él se recuesta sobre mí sin dudarlo y todo desaparece.

Jackson va dejando besos por toda mi columna vertebral. Por todo el tatuaje.

Me roza con los labios los omoplatos, el costado, la espalda baja… No deja ninguna zona sin cubrir.

Pasa la lengua lentamente por el centro hasta llegar al dobladillo del bóxer. Me muerde un glúteo. Jadeo.

Oigo cómo su respiración se vuelve más profunda conforme me masajea los glúteos por encima de la fina tela de licra.

No tarda demasiado en deshacerse de mi ropa interior. Me la baja. No me pide permiso. Reclama lo que es suyo. Y me besa el glúteo derecho.

Intento no ponérselo tan fácil y no gemir nada más empezar, pero me arrepiento al instante.

Basta de juegos.

Basta de rodeos y fachadas.

Gimo de placer cuando su lengua acaba rozando mi entrada con delicadeza.

Jackson profundiza sus movimientos. No se demora en explorarme. Lo hace sin dudarlo y no tarda en hacerme gemir.

Se me eriza la piel cuando llega más hondo.

Miro por encima del hombro, y la imagen de Jackson apartando mis glúteos con las manos y con la cabeza entre mis piernas, hace que se me ponga completamente dura. Y cuando me mira a los ojos, algo se estremece dentro de mí.

—Jackson…

—Calla… —me ordena con la mirada ensombrecida.

Mi rabo palpita, aprisionado contra la cama.

Como si me hubiera leído el pensamiento, me coge por la cintura y me levanta las caderas, dejándome completamente expuesto ante él.

Coge mi polla por debajo de mis piernas y empieza a pajearme mientras sigue comiéndome.

—Joder… —gimo contra la almohada.

—¿Te gusta? —pregunta mientras coge aire.

Mi manera de hacerle saber que no solo me gusta, sino que necesito más, es cogiéndole la nuca y aprisionándolo contra mí.

Jackson gime en mi entrada.

Baja y pasa la lengua por mis huevos hasta llegar a mi polla, la cual alinea con mi culo, tensando la erección. Se mete la punta de esta en la boca y succiona varias veces mientras la rodea con la lengua.

Cojo las sábanas con fuerza y arqueo aún más la espalda.

Gimo más fuerte y mis caderas se mueven instintivamente contra su boca. Sus movimientos se vuelven más seguros, más firmes. Lo escucho gemir y eso solo me hace querer más. Sus manos sostienen mis caderas y me mantienen en posición mientras su lengua trabaja para abrirme y prepararme.

Sube despacio, besando mi piel caliente mientras vuelve a mi boca. Me abre poco a poco usando los dedos para asegurarse de que estoy completamente listo.

Tras un momento de gemidos y estimulaciones, nota mi impaciencia, alinea su polla con mi entrada y empieza a abrirse paso

en mí con cuidado, observando cada expresión en mi rostro mientras lo hace.

Me muerdo el labio y me aferro a él con más fuerza. Clavo las uñas ligeramente en su piel. Establece un ritmo lento al principio, permitiéndonos a ambos acostumbrarnos a la sensación. La conexión entre nosotros es intensa, cada movimiento, cada susurro, profundiza nuestra intimidad. El calor y la fricción nos envuelven, y pronto me encuentro perdiéndome en el placer de estar con él de esta manera.

Porque él no lo sabe, pero esta es mi primera vez siendo pasivo.

Y madre mía…, la sensación es indescriptible.

Noto cada centímetro de él bombeando en mi interior. Como si siempre hubiera pertenecido ahí.

—Quiero mirarte a la cara… —dice al sacarla de mi interior. Al instante, me siento vacío.

Me giro sobre mí mismo, y él coge mis piernas y se las apoya en los hombros antes de escupir en su pene para volver a lubricarlo.

La mete entera de un empujón y la noto en lo más hondo de mi cuerpo.

—Madre mía… —gimo, y Jackson frunce el ceño al tiempo que sonríe con picardía.

Me siento por completo mientras se abre paso dentro de mí.

Baja el ritmo notablemente y tuerzo el gesto.

—Dame… —le pido y él niega con la cabeza.

—Quiero que notes todo… —me dice mientras, despacio, sale de mí por completo y vuelve a embestirme con la misma lentitud.

Mi cuerpo lo envuelve al completo cuando la introduce. Siento cada pliegue de su piel en mi interior, cada centímetro. También

cómo palpita, antesala del orgasmo.

Mi pene me babea todo el abdomen de lo cachondo que estoy. Él se da cuenta y lleva su mano allí para luego meterse el pulgar lleno de mi líquido preseminal en la boca y tragárselo.

Me mira mientras lo hace. Su nuez se mueve mientras traga.

Y, como siga provocándome así, me corro.

Su ritmo se vuelve más duro, pero no me hace daño; su agarre en mis tobillos se vuelve más fuerte y sus abdominales se contraen antes de fruncir el ceño y torcer el gesto.

Me corro sin tocarme cuando me advierte con la mirada que él está a punto de hacerlo.

—Joder… —susurra Jackson cuando se da cuenta de que he llegado al orgasmo, e intensifica sus estocadas aún más antes de acabar dentro de mí unos segundos después.

Lo sé porque noto la calidez mezclada con la humedad en mi interior.

La sensación me deja estupefacto.

Sediento.

Con ganas de más.

Jackson hace el amago de sacármela, pero lo freno cogiéndolo de la cadera.

—Ni se te ocurra pensar que hemos terminado —le advierto, y él se ríe.

Nuestras respiraciones se unen mientras nos recomponemos.

Él une su frente con la mía.

—Tengo para ti todo lo que quieras —afirma antes de besarme, exhausto.

Le devuelvo el beso y sonrío.

—¿Me dejas follarte en la ducha? —me pregunta.
Y no tardamos ni dos minutos en ir a por la segunda ronda.

39



JACKSON

Mentiría si dijera que no estoy cansado cuando entro en el ring. El sonido ensordecedor del público llena mis oídos y cada grito y aplauso amplifican la adrenalina que corre por mis venas. Respiro hondo e intento calmar los nervios. Kilian me mira desde fuera del cuadrilátero y su intensa mirada me da el valor que necesito. Todo lo que hicimos ayer y el tiempo que estuvimos juntos era justo lo que necesitaba para estar tranquilo mentalmente. Así que ahora puedo centrarme al completo en mi contrincante. Es grande, algo más de lo que esperábamos. Tiene la mirada fría y me analiza como si estuviera a punto de aniquilarme.

De eso nada.

El árbitro nos llama al centro del ring y nos explica las reglas, aunque apenas lo escucho. Como si no me las supiera después de todo este tiempo. Estamos en el último torneo antes de la final; la verdad es que se podrían saltar este paso.

Aprovecho para centrarme más aún en mi contrincante antes de que suene el campanazo inicial. Nos movemos en círculo, lo estudio, lo analizo. No es tan seguro como parece.

Cada paso que doy es una mezcla de estrategia y puro instinto. Lanzamos los primeros golpes tanteando el terreno. Su fuerza es evidente desde el principio, porque cada puñetazo que le doy parece no afectarle en absoluto.

Sin embargo, me muevo rápido e intento mantener la distancia, pero él cierra el espacio con una velocidad que me toma por sorpresa. Un gancho derecho me roza la mandíbula, lo suficiente para hacerme tambalear, pero no me caigo.

La multitud grita, y oigo a Kilian entre ellos. Su voz destaca por encima del caos.

—¡BLAKE, VA!

Intento responder con un jab, pero él lo bloquea fácilmente y contraataca con una serie de golpes a mi cuerpo. Siento el aire salir de mis pulmones con cada puñetazo, pero me obligo a mantenerme de pie, a no ceder terreno.

La primera ronda siempre es una toma de contacto. Él es implacable, pero yo no lo soy menos. Busco sus puntos débiles, cualquier apertura que pueda aprovechar, pero me es difícil. Por suerte, logro asestar algunos buenos golpes y eso me da varios puntos, pero su resistencia es asombrosa.

En cada descanso, me desplomo en la esquina, jadeando, mientras Kilian me da instrucciones.

—Recuerda lo que vimos en los vídeos. Encuentra su costado izquierdo —me susurra al oído.

Asiento cuando me vuelve a meter el protector bucal y regreso a la acción.

En la segunda ronda, el ritmo se intensifica. Nos movemos con más rapidez y cada golpe es más fuerte y certero. Mi contrincante

me lanza un jab que esquivo por poco, y contraataco con un gancho que impacta en su mandíbula. Por un momento, veo sorpresa en sus ojos, pero desaparece tan rápido como ha llegado.

Mis piernas empiezan a sentir el peso de la pelea. Cada movimiento es más lento. Él lo nota y aprovecha para lanzarme contra las cuerdas. Me cubro como puedo; su lluvia de golpes es implacable.

Me doy cuenta de que no puedo seguir recibiendo esos impactos sin hacer nada. Aprovecho una breve pausa en su ataque para golpear su costado, *ese* costado que Kilian y yo habíamos visto en los vídeos que era su debilidad. Noto una pequeña reacción en él que confirma nuestras sospechas. Es su punto débil, y decido centrarme en eso.

La tercera ronda es un torbellino de intercambio de golpes. Ambos estamos cansados, pero ninguno cede. Cada vez que parece que uno de los dos va a caer, encontramos la fuerza para seguir adelante. Como si fuera el juego de la cuerda.

El público está al borde de sus asientos, los gritos y aplausos son un rugido constante en mis oídos, pero solo oigo las directrices de Kilian, que me grita con decisión.

Se dedica a decirme movimientos concretos, y muchos de ellos logro ejecutarlos correctamente.

En un momento de descuido, mi contrincante lanza un uppercut que me toma por sorpresa, lo que hace que retroceda en mi esquina. La visión se me nubla por un segundo, y siento el sabor metálico de la sangre en la boca. El árbitro se acerca a mí al instante para asegurarse de mi estado antes de continuar.

No puedo caer aquí, no después de todo lo que hemos pasado. Me obligo a recomponerme, a seguir adelante.

La cuarta ronda empieza, y el cansancio resulta evidente en ambos. Cada golpe, cada movimiento, es un esfuerzo enorme. Él lanza un jab que esquivo por poco y se lo devuelvo con un gancho que impacta en su costado, y por fin veo una reacción significativa: su defensa se tambalea por un momento.

Aprovecho la oportunidad y me lanzo con todo lo que tengo. Nos enfrascamos en una feroz batalla de golpes y contragolpes. Cada segundo que pasa es una lucha por mantener el control, por no dejarme vencer por el dolor y el cansancio. Siento que mis fuerzas flaquean, pero la imagen de Kilian en mi mente me da el impulso necesario para continuar.

En la quinta ronda, el desgaste es el protagonista. Ambos respiramos con dificultad y nuestros cuerpos están al límite. Él intenta cerrarme el paso nuevamente, pero me adelanto lanzando una serie de golpes rápidos que lo hacen retroceder. Cada vez que veo una abertura, la aprovecho golpeando con precisión.

Jab-cross-hook-uppercut.

Joder, qué bien sienta acertar.

Veo cómo a mi contrincante empieza a sangrarle la boca.

Escupe al suelo.

Qué puto asco.

La sexta ronda se convierte en una prueba de resistencia. Los golpes son más lentos, pero cada uno lleva consigo el peso de la desesperación y la determinación. Ambos queremos ganar, y se nota.

Mi contrincante lanza un gancho que apenas consigo bloquear y siento el impacto recorrerme el brazo entero. Mis piernas están a punto de ceder, pero me mantengo de pie y resisto.

El árbitro interviene brevemente dándonos un respiro momentáneo.

Kilian me acoge en la esquina del ring.

—Lo tienes hecho, joder —dice mientras me quita el bucal. Me da agua, me enjuago la boca y escupo en el cubo que me tiende—. Sigue cansándolo. Está destrozado.

No le digo que yo también lo estoy porque sé de sobra que se me nota.

Tomo aire para recuperar fuerzas. La campana suena de nuevo, y vuelvo al centro del ring. Mis golpes son más calculados ahora, y me centro en comprobar si su costado izquierdo queda libre.

Finalmente, en la última ronda, encuentro mi oportunidad. Un descuido por su parte, la apertura que he estado esperando. Lanzo un gancho lateral con todas mis fuerzas que me corta la respiración, seguido por un uppercut que lo envía directamente al suelo.

El árbitro empieza la cuenta atrás, y todo parece ralentizarse. Cada número es un latido de mi corazón, una pulsación de esperanza y determinación y… Creo que he ganado…

Cuando el árbitro llega a diez, el rugido del público es ensordecedor. Me dejo caer sobre las cuerdas, agotado pero victorioso. La gente vitorea más aún cuando ven a Kilian saltar al ring y abrazarme con fuerza.

Veo en su mirada lo orgulloso que está.

Lo hemos conseguido los dos. La victoria es de ambos.

Miro a Kilian cuando el árbitro me coloca otra medalla de oro y nuestros ojos se encuentran. Veo en su mirada el reflejo de todo lo que hemos pasado juntos. Este torneo es solo una batalla más en nuestra guerra. Un paso más hacia la verdadera victoria. Porque podemos con esto. Juntos.

40



KILIAN

—Tengo una sorpresa para ti en el coche —le digo cuando salimos del pabellón donde se ha hecho con la victoria.

—Pero que no me gustan las…

Lo callo con un beso y él alza las cejas, sorprendido.

Gracias a Dios no hay nadie alrededor.

—Tira —le digo con un movimiento de la barbilla para que se dirija al coche. Presiono el botón de la llave para abrirlo y voy hacia el maletero.

Cruzo los dedos para que no se hayan arrugado demasiado.

Cuando Jackson se coloca a mi lado y ve lo que hay dentro, frunce aún más el ceño.

Yo suspiro aliviado al ver que siguen perfectos.

—¿Y esto? —pregunta cogiendo una de las fundas de terciopelo negro.

Cojo la funda que sé que contiene el mío.

—Por mucho que me guste verte con mi chupa, no podemos ir al sitio de esta noche así.

Jackson niega con la cabeza.

—¿Adónde vamos? —pregunta—. Pero ¡si es carísimo! —exclama y abre los ojos como platos al ver la etiqueta del esmoquin. Se lo quito de las manos.

—No tenías que ver eso…

—Madre mía… —dice al pasar una mano por el tejido—. Nunca he tenido algo así.

—Pues venga, pruébatelo, que vamos algo tarde —le pido, aunque vamos bien de tiempo. Solamente me estoy muriendo de ganas de verle enfundado en el traje.

Jackson asiente y se quita la chaqueta de cuero. Se ha duchado después del combate en el vestuario.

Junto a él, yo también empiezo a desvestirme detrás del coche y, cuando me quito la camiseta, veo el fuego reflejado en su mirada.

Intento contenerme, pero tengo que besarle. Es como si notase una cuerda atada en mi pecho que tira de mí hacia él.

Sin camiseta, Jackson recibe mi beso con ganas, pero no me deja profundizar en él. Me aparta con cuidado.

Sus ojos marrones echan chispas.

Tuerce el gesto cuando se separa de mí, porque ambos sabemos que no podemos hacer esto en público así como así.

Gruño de resignación y continúo abrochándome los botones de la camisa blanca, que se ciñe a mis músculos como una segunda piel.

Nos vestimos sin pronunciar palabra alguna porque nada de lo que podríamos decir ayudaría a calmar el fuego que crece entre ambos. Estoy atándome los cordones cuando oigo que Jackson se está poniendo el cinturón. Alzo la vista y lo veo deslizando el cuero de este por las hebillas del pantalón, el cual se le ajusta al culo como si estuviera hecho a medida.

Me obligo a relajarme antes de dejarme llevar y meterlo en la parte trasera del coche para hacerle mil maravillas.

Termino con los cordones, me pongo la chaqueta y veo que él ya está listo.

—No hace falta que te diga lo bien que te queda, ¿no?

Me escanea con la mirada y da dos pasos hacia mí antes de colocar las manos en mis bíceps. Su colonia invade todos mis sentidos y su contacto hace que mi polla pida atención dentro de los pantalones.

—Que sepas que te lo voy a arrancar a bocados —me advierte, dándome un toquecito en el pecho antes de alejarse de mí y sentarse en la plaza del copiloto.

—Y yo no puedo esperar a que lo hagas… —susurro antes de montarme en mi asiento y arrancar.

Le pongo una mano en el muslo y él pega un respingo.

—Joder, aún no me acostumbro —dice con una pequeña sonrisa antes de dejar la suya encima de la mía. La giro y entrelazamos los dedos.

Parecen las primeras chispas de un fuego artificial a punto de explotar.

Suspiro y recuesto el cuello en el asiento. Contengo todos los impulsos que me dicen que me espere a esta noche para hacerlo mío de nuevo.

Por suerte, llegamos al sitio en pocos minutos. El calor se ha acumulado en nuestras manos, pero desaparece cuando nos separamos al salir del coche por razones obvias.

El público grita cuando nos ve llegar al evento, y yo cojo a Jackson del hombro. Él me sonríe, algo tímido.

Aún no está acostumbrado a esto.

Y es que lo he traído a la inauguración de uno de los mejores casinos de Las Vegas. Ann nos ha conseguido invitaciones y nos han invitado a jugar a varias rondas de póker mientras tomamos un cóctel.

—Con que subas un par de historias, esto está hecho —informo a Jackson, ya que es su primer evento.

Él asiente.

Saca el móvil del bolsillo trasero y nos hacemos una foto en la puerta.

Primera story publicada.

Cuando pasamos por el control, una chica pasa lista y nos deja entrar al casino.

Nada más llegar, un botones nos ofrece retirarnos las chaquetas y nos da una copa de champán a cada uno. Jackson decide quedarse con la chaqueta puesta y ambos cogemos una copa. Brindamos.

«Por nosotros», nos decimos con la mirada.

Al fondo de la estancia, vemos una banda de jazz tocando mientras varios camareros van de aquí para allá, sirviendo todo tipo de alcohol y comida.

—Perdone, ¿qué mesa tenemos asignada? —le pregunto a la chica de la puerta. Ella mira su dosier de folios y, tras recordarle nuestros nombres, le dice a un compañero que nos acompañe a la mesa donde vamos a jugar al póker.

No tardo en reconocer la melena rubia de Dawn.

—Vale, a ver…, para que esto no sea incómodo. Esa de ahí es la chica con la que viste que me besé en el ring al principio de todo —le digo a Jackson.

Este frunce el ceño, pero asiente para que continúe.

—Todo era falso. Soy gay al cien por cien y era una tapadera. En realidad se supone que es una de mis mejores amigas —le explico para que no se raye demasiado.

—¿Se supone? —me pregunta, confuso.

—Una larga historia —le digo, y él niega con la cabeza sonriente.

—A saber… Venga, preséntamela —me anima.

Y eso hago. Me acerco a Dawn y ella parece que se alegra de verme.

—¡Ay, hola! —exclama cuando se da cuenta de que vengo con Jackson.

Él le da dos besos y ella sonríe.

—¡Por fin nos conocemos! Kilian no paraba de hablar de ti cuando coincidíamos —le dice a Jackson. Este se pone colorado.

—Es que eras la novedad —le digo removiéndole el pelo—. ¿Nos sentamos?

—Claro, a ver si se os da igual de bien el póker que boxear.

—Por cierto, yo soy Gonzalo —dice el cuarto chico que está en la mesa, algo tímido. Rubio con ojos verdes. Dawn se lo come con la mirada mientras se retoca el pintalabios rosa.

—Encantado, tío —le digo estrechándole la mano. Jackson hace lo mismo, pero decide llevarse su copa de champán a los labios para evitar hablar.

Decido tomar la iniciativa y empiezo a barajar las cartas.

Lo chulo de estas partidas es que no perdemos nada. Los organizadores del evento han comunicado que cada persona que gane una partida de póker se llevará un premio.

Barajo las cartas con destreza, cada movimiento preciso y controlado. Me esfuerzo por mantener una expresión neutral, aunque no puedo evitar sentir una chispa de emoción cada vez que mi mirada se cruza con la de Jackson. Su presencia es magnética. Le guiño un ojo y disfruto del rubor que sube a sus mejillas mientras intenta concentrarse en las cartas que le reparto.

Gonzalo, que tiene un aura entre gótica y pija, parece nervioso. Sus manos tiemblan ligeramente al recoger sus cartas, y se recoloca el cuello de la camisa negra con un gesto ansioso. Dawn, en cambio, está relajada y sonriente, o por lo menos lo aparenta, como siempre.

—Entonces ¿quién quiere empezar? —pregunto, dejando que cualquiera empiece la partida.

—Apuesto primero —dice Dawn con una sonrisa en el rostro. Coloca unas cuantas fichas en el centro de la mesa, y Gonzalo, después de un momento de vacilación, la sigue.

Miro a Jackson mientras revisa sus cartas. Veo la concentración en su cara, la manera en la que sus ojos se estrechan ligeramente al considerar su siguiente movimiento. Me encanta verlo así, tan enfocado y decidido. Decide igualar la apuesta, y yo hago lo mismo manteniendo una expresión neutra.

Reparto las cartas comunitarias: un siete, un rey y un dos. Miro a cada uno de ellos en busca de cualquier indicio de nerviosismo o confianza. Jackson mantiene su cara de póker, pero conozco esos ojos demasiado bien. Veo un destello de emoción que trata de ocultar.

—Voy con todo —digo confiando en mi intuición. Empujo todas mis fichas hacia el centro. Mi mirada se encuentra con la de Jackson

y siento la electricidad entre nosotros cuando sonríe pícaramente. Estoy probándolo, desafiándolo a seguir adelante.

Jackson respira hondo y me sostiene la mirada, juguetón.

—Igualo —anuncia con voz firme. Me pone esa determinación. Miro a Dawn y a Gonzalo, que intercambian una mirada rápida antes de retirarse.

—Esto está entre nosotros… —digo con una sonrisa en los labios. Me lo estoy pasando increíble.

La tensión aumenta mientras revelamos nuestras cartas. Jackson tiene un trío de sietes, y yo una pareja de reyes. Una mano fuerte, pero no lo suficiente.

Da una palmada y se ríe al ver que ha ganado.

Dawn y Gonzalo sonríen.

—Qué suertudo… —le pico, pero él no cae.

—Quiero la revancha —dice Dawn.

Jackson asiente y sonríe; veo que está cómodo y eso me relaja bastante. Recojo las cartas y empiezo a barajarlas de nuevo. Mientras lo hago, no puedo evitar pensar en cuánto me gusta tener a Jackson aquí, a mi lado. Por fin estoy compartiendo un evento con alguien que me importa de verdad.

Y, así, pasan varias horas antes de que me llamen al teléfono. Jackson va ganando su tercera ronda y Dawn y yo vamos empatados. El pobre Gonzalo no ha tenido mucha suerte.

—¿Diga? —pregunto, y mi estómago se encoge.

—Buenas noches, ¿Kilian Fierce?

—Sí, dime.

—Le llamo por su domicilio. Parece ser que las alarmas llevan sonando un buen rato, lo digo por si puede ir y comprobar que todo

esté bien o si necesita que vayamos nosotros.

—Mierda… —digo pellizcándome el entrecejo—. No se preocupe, voy yo. Gracias por avisar.

—A usted, señor Fierce.

Me recorre un escalofrío.

—¿Todo bien? —pregunta Jackson con una mirada de preocupación.

—Me llaman de la alarma. Creo que me he dejado a Sombra en el jardín. Voy a revisarlo, ¿vale? —les digo levantándome de la silla.

—Te acompaño —dice Jackson imitándome, pero no quiero arruinarle su primer evento.

—No te preocupes. Te veo mañana en el entreno. Quiero que disfrutes de esto al máximo. Luego te llamo —le digo apretándole el hombro.

—Lleva cuidado —me pide, nada convencido, y yo asiento. Sé que no se queda tranquilo.

—Avisa con cualquier cosa —me pide Dawn, y se lo agradezco.

—¡Pasadlo bien! —les digo y me doy la vuelta.

Cuando salgo del local, corro hacia mi coche y acelero cuanto me permite el motor de este antiguo vehículo.

Un Cadillac tenía que tener…

Me preocupa Sombra. Me dan igual la casa y todo lo material. Solo me preocupa que ella esté bien, y con el poco aprecio que mi padre le tiene a la perra…

Acciono varias veces el claxon del coche para que se aparten.

Me dan igual las multas. Solo necesito llegar a casa. Y, tras unos largos minutos, por fin la distingo. Aparco de cualquier manera y salgo del coche con rapidez.

Se me detiene el corazón cuando veo que la puerta está abierta. Aprieto los puños antes de correr hacia el interior.

Como imaginaba, no, no había dejado a Sombra en el jardín y, por ende, la alarma no sonaba por ella.

Han entrado. La casa está destrozada. Los muebles están todos tirados, las lámparas rotas en el suelo, espejos resquebrajados…

Intento controlarme y centrar mis pensamientos.

«A partir de ahora, todo lo que pase va a ser culpa tuya».

La voz de mi padre suena en mi cabeza.

—¡SOMBRA! —grito al interior de la casa y oigo un pequeño quejido.

—Mierda, mierda, mierda, ¿dónde estás? —me pregunto más a mí que a ella, entrando en pánico.

La busco por todos sitios. Pero, cuando me detengo, me doy cuenta de que solo me queda mirar en la planta de arriba.

Subo los escalones de dos en dos y, al abrir la puerta de mi habitación, mi corazón se rompe en pedazos.

Le han tirado mi pesa de veinte kilos encima.

Intento mantener la calma cuando me acerco a ella. Debajo de la pesa, su cola no se mueve con normalidad.

Noto cómo las lágrimas de pánico me corren por los ojos cuando se la quito de encima.

Pongo la oreja en su torso y, gracias a Dios, escucho los latidos de su corazón. Flojos pero estables.

La levanto en brazos con muchísimo cuidado y, tras coger algo del botiquín, me siento en la cama. Intento controlar la respiración, pero no lo consigo. Esto se me va de las manos.

Está herida, pero va a necesitar cirugía, que alguien le mire la fractura y que se lo coloquen adecuadamente, pero yo no… No puedo.

Cuando le inmovilizo la pata como puedo, me doy cuenta de que a mi lado, sobre la cama, hay un sobre.

Un sobre color beis con mi nombre.

—Espera un momento… —le digo a Sombra, aunque no sé si me oye.

Le han destrozado la pata trasera…

Sigo llorando cuando dejo a Sombra en su camita. Me siento junto a ella para abrir el sobre con las manos temblorosas. Saco de él varias fotos. Y no son ni más ni menos que fotos mías y de Jackson.

No hace falta nada más para que rompa a llorar. Nos han estado siguiendo todo este tiempo. Y no es eso lo que más miedo me da. Lo que me acojona es que tienen pruebas. Tienen pruebas de que estamos juntos.

Nos han pillado en momentos muy concretos: en la primera cita en Santa Mónica, también a través de la ventana del nuevo pabellón. Joder, hasta se nos ve completamente desnudos…

Esto nos puede seguir para toda la vida si sale a la luz…

Rompo las fotos. Me acojonan. No puedo verlas. Porque sé lo que significan: Jackson será el siguiente. Y no puedo. No puedo permitirlo.

Detrás del sobre veo una dirección y una hora con el día de hoy. Ya es la una de la madrugada. La cita es justo a las dos, como si supieran que hoy iba a llegar tarde a casa.

«Claro que lo sabían, imbécil».

Me seco las lágrimas y llamo a Dawn, porque no puedo llamar a Ann, no si no quiero que Jackson se entere. No sin un plan.

Dawn lo coge al tercer tono.

—¿Sigues en el casino? —le digo en cuanto descuelga.

—Acabo de llegar a casa.

—N-necesito que recojas a Sombra y que la lleves a un veterinario de urgencia —la interrumpo—. Han entrado en casa. La han destrozado. Le han tirado una pesa encima y le han roto una pata. Necesita ayuda urgente, Dawn.

—Voy ya —responde, y oigo el tintineo de unas llaves—. Pero ¿adónde vas tú? —pregunta, inquieta.

—Voy a acabar con su juego de una puta vez —le digo antes de darle un beso a Sombra en la cabeza. No quiero dejarla sola, pero Dawn vive a pocos minutos de mi casa. No tardará en llegar.

—Vas a estar bien, pequeña. Vamos a estarlo —le digo antes de limpiarme las lágrimas—. Te quiero…

Intento no culparme por esto de nuevo.

Jackson.

«No es culpa tuya, es culpa de tu padre».

Will.

«Tu padre sabe muy bien lo que hace».

Suspiro y, tras mirar a Sombra una última vez y dejar las llaves de mi casa debajo del felpudo, me doy prisa y salgo desbocado hacia la dirección que pone en el sobre.

Ya está. ¿Me quería de vuelta? Ya lo ha conseguido. Ya me tiene.

Vuelvo a ser su marioneta.

41



JACKSON

Media hora antes

—Bueno…, encantado de conoceros —les digo a Dawn y a Gonzalo tras acabar la última partida de póquer. Han encendido las luces del casino al máximo, dando a entender que ya ha finalizado el evento.

—¡Sí! A ver si coincidimos pronto, ¿tenéis algún evento estos días?

—Pues no lo sé, eso lo lleva Kilian, la verdad. Aunque podríais venir a ver el último torneo este finde.

—Madre mía, ¿ya acaba la liga? —pregunta Gonzalo—. Se me ha pasado volando.

—A mí también, la verdad ¿Sabes sobre boxeo? —le pregunto.

—Sí, a mi hermano mayor le encantaba y de ir tanto a verlo al final no me pierdo ningún combate —explica—. Cuando llegue a casa y le cuente que he estado con vosotros, va a flipar.

Le sonrío.

—Mándale un saludo de nuestra parte. Si quiere venir a verme, escríbeme y os conseguimos entradas como sea —le ofrezco.

Gonzalo abre los ojos como platos y asiente repetidas veces.

—Muchísimas gracias, tío.

—Ni las des.

Una de las organizadoras del evento se nos acerca para comunicarnos que debemos abandonar el lugar y, aunque ya nos estábamos despidiendo, nos levantamos de las sillas.

Yo me pongo la chaqueta del traje y Gonzalo me tiende una mano como despedida. Se la estrecho amablemente.

—Hasta la próxima.

Dawn me da un corto abrazo.

—Encantada de conocerte —me dice al separarse—. Cuídamelo, ¿eh?

Noto cómo me sonrojo.

Estos meses me he sonrojado más que en toda mi vida. Es una faceta que he descubierto gracias a Kilian. Y no me gusta. Se me lee muy rápido.

—Sí, tranquila.

Dawn se echa el bolso al hombro y le coloca una mano en la espalda a Gonzalo para guiarlo a la salida.

Reviso mi móvil. Kilian no me ha dicho nada. Lo guardo en el bolsillo y finalmente decido salir. Aunque en Las Vegas no suele hacer frío, la chaqueta del traje me cubre del viento que se ha levantado.

Alzo una mano para pedir un taxi y en menos de tres segundos un vehículo se detiene ante mí.

—Buenas —saludo al conductor mientras me pongo el cinturón.

—Buenas, Jackson —responde.

Se me para el corazón. Todo se detiene. Ni siquiera oigo el clic del cinturón.

Porque no me lo abrocho. No acabo de hacerlo. No me da tiempo porque, en cuanto levanto la vista y veo la cara del conductor por el retrovisor, me lanzo a la manilla de la puerta para salir.

Pero no se abre.

Sylas.

Estoy encerrado en un puto taxi con Sylas.

No me da tiempo a pensar en ninguna escapatoria, porque sé que no la hay. No si se trata de él.

—¿En serio te acuestas con el hijo de mi nuevo socio para provocarme? —Suelta cuando acelera—. Nunca pensé que caerías tan bajo…

No respondo. No puedo. Mi boca ha dejado de funcionar. Apenas entra aire a mis pulmones. Me ahogo. Mi estómago se contrae al oír su voz. Han pasado tantos años…

—Cuando me mandaron seguir a Kilian y te vi allí con él…, se volvió mucho más interesante. Qué bien te vino que te dejase, ¿eh? —dice derrapando abruptamente, acelerando por todo el paseo de la fama de Las Vegas—. Estás más guapo sin mí, aunque ese piercing me repugna.

Aprieta el volante.

—Te… —intento articular.

—No me interrumpas —me corta. No grita. Su tono es un susurro que me hace encogerme en el rincón del asiento—. He subido de nivel, Jackson. Ahora trabajo con gente que hace que tu Killer parezca un niño jugando en el parque.

Se me ponen los pelos de punta al instante. Me acurruco y estoy a punto de romper a llorar. No dejo de temblar.

Joder, cómo odio sentirme así de pequeño, pero mi mente lo recuerda. ¿Cómo no recordarlo?

Sylas golpea varias veces el volante, impaciente porque el semáforo no se pone en verde.

Sigue exactamente igual a como lo dejé.

—¿Sabes qué? Ya me he vuelto a cansar de ti —señala removiendo una mochila deportiva como si estuviera buscando algo.

Vuelvo a intentar abrir la puerta, pero está más que cerrada. Golpeo la ventanilla, pero nadie me ve. Los cristales están tintados.

«Joder, joder…».

—Por favor, no…

—Te he dicho que no hables —su voz sube un solo tono, lo justo para hacerme temblar—. No arruines el reencuentro.

Gira sobre el asiento y no sé qué es lo que sucede exactamente. Solo noto un pinchazo en el muslo antes de caer rendido en cuestión de segundos.

Sylas desaparece. El taxi ya no está.

—A ver si te gusta lo que está haciendo mi sustituto a tus espaldas…

Todo se vuelve negro.

Noto que me tocan, pero no veo nada a pesar de tener los ojos abiertos. Creo que oigo un barullo de gente. ¿No estoy en un taxi? No. Ya no me muevo. Me mueven. ¿Me cogen? Noto brazos en las axilas. Ya no. Me sientan en algo duro que suena metálico. ¿Una silla?

Pasa un momento.

¿Eso son…? Noto la presión de las cuerdas cuando unen mis muñecas. Sí, son cuerdas, tienen que serlo. También noto presión en la cabeza. Me han vendado los ojos.

Forcejeo. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Oigo voces.

—¿Es este el puto maricón? —oigo que dice alguien. Mi pecho se encoge al escuchar esa palabra. Intento no viajar a la época del instituto, pero mi mente lo hace involuntariamente.

Noto la bilis subir por mi garganta, pero consigo tragármela.

—¿Quién crees que hará de pasivo? —pregunta otra voz.

—Los tatuajes de este parecen más de mariquita. Aparte, es más bajo. Seguro que él es la mujer de la relación.

Oigo un disparo.

Noto cómo se me tensan todos los músculos, como si eso me hubiera despertado del efecto de la droga.

—¡CERRAD LA BOCA! —grita Sylas.

Pero después de esto no viene ninguna patada. Ningún puñetazo… No me está usando como saco de boxeo. No ahora. Antes no tenía una pistola. Ahora parece que sí.

Mi cuerpo no para de temblar. Todo mi ser me pide a gritos que me aleje de él. Física y mentalmente.

Oigo pasos. Se acerca.

—Esto no encaja contigo, Jackson —me indica su voz. No lo veo. No sé a qué se refiere.

Pero noto cómo mi piercing de la ceja se estira un poco, como si lo estuviera contemplando.

Forcejeo. No me puedo mover.

En menos de un segundo, lo arranca. Noto cómo el metal me desgarra la ceja. El dolor es un rayo que me atraviesa el cráneo.

Oigo cómo tira la pieza metálica al suelo. Creo que nunca antes había gritado tanto como lo hago ahora.

—Mucho mejor. Ahora vuelves a parecerte al Jackson que yo diseñé —dice.

Siento sus labios sobre los míos. Es un beso forzado, asqueroso, que sabe a posesión. En cuanto se separa, el asco supera al miedo y vomito. Todo lo que tenía en el estómago acaba en el suelo y sobre sus zapatos caros.

Me va a matar. Sylas ya es peligroso sin motivos, no me quiero imaginar cuando los tiene. Me acojonaba ver hasta qué punto era capaz de llegar.

Me quedo jadeando, con la sangre bajando por mi mejilla y mezclándose con las lágrimas bajo la venda.

—Qué decepción —dice él. Su voz ha recuperado esa calma aterradora—. Todavía tienes que aprender a controlarte.

Siento el impacto de su bota en mi estómago. La silla bascula hacia atrás y el mundo vuelve a ponerse negro cuando mi cabeza golpea el cemento frío.

Despierto con un grito ahogado y el cuerpo empapado en sudor o lágrimas. O vómito. A lo mejor las tres cosas.

El dolor en la ceja me marea de lo intenso que es.

Estoy atado y no puedo tocarlo. No puedo parar la hemorragia. Aun así, noto algo de sangre seca cuando intento abrir el ojo izquierdo. Poco a poco lo consigo, pero sigo sin ver nada.

Empieza a llegarme un olor familiar, pero no ubico exactamente de qué me suena.

Cuero, sudor…

Vuelvo a tragar la bilis. Estamos en un puto gimnasio.

Oigo muchas voces masculinas gritando de una manera muy bestia. No. No son gritos. Están… ¿animando?

Intento oír mejor, pero solo percibo el latido de mi corazón desbocado y los gritos. Nada más.

De pronto, me quitan la venda de los ojos y la claridad vuelve a mí. Intento enfocar la vista. Parpadeo una, dos y tres veces. Pero apenas veo.

Alguien me tira un cubo de agua fría que me tensa todos los músculos y hace que la ceja vuelva a escocerme exactamente como al principio. Me muerdo el labio para evitar gritar de nuevo.

Parpadeo fuerte y, por fin, veo algo de lo que tengo enfrente. El corazón se me desboca cuando reconozco la calavera de Kilian. Y creo que voy a morir.

Su espalda, tiene algún… Mierda… La calavera se mueve rápidamente con los golpes, pero sangra. Tiene cortes…

Kilian está luchando en medio de una multitud enorme de personas.

Se nota su cansancio. Sus movimientos son lentos pero eficaces. Veo a su oponente, que empuña un cuchillo en la mano derecha. Vuelvo a empezar a ahogarme.

¿Qué significa esto? ¿Qué cojones está haciendo aquí?

Empiezo a forcejear contra las cuerdas que me atan a la silla de metal, la cual han vuelto a poner de pie para que vea bien a Kilian.

—Yo también tengo uno… —oigo que me susurra Sylas en la oreja, y me pone la hoja del cuchillo en el cuello—. Cada vez que él pierda un combate…, te corto.

No me lo pienso dos veces cuando grito:
—¡¡¡KILIAN!!!

42



KILIAN

No sé cuánto tiempo llevo luchando. Solo sé que no soy yo. No soy yo quien pega. No soy yo a quien cortan. No soy yo quien tira cuchillos al suelo y parte brazos.

Aunque eso es lo que hago. Me aseguro de que los oponentes no puedan seguir luchando.

Una pelea sin reglas es una pelea sin reglas. Y seguro que estos hijos de puta se lo piensan dos veces antes de volver a participar en algo así.

Controlo plenamente mis movimientos. No quiero que suceda lo que sucedió la última vez, y aunque no me sienta yo, aunque sea Killer quien esté al mando de mí ahora mismo, hay control en mi descontrol. Por eso siempre los dejo al límite. Al límite de caer, de que no puedan andar, de que no puedan usar los brazos… Depende de cómo me pille.

Noto cómo me sangra el costado.

¿Quería sangre? Aquí la tiene. Que la disfrute, porque esta va a ser la última vez que la tenga. O por lo menos la última vez que la voy a provocar yo a su nombre.

Por eso aprovecho. Quiero que todos recuerden lo que soy capaz de hacer, que soy una máquina de matar si me lo planteo. Que mi retorcido apodo no viene de la nada. Que un nombre así se gana a pulso.

Sonrío con la boca llena de sangre cuando el oponente cae y da una palmada al suelo, lo que finaliza este combate. Escupo la sangre mientras la gente grita de entusiasmo. Miro a mi alrededor.

—¡¿QUIÉN ES EL SIGUIENTE?! —grito al aire.

La gente da un paso atrás. Me río. ¿Ahora me tienen miedo?

De pronto, noto cómo alguien me coge por la espalda y me coloca un cuchillo en el cuello.

¿Es que van a estar todos armados?

Percibo cómo brota la sangre del pequeño corte que me ha hecho. Escuece, pero apenas lo siento, ya que tengo los nudillos en carne viva y varias heridas superficiales en la espalda. Ninguno ha tenido el valor de apuñalarme.

No tardo en quitármelo de encima. Con un simple codazo en el costado ya suelta el cuchillo. Lo pateo con todas mis fuerzas para que salga de la zona de lucha y desarmarlo. Sin embargo, justo antes de pegarle el primer puñetazo, un grito destaca por encima de los demás. Y todo a mi alrededor se congela.

—¡¡¡KILIAN!!!

Está aquí. Lo han traído. Me está viendo. Empujo al tío al suelo con la fuerza suficiente como para asegurarme de que se quede ahí.

Algo cruje. Puede que su espalda.

Busco a Jackson con la mirada, pero no lo encuentro. A quien veo es a mi padre. Le tuerzo el gesto dándole a entender que ese no era

el acuerdo, aunque, si lo pienso mejor, no hay ningún acuerdo de por medio.

Vuelvo a escupir al suelo.

Mi padre saca tres dedos para indicarme que solo me quedan tres combates. ¿De cuántos? No lo sé. Si me dicen que llevo toda la noche luchando, me lo creo. Pero ya me da igual. Si esto lo aleja de nosotros, lo demás no me importa. Prometí partir cabezas si hacía falta, y por Jackson partiría mucho más.

Sin embargo, no son tres los combates que me faltan. Porque no aparece un solo oponente, sino que salen tres a la vez. Me río antes de que se abalancen sobre mí.

Necesito acabar con esto.

Recibo los primeros golpes por avaricia, dejo que piensen que van a ganar. Les doy espectáculo. Pero en el primer momento en el que salgo de la lluvia de golpes que intentan darme, golpes que ni siquiera están bien ejecutados, cojo a dos contrincantes y les choco la cabeza.

Caen al suelo al segundo. El tercero me mira con los ojos como platos. Le hago un gesto para que venga, pero no lo hace. Sale corriendo entre la multitud.

Me giro hacia los otros dos y veo que intentan recomponerse, pero están más que aturdidos.

Me vuelvo hacia donde estaba mi padre, pero ya no lo encuentro.

La gente empieza a irse. ¿Sabían que este era el último combate? ¿Sabrían quién soy?

—Qué orgulloso estoy de ti… —oigo que dice alguien a mi espalda. Cuando me giro sobre mí mismo, me caigo de rodillas. No me quedan fuerzas para algo así.

Ignoro a mi padre cuando veo a Jackson escoltado, atado y con sangre por todo el lado izquierdo de la cara.

—¡¿Qué le has hecho?! —le gruño cogiéndolo de las solapas de la chaqueta de su traje.

Él se ríe. Sus hombres se acercan.

—Yo no he hecho nada. Solo pedí que lo trajeran…

Giro la cabeza y veo quién lo coge.

Un chico alto con los ojos verdes.

No lo reconozco.

—Kilian… —oigo que musita Jackson por lo bajo.

Suelto a mi padre y corro hacia él.

—Dime que estás bien —le pido acunándole la cara en mis manos ensangrentadas.

Nunca pensé que tres palabras podrían volverme tan loco como lo hacen estas tres:

—Es mi ex —dice con un hilo de voz ahogado.

Levanto la mirada lentamente.

Me falta tiempo para romperle la nariz a ese hijo de puta.

Intento seguir pegándole, pero me cogen varios hombres y me arrancan del que fue el maltratador de mi novio.

—ESTÁS MUERTO —le amenazo, y él sonríe.

Le acaricia la cabeza a Jackson y este se encoge aún más.

Joder… Tengo que sacarlo de aquí.

Cuando los matones de mi padre me sueltan, caigo al suelo apoyado sobre las manos. Me levanto al segundo.

—Nos vamos —le digo a mi padre, y él asiente.

—Luego te transfiero lo que has ganado hoy —dice cruzado de brazos, sonriente.

—Ni te molestes.

Hace un gesto al ex de Jackson, o a su súbdito, y este le desata las manos.

—Encantado de volver a verte —le dice a Jackson mientras este corre hacia mí.

No dudo ni un segundo cuando le pongo la mano en la espalda y salimos corriendo de allí.

43



JACKSON

Nadie nos detiene. Nos dejan ir. Solo nos querían para eso. Para rompernos. O… para romperme…

Cada paso que damos, cada paso que nos alejamos de ellos, es como una puta liberación que no esperaba sentir tan pronto.

Noto la parte izquierda de la cara súper rígida. La sangre se ha secado, aunque me sigue doliendo de una manera indescriptible cuando llegamos al coche de Kilian.

Él rompe el silencio.

—¿T-te parece bien si vamos al hospital? —me pregunta con la voz rota—. Creo que necesitas puntos ahí y yo…, yo también tengo cortes.

Lo sé. Lo he visto todo a la perfección. Suspiro.

—Sí, va a ser lo mejor.

Pasan unos segundos sin que él arranque el coche, y siento que me ahogo.

—Ven —le digo saliendo del vehículo.

Él se queja por el dolor al levantarse, pero lo hace y se coloca a mi lado.

El amanecer empieza a salir tras el horizonte y tiñe el cielo de una paleta de colores anaranjados.

—Voy a gritar. Mucho —le aviso, y él sonríe como puede.

Cuento hasta tres y grito.

Dejo atrás toda mi puta mierda. Mis frustraciones. Mi tensión. Mi miedo.

Y, cuando acabo, me siento mucho más liberado. Se me saltan las lágrimas.

Me giro hacia él.

—Grita. Te vendrá bien —le recomiendo.

—Blake, estamos sangrando… —responde dolorido.

—Sinceramente, yo estoy peor por dentro —confieso, y él me da la razón.

Asiente antes de ponerse a mi lado y pegar un grito de lo más gutural.

—Uf —dice tras un momento.

—Sí, uf.

Me abraza con cuidado.

—¿Mejor? —pregunta, y yo asiento.

—Vamos.

No tardamos mucho en llegar al hospital más cercano. Al vernos, nos meten por urgencias al instante.

No voy a hablar del dolor que siento cuando me desinfectan la herida después de limpiarme la cara entera.

Kilian lo pasa mucho peor que yo. Su herida es mucho más grande, por lo que tardan más en darle puntos.

—Tengo que recoger a Sombra de casa de Dawn —me dice al salir —. O del veterinario. Ni siquiera sé dónde está…

Su voz se rompe al final de la frase y noto cómo la tristeza vuelve a mí.

Aún no entiendo qué cojones ha sucedido para que nos encontremos en esta situación. Para que él haya accedido finalmente a ir a las peleas. Quiero preguntarle, pero todo a su debido tiempo.

Suspiro y le cojo la mano. Ya me da igual. Me la pela que nos vean.

—Vamos a por ella —le digo intentando animarle, y en sus ojos veo un destello de esperanza. Por primera vez en toda la noche, su mirada se enternece.

Él entrelaza los dedos con los míos y volvemos al coche, de camino a recoger a Sombra.

—¿Qué le ha pasado? —digo, aunque en realidad esa no es la pregunta que quiero hacerle.

—Al llegar a casa, no me recibió como de costumbre. La encontré con una pesa encima…, inconsciente —responde apretando el volante con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

La imagen del pomerania negro me viene a la mente y mi corazón se encoge.

—Joder…

—También se han cargado la casa entera. Está destrozada, pero lo que más me ha preocupado es que había un sobre con fotos nuestras, Jackson —confiesa—. Sabía que, si no iba esta noche, como poco ahora mismo esas fotos serían públicas.

—Tendrías que habérmelo contado —le digo—. Pero para intentar…

—¿Qué ibas a hacer? ¿Venir conmigo? —me responde con el ceño fruncido, frustrado. Coge aire antes de seguir hablando—. No podía

hacer nada, Jackson. No sabía que también te querían a ti. Si no…, hubiera hecho las cosas de otra manera.

—Está bien… —digo suspirando.

—Tampoco tenía ni idea de que tu ex trabajase para mi padre. Lo siento —dice bajando el tono—. No tendrías que haber pasado por esto hoy. Mucho menos por mi culpa. Y, aun así, aquí sigues. Sentado a mi lado…

Le diría que no pasa nada. Que está bien. Pero tiene razón.

No salgo de este coche por lo que siento por él. No tengo intención de dejarle, pero está claro que tenemos que hacer algo. No podemos vivir así. Nos merecemos otra vida. Ser felices por un puto segundo.

—Y sobre cómo me has visto hoy…

—Para —le pido—. Para de culparte porque no es tu culpa. Y sobre lo que he visto de ti no hay nada que hablar.

Kilian coloca la frente en el volante, frustrado.

—Voy a llamar a Dawn.

Cuando enciende el móvil veo que son las seis de la mañana.

Ella se lo coge al segundo.

—¿Estás bien? —oigo que pregunta la chica, alterada.

—No. ¿Cómo está Sombra? —pregunta impaciente. Su pierna se mueve de arriba abajo.

—Ha despertado. Le han escayolado la pata, por lo que parece solo ha sido una rotura, pero estará un tiempo sin andar bien. Está aquí conmigo.

—Bien. Voy a buscarla. Con Jackson.

—Vale, ve con cuidado…

—Después de hoy, que me estrelle no me parece tan mala idea —bromea él, y le doy un codazo.

—No digas eso ni en broma, imbécil —le riñe Dawn.

—Ahora te veo…

—Gracias —le dice Kilian.

—Por nada. Quiero más a este perro que a ti.

Kilian niega con la cabeza antes de colgar. Acelera. La carretera está vacía a estas horas, así que le permite conducir con tranquilidad.

La tensión entre nosotros vuelve a crecer.

Joder… Por mucho que hablemos, ambos necesitamos digerir lo que ha pasado hoy. Él su dolor por haber vuelto a luchar, por haber vuelto a perder el control. Su padre. Sombra… Yo por haberme encontrado con Sylas de nuevo. Por lo que significa que me haya arrancado el piercing de la ceja. Porque he vuelto a dejar que me humille. He vuelto a ser el Jackson de dieciséis años. Y eso me destroza de la misma manera que lo hacía en aquel entonces.

Porque Kilian no ha podido protegerme esta vez y yo a él tampoco. Pero tenemos que salir de esta. Tenemos que seguir adelante.

Tenemos un torneo que ganar, una relación que construir y varios asuntos que cerrar. Porque está claro que ambos estamos implicados hasta el fondo.

Cada vez que lo miro, mi corazón se vuelve loco. Y no puedo tirar esto a la basura. No puedo. Otra persona en mi situación se marcharía. Dejaría a Kilian y se buscaría a otro sin complicaciones. Pero yo no puedo. No es lo que mi corazón me dicta. Tengo que luchar. Buscaré una solución.

Porque este chico de dos metros se merece que luchen por él. Se merece que le quieran. Se merece tener un apoyo. Todos lo merecemos. Y aunque la vida nos lo haya puesto difícil, solo es eso. Difícil, no imposible.

Así que rebusco entre las casetes de la guantera y pongo la que comenzó todo.

Veo cómo Kilian destensa el agarre del volante y me siento mínimamente mejor.

Pasamos varios minutos envueltos en la música de Taylor Swift y, aunque parezca la cosa más irónica del mundo, creo que es lo que necesitamos. Desconectar. Por lo menos hasta que lleguemos a casa de Dawn.

Kilian aparca y salimos del coche. El amanecer está comenzando a teñir el cielo de colores naranjas mientras él llama al timbre.

Cómo me gustaría besarlo ahora mismo. Está precioso con la luz anaranjada en su rostro. Pero no es el momento.

Dawn abre la puerta con Sombra en brazos y ahoga un grito en cuanto ve nuestro aspecto.

—Pero…

—No preguntes, porfa —le suplica Kilian, que se alegra cuando ve a Sombra con los ojos abiertos. Se acerca a la perra y le da un beso en la coronilla. Esta mueve la cola cuando su dueño la acoge en brazos e inspecciona su pata.

—El veterinario me ha felicitado por lo bien que le habías inmovilizado la pata —dice Dawn en un tono dulce.

Kilian sonríe levemente.

—¿Queréis quedaros en la habitación de invitados? —propone—. Estoy sola hasta el jueves y…, no sé…, siento que es lo mínimo que

os puedo ofrecer.

Miro a Kilian.

Porque yo lo prefiero. Prefiero ducharme y pasar la noche con él, principalmente para que mi madre no se asuste al verme con estas pintas. También quiero dormir con él. No quiero que nos separemos ahora.

Recuerdo que llevaba un traje de lo más caro y se me encoge el pecho, porque está destrozado.

—¿Quieres? —me pregunta. Yo asiento—. Pues no se hable más.

—Gracias —le digo a Dawn, y ella hace un gesto despreocupado.

No sabe lo que significa un apoyo así en estos momentos.

Kilian deja a Sombra en el suelo para ver si puede caminar y, aunque está incómoda, logra andar. Aun así, la vuelve a coger para ahorrarle el mal trago.

Dawn nos guía por su casa hasta la habitación de invitados, que no es ni más ni menos que el doble de grande que mi propia habitación.

Después de darnos algo de comida, nos deja solos con Sombra.

—Si necesitáis algo, avisadme —nos dice antes de irse y cerrar la puerta.

Caigo rendido en la cama y cierro los ojos durante un segundo.

Noto la mano de Kilian cogerme el tobillo con delicadeza. Me deshace el nudo de los zapatos y me los quita cuidadosamente. Primero uno y después otro.

Que aún siga cuidándome cuando él tiene que estar mucho más cansado que yo…

El hormigueo que siento en la tripa cuando él está cerca vuelve para quedarse.

—¿Vamos a ducharnos? —me pregunta con un susurro—. Creo que necesito ayuda con los puntos…

Abro los ojos y lo veo arrodillado ante mí. Sus ojos grises conectan con los míos.

La luz del sol se cuela por la ventana y vuelve a cruzarle el rostro.

—Convénceme… —le pido, y él sonríe desde abajo. Se incorpora y, con cuidado, se acuesta encima de mí.

Y me besa. Por fin me besa. No sabía que lo necesitaba tanto.

Recibo sus labios con ganas y con suavidad. Entrelazo los dedos con el pelo de detrás de su nuca para atraerlo a mí.

—Cuidado… —dice tras sisear—. Los puntos…

Sonríe y me vuelve a besar.

—Venga, vamos.

Nos levantamos de la cama y, una vez en el baño, empiezo a desnudarme.

Oigo cómo Kilian resopla cuando me bajo los pantalones.

—No sé cómo me gustas tanto —dice a la ligera, y sonrío.

Sigue ahí nuestra química; esto no nos ha roto.

—Ven a demostrarlo —le digo antes de meterme a la ducha.

Kilian me sigue y abre el grifo. Ambos esperamos a que salga el agua caliente antes de mojarnos.

Veo que se fija en mi ceja. Coloca una mano en el lateral de mi cabeza y acaricia con cuidado la zona.

—¿Te duele? —susurra.

—Mucho. No te voy a mentir —le respondo. Me fijo en su costado y se me encoge el corazón—. Pero no más que a ti, está claro…

—Pero a mí me importas tú… —dice, y me da un beso rápido.

—Eres muy tonto. Lo sabes, ¿no?

—Por supuesto —dice contagiándome su sonrisa.

El vapor nos rodea poco a poco. Kilian toma la iniciativa y se mete bajo el agua, regalándome una de las mejores vistas que he tenido jamás.

—Ven aquí… —me pide al agarrarme del brazo suavemente y acercarme a él antes de juntar su cuerpo con el mío en un abrazo bajo el agua.

—Aquí no tengo el gel de café que tanto te gusta…

Le doy un golpecito juguetón en el pecho al reírme.

—Es que eres…

Él me coge del rostro y vuelve a besarme.

Cuando nos separamos para coger aire, Kilian aprovecha, se enjabona las manos y me las pasa por todo el cuerpo haciendo que me estremezca.

Sus caricias no son sexuales. Me está dejando claro que está aquí para mí. Que me cogerá si me caigo y que sabe que yo también lo haría por él.

Mi corazón se encoge cuando analizo detenidamente sus heridas. Intento contenerme. No quiero llorar.

Él se percata y abre el grifo de la ducha después de enjabonarse y rodear mi cuerpo en un abrazo de lo más íntimo.

Con cuidado de no rozarle ningún corte, le devuelvo el abrazo y escondo la cabeza en el hueco de su hombro tatuado.

No sé cuándo empiezo a llorar. Tampoco sé cuándo acabo ni cuánto tiempo pasa antes de que note de pronto un frío repentino.

Kilian sale de la ducha y rápidamente me vuelve a abrazar con una toalla que nos ha dejado Dawn.

—Vamos a la cama —dice después de secarnos.

Noto los ojos hinchados e irritados por el llanto mientras me acerco a la cama y me hundo bajo el edredón. Kilian no tarda en abrazarme por detrás y, tras unos minutos, dejo de temblar.

Los párpados me pesan.

—Jackson… —me llama en un susurro, pero apenas lo oigo—. Necesito que sepas que todas y cada una de las cosas que voy a hacer son porque te quiero, ¿vale?

Le respondo con un leve gemido y él se queda satisfecho.

Saboreo sus palabras.

«Te quiero, te quiero, te quiero».

«Yo te quiero más».

No sé si lo he dicho o lo he pensado, pero Kilian me besa en la nuca y me duermo entre sus brazos en cuestión de segundos por el agotamiento acumulado.

44



KILIAN

No puedo dormir.

Me siento abrumado por una sensación de peso aplastante. La culpa se enrosca en mi pecho y cada latido de mi corazón es una punzada de dolor.

«Jackson».

Solo pensar en él hace que mis entrañas se retuerzan.

Es valiente, fuerte, pero también frágil de una manera que me hace querer protegerlo con todo lo que tengo. Y, sin embargo, parece que todo lo que hago es traerle más mierda a su vida.

Giro sobre la cama y le doy la espalda.

Lo quiero con locura, pero ¿cómo he podido dejar que esto pasase? Traje la mafia a su vida. Mi padre nos tiene atrapados en su red de crueldad.

Suspiro, intentando calmar la ansiedad que crece en mi pecho.

Luego está su ex. Ver el miedo en los ojos de Jackson cuando ese monstruo reapareció fue como si me clavaran una daga en el corazón. No puedo olvidar cómo temblaba, los recuerdos de abusos pasados reflejados en su mirada. Nunca debería haber vuelto a su

vida. Y, de alguna manera, siento que es mi culpa. Si no fuera por mí, Jackson no habría tenido que enfrentarse a ese pasado traumático de nuevo.

Todo se mezcla en mi mente, como un torbellino de culpa y desesperación que girase y calase en lo más hondo de mí.

¿Soy suficiente para él? Porque no me da esa impresión. Cada intento de protegerlo, de quererlo, solo parece causarle más daño.

Noto cómo una lágrima me cae por la mejilla hasta mojar la almohada.

Mi amor debería ser un refugio para él, un lugar seguro donde pudiera sanar y sentirse querido. Pero en lugar de eso, soy una fuente constante de peligro y dolor.

Por eso me sentía culpable mientras lo abrazaba.

Los recuerdos de nuestros momentos juntos, esos instantes de paz y felicidad, se mezclan con la amarga realidad de lo que estamos enfrentando. Veo su sonrisa, su risa, y me rompe el corazón pensar que he sido el culpable de sus lágrimas y su miedo.

¿Cómo puedo compensar todo esto? ¿Cómo puedo ser lo que Jackson necesita? La respuesta parece siempre fuera de mi alcance o, lo que es peor, demasiado cerca.

«Déjalo», me dice mi mente.

La mañana se me hace interminable, y la claridad del sol solo amplifica mis pensamientos. La culpa y la tristeza se apoderan de mí y me dejan con una sensación de vacío y desesperanza.

Quiero ser mejor, quiero ser suficiente para él, pero cada paso que doy parece ser en falso.

Mientras me hundo en estos pensamientos, una determinación crece en mi interior mientras lo miro. La costra donde antes estaba

su piercing brilla con la luz del sol.

No puedo seguir así. No puedo dejar que lo que siento por Jackson sea una fuente de dolor más para él. Tengo que encontrar una manera de luchar contra mi padre, de proteger a Jackson de Sylas y de la mafia. Tengo que ser fuerte por él, incluso cuando yo mismo me siento débil y perdido.

Espero que haya oído las palabras que le he dicho antes de acostarnos, porque me levanto de la cama decidido a cambiar las cosas.

La culpa y el remordimiento pueden ser abrumadores, pero no puedo dejar que me consuman. Jackson se merece más. Merece un amor que no esté teñido de peligro y sufrimiento. Y haré todo lo que esté en mi mano para dárselo.

Y si eso implica romperle el corazón para luego tener que volver a curárselo, lo haré igual.

Solo me queda esperar que pueda perdonarme después de todo…

Cojo a Sombra y, sin hacer ruido, salimos de la casa de Dawn, dejando atrás a Jackson para poder avanzar.

45



JACKSON

Una de las primeras cosas que tenía claro que quería hacer cuando tuviera dinero era ir al psicólogo.

Sarah siempre me ha dicho que le ha enseñado a gestionarse. Y eso es lo que necesito. Necesito coger las riendas de mi vida y volver a ser yo.

Quiero volver a ser la mejor versión de mí mismo y dejar de ser este chico atormentado por su puto ex maltratador. Volver a ver la vida de otro color.

Kilian me ha ayudado a volver a confiar en alguien de manera romántica, sí, pero no quiero depender de él en ese sentido. No quiero volver a convertirme en esa persona fría y desconfiada si, por lo que sea, lo nuestro no sale bien.

Al ver que Kilian no está a mi lado cuando me despierto, mi primera reacción es decepcionarme. La segunda es comprenderlo. Porque yo lo hice una vez, y no fue para hacerle daño, sino por pura supervivencia. Necesitaba salir de aquella cama para evitar un ataque de ansiedad y que eso rompiera todo lo que habíamos

construido en ese entonces, que era poco comparado con lo que tenemos ahora.

Lo que pasó ayer fue un punto de no retorno para ambos, y entiendo que quiera tomarse su tiempo y espacio.

Aunque podría habérmelo dicho…

Suspiro y reúno fuerzas para ponerme el traje sucio y roto antes de salir de casa de Dawn.

Ella no está por allí, así que le dejo una nota en un pósit para agradecerle el buen trato. Me apunto mentalmente que debo tener un detalle con ella, porque de verdad se lo merece.

Me sorprende que, después de todo lo que pasó, Sylas no me quitara el móvil, pero, cuando lo intento encender, veo que no tiene batería.

Cierro los ojos y respiro tres veces para evitar no mandarlo todo a la mierda nada más despertarme.

Cuando salgo de la casa de Dawn, veo que estoy en Summerlin, el barrio de Kilian.

Borro el pensamiento de pasarme por su casa para ver si está bien y me subo al primer autobús para ir a la mía. Mi madre tiene que estar preocupada.

Suspiro y acelero el paso.

El conductor me mira de arriba abajo con desprecio y sé que se piensa dos veces si dejarme subir, pero finalmente accede.

No todo es malo…

Llego a mi casa en unos cuarenta y cinco minutos y me encuentro nada menos que a Dean, a Sarah y a mi madre sentados a la mesa de la cocina.

Me apunto mentalmente dejar lo de buscar psicólogo para mañana.

Los tres se levantan de un salto en cuanto me ven entrar por la puerta.

Dean pone cara de disgusto cuando me ve así. Se lleva una mano a la cabeza. Sarah se queda petrificada. Mi madre frunce el ceño.

—¿Dónde coño estabas?

—Pero ¿qué cojones te ha pasado?

—Jackson Blake, ¡ven aquí ahora mismo!

Gritan los tres a la vez, pero los ignoro y subo las escaleras hacia mi habitación.

—Me cambio y os cuento —les pido. No puedo tener esta conversación con un traje de etiqueta destrozado y lleno de sangre.

Rápidamente, me pongo lo primero que encuentro y bajo al salón, donde finalmente se han sentado.

—¿Estás bien?

—No —digo sentándome en el sofá—. He… vuelto a ver a Sylas. Bueno, más bien… me ha secuestrado —empiezo a decir.

Decido contarles todo sin ningún tipo de censura. No hace falta esconder nada. Si lo hiciera, me generaría mucha más ansiedad, y ahora mismo necesito que me apoyen y me entiendan, y para eso deben conocer la historia entera.

La primera reacción de mi madre es insistir en que va a llamar a la policía. Finalmente, la convenzo para que no lo haga, ya que es algo mucho más grande de lo que parece y al fin y al cabo es la familia de Kilian. Si encierran a su padre, se quedaría completamente solo. Y eso no está en mi mano. Si quiere denunciar, tiene que hacerlo él.

Respecto a Sylas, Dean me promete partirle la cara en cuanto lo vea. Sarah algo parecido.

Todos coinciden en aconsejarme que escriba a Kilian, aunque a mi madre no le haya hecho demasiado gracia que no me dijera nada antes de irse. A mí tampoco, pero no puedo enfadarme. No aún. Quiero pensar que ahora me dirá algo.

¿Cómo estás?

Simple y directo.

Estoy en casa con mi familia. Si necesitas algo, avísame.

Bloqueo el móvil y, tras un momento, me preparo para contarles a todos que he decidido empezar a ir a terapia.

—Ya tocaba, cabrón —dice Dean. Sarah le da un codazo.

—Me parece muy bien, hijo —dice mi madre antes de abrazarme —. A mí me habría venido muy bien hace unos meses.

—Cómo han cambiado las cosas… —le digo devolviéndole el abrazo.

Mientras tanto, Sarah me observa la cara y sé que se está conteniendo mucho las ganas de decir lo que piensa.

—Anda que arrancarte el piercing… —susurra finalmente—. No podía…, no sé, ¿darte un puñetazo? ¿Algo menos sádico?

—Es que eso es lo que es —responde Dean.

Y yo quiero dejar de darle vueltas. Por lo que cambio de tema.

—¿Cómo estáis vosotros? —les pregunto.

—No cambies de tema, Jackson. Tenéis que hacer algo…

—Eso —aporta Dean.

—Lo sé, pero está todo muy reciente, joder. Dejadme respirar y asimilar todo. —Me tomo una pausa para mantener la calma—. Aparte, creo que estoy disociando. Ni siquiera me creo aún que todo esto me haya pasado a mí. Si no fuera por lo que me duele la puta ceja, diría que le ha pasado a otra persona.

Sarah asiente y me pone una mano en el muslo.

—Eso es normal… —responde Dean.

—¿Cuándo tienes la final? —pregunta Sarah con la voz algo más suave.

Miro la fecha en el móvil.

—En una semana.

—Joder… —dice Dean pasándose las manos por la cara, exagerando—. Qué puto estrés.

—Allí estaremos.

—Genial. Gracias, chicos.

—Ahora te toca ser feliz, cariño —dice mi madre mientras me aprieta el hombro—. Y te vamos a ayudar en todo lo que esté en nuestra mano. ¿Verdad que sí? —les pregunta a Sarah y a Dean.

Noto una sensación de calidez en el pecho, como un bálsamo de tranquilidad que contrasta con el nerviosismo por no saber aún nada de Kilian.

—Sí, señora…, ¡señorita! Blake —responde Dean, y nos reímos.

Tenerlos a ellos aquí es como un abrazo. Uno de los que ahora no solo me siento cómodo dando, sino que me gustan e incluso los veo

necesarios.

—¿Os apetece quedaros a cenar y hacemos noche de pelis? —pregunta mi madre a mis amigos.

—Hombre, ni lo dude —le dice Dean sonriente.

—Yo también me quedo —añade Sarah.

Un nudo empieza a tensarse en mi pecho.

—Chicos…, yo… —niego con la cabeza—. Lo siento, pero necesito estar solo.

Mi madre asiente.

Dean me mira con un deje de tristeza.

—Bueno…, avísanos si nos necesitas —dice Sarah finalmente antes de abrazarme.

—Gracias.

—Intenta no hacer ninguna locura —me pide Dean antes de irse.

Y subo a mi habitación con urgencia de dormir y acabar con este día de mierda.

Kilian sigue sin responderme y yo me estoy empezando a preocupar.

Estoy de pie en una arena subterránea; el aire está cargado de humo y gritos. Tabaco, sudor y basura. La luz es tenue, parpadea, proyecta sombras inquietantes sobre las paredes llenas de grafitis. Veo a Kilian en el centro del ring, su cuerpo brilla por el sudor, los músculos se le tensan con cada golpe que recibe. Su mirada es feroz, como siempre que lo he visto luchar, pero esta vez hay algo en sus ojos que me llena de un terror indescriptible: desesperación.

No está ganando.

La siguiente pelea empieza, y los golpes resuenan como tambores de guerra. Cada puñetazo, cada impacto, me duele como si los recibiera yo. Kilian cae, se levanta, vuelve a caer. La sangre mancha el suelo. Chillo su nombre, pero esta vez no me oye y mi grito se une a la multitud ensordecedora. Intento llegar a él, pero mis piernas no responden. Es como si mis pies estuvieran atrapado en el cemento, impotente.

De repente, un golpe final, brutal, lo derriba. Kilian no se levanta. Su cuerpo yace inmóvil. La multitud ruge, pero lo único que oigo es el latido ensordecedor de mi propio corazón. La gente no hace nada. Le dan la victoria al ganador y se esfuman, dejando a Kilian, o a lo que queda de él, tirado en el suelo.

Aparece Sylas con una gran bolsa negra de plástico.

Me despierto con un sobresalto. El sudor empapa mi camiseta. Mi corazón bombea más rápido que nunca. Apenas entra oxígeno a mis pulmones.

Me siento en la cama, intentando calmarme, pero las imágenes siguen grabadas en mi mente. Kilian, mi Kilian, muerto en un ring ilegal por culpa de su padre, por culpa de Sylas, por culpa de esta puta mierda de la que no sabemos escapar.

Cojo el móvil y reviso de nuevo que no, no hay ningún mensaje suyo.

Vuelvo a escribirle.

Dime por lo menos que estás bien.

Apago el móvil y cierro los ojos. Mi corazón sigue desbocado.

Son las seis de la mañana. Necesito hacer algo.

Después de dar varias vueltas sobre mí mismo en la cama, decido ir a entrenar. Tengo el último torneo en cuatro días y no me puedo permitir estar perdiendo el tiempo en casa. Aparte, en el fondo sé que tengo algo de esperanza de encontrarlo allí.

Suspiro, me visto y salgo de casa sin desayunar.

Hacía tiempo que no lloraba subido a la moto, pero hoy siento que lo necesito y me desahogo en los veinte minutos de trayecto que tengo hasta que llego al gimnasio.

Paso la mano por las vallas de tela del ring. Por el saco.

Una lágrima recorre mi rostro.

Y esta vez no uso la rabia para entrenar. Ahora canalizo mi tristeza, mi odio y mi corazón en la fuerza que empleo.

El sol del amanecer deja de entrar por la ventana.

No sé cuánto tiempo llevo pegándole al saco, pero estoy tan centrado en él que no dejo de golpearlo hasta que noto una mano fuerte en mi hombro. Me giro de un sobresalto.

—¿Will?

—Te sangra la nariz —dice a modo de saludo, aún tiene algunas quemaduras vendadas—. En media hora llegan los críos para empezar las clases.

¿Qué cojones? ¿Ya está bien? ¿No viene Kilian?

—¿Sabes algo de Kilian? —le pregunto quitándome la sangre de la nariz con el guante. Seguramente sea por la presión acumulada de la intensidad del entreno.

—Solo le he escrito para que supiera que hoy vuelvo a entrenar.

Suspiro.

—Me alegro de que estés bien —digo finalmente.

—Gracias. ¿Sabes si viene ahora? —me pregunta, dándome a entender que no tiene ni puta idea de lo que ha pasado estos días.

—No creo. Hoy no toca entreno. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Genial, campeón. Cuídate, que se vienen días duros, pero ya acabas.

—Si tú supieras… —susurro antes de recoger mi bolsa de deporte y bajar del ring.

Salgo del pabellón sin contarle a Will nada de lo que ocurrió.

Me subo a la moto.

¿Dónde coño estás, Kilian Fierce?

46



KILIAN

Sabía que no iba a ser fácil, pero esto roza lo imposible.

Me llevo la copa a los labios. La cuarta de la noche. Cada mensaje que recibo de Jackson hace que me replantee absolutamente todo.

¿Qué hago? ¿Finjo que no ha sucedido nada? ¿Voy a entrenarle sin más?

Callo esas voces bebiéndome lo que me queda de copa.

—Ponme un chupito —le pido al camarero.

Siento como si alguien me estuviera apretando el corazón sin piedad.

Ignorar sus mensajes es lo más difícil que he tenido que hacer. Pero sé que es necesario. Si quiero protegerlo, tengo que alejarme, al menos por ahora.

El primer chupito quema, pero es un dolor que puedo controlar, no como el molesto nudo que siento en el pecho.

Pueden estar siendo los peores días de mi vida con diferencia.

Miro el vaso. ¿He pedido este whisky? Remuevo el líquido ámbar mientras los recuerdos de Jackson me invaden: su risa, sus ojos marrones, la forma en la que decía mi nombre. Me duele pensar en

él solo, preguntándose por qué me he alejado así. Pero no tengo otra opción.

Otro mensaje entra, y aunque mi primer instinto es leerlo, me obligo a guardar el móvil. Necesito mantenerme firme. Cada palabra que leo, cada foto que veo, solo hace que esto sea más difícil. Necesito mantenerme distante para su seguridad, aunque me esté destrozando por dentro.

El barman me mira con compasión cuando le pido otro. Ni siquiera sé cuándo he pasado de los cubatas al whisky.

—Día duro, ¿eh? —comenta mientras me sirve. Lo reconozco de haberlo visto varias veces cuando veníamos con Will.

No respondo. Soy incapaz de encontrar las palabras adecuadas. No puedo contarle a nadie la verdad. Nadie entendería el peligro al que nos estamos enfrentando. No me tomarían en serio.

La botella se vacía rápidamente. El alcohol me adormece, pero no lo suficiente como para apagar la mente. Solo desearía poder tomar todas las decisiones correctas sin esta ansiedad.

Pienso en lo fácil que sería rendirme, enviarle un mensaje y decirle cuánto lo echo de menos. Pero sé que no puedo hacerlo.

Pierdo la noción del tiempo, cada sorbo se convierte en un eco del anterior, en una forma de perderme en un olvido temporal, aunque nunca lo consigo. Sé que esto no es saludable, pero es la única forma en que puedo afrontar esto.

Conforme pasa el tiempo, el bar empieza a llenarse. Las conversaciones y risas de otros clientes me rodean, pero me siento completamente aislado.

Soy un náufrago en un mar de personas, aferrándome a la botella como si fuera una tabla de salvación.

Un grupo de chicos entra riendo y bromeando. Sus voces son un recordatorio cruel de lo que he perdido. Recuerdo nuestras salidas, las bromas tontas, y pienso en las noches en las que Jackson y yo éramos simplemente nosotros, sin la sombra de mi padre amenazando con destruirlo todo. Y me doy de bruces con la realidad: solo fuimos nosotros mismos cuando nos vimos por primera vez. Cuando éramos unos desconocidos que querían pasárselo bien.

Cuando finalmente me levanto para irme, el mundo se tambalea abruptamente. Camino hacia la salida y el frío aire de la noche me abraza.

Mientras cojo un taxi de vuelta a casa, miro las luces de la ciudad y me pregunto cuánto podré seguir así. ¿Cuánto tiempo hasta que pueda estar con Jackson sin temor a las repercusiones? La incertidumbre es un peso constante.

Justo antes de llegar a la puerta de mi edificio, mi teléfono vibra de nuevo. La tentación de responder es abrumadora.

Kilian, me estás acojonando.

Mi corazón se rompe un poco más.

Doy un paso hacia delante, pero mi cuerpo, entumecido por el alcohol, no responde como debería. Tropiezo y, antes de darme cuenta, estoy en el suelo, con la cara contra el pavimento. El dolor es agudo, una mezcla de la caída y la toma de conciencia de mi situación.

Estoy en la mierda.

Me quedo allí sintiendo el frío del suelo en la mejilla. Las lágrimas comienzan a caer, mezclándose con la suciedad de la calle.

—Lo siento, Jackson —susurro al aire vacío—. Lo siento por todo.

Intento levantarme, pero mis piernas parecen de plomo. Estoy demasiado borracho para moverme, demasiado derrotado para intentarlo. La calle está desierta y, por un momento, me dejo llevar por el deseo de rendirme.

Pero no puedo. Por Jackson, no puedo. Con un esfuerzo titánico, me arrastro hasta la entrada de mi chalet y me apoyo contra la puerta, con miedo de que se me abran los puntos del costado.

Mi teléfono vibra de nuevo, pero esta vez lo ignoro. No puedo seguir leyendo sus mensajes, no puedo seguir sintiendo su preocupación sin poder darle respuestas. Solo quiero que esto termine, quiero encontrar una manera de protegerlo sin destruirme en el proceso, pero lo veo imposible.

La noche se convierte en una sucesión de imágenes borrosas. Me sirvo otro trago mentalmente, tratando de silenciar las voces en mi cabeza. Los recuerdos de mi padre, su mirada fría y calculadora, sus amenazas, las veladas, me persiguen. La transferencia de doscientos mil dólares que acabó haciéndome. Y, por encima de todo, el rostro de Jackson, su manera de sonrojarse aunque diga que no le gustan los cumplidos.

Cómo lo quiero, joder…

Pienso en nuestro futuro, en lo que podríamos tener si no fuera por las circunstancias que nos rodean. Un futuro donde no tenga que mirar por encima del hombro, donde no tema por su vida cada

vez que nos vemos. Pero ese futuro parece tan lejano, casi inalcanzable…

Finalmente, el cansancio me vence. Me dejo caer en el suelo, con el móvil encendido aún en la mano. La última imagen en mi mente es la de Jackson esperándome sin saber por qué lo he dejado. O por qué voy a hacerlo.

Mientras el sueño me arrastra, me hago una promesa: haré lo que sea necesario para protegerlo, incluso si eso significa seguir alejándome. Porque su seguridad es lo único que importa.

Me da igual que no pueda perdonarme jamás.

47



JACKSON

Sé que no estoy haciendo lo correcto cuando me pongo el casco de la moto y arranco hacia Asylum, el único lugar que me queda antes de ir a casa de Kilian. Siento que el mal tiempo es un presagio. Una tormenta eléctrica me cala por completo durante el camino, pero no aguanto más. Tengo que verlo. Si quiere acabar con lo que hemos construido, que lo haga, pero que lo haga ya.

Quedan tres días para el torneo, y llevo sin dormir desde las peleas ilegales. Las pesadillas me comen cada vez que lo hago, y acabo pasando las noches en vela.

También tengo los nudillos hinchados de las horas que paso en el gimnasio repasando técnica y resistencia. Esto ha sido lo más duro de estos días. Entrenar solo.

Desde que empecé a hacerlo con Kilian, he ido acostumbrándome a gestos tan mínimos como que me ponga los guantes. Echo de menos absolutamente todo: cómo me miraba y analizaba mis movimientos, cómo me recordaba que relajase los hombros, cómo me insistía para que pegase el siguiente golpe más fuerte.

Kilian siempre me ha llevado al extremo, siempre ha sacado lo mejor de mí. Y, aparte de echar de menos eso, sé que lo echo de menos a *él*.

¿Cómo ha terminado?

Siento como si nada hubiera pasado. Como si Kilian nunca hubiera existido y mi vida fuera un *remake* de *El club de la lucha*. Pero no. Tengo fotos que lo demuestran. Hay tuits que hablan de nosotros que lo prueban.

Lo nuestro fue real, estoy más que convencido, pero, joder, si era tan real, ¿por qué cojones le es tan fácil darme de lado?

No me lo explico. Por eso acelero. Me da igual que crea que estoy invadiendo su espacio. Me da igual pasarme de intenso. Esa línea ya la hemos cruzado y, de verdad, si quiere dejarme, que me deje bien. Pero que no me tenga en ascuas, que no me tenga sufriendo pesadillas todas las noches, porque nuestra situación no es una cualquiera. La mafia está tras nosotros, y ninguno de los dos está a salvo como para desaparecer de la vida del otro sin dar explicaciones. Joder, que Kilian podría estar muerto ahora mismo en cualquier descampado después de una pelea, y yo sin saberlo.

Mi cerebro me ha preparado para lo peor, colocándome en escenarios totalmente remotos pero realistas. Kilian y yo estamos en peligro y nos necesitamos. No puede desaparecer así de mi vida.

Me quito el casco. La lluvia cae por la chupa de cuero que me regaló.

Sí, la llevo puesta. Llevo días sin quitármela.

Suspiro antes de entrar en el local con el casco en la mano. El bar está lleno de chavales que ríen y beben en la barra.

—Hola —saludo al barman—. ¿Sabes quién es Kilian Fierce?

Él asiente mientras seca unos vasos.

—Necesito que me digas si ha estado aquí.

—Lleva toda la tarde bebiendo como un puto loco —dice el chaval.

Tenso la mandíbula.

—Acaba de irse, pero no llegará muy lejos.

«Mierda…».

—Vale, gracias.

Salgo del local como un loco. Me subo en la moto, derrapo para dar la vuelta y vuelvo a acelerar.

Última parada.

Esto acaba ahora, sea para bien o para mal.

Apenas tardo diez minutos en llegar a su casa y se me cae el mundo a los pies cuando lo veo. Ni siquiera tengo que bajarme de la moto para que me reconozca. Veo sus ojos rojos desde aquí. Está tirado en el suelo bajo la lluvia, como si fuera el hombre más pequeño que jamás ha existido. Se tapa la cara cuando las luces de la moto lo deslumbran. Está vivo. Está despierto.

Cojo aire antes de enfrentarme a él.

—¿Qué…? ¿Qué pasa, Kilian? —le pregunto al llegar a su altura. Él se levanta y apoya la espalda despreocupadamente en la pared de su casa. Se tambalea un poco cuando se cruza de brazos.

Pasan unos segundos. Mira alrededor, como si estuviera buscando a alguien.

—Necesitaba respirar —confiesa tras un momento—. No…, no tenías que encontrarme así —dice sacando las llaves del bolsillo—. Hablamos mañana.

—¿Qué coño dices? —le cojo de la muñeca y le freno. No puede entrar a casa, no puede dejarme así. Sombra ladra desde dentro—.

Hablamos ahora.

—Por favor… —me pide, y su mirada de dolor me rompe por completo.

—Déjame entrar. Vamos a hablarlo, prometo que me iré, pero tenemos el torneo en cuatro días y…, joder, Kilian, no estoy bien.

No sé si lo que le cae por la mejilla es lluvia o una lágrima.

—Tienes —me corrige—. Tú tienes el torneo. Nunca debí acceder a entrenarte. Nunca debí dar pie a nada con nadie —dice desviando la mirada, volviendo a intentar meter la llave en la cerradura—. Sabía que te haría daño.

Sus palabras me duelen más que cuando Sylas me pegó por primera vez. Y no por lo que conllevan, sino por lo que significan. Otra vez volvemos a los inicios. Kilian piensa que está destinado a estar solo por culpa de su padre, y eso me destroza.

—No me haces daño tú. No si seguimos como antes. Kilian…, yo creo que si llamamos a la policía…

—No tienes ni idea de la gravedad del asunto, ¿verdad? —me pregunta. Sigue sin mirarme.

—¡No podemos vivir así! —le grito exasperado—. No aguanto más…

Kilian suspira.

—Y por eso tenemos que dejarlo —concluye secamente, como si le diera igual.

—Estás de coña, ¿no?

Cuando veo que no responde, se me escapa una pequeña risa irónica.

—Me reconstruí por ti, ¿sabes? Luché por poder estar contigo, por dejar atrás mis inseguridades y mis miedos. Me secuestraron, Kilian.

Mi puto ex me arrancó un piercing de cuajo. Y lo soporté. Lo soporté porque sabía que era un riesgo que tenía que afrontar al estar juntos.

Le golpeo el pecho.

—Nunca dudé en estar contigo. Después de eso, jamás pensé en dejarlo, joder. Me has hecho sentir lo que es el amor mutuo, sano y correspondido. Me has enseñado a hablar las cosas cuando es necesario hablarlas. Joder, ¡aquí me tienes! —grito exasperado—. Llevo sin saber de ti tres días. Tres. Putos. Días. Sin saber nada después de que tu padre te obligase a luchar hasta prácticamente la muerte, joder. ¿Tú sabes lo preocupado que me has tenido? ¡QUE PODRÍAS ESTAR MUERTO, JODER!

Rompo a llorar de la rabia.

—Verte, aunque fuera tirado en el puto suelo, me ha quitado un peso de encima, porque podríamos estar muertos, podríamos estar muertos… Hemos tenido un cuchillo en el cuello, Kilian… —insisto, y él tuerce el gesto.

—Jackson, joder… —dice, y me abraza, y yo me aferro a él. Nunca me prepararon para esto.

Nunca nadie te puede preparar para que te consuele el mismo hombre que te está rompiendo.

—De verdad que estoy haciéndolo lo mejor que puedo. No sé qué más hacer…

—No recuerdas lo que te dije… —afirma con la voz temblorosa.

—¿Me quieres dejar? —le pregunto para acortar mi sufrimiento. Cuando no responde, me separo de él. Le empujo para tomar distancia—. Vienes, me jodes la vida ¿y te vas así? ¿Me dices que me quieres y me abandonas sin más? —le pregunto.

Él tarda unos segundos en responder.

—Lo siento…

—Que te den. A ti, a tu puto perro, a tu padre, al boxeo… ¡A TODO, JODER! —le grito dándome la vuelta, completamente frustrado—. ¡La próxima vez, piensa mejor a quién le dices te quiero! No sabes cuánto daño pueden hacer esas palabras cuando son mentira…

Kilian baja la mirada, su pelo mojado, su ropa pegada a la piel, su manera de tiritar, definen exactamente a una persona rota y arrepentida.

Pero ya está. Ya está hecho. No me quiere en su vida.

Doy un paso tras otro lentamente. Cae otro rayo.

—Solo te pedí que te quedases y, cómo no, esa fue la cosa más difícil de cumplir —le digo, y él alza la mirada hacia la mía por última vez. Me quito la chaqueta y se la tiro. Él la coge al vuelo—. Púdrete.

Se queda de pie mirando cómo me pongo el casco sobre el pelo mojado. Con las manos temblorosas, muevo el manillar de la moto hacia delante y el motor ruge. Veo cómo se aferra a la chaqueta como si fuera lo único que le salva ahora mismo.

Lloro todo el camino de vuelta.

De verdad, pensaba que eras más grande que el cielo entero.

Pero no.

Eres diminuto.

Adiós, Kilian Fierce.

Espero que seas feliz.

48



KILIAN

Su chaqueta de cuero sigue entre mis manos. Porque aunque ahora la tenga yo, siempre será de él. Dejo de apretarla. No quiero romperla. Está empapada.

«Si lo has roto a él…», me dice mi voz interior.

Pego un grito de frustración.

Su cara descolocada. Su manera de temblar al darse cuenta de que lo estaba dejando, de que iba en serio…

Roto. Así es como me siento. Roto, vacío y sin nada. Solo me queda Sombra, pero en mi vida… no tengo a nadie que me llene.

Ni un trabajo real, ni un amigo que no sea mi representante o mi novia falsa, ni un padre que me quiera.

Tampoco tengo a Jackson.

Sombra sigue ladrando detrás de la puerta. Intento abrir con las manos temblorosas. Después de todo, siempre que he vuelto a casa, que sigue como recién saqueada, he ido directo a la cama a dormir.

No quiero mirar alrededor, aunque ya sé que no hay nada que merezca la pena. Los armarios están abiertos, incluso las sábanas de la cama están rajadas.

No hay nada que salvar. No tengo nada. Jackson es lo único que podría llegar a rescatar.

Llamo a Will, porque sé que él me puede ayudar en lo que sea, y, cuando me lo coge al segundo tono, ambos ideamos un plan para acabar con esto.

Tras colgar, busco rápidamente una mochila y meto lo esencial.

Suspiro.

Me compro los primeros vuelos que salgan de aquí y hago una última llamada mientras preparo el transportín de Sombra.

La cojo con cuidado y la meto dentro con suavidad para que su pata esté bien segura.

Tengo que salir de aquí ya. Es posible que sigan ahí fuera.

Solo me queda rezar para que Jackson me perdone, y porque no sufra más por un gilipollas como yo.

Mi plan tiene que funcionar. Si no, podría perderlo todo para siempre.

49



JACKSON

Tres días. Quedan tres míseros días para que acabe la liga.

Y mi mente no está como para luchar. No cuando la recompensa de ganar esos últimos combates era vivir tranquilos y poder dedicarnos tiempo para hacer que esta relación creciera. Relación que ya no existe ni existirá.

Como de costumbre estos días, ayer no pegué ojo en toda la noche. Y, joder, necesito dormir. Mi madre no está en casa. Son las diez de la mañana y yo debería estar entrenando, pero no. Apenas tengo fuerzas, así que la única solución que encuentro es ir a la habitación de mi madre y tomarme una de sus pastillas para dormir. Solo necesito unas horas de sueño, sin pesadillas ni mierdas.

Necesito borrar a Kilian Fierce de mi mente como sea. Y duele, duele mucho, porque de verdad que pensaba que iba a ser él

Pero, como siempre, acabo roto, solo y abandonado.

«Al menos este no me pegaba», pienso para mis adentros. Muy bien, Jackson, vas mejorando.

Me trago la pastilla y en menos de veinte minutos acabo dormido en la cama de mi madre con la intención de recuperar el sueño de

estos cuatro días.

No sé cuántas horas llevo durmiendo cuando me despierta la vibración de mi teléfono.

Me siento mucho mejor. Cojo el móvil y abro los ojos como platos cuando veo que son las siete de la tarde. He conseguido dormir nueve horas del tirón. Sonrío, pero el gesto se esfuma al instante cuando veo que en la pantalla aparece el nombre de Will.

Contesto.

—¿Sí? —le pregunto con la voz rota de recién despierto.

—Llevo llamándote todo el día, ¿qué cojones te pasa? —me pregunta.

—Buenas tardes a ti también…

—¡Tenéis la final pasado mañana!

¿Pasado mañana ya?

Si pensaba que…

Joder, llevo durmiendo un puto día entero…

Me llevo la mano a la frente y me la masajeo un poco.

—A ver cómo te explico…

—¡No tienes nada que explicarme, ven aquí YA! —dice antes de colgar.

Joder, ¿y este entrena a niños?

Suspiro antes de levantarme de la cama y prepararme la bolsa de deporte.

Si Kilian no quiere entrenarme, pues allá él. No necesito a nadie para llegar a la cima. Y menos a un tío que ni siquiera quiere luchar por mí.

Irónico.

Me subo a la moto y limpio los parabrisas antes de acelerar. La lluvia de ayer lo ha dejado todo fatal.

Cuando llego, escaneo con la mirada toda la estancia, pero no veo a Kilian por ninguna parte.

Bien.

Will me recibe con el ceño fruncido y me manda directo a los sacos, al lado de los niños pequeños. Estos me miran con curiosidad cuando empiezo a estirar.

Noto las agujetas por los entrenos de los últimos días. Sobre todo en los tríceps y hombros.

Empiezo a golpear el saco. Siempre sigo el mismo patrón: Uno-dos, uno-uno-dos-dos.

Gancho. Jab. Uppercut. Paso atrás.

Me noto ejercitado después de haber dormido tanto, y eso ayuda a que no repare en todos y cada uno de los rincones del gimnasio donde Kilian me hizo suyo por primera vez. Los niños y el griterío de Will también ayudan. No me abstraigo del todo, por lo que entreno tranquilo, sin rabia, sin tristeza.

Somos el saco y yo.

Cuando suena la alarma que indica el fin del asalto, decido ponerme con la comba. Quince minutos de saltos y pura coordinación que he estado mejorando este trimestre. Nunca me ha gustado porque se me da mal. De culo, mejor dicho. Al principio siempre me tropezaba, pero mi padre me guiaba. Me decía que contase el tiempo en mi cabeza como si se tratase de un baile.

Pa-pa-pa-pa.

Y en eso me centro. En el ritmo para saltar sin tropezarme. Estoy tan concentrado que no me entero de que Will me estaba llamando hasta que este se planta delante de mí.

—Ven un segundo —me dice, y yo detengo la comba.

El sudor me recorre la frente mientras atravesamos el gimnasio para ir a su oficina.

Me preparo mentalmente para lo que tiene que decirme.

Abre la puerta y me deja pasar primero. Suspiro antes de sentarme en una de las sillas.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—No lo sé, pero quería hablar contigo —dice acercándose a la máquina de café—. ¿Quieres uno? —me ofrece.

—No, gracias.

Hoy tengo que dormir.

—¿Sabes? Estoy muy contento contigo. Ya se lo dije a Kilian en el hospital. Eres muy bueno —señala—. Pero, tío, Kilian está muy distinto desde que llegaste. No sé qué le estás haciendo.

—¿Perdón? —le pregunto—. No le estoy haciendo nada.

Lo que faltaba.

—Le estás haciendo feliz, Jackson.

El corazón me da un vuelco.

—Lo he estado viendo toda la liga. Ha cambiado para bien y sin duda eres el responsable, pero temo que se ponga en peligro por ti.

Tuerzo el gesto. Respiro y suspiro, porque ¿qué le puedo decir?

—Mira…, para que entiendas la situación bien…

—Jackson, que me da igual lo que pase entre vosotros —me corta con la mandíbula tensa—. Aparte de que Kilian me lo ha contado todo, os he visto más que nadie. He visto cómo os miráis; hay que

estar ciego para no verlo. Pero lo que quería decirte desde que has entrado es que creo que Kilian va directo a provocar a su padre para poner fin a esto.

Algo dentro de mí se encoge.

—¿Qué va a hacer?

—Esta noche se celebra una de las peleas más gordas de la historia de las ilegales. Ni te imaginas cuánto dinero hay apostado por él. Mis contactos no paran de decirme que se espera mucha sangre, Jackson.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —pregunto, acojonado, porque está claro que si me está contando esto es porque espera que haga algo.

—Ve a por él —dice decidido—. Te necesita, ¿no lo ves? Kilian siempre se aleja cuando cree que va a hacer daño, pero en realidad es él quien necesita que lo salven, Jackson.

—Pero…

—Pero nada. Los dos sois mi responsabilidad. Ve a verlo de nuevo; intenta arreglar las cosas una última vez. Yo… voy a ver qué puedo hacer desde aquí…

—Will, que me ha dejado justo por esta razón… No quiere volver a verme, y yo le dije…

Vuelve a dar un golpe sobre la mesa.

—¿Tú lo quieres? —me pregunta fulminándome con la mirada.

Asiento, controlando las lágrimas que amenazan con salir.

—Pues lucha por él, Jackson. Una última vez. Déjame que os ayude. He estado hablando con Ann por teléfono hace un momento.

Me quedo helado. ¿Ann?

—Es una amiga de Kilian que conocía vuestra situación. Desde que se lo contó, ella no ha parado quieta —continúa Will, bajando la voz —. Ha contactado con la policía y parece ser que han localizado el lugar.

Coge aire y me penetra con la mirada.

—Tenemos que llegar antes de que lo mate, Jackson. Ann ha filtrado la ubicación a unos contactos que tiene en la unidad de delitos de juego. Va a haber una redada. Pero si la policía entra a tiros, Kilian no se rendirá; se quedará allí peleando hasta que lo saquen en una bolsa. Necesita verte a ti. Necesita una razón para dejar de ser Killer y salir de ese agujero antes de que todo salte por los aires.

Will da un golpe seco sobre la mesa que me hace dar un salto.

Me levanto de la silla.

—Búscalo y, cuando lo encuentres, no lo sueltes hasta que estéis seguros.

El corazón me golpea en el pecho.

Tengo que encontrarlo.

—Estaré esperándoos allí para sacaros en mi coche.

—Gracias, Will —le digo antes de salir del despacho.

—¡Con cuidado! —oigo que me grita cuando recojo mis cosas y salgo del gimnasio.

Después de estos días, el tiempo ha mejorado, pero la temperatura sigue más baja de lo normal.

Corro hacia mi moto, pero me detengo en cuanto veo una figura.

Sylas expulsa el humo de su cigarro y me sonríe.

—¿Adónde vas? —pregunta levantándose de mi moto, en la que estaba apoyado.

Se me ponen los pelos de punta al oír su voz.

Sylas puede llevarme adónde sea que esté Kilian, pero doy un paso atrás.

Retrocedo de nuevo y la espalda me choca contra una pared de músculos. No hago el amago de girarme; sé que es otro hombre del padre de Kilian.

Respiro una vez, pero en esta ocasión no logro controlar la ansiedad.

—No te puedo hacer daño, órdenes de arriba —dice poniendo los ojos en blanco. Tira el cigarro al suelo cuando lo acaba—. ¿Por las buenas o por las malas, Jackson?

Miro a mi alrededor y espero que Will esté viendo esto. Que sepa que a mí también me quieren ahí esta noche. Porque no puedo huir. No esta vez.

—¿Sabes dónde está Kilian? —intento preguntarle. Él se encoge de hombros y sonríe. Se lo está pasando bien. Eso es que sí. Sabe perfectamente dónde está—. Pues por las buenas. Dime qué quieres…

Sylas se ríe.

—¿No me conoces lo suficiente como para saber que nunca hay un «por las buenas»?

Noto cómo me empujan y caigo de rodillas. No forcejeo por mi propio bien. Me dejo coger con la mínima esperanza de que Kilian esté bien y de que, pronto, estos putos sádicos nos vuelvan a juntar.

50



KILIAN

Una hora antes

Me va a dar algo. Siento que el aire no me llega a los pulmones de forma limpia, como si el oxígeno se hubiera vuelto espeso, difícil de tragar. Vivo con un miedo constante, un terror sordo que me recorre la espina dorsal desde el momento en que le entregué el transportín a Dawn y salí disparado hacia el aeropuerto. Siento que voy a explotar. Cada fibra de mi cuerpo me grita que dé la vuelta, que corra hacia él, que lo estreche entre mis brazos y le diga que todo es una farsa, que este adiós es el precio que tengo que pagar para comprar nuestra libertad.

Jackson tiene que saber que nunca lo dejaría. No puede rendirse. No aún. Pero el silencio es mi única arma y, a la vez, mi propia tortura.

Rezo por que todo salga bien mientras el taxi me deja en la terminal. Camino entre la multitud sintiéndome como un espectro. Mi vuelo es a… ¿Londres? Me meto en el correo donde está el billete y lo confirmo. Londres.

Sonrío con una amargura que me quema los labios. Si todo va como lo he planeado, nunca debería pisar suelo inglés. Nunca debería cruzar el charco. No ahora, no cuando mi vida entera está aquí.

Paso el control de seguridad como un autómata. La gente va de aquí para allá, familias emocionadas yéndose de vacaciones de Pascua, niños arrastrando maletas de colores y risas que me suenan a insulto. Miro a mi alrededor y el agobio me atenaza la garganta. Hay muchas maletas, muchos rostros anónimos, pero ningún trabajador de mi padre. Nadie me sigue. Nadie me detiene.

Cuando veo una melena rosa neón moverse entre la multitud, algo se enciende en mi pecho. Ruby. Tiene que ser ella. Pero cuando la chica se gira, es una desconocida. Suspiro y empiezo a sentir cómo la esperanza se me escurre entre los dedos. Empiezo a rendirme. Un viaje a Londres tampoco me vendría mal…, pero Jackson… Dios, Jackson. Si me voy, si este avión despega, él lo sabrá por las redes. Verá los titulares. Leerá que Killer ha huido como un cobarde y dará lo nuestro por terminado. Y eso no puede pasar. No puedo permitir que piense que no ha valido la pena.

Pero no puedo escribirle. No puedo llamarle. Cada mensaje es un rastro que mi padre podría seguir.

Estoy con la cabeza gacha, sentado en una de esas sillas metálicas e incómodas de la puerta de embarque, hasta que anuncian mi vuelo. Me levanto. Mis piernas pesan toneladas. Londres a las seis y media de la tarde. Ya no hay vuelta atrás. Decidido, doy un paso tras otro y siento que estoy a punto de romperme en mil pedazos. La imagen del rostro de Jackson, con esa

mirada de herida abierta que me dedicó la última vez, reaparece en mi mente.

«¿Vienes, me jodes la vida y te vas?».

No, joder. No me voy. Es por nosotros. Es para que podamos estar juntos sin mirar por encima del hombro.

Me tiemblan las manos cuando le enseño el pasaporte a la azafata. Ella me dedica una sonrisa profesional, amable, y yo me arrepiento al instante de todo. ¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Por qué cojones he decidido jugar a los héroes solo? Jackson sufre. Ann sufre. Yo me estoy muriendo por dentro. Pero tengo que acabar ya con esta pesadilla, y la única forma era esta. O, al menos, la primera que mi cerebro desesperado pudo concebir.

Mi padre tiene que creer que voy a abandonar Las Vegas para que sienta que pierde su inversión, para obligarlo a detenerme y así poder pillarlo con las manos en la masa. Pero para eso tiene que volver a capturarme. Tengo que ser el cebo. He creado esta ruptura pública para darle los motivos suficientes para creer que me rindo. Aunque lo que mi padre no sabe es que he prometido mil y una veces no abandonar a Jackson. Le prometí que me quedaría. Que lucharía por él. Que me daría igual el resto del mundo porque quien hace que me lata así el corazón es él. Y solo él. Y yo soy suyo. Completamente suyo.

No te tengo miedo, papá. Voy a luchar por el amor de mi vida y, de una vez por todas, voy a acabar contigo.

Aprieto el móvil con tanta fuerza que los dedos me duelen mientras avanzo por el túnel hacia el avión. Cada paso es una lucha contra el instinto de huir. Miro alrededor una última vez antes de entrar en la cabina. En la cola de pasajeros no hay nada sospechoso.

Nadie me observa. Nadie se acerca. Nadie viene a por mí. Subo un escalón. Luego otro. Cruzo la puerta y el frío del aire acondicionado me atraviesa la piel como agujas. Se me eriza el vello de los brazos. No sé si es por el frío o por el pánico de que el plan esté fallando.

Encuentro mi asiento. Me dejo caer y coloco la mochila entre las piernas. Es ridícula. Todo lo que queda de mi casa, de mi identidad, cabe en ese trozo de tela. Trago saliva y espero. Eso es lo peor. Esperar sin poder hacer nada. Cierro los ojos, pero mi cabeza es un campo de batalla lleno de gritos y sombras. Las azafatas empiezan con las instrucciones de seguridad, sus voces mecánicas son el ruido de fondo de mi propia ejecución.

Mi pierna no deja de moverse. El asiento a mi lado está vacío, como un recordatorio de la soledad que me espera si esto sale mal. La náusea me sube hasta la garganta. Quiero vomitar, quiero gritar, quiero detener el tiempo.

El avión empieza a moverse. El retroceso es lento, pesado.

Por favor… Joder… Necesito que salga bien.

Miro por la ventana mientras nos acercamos a la pista de despegue. El avión frena. Se detiene un segundo que parece una eternidad. Mi corazón se para con él. Vamos a despegar. Ya está. Todo está perdido. Si me voy, Sylas tendrá vía libre para raptar a Jackson. Hará con él lo que le dé la gana mientras yo estoy a diez mil metros de altura. Habré perdido. Habré fallado a la única persona que me ha hecho sentir humano.

El avión acelera de repente. El rugido de los motores es ensordecedor, una bestia que me empuja contra el respaldo. Siento una presión insoportable en el pecho, como si el aire me estuviera

aplastando desde dentro. Vamos a despegar. Has perdido al amor de tu vida. Y esta vez sí que es tu culpa, Kilian.

Una lágrima me recorre la mejilla. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces he llorado estos días, pero esta vez no me contengo. Me lo permito porque me lo merezco por haber sido tan imbécil. El avión gana una velocidad vertiginosa, el suelo empieza a ser un borrón de luces y asfalto. Mi corazón se rompe un poco más con cada metro. Miro por la ventana esperando el momento en que el suelo desaparezca y el abismo nos trague.

Pero entonces, el morro del avión no se eleva.

Suena una alarma estridente en la cabina. El murmullo de los pasajeros crece en un segundo hasta convertirse en un clamor de desconcierto. El avión frena de golpe, un frenazo violento que nos echa hacia delante contra los cinturones. Algunos pasajeros gritan. Otros preguntan qué pasa con voces agudas.

Yo no. Yo me quedo inmóvil, con los ojos fijos en la nada. Lo sé.

Me seco las lágrimas con un movimiento rápido y brusco. Respiro hondo mientras siento cómo toda la ansiedad se repliega para dejar paso a la frialdad de Killer. No pueden notar mi alivio. No pueden saber que esto es exactamente lo que buscaba. Mi padre no deja ir a quien lo hace millonario. Nunca lo ha hecho.

Por los altavoces suena una voz titubeante, nerviosa. Es la piloto.

—Kilian Fierce, por motivos de seguridad tiene que abandonar el avión. La tripulación lo guiará hacia la salida. Disculpen las molestias.

Y, por primera vez en todo el día, el miedo se transforma en adrenalina pura. Siento que la guerra acaba de empezar porque reconozco esa voz perfectamente. No es la piloto. Es Ruby.

Casi vuelvo a llorar, pero esta vez de pura victoria contenida. Jackson, aguanta… solo un poco más.

Agacho la cabeza, fingiendo molestia y confusión, mientras grabo el rostro de algunos pasajeros que ya tienen sus móviles fuera. Me disculpo por lo bajo, actuando como el deportista caído en desgracia que solo quiere escapar. Espero unos minutos en la puerta mientras colocan la escalera de emergencia. Por la ventana, veo la melena rosa neón de Ruby destacando entre varios hombres de traje oscuro que no intentan ocultar sus armas bajo las chaquetas.

Sí que era ella.

Bajo los escalones metálicos en cuanto abren la puerta. El aire de la pista me golpea, cargado de olor a combustible y peligro. Ruby me espera abajo, con la mirada clavada en el suelo, apenada.

—Te lo advertí —gruñe cuando llego a su altura.

—¿Qué quiere ahora? —le respondo, apretando la mandíbula tanto que me duele, proyectando toda la furia que mi padre espera ver en mí.

—Ya sabes lo que quiere. No te iba a dejar marchar así como así.

Asiento con brusquedad, dejando que uno de los hombres me agarre del brazo para escoltarme hacia el coche negro que espera con el motor en marcha.

—Llévame con él —sentencio.

Me meto en el vehículo y miro por la ventanilla mientras nos alejamos del avión que debería haberme llevado lejos. Voy a por ti, papá. Y esta vez no pararé hasta que tu imperio sea solo un montón de cenizas a mis pies.

51



JACKSON

No hace falta que me retiren la venda de los ojos para saber dónde estoy.

Está todo en silencio.

—El infierno es el único lugar en el que el diablo no se quema —dice Sylas con la voz firme. No hay duda. Estamos en los putos túneles. La gravilla suena mientras avanzamos. El eco de nuestros pasos reverbera cada vez más, lo que significa que poco a poco nos vamos internando en los túneles.

Tengo las manos atadas y los ojos vendados. No es Sylas quien me guía y, aunque no sepa quién es, lo prefiero así. Él dejaría que chocase con cualquier cosa afilada de los túneles con tal de verme sufrir.

Doy un paso tras otro cuando poco a poco va oyéndose el bullicio de la multitud. Tomo aire como puedo.

Kilian tiene que estar aquí. Si no, todo esto no habrá valido para absolutamente nada, y mi vida…

Joder. Recuerdo que después de la primera pelea ilegal de la temporada, cuando Kilian me encontró y me llevó a su casa, él me

contó de lo que era capaz su padre. Que no solo hacia esto, sino que también traficaba con drogas, armas… y personas.

Me entra un escalofrío y aprieto los puños. Tengo que estar preparado para cualquier cosa.

Para que luego digan que no es posible morir por amor…

Suspiro y justo me golpean la parte trasera de las rodillas y me caigo al suelo. Llevo unos pantalones cortos de entrenar y se me clavan algunas piedras en las rodillas. Pero ya me da igual; cuando ya te han golpeado tanto llega un momento que deja de doler.

—¡NO LE HAGAS DAÑO! —oigo que ruge una voz más que familiar.

Mi corazón se salta un latido. Es él.

Noto cómo me quitan la venda de los ojos y no tardo en verle. Sus ojos grises están rodeados de unas profundas ojeras, pero su mirada me dice absolutamente todo lo que tengo que saber. Lo tiene todo controlado. Lo sé cuando él me asiente.

Forcejeo entre las cuerdas y las manos de la persona que me agarra. Necesito abrazarlo. Necesito saber que está aquí conmigo, que todo está bien.

Por fin me dejan libre y corro hacia él. El impacto de mi cuerpo con el suyo es lo mejor que me ha pasado en toda la puta vida.

Él me estrecha entre sus brazos, y oler su aroma corporal me devuelve a casa. A la tranquilidad que hace casi una semana que no tengo.

—Lo siento, lo siento, joder —me susurra al oído con la voz rota—. Nunca he dejado de quererte… Tú solo… aguanta.

«Nunca he dejado de quererte».

Sus palabras calan muy hondo dentro de mí, como si fuera lo único que necesitaba escuchar desde hace días.

—¿A qué…?

—Qué puto asco… ¡Separadlos, joder! —pide Sylas interrumpiéndome.

Dos matones nos colocan a cada uno en un lado opuesto del círculo.

De pronto, la gente empieza a gritar clamando a alguien que no veo.

—Te quiero —me dice articulando con la boca.

—Y-y yo… qu… —respondo sin entender muy bien qué está pasando.

La multitud se separa para dejar pasar al padre de Kilian, que pide más y más aplausos. La gente grita ensordecedoramente.

Todos callan cuando alza un puño al aire. Sonríe como un maníaco con poder. Como lo que es.

—Bueno…, supongo que ya los conocéis y que por eso estáis aquí…, pero, para quien no lo sepa, estos son Kilian Fierce, mi hijo —lo señala y la gente lo aclama mientras él baja la mirada—, y Jackson…

No sabe mi apellido. Sonrío.

—Como sea… Todos los aquí presentes están enterados de lo que sois y se mueren por ver quién cae primero…

Tuerzo el gesto cuando caigo en lo que va a suceder ahora: Nos van a hacer pelear el uno contra el otro.

—En el lado de Kilian hay apostado un millón de dólares, una cifra baja en comparación con los tres millones apostados por la caída de Jackson —informa Sylas.

Niego con la cabeza lentamente. La gente está enferma…

—Lo interesante es que el combate no termina…

La gente vuelve a dejarse los pulmones gritando. ¿Cómo que no tiene fin? Vuelvo a apretar los puños.

—Ya sabéis, sin reglas. Y esta vez sin fin.

—Hasta que la muerte os separe… —añade Sylas andando entre nosotros despacio.

Kilian asiente y yo frunzo el ceño. ¿En serio vamos a hacer esto?

Sylas se cruza de brazos y el padre de Kilian desaparece entre el barullo.

Me vienen a la mente imágenes de Kilian dejándome bajo la lluvia y mi corazón se contrae. ¿Cómo que aguante? ¿Que aguante a qué, a que nos maten si no nos matamos entre nosotros?

No quiero. No quiero pegarle. No estoy preparado. Doy un paso atrás. Me empujan hacia delante y pego un traspié.

Tres millones de dólares por mi caída… La gente espera que muera aquí, a manos de Kilian…

«Kilian necesita tu ayuda».

Y la va a tener.

Flexiono las rodillas y me pongo en posición.

52



KILIAN

Solo tenemos que aguantar. Cuento cada segundo que pasa hasta que, por fin, suena la campana.

Tres asaltos. Con eso tiene que bastar.

Jackson me mira a través de sus puños. Su mirada es neutra, como si estuviera asimilando absolutamente todo lo que acaba de pasar. La cicatriz de su ceja brilla con la tenue luz del recinto.

Todo lo que ha pasado por mi culpa… Se lo tengo que compensar.

Da un paso hacia mí y yo doy otro, tanteando el terreno. Está claro que ninguno de los dos queremos hacernos daño, y que, si mi plan sale bien, solo tenemos que aguantar un poco. No debería tardar.

Pero, si lo hace, tenemos que estar preparados.

Me quito la camiseta para ganar algo de tiempo.

—Pégame —le digo a Jackson, y él tuerce el gesto.

Lo miro a los ojos, esos ojos que siempre me han atrapado, y siento una mezcla de emociones tan intensa que me duele el pecho. Hemos acabado en esta situación, obligados a luchar por nuestros propios demonios y por los que otros han creado para nosotros. Mi

padre me ha llevado a esto, y Sylas lo ha traído a él. Pero aquí estamos, frente a frente, en un escenario donde el dolor existe de manera perturbadora.

La campana vuelve a sonar, insistente, y avanzamos el uno hacia el otro, nuestros cuerpos tensos y listos. El primer golpe de Jackson es rápido y fuerte cuando hace lo que le pido y toma la iniciativa. Lo esquivo por poco, sintiendo el aire moverse a su paso. La adrenalina bombea en mis venas, pero no puedo evitar una punzada de tristeza al ver cómo su cuerpo se mueve, tan familiar y tan roto por cómo le dejé.

Otro golpe suyo conecta con mi costado. Cada impacto es un recordatorio de nuestra conexión, un lazo que va más allá del ring.

Sin embargo, no puedo golpearle. No. Le prometí que nunca le haría daño.

Nos movemos como en una danza y su cuerpo choca con fuerza con el mío. Cada golpe suyo es un roce íntimo; cada bloqueo mío, un toque cargado de electricidad. Jackson me lanza contra la gente con rabia y aprovecho que alguien me empuja para acercarme más a él.

—¿Qué te pasa? —pregunta extrañado—. Lucha conmigo.

Niego con la cabeza.

—Tienes que hacerlo… —susurra antes de acertarme un gancho lateral sin escrúpulos. Me reta con la mirada, como si estuviera intentando disfrutar un mínimo con esta mierda de tortura que nos han impuesto.

Cada golpe suyo es una caricia disfrazada de violencia, y cada vez que nuestras pieles se tocan, siento un chispazo. Nuestros cuerpos se reconocen y, aunque sea un combate, también es algo de lo más

íntimo, una forma de conectarnos físicamente en medio del caos de estos últimos días.

—Te prometí que nunca te haría daño.

Su mirada se enternece por un instante.

—A lo mejor necesitan motivación… —amenaza Sylas.

—Ahora —me pide Jackson.

Y accedo, sabiendo que esto es una excepción.

Su puño conecta con mi costado y me provoca una punzada de dolor. Y es eso lo que me convence de que podemos hacerlo. De que estamos hechos para esto. Y no hay otra persona en el mundo que entienda mejor los movimientos del otro. Ambos sabemos perfectamente cómo combatimos por todos los entrenamientos de este año.

Así que me lanzo contra él.

Cada golpe que asesto, cada bloqueo, está cargado de pasión. Mi puño roza su mandíbula con un uppercut y veo la chispa de dolor en sus ojos. Su mirada se ensombrece. Esto no es solo una pelea, es una batalla por nosotros, por lo nuestro, en medio de toda esta mierda.

Porque peleamos por ello. Llevamos meses luchando por estar juntos. No va a acabar con nosotros un simple combate.

Cuando mi brazo envuelve su cuello en un intento de bloqueo, el público vitorea.

—Demuéstrales de qué estas hecho —le susurro, y él gruñe exasperado.

Me empuja hacia atrás y nuestros cuerpos chocan con una intensidad casi violenta. Su puño golpea mi abdomen y me doblo, pero no puedo evitar sonreír a través del dolor.

—Así, va.

Cumple mi petición y cubre mis ataques con furia. Jackson ha sacado a su bestia.

Me lanza varios golpes con una mezcla de violencia y rabia. Cada golpe, cada bloqueo, es una forma de conexión, una manera de sentirnos vivos y juntos en medio de la desesperación. Mi puño conecta con su costado nuevamente.

Sin saberlo, hemos encontrado la forma en la que mejor sabemos comunicarnos. Porque eso es lo que estamos haciendo. Estamos hablando con golpes, miradas y bloqueos.

Debería faltar poco…

Él desata su rabia sobre mí. Me formula preguntas, me transmite sus dudas, las inseguridades que le causó el enfrentamiento de la última vez.

Y yo le dejo. Dejo que me pegue. Bloqueo los golpes. Y recibo con humildad los que no puedo parar. Porque no quiero hacerle daño y merezco su frustración, su confusión. Merezco su ira. Pero, poco a poco, Jackson me golpea más suave, y después de lo que parece una eternidad, nos encontramos cara a cara, jadeando, sangrando, pero aún de pie.

—¡QUE NADIE SE MUEVA! —clama una estruendosa voz a través de un altavoz distorsionado.

Mi plan ha funcionado.

Miro a Jackson a los ojos y veo la misma mezcla de emociones que siento yo, pero sus ojos se llenan de lágrimas de alivio en un segundo. Y cuando escucho el ruido del caos, no dudo en atraerlo hacia mí y abrazarlo con una ansiedad desesperada. Tenemos que salir de aquí.

—Sígueme —me dice Jackson cogiéndome de la mano—. Está Will esperándonos fuera.

¿Will? ¿Ha hablado con Jackson? ¿Ellos también tenían un plan?

No me lo pienso ni dudo de él en ningún momento.

Ya estamos juntos de nuevo.

Ahora ya solo queda el final…

53



JACKSON

Cuando veo que la zona se llena de antidisturbios, la presión desaparece porque sé que todo ha acabado, que todo ha salido bien.

La gente ha empezado a correr.

Por eso Kilian no se ha esperado a abrazarme, porque sabía que no iba a tener consecuencias. Sabía que todo había finalizado. Por ese motivo cojo su mano y empiezo a correr con el corazón sanando en segundos.

Él me sigue cuando, de pronto, noto que algo se aferra a mi tobillo y doy un traspié.

Giro la vista hacia atrás rápidamente y veo a Sylas cogiéndome el tobillo, tirado en el suelo y con la nariz sangrando. La gente le pasa por encima. No lo ven. Huyen por su supervivencia. No quieren que los arresten.

—Que te follen —le digo antes de sacudir el tobillo con fuerza y liberarme de su agarre.

Kilian me suelta la mano y en un instante coge a Sylas de la camiseta y lo empuja contra el suelo.

—Esto es por ponerle una mano encima a mi novio —dice partiéndole la nariz de nuevo con uno de los puñetazos más fuertes que he visto a alguien dar en toda mi vida.

Crac.

Ignoro que ha dicho «mi novio» para referirse a mí. Sylas pone los ojos en blanco por el dolor. Y veo en la cara de Kilian que no se ha quedado satisfecho, aunque le suelta la camiseta y vuelve a cogerme la mano.

No tenemos tiempo para esto.

Tenemos que irnos de aquí antes de que algo se tuerza. Por eso dirijo a Kilian al túnel más pequeño de todos, por el que nadie va, ya que muchos prefieren no meterse en túneles que no saben si tienen final, principalmente porque son el hogar de gente peligrosa.

Kilian y yo corremos unos minutos antes de localizar unos colchones tirados, cerca de unas mesas llenas de comida podrida y agujas usadas.

Al final, vemos cómo la luz de la luna entra por el túnel.

Salimos y el aire fresco nos envuelve de forma agradable después del ambiente tan sucio y caluroso de los túneles.

—Aquí deberíamos estar bien —le digo a Kilian apartándolo hacia una esquina, y él asiente.

Intento recuperar el ritmo de mi respiración, superado por la situación.

—¿Estás bien? —susurra Kilian.

Respiro varias veces y niego con la cabeza.

—No. No lo estoy. Todo esto es demasiado, joder.

De pronto, me entran unas irrefrenables ganas de llorar.

Kilian asiente y coge mis manos entre las suyas.

—No nos van a volver a molestar —dice acariciándome las manos —. Y no he matado a ese hijo de puta de milagro…

—No es tu lucha. Estoy seguro de que la vida le traerá las consecuencias de las cosas que me hizo. Ese puñetazo es una de ellas —le digo, y él sonríe.

Cojo aire y me tomo mi tiempo en enredar los dedos en el pelo sudado de la nuca de Kilian y en atraer sus labios hasta los míos, e instantáneamente me siento de nuevo como en casa. Vuelvo a sentirme protegido. Vuelvo a encontrarle sentido a todo.

—Nunca vuelvas a desaparecer —le pido cuando nos separamos —. Si me quieres dejar ir, dímelo, pero no vuelvas a hacerlo así. Es lo peor que le puedes hacer a alguien.

—Tendría que estar loco para dejarte ir, Blake. Nunca más me voy a alejar de ti, no si no me lo pides. Te quiero en mi vida para siempre. Estos días han sido horrendos sin ti. Me he dado cuenta de que te necesito como el puto aire para respirar —confiesa con los ojos llorosos—. Le has devuelto el sentido a mi vida, Jackson. Nunca más te haré daño —me promete—. Ya no hay ninguna razón para hacerlo. Somos libres…

Kilian sonríe y le seco una lágrima de la mejilla.

—Mira que odio las cursiladas, pero las tuyas me vuelven completamente loco —le digo antes de volver a besarlo.

Mientras nuestros labios se reconocen, se exploran y se acarician, mi mente viaja a momentos remotos con él.

La pizza en Tommy’s, el beso en la discoteca, el puñetazo que me dio tras el primer combate, nuestra primera cita, el primer beso después de ser nombrado mi entrenador, la nota que me dio al regalarme los guantes por mi cumpleaños…

Me río entre sus labios y siento por fin que el aire no quema.

—¿Qué pasa? —me pregunta, curioso, sin soltarme la cintura.

—Estaba pensando en la nota que venía en los guantes que me regalaste por mi cumple. ¿Te acuerdas?

Kilian frunce el ceño y ladea un poco la cabeza, haciendo memoria.

—¿La de las cuerdas? —pregunta con una media sonrisa.

Asiento.

—Decía: «En este mundo siempre intentarán tenerte contra las cuerdas, pero yo nunca voy a dejar de pelear por tu esquina».

Él suelta una risita ronca y se encoge de hombros, pegando su frente a la mía.

—¿Y qué tiene de gracioso eso ahora, Blake?

—Pues que creo que me has tenido contra las cuerdas más tiempo del que me gustaría admitir, Fierce —le confieso, rozando su nariz con la mía—. Entre tu padre, Sylas y tus planes raros, casi muerdo la lona unas cuantas veces.

Kilian sonríe de esa forma que hace que todo el caos desaparezca. Me mira como si fuera lo más valioso que ha ganado en toda su carrera, y esta vez no hay ninguna apuesta de por medio.

—Bueno —dice antes de besarme con una lentitud que me detiene el pulso—, pues ahora que hemos ganado el combate, me toca bajarte del ring y llevarte a casa.

Kilian me coge la mano y entrelaza sus dedos con los míos, y ambos nos miramos antes de salir corriendo de los túneles hacia el coche de Will, bajo la luz del amanecer que ya empieza a bañar las calles de Las Vegas.

Porque ambos dijimos que lucharíamos por estar juntos. Porque ninguno se acobardó cuando la presión arreciaba. Nos mantuvimos fuertes el uno para el otro, aprendimos a leer nuestros silencios y a confiar cuando todo gritaba que huyéramos. Decidimos pelear por esta conexión, por este amor que nos sacó del barro y nos puso en pie.

Ya no estamos contra las cuerdas. Ahora, el cuadrilátero es nuestro.

Joder, Kilian Fierce.

No puedo esperar a que el mundo sepa lo muy enamorado que estoy de ti.

Dos meses antes

Los graves de la música suenan tan fuerte que me martillean los huesos. Estoy en la barra, con un vaso de whisky aguado entre las manos y la mirada perdida en el reflejo del espejo empañado. He vuelto a Las Vegas, pero la ciudad me sigue pareciendo el mismo escaparate de plástico de siempre. Solo quiero que el alcohol me apague el ruido de la cabeza, la muerte de mi padre, el recuerdo de Londres y esa sensación de que camino sobre una cuerda floja que está a punto de romperse.

Estoy solo. Me gusta estarlo. O eso me repito hasta que el aire a mi derecha cambia de densidad.

Giro la cabeza y ahí está él.

Es una torre de músculo y sombras. Casi dos metros de una presencia que parece absorber toda la luz del local. Lleva una

camiseta negra que se rinde ante la presión de sus hombros y unos brazos que son un mapa de tinta oscura, trazos que suben por su cuello y desaparecen bajo la tela. Su mandíbula está apretada, marcando una tensión que me resulta familiar. Tiene los ojos de un gris frío, como el metal, y me está mirando con una chulería que me hace hervir la sangre.

No hay sonrisas. No hay presentaciones. Solo un reconocimiento animal entre dos personas que están igual de rotas.

Él se despega de la barra con una parsimonia que me pone en alerta y camina hacia mí. Se detiene tan cerca que su calor me golpea la cara. Huele a cuero, a piel limpia y a ese aroma metálico de alguien que vive al límite. Me mira los labios un segundo antes de volver a mis ojos.

Parece que le da igual todo.

—¿Qué tal? —dice, chulesco. Su voz grave en mi oreja hace que me vibre el pecho.

—Podría estar mejor —respondo, sosteniéndole el pulso sin parpadear.

Él no pregunta mi nombre. No le importa quién soy, ni a mí quién es él. Solo importa esta electricidad que ambos parecemos notar. Inclina la cabeza y señala con la barbilla hacia una zona al fondo del local, un rincón oscuro entre columnas de hormigón donde los neones no llegan.

—¿Ves ese rincón de ahí? —pregunta. Y la insinuación se evapora entre nosotros.

Miro el hueco sombrío. El pulso se me acelera hasta que me pitan los oídos. Capto el mensaje al instante.

—Sí —respondo.

—Ven.

Es una orden seca. Me bajo del taburete y lo sigo. Su espalda es una pared de músculo tatuado que se abre paso entre la multitud. Al llegar al lugar, se gira de golpe y me empuja contra el hormigón. El frío de la pared contra mi espalda contrasta con el fuego que desprende su cuerpo cuando se cierne sobre mí, acorralándome.

Sus manos se apoyan a los lados de mi cabeza. Son manos grandes, con los nudillos marcados por mil batallas que no me interesan. Se queda a milímetros de mi cara y me obliga a respirar su aliento.

—Me vas a meter en un lío —masculla contra mi boca.

—Seguro que sí —le respondo, agarrándolo por el cuello de la camiseta.

Y entonces me besa.

No hay suavidad. Es un choque de dientes, lengua y hambre. Es un beso sucio, desesperado, cargado de toda la frustración que ambos llevamos encima. Sus manos abandonan la pared; una se clava en mi nuca, tirando de mi pelo para que me pegue más a él, y la otra baja a mi cadera, apretándome con una fuerza que me va a dejar marcas.

Gimo contra su boca y hasta pierdo el sentido de dónde estoy. Sus labios son calientes, exigentes, y saben a la cerveza que no se terminó. Mis manos viajan por sus brazos, sienten el relieve de los tatuajes bajo las yemas, palpan la dureza de unos tríceps que parecen de piedra. Es una bestia. Es puro poder.

Me pega contra su cuerpo de tal forma que noto su gran erección contra el muslo. Nos frotamos con una urgencia animal que no podemos saciar aquí en medio. Buscamos en el otro un alivio que el

alcohol no nos ha dado. El ruido de la discoteca desaparece. Solo existe la fricción de su piel contra la mía, el calor de su aliento y esa sensación de que, por fin, he encontrado a alguien que entiende mi desastre sin decir una sola palabra.

En este rincón oscuro, bajo la luz parpadeante de un neón que se muere, somos dos extraños que se anhelan con una locura destructiva. No hay nombres. No hay pasado. No hay futuro. Solo este deseo eléctrico que nos consume.

Aún no sé que mañana este mismo hombre será mi oponente. No sé que sus manos, que ahora me sujetan con una desesperación feroz, mañana buscarán mi mandíbula bajo los focos del ring. Tampoco sé que esta pasión se convertirá en la razón por la que aprenderé a querer. Ahora mismo, en esta esquina de Las Vegas, él es lo único que me hace sentir vivo. Y estoy dispuesto a dejar que me queme por completo.

Epílogo



JACKSON

Me subo al asiento del copiloto del coche de Kilian. Noto cómo el pecho se me anuda por los nervios. Hoy acaba la liga. Hoy sabremos los resultados…

Y si gano, la gente sabrá lo nuestro.

Una sonrisa se dibuja en mi cara.

—¿Tienes ganas? —me pregunta.

—Ni te imaginas…

Kilian acelera y, como de costumbre, llegamos a nuestro pabellón. Donde empezó la gira y, a su vez, donde va a acabar.

Y, sí, donde lo hicimos por primera vez.

Durante el trayecto, Kilian va alternando entre mi muslo y la palanca de marchas. Este tío me va a volver completamente loco, y si se piensa que no voy a darlo todo en el ring, lo lleva claro.

Mi contrincante de hoy es duro de pelar, y no porque sea enorme o muy fuerte, sino por su velocidad.

Hemos pasado estos dos días viendo vídeos suyos mientras descansábamos, y aunque lo ideal hubiera sido haber evitado todo lo

de las peleas, la mafia y el conflicto entre nosotros, nos hemos conformado con lo que teníamos. Dos míseros días.

Por no hablar de nuestro poco autocontrol. Hemos estado el uno encima del otro más tiempo que separados.

De pronto, noto cómo Kilian detiene el vehículo a varias manzanas del pabellón, seguramente para que no nos reconozcan antes de entrar.

Durante la liga, entre los dos hemos conseguido casi dos millones de seguidores. Una puta locura.

Suspiro antes de bajarme del coche, preparándome mentalmente para lo que se viene.

Entro al estadio mientras intento calmar los latidos desenfrenados de mi corazón. En los vestuarios, escucho cómo la multitud ruge en una mezcla de expectativas y adrenalina. Mi cuerpo ya conoce esta sensación, pero, joder, hoy…, si todo sale bien, por fin voy a conseguir la vida que tanto he anhelado.

Intento no morirme de los nervios mientras espero mi turno. Los muy cabrones me han dejado para el final, aunque eso en cierta parte es bueno. Normalmente, se deja la pelea más interesante para terminar y así retener la expectación del público.

Tras unas horrendas horas dando vueltas por el vestuario, lavándome la cara para intentar relajarme y viajando por las aplicaciones de mi teléfono, por fin Kilian me avisa de que me toca pelear.

Por última vez, Kilian me pone las vendas con cariño y contengo las ganas de hacerle el amor ahora mismo. La tranquilidad de su mirada se me contagia como si fuera un rayo de luz directo a mi

corazón. Me pone los guantes y, cuando cierra el velcro del segundo, deposita un beso en este.

—A por todas —dice, y yo asiento.

No puedo besarle ahora mismo. No con todos mirándonos.

Cojo aire y reúno el valor antes de salir.

Mientras camino hacia el ring, mis ojos buscan entre la multitud. No sé qué espero ver primero, pero, cuando los distingo, algo dentro de mí se asienta. Dean, Sarah, mi madre… Están ahí, con los ojos clavados en mí, llenos de apoyo y orgullo. Dawn está junto a ellos, con una media sonrisa que parece decirme que todo saldrá bien. También están Will y Ann.

Respiro hondo y dejo que el rugido de la gente se desvanezca a mi alrededor. Ahora solo existimos Kilian y yo. Lo que siento por él y lo que he aprendido a su lado. Mis pies avanzan hacia el ring, y cada paso es un recordatorio de por qué estoy aquí. Al llegar, me giro una vez más para encontrarme con esos ojos grises que tanto me han dado. Kilian me dedica una pequeña inclinación de cabeza, suficiente para darme ese último impulso. No estamos luchando solo por el trofeo. Estamos luchando por lo que viene después, por la vida que queremos tener juntos. Por la que llevamos luchando todos estos meses.

El ambiente en el estadio se vuelve tenso cuando subo al ring. Mi oponente ya está allí, delgado, musculoso y con una mirada afilada, listo para atacar en cualquier segundo. Mi corazón martillea en mi pecho y mis músculos se contraen, pero no puedo achantarme ahora mismo.

Siento la expectación en cada mirada dirigida a nosotros, esperando la explosión que está por venir. Pero lo único que oigo es

la voz de mi cabeza.

«Kilian está aquí. Todos están aquí. Has podido contra tu ex. Has podido contra una mafia. Has superado tus miedos. Esto se te queda pequeño. Puedes ganar», me digo.

El árbitro marca el inicio. El mundo se reduce a mis puños y a ese delgado adversario que avanza con velocidad. Los primeros intercambios de golpes son rápidos y precisos, como esperábamos. Se mueve con agilidad, lanzando jabs directos a mi rostro. Bloqueo la mayoría, pero uno me alcanza la mejilla. Siento la vibración del golpe en la mandíbula, pero no dejo que me desconcentre. Sé que tengo más fuerza, y él también lo sabe; por eso su estrategia es golpear rápido y moverse antes de que pueda atraparlo.

Respondo con un derechazo, seguido de un gancho al cuerpo. Siento la resistencia de su abdomen cuando mi puño conecta con este. Gime y da un paso atrás; sus ojos se entrecierran. Es rápido, pero distingo el temor en sus movimientos. Empieza a retroceder, buscando espacio para volver a atacar, pero no pienso darle ventaja.

Lanzo una combinación implacable: un jab para medir la distancia, luego un uppercut que le roza el mentón. Vacila, y ese es el momento en el que sé que puedo terminar esto. Me abalanzo sobre él y cierro la distancia. Cada golpe lanzado tiene la intención de quebrar su defensa. Lo golpeo en el costado y oigo cómo se le corta la respiración. Sigue moviéndose, intenta escapar, pero lo tengo acorralado.

Esquiva un gancho que habría terminado la pelea, pero no se libra del siguiente: un directo potente que lo hace tambalearse. Sus rodillas ceden y, por un segundo, parece que va a caer, pero consigue mantenerse en pie, aunque apenas.

La multitud grita, se agita, espera la conclusión inevitable. Lo miro a los ojos y veo que ya está derrotado, aunque su cuerpo siga en pie. Con un último rugido interno, lanzo una serie de golpes sin darle espacio para reaccionar: uno al rostro, otro al hígado. Y, finalmente, un gancho brutal a la mandíbula lo manda al suelo.

El silencio se apodera de la grada por un instante, justo antes de que el árbitro comience la cuenta. Noto la respiración agitada, el sudor recorriendo mi frente y la mirada de Kilian fija en mí desde el otro lado. Siento su aprobación, su confianza, como si todo dependiera de este momento. El árbitro llega a diez. El chico no se levanta. La pelea ha terminado. Kilian sonríe.

La euforia me invade por completo. La victoria resulta agradable, pero lo que realmente me importa es lo que viene después.

Busco a Kilian entre la multitud y ahí está, saltando las cuerdas sin preocuparse por nada ni nadie. Ni siquiera espera a que el árbitro me nombre ganador. Todos saben quién ha ganado. Antes de que pueda procesarlo, está frente a mí con una mirada que lo dice todo. No importa quién nos esté viendo; este es nuestro momento.

Y entonces, en medio del ruido ensordecedor, sus labios encuentran los míos. Es un beso cargado de alivio, de triunfo y de una declaración que ya no necesitamos esconder. La multitud enloquece, pero nosotros solo sentimos la paz de haber ganado algo mucho más grande que una pelea.

El beso sucede como un destello en medio del caos. En el instante en que los labios de Kilian tocan los míos, el mundo se detiene. La grada repleta de personas que vinieron a ver una pelea ahora se encuentra ante algo completamente diferente. Durante unos segundos, hay un silencio aturdido, como si la multitud intentara

procesar lo que acaba de suceder. Pero luego, como una ola que rompe con fuerza, los gritos estallan desde todos los rincones. La euforia es palpable, un zumbido en los oídos.

Veo caras con expresiones de sorpresa, algunas con sonrisas sinceras y otras incrédulas. Pero lo más importante es que, en medio de esa reacción mixta, hay una sensación de libertad absoluta, como si al fin pudiéramos dejar de escondernos. Kilian y yo estamos ahí, frente a todos, sin importar lo que piensen. La cámara nos enfoca y captura el momento que quedará en la memoria de todos los que están aquí, inmortalizando nuestro beso en pantallas gigantes. No es un simple gesto, es una declaración. Nadie en este lugar tiene dudas de que estamos juntos, de que esto es real. Y con cada grito y aplauso que surge entre la multitud, sé que hemos superado todas las expectativas.

Con la respiración agitada y mi corazón latiendo a mil por hora, Kilian se aleja apenas un poco, lo suficiente para tomar un micrófono. Me mira con esa sonrisa medio torcida que tiene cuando está a punto de soltar una cursilada. Siento su mano rozando la mía, buscando apoyo mientras él toma aire y se prepara para hablar. Lo que vamos a hacer no es fácil, pero es necesario. La multitud se calma, expectante, mientras Kilian alza la voz:

—Sé que muchos de vosotros nos habéis visto luchar aquí, pero lo que tal vez no sabéis es que nosotros también hemos estado luchando fuera del ring…, luchando para ser quienes somos sin tener miedo.

Su voz suena fuerte y clara, probando que esta pelea ha sido mucho más grande que los golpes intercambiados hace unos minutos.

—Hemos aprendido que no se puede vivir con miedo, ni dejarnos llevar por lo que otros esperan de nosotros. Estamos aquí, juntos, y no nos vamos a esconder más.

El público reacciona con una mezcla de gritos y aplausos. Algunos silban, otros lanzan vítores, pero lo que más destaca es la sensación de alivio y determinación en mi pecho. Kilian me toma del brazo y lo levanta junto al suyo como si estuviéramos celebrando una victoria mucho más importante que el combate. Este es nuestro momento, nuestra declaración ante todos.

Kilian tuerce el gesto cuando escucha que una parte del público comienza a abuchear.

—Ah, y si no os gusta, dejadme recordaros que sigo siendo el mismísimo Killer. No dudaré en partir bocas si hace falta —amenaza, y me sonríe negando con la cabeza.

Me coge de la barbilla antes de sacarle el dedo al público y volver a juntar sus labios con los míos.

Los abucheos paran, y yo me río entre sus brazos.

—Te quiero mucho, Blake. ¿Estás preparado para vivir la vida de una vez? —susurra al separarse de mí.

—Preparadísimo —afirmo, y entrelazo sus dedos con los míos.

Cuando bajamos del ring, las luces todavía parpadean y el ruido de la multitud sigue como un eco en nuestros oídos. Pero ahora no importa nada más que la gente que está ahí para nosotros. Al caminar hacia los pasillos, veo a mi familia y amigos esperando cerca. Dean y Sarah son los primeros en alcanzarnos, sonriendo con orgullo y soltando alguna broma que me hace poner los ojos en blanco. Dawn está detrás, con una expresión que mezcla alegría y

alivio. Nos abraza a ambos, primero a Kilian, luego a mí, y susurra algo sobre lo orgullosa que está.

Más atrás, veo a mi madre, con una mirada que combina emoción y preocupación, porque aunque entiende lo que significa este momento, también sabe que lo que viene no será fácil. Kilian la saluda con respeto y recibe un abrazo que él probablemente no esperaba, tras prometerle que va a cuidar de mí como me merezco. Mi madre no duda en que dice la verdad.

Es un momento de felicidad pura, de celebración, pero también de un tipo de cierre que nunca pensé que llegaría. Mientras caminamos juntos hacia la salida, con las cámaras todavía siguiéndonos y los flashes cegándonos, sé que este es el final de una lucha, pero también el inicio de otra. Una donde Kilian y yo estaremos lado a lado, sin tener que ocultarnos más. Sin secretos, sin miedos. Juntos.

Porque Kilian me avisó de que cumplir este sueño podría llegar a ser como estar contra las cuerdas.

Pero ahora mismo estamos en el puto cielo.

Y no voy a permitir que nada ni nadie me baje de él.

Agradecimientos

No me lo puto puedo creer. No os imagináis lo que significa para mí estar escribiendo estos agradecimientos.

Sinceramente, siempre me he imaginado escribiéndolos y ahora estoy en blanco, espero no dejarme a nadie, por Dios, no me lo tengáis en cuenta.

Sin duda, voy a empezar por mi familia. El pilar más importante de mi vida. Gracias, mamá, por apoyarme siempre en todo lo que me he propuesto. Por aceptarme tal y como soy y por sentirte tan orgullosa del hijo tan trasto que tienes. Sé que tengo que dejar de tomar tanta azúcar, pero… eso es algo en lo que tengo que seguir trabajando. Papá, gracias por ser la vida de la familia. Tu fuerza y tu coraje me han hecho no tenerle miedo a nada. Pablo, gracias por haber sido mi apoyo cuando pensaba que todo se me iba a la mierda porque un tío no supo valorarme a los dieciséis. No te imaginas lo importante que fue para mí eso y cómo cambió nuestra relación radicalmente. Eres el mejor hermano del mundo y el que mejores consejos de chicos me da, aunque a veces yo te los tenga que dar a ti de chicas. Te quiero mucho. Gracias a mis tíos, por hacerme sentir que no estaba solo. Habéis sido un claro ejemplo de superación. Sois un ejemplo que seguir. Nina, sigue viviendo la vida así. Que nadie te quite las ganas de comerte el mundo. Y, Nino, sigue siendo el

ejemplo de cientos de chavales. Perdona por no coger tu mano cuando la necesitaba con el alemán. A mi abuelo, por enseñarme que el respeto se consigue y que no hay que ser tolerante con alguien que te haga sentir pequeño. A mi abuela Paquita, por ser la luz de mis días y la razón de que este libro haya salido. Carlos Azorín nunca podría haber existido sin tu arte y sin tu fuerza. Eres y siempre serás el nexo de la familia. Estoy seguro de que estás leyendo esto desde el cielo, gracias por quererme tanto y demostrarlo a diario. Nunca me olvidaré de ti. Os quiero mucho, familia, nunca dejéis que pierda mi ancla.

Os toca a vosotros, amigos:

Muchas gracias a mi grupo de La Manga. Sara Martínez, la persona que más me ha querido nunca. Me apasiona tu forma de dar amor a la gente. Eres luz. Que nadie te apague, pequeña. Nunca podría haber sido yo sin ti. Clara Mármol, gracias por tener siempre tantas ganas de verme. Te prometo que me siento muy querido a tu lado. Me haces sentir parte de algo cuando me siento perdido.

María Conesa, muchas gracias por apoyarme desde el día que me conociste con la escritura. Eres la persona que más ha leído de mí y la que más ha confiado en mi talento. Gracias, gracias, gracias.

A los Álvaros y a Arnau, por enseñarme que la masculinidad es cosa de tontos.

A Nuria, Lucía, Carmen y Checa, no me olvido de vosotras, nunca me olvidaré de aquel viaje a Barcelona.

A Paula y Laura, del Galeón, no sé si estaréis leyendo esto, pero gracias por haber sido mi infancia.

Voy a intentar no llorar escribiendo esto:

A mis amigos de Carmelitas.

Gracias, Julia Rocamora, por acogerme cuando mi vida era todo negro. Gracias por llevarme a la luz.

Gracias a Gabriela López, por enseñarme a ser yo mismo y por defenderme a capa y a espada de todos los gilipollas. Gracias por hacerme sentir como tu hermano.

Gracias a Gonzalo Carrera, por salvarme la vida. Sin ti este libro no existiría. Aunque todo haya cambiado, siempre serás la razón de mis días.

Gracias a Sofía López, por ser mi mano derecha en todo y por confiar en mí siempre. Te quiero como a una hermana, que nunca se te olvide.

Gracias a Cristina Sabater, por ser tú, tía, que eres la hostia. Te echo de menos.

A Lea, Belén, Laura, Lucía, Carlota, Rocío, Irene, Julia, Celia…, gracias por hacerme sentir seguro con vosotras en clase y por acogerme cuando lo necesitaba. Me disteis mucho cariño. Nunca me olvidaré de ello.

Respecto a la gente del Kings College, se salvan pocos. Ramón, siempre me defendiste aunque todo el colegio estuviera en mi contra. Gracias por ser mi escudo y mi lugar seguro.

Carmen Conesa, por engancharme a la lectura y por quererme tal y como soy.

Marta, por nunca juzgarme.

Tianle, Paula y Marcos, vosotros también sois un amor.

María Balsalobre, por ser de las pocas personas que me tomaron en serio y que apoyaron mi proyecto desde el minuto cero.

Los demás, podéis arder en el infierno.

Seguimos con Adoratrices:

Gracias a Diego Sánchez, por haber estado SIEMPRE a mi lado. Gracias por no juzgarme nunca y por quererme siempre sin importar nada. Eres el amigo que más tiempo lleva a mi lado. Gracias por ser la definición de incondicional.

A Andrés, Alejandro y Borja, por las infinitas horas echadas al ordenador y por perdonarme por las veces que os he quemado la casa en Minecraft. Os quiero, chicos.

A Sandra, por haber sido mi apoyo siempre.

Ahora tocan mis chicos de Discord:

Gracias infinitas a Raquel, Andrés, Martín, Frodo…, sin vosotros no estaría aquí. Gracias por estar ahí siempre que os necesitaba. No sabéis lo importantes que sois para mí. Sois casa. Sois un abrazo. Os quiero mil.

Gracias a La Chulesca, Javi Villena, por aguantarme tantas horas diciendo gilipolleces y por tener la paciencia que tiene conmigo. Perdón por los dolores de cabeza, espero que merezcan la pena. Gracias por darme tu mano en cualquier momento que lo he necesitado. Gracias a ti no me siento solo en Madrid.

Gracias a Antonio, Javiera, Blanca y Blaki, aunque parezca que no, también os siento como familia aunque a veces os quiera estrangular.

Sergio, que sé que estás leyendo esto, gracias por leer este libro y darme el empujón que necesitaba cuando creía que esto no merecía la pena.

Seguimos con las personas que me ha dado Madrid:

Ana Romero. Lo primero, sin ti, Ann no existiría. Lo segundo, da igual lo que pase, siempre tendrás un hueco enorme en mi corazón.

Gracias por ser mi hermana en Madrid, de verdad que creo que eres mi alma gemela.

A mi algecireña favorita, Alba Herrera. Gracias por escucharme y dejarme darte la tabarra con Jackson y Kilian. Sin ti esta historia no hubiera existido. Gracias, gracias y gracias por leerme aunque ni siquiera te gustase la romántica. Eres increíble, en serio. Te admiro a más no poder. Ojalá ser como tú, eres mi ejemplo que seguir. Por más juegos de miedo que tengo que jugar yo porque tú te asustas y por infinitas pelis y conciertos a mi lado, gracias por mantenerme cuerdo. Te quiero un mundo.

A Rafa, Aina y Sara, gracias por las risas y momentazos que me disteis en la resi. No hubiera sido lo mismo sin vosotros.

A Paula, la recepcionista de mi resi, eres puto increíble. Gracias por confiar en mí y por sonreírme todos los putos días. Fuiste imprescindible. Te echo de menos.

Los novatos y veteranos, podéis arder en el infierno también y rezad porque no os haga una novela.

A Luis y Mario, los mejores compañeros de boxeo. Gracias por darme más flojito cuando os lo pedía.

A Laura Obrero, por ser parte de la etapa en la que nació esta novela. Ojalá las cosas no fueran así.

A Josema, por acogerme y escucharme siempre que lo he necesitado. Nunca me olvidaré de cuando viniste a verme en bici solo para darme un abrazo. Eres genial. Tú también, David.

¡Gente de libros, no me olvido de vosotros!

Por supuesto, muchísimas gracias a la familia P. R. H. y a Suma de letras. Gracias por ver algo en mí y por tratarme tan bien. Me siento

como en casa con vosotros. Ojalá algún día pueda devolveros la mitad de lo que habéis hecho por mí. Ana y Bego, os amo.

A Jordi, mi agente y editor, gracias por todo el cariño y la confianza que le has puesto al librito. *Amor contra las cuerdas* no podría haber sucedido sin ti. Muchísimas gracias por la paciencia. Me muero de ganas de contarte la nueva historia en la que voy a trabajar.

A Milo Dente o Quifes, como tú quieras, José Antonio. Gracias por sacar lo mejor de mí aunque yo estuviera en lo peor. Te has convertido en fundamental. Has creído en mí cuando ni siquiera yo lo hacía. Te quiero mucho, pequeño, de aquí al cielo.

A Silvia Martínez, por ser tan guay y guiarme tan bien. Sin ti muchas escenas no existirían. Gracias por acompañarme y por ser como eres.

A Pol Ibáñez, porque éramos tú y yo contra el mundo. Te mereces todo lo bonito que te está pasando. Te quiero, rey.

A Mikey Fernández, por haber sido la primera persona en acabar la novela y darme *feedback*. Por ti, Sombra sigue viva. Dadle las gracias, chicos.

A Nana, por hacerme crecer cuando tenía diecisiete y por seguir aquí después de eso.

A Iria e Myriam, sois lo puto más. Gracias por todo lo que habéis hecho por mí.

A Mercedes Ron, por inspirarme desde chiquito. Esta historia nunca podría haber existido sin ti.

A Juan Arcones, por escucharme siempre que lo he necesitado y por animarme. Gracias por darme ese empujón que tanto necesitaba.

A Pablo Santidrián, por confiar en mis niños y darles tanto amor. Crucemos por trabajar juntitos un día.

A Iryna, Irene, Tamara, Shula, Eva, Adriana, Alba, Sergio, Carla, Fran, Josu, Cristina, Jenn, Toni, Leo, Santi, Meri, Lucia, Gemma, Mei, Sergio, Álvaro…

Seguramente me olvide de muchos, joder, ¡¡ies que somos tropecientos!!!

A David Olivas y a Kilian, me inspiráis a diario, quiero lo vuestro de mayor.

A Laura, por ser así de maja conmigo cada vez que me ves. La próxima vez le friegas tú los platos a Milo.

A mi diablillo, gracias por todo lo que me diste. Nadie me ha querido como tú. Eres increíble. Nunca te olvidaré.

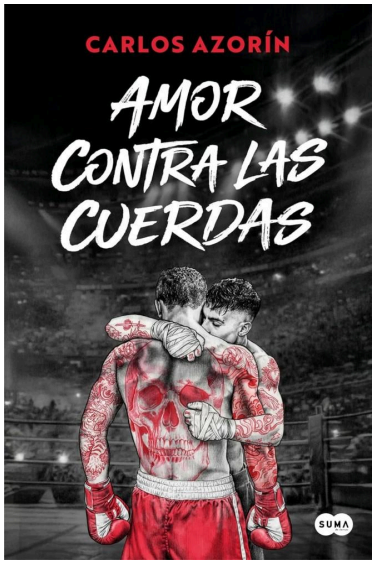
Y, finalmente, mi querido lector, gracias a ti. Por haber comprado este ejemplar y haberlo (espero) leído. Sin ti nada tendría sentido. Gracias por confiar en mí y en mi historia. Aún quedan muchas por contar. Esta aventura acaba de empezar. ¿Estás listo para lo que se viene?

Nos vemos en el próximo librito.

Un besAZO,

CARLOS AZORÍN

¿Y si tu mayor rival en el ring fuese también el chico con el que tuviste una historia la noche anterior?
Jackson y Kilian venían de dos mundos muy distintos hasta que el boxeo los puso frente a frente.



Jackson y Kilian venían de dos mundos muy distintos hasta que el boxeo los puso frente a frente.

Kilian Fierce es el boxeador de moda, no solo porque siempre gana, sino porque también es un conocido influencer. Atractivo, rico y con una novia guapísima, parece que lleva una vida perfecta, pero lo que nadie sabe es que, en realidad, todo es pura fachada. Sin embargo,

las cosas empiezan a tambalearse cuando coincide en el ring con Jackson Blake, un rival que no es otro que su ligue de la noche anterior. La tensión se dispara cuando, además, descubren que, por su propia supervivencia, deben aprender a entrenar juntos mientras el peligro acecha a su alrededor. ¿Se atreverán a dejarse desarmar por amor y que todo se ponga patas arriba?

En un combate a corazón abierto, Carlos Azorín nos arrastra desde los brillantes focos de Las Vegas hasta la oscuridad de sus bajos fondos con un ritmo arrollador y un estilo tierno a la par que visceral. Entre el sudor del gimnasio y la adrenalina de las peleas, los protagonistas lo tendrán muy difícil para ocultar sus deseos y hacer frente a un rival inesperado: su propia vulnerabilidad. *Amor contra las cuerdas* es mucho más que un adictivo sport romance, es una invitación a subirse al ring para sentir cómo golpea la emoción y decidir por qué merece la pena luchar.

Carlos Azorín (Cartagena, Murcia, 2004) es autor de narrativa juvenil. Graduado en Filología Inglesa, comenzó a escribir a los doce años y desde entonces ha desarrollado un estilo centrado en la emoción, el amor y la identidad desde una perspectiva contemporánea, con especial interés en trasladar al romance *queer* los grandes códigos de la romántica. Empezó a crear contenido en redes sociales para darse a conocer y así cumplir su sueño. Después de mucho trabajo e ilusión, llega su novela debut, *Amor contra las cuerdas*.



Primera edición: junio de 2026

© 2026, Carlos Azorín
Autor representado por IMC Agencia Literaria
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Javier Rubín

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-55-2

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Amor contra las cuerdas
Nota del autor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Carlos Azorín
Créditos